

Julio Cesar Cano

MAÑANA, SI DIOS Y EL DIABLO QUIEREN

Un caso para el inspector Monfort



Lectulandia

La tranquila vida de la ciudad de Castellón se ve alterada por un macabro asesinato, el de un hombre cuyo cuerpo aparece brutalmente mutilado en un piso del centro. Para resolver el caso, el comisario Romales pide ayuda al inspector Bartolomé Monfort, con quien ya colaboró en el pasado, como se narra en *Asesinato en la plaza de la Farola*. Juntos reconstruirán la historia de la víctima, el director de una oficina de empleo con fama de mujeriego. El caso se complica cuando hallan un segundo cadáver que no parece tener relación alguna con el primero. Afortunadamente, el intuitivo y eficaz inspector Monfort no tardará en dar con las pistas necesarias para avanzar en la investigación.

Lectulandia

Julio César Cano

Mañana, si Dios y el Diablo quieren

Inspector Monfort - 2

ePub r1.0

turolero 25.09.15

Título original: *Mañana, si Dios y el Diablo quieren*
Julio César Cano, 2015

Editor digital: turolero
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Esther y Julia.
Un regalo del cielo... para mí*

Escenarios de la novela



«Nunca, en ningún lugar, ha sido tan brutal ni ha sido maquillado para parecer tan bonito el horrible mecanismo del nacimiento, la copulación y la muerte, ni tal cantidad de gente ha puesto tanta fe en las mentiras y la mutabilidad y la muerte la muerte la muerte...»

El Secreto
Donna Tartt

El 22 de noviembre, la tormenta bautizada con el nombre de *Cecilia* se había cobrado seis víctimas en la costa sur del Reino Unido. Algunas ciudades, como Southampton o Portsmouth, se vieron sometidas a un enorme caos al no poderse restablecer el suministro eléctrico en varios días.

La tormenta provocó también graves inundaciones en las poblaciones costeras de Holanda. Decenas de camiones volcados en la autopista por las fuertes rachas de viento, que llegaron a alcanzar la categoría de huracán, sembraron el terror en los Países Bajos.

En el oeste de Francia, el temporal arrancó cientos de árboles, se suspendieron los transportes por tren y todos los vuelos, y decenas de miles de hogares se quedaron sin electricidad.

Tras castigar severamente el Reino Unido, Francia y Holanda, la tormenta *Cecilia* dio un giro inesperado y se desplazó hacia la Península Ibérica. Llegó a las costas del Cantábrico y azotó sin piedad el norte de España y en gran medida las regiones del valle del Ebro. El Levante español y las islas Baleares sufrieron los envites del viento y de fuertes lluvias acompañadas de gran aparato eléctrico.

Los expertos dijeron en un principio que la tormenta no podía considerarse un huracán, pero sus efectos fueron muy similares.

Presentía que estaba encerrada en algún sótano de la ciudad por un lejano sonido de automóviles y de gente que llegaba hasta sus oídos. Le escocían los ojos. No se veía nada allí dentro. Todo lo que conseguía vislumbrar eran sombras en la espesa negrura. Las muñecas le ardían por la fricción de las cuerdas. La cinta americana que tapaba su boca no le dejaba otra posibilidad que concentrarse en respirar por la nariz para no ahogarse. Las clases de relajación que había cursado hacía un par de años le ayudaron. Aspirar, inspirar, aspirar, inspirar...; despacio, acompasadamente, despacio, despacio, despacio. Aspirar, inspirar... Intentó recordar el tiempo que llevaba allí, pero no pudo. Había perdido el conocimiento antes de que la encerraran y no supo en qué momento había despertado. No era capaz de acordarse de lo que había sucedido después de que alguien le golpeará por la espalda cuando iba por aquella calle solitaria. Luego todo se volvió oscuridad. Oscuridad y terror.

Sábado 22 de noviembre

(Primer día)

1

Desde el rellano de la escalera percibieron el mal olor. Los dos agentes de policía llamaban una y otra vez a la puerta golpeando con los nudillos. El timbre no funcionaba. Media docena de vecinos se arremolinaba en la escalera con cara de estupor. Una mujer de unos cincuenta años vestida con un feo batín se tapaba la boca. Sus ojos, abiertos de par en par, delataban el miedo. Uno de los agentes mandó desalojar a los vecinos.

—¡Váyanse a sus casas, aquí no hay nada que ver!

Pero los vecinos se resistían. Hacían ligero ademán de retirarse, pero enseguida volvían a mirar por el hueco de la escalera. El vecino del tercero, el que había alertado a la Policía de aquel desagradable olor, aguardaba a un par de metros de los dos agentes. Uno de los policías hablaba con alguien por radio.

—No abren. Quizá deberíamos tirar la puerta abajo.

—...

—Sí, hemos probado a forzar la cerradura, pero no hay forma de abrirla.

—...

—Todo el mundo aquí lo conoce, claro, es un inmueble antiguo y la mayoría de los vecinos vive aquí de toda la vida.

—...

—Sí, hay inmigrantes... Una familia... Sudafricanos, creo que son. De acuerdo, los interrogaremos a todos.

—...

—Gracias. Creo que sería conveniente que nos enviaran refuerzos.

—...

—De acuerdo, procederemos inmediatamente.

El agente cortó la comunicación.

—Vamos, retírense, vuelvan a sus casas, aquí ya está todo visto. Vamos a derribar la puerta y no queremos que nadie se haga daño. —El otro agente intentaba que le hicieran caso, pero la curiosidad y el morbo tienen, a veces, una fuerza insospechada.

Un ruido seco dio paso al crujir de la madera rota. De una patada certera, el policía había conseguido romper la puerta a la altura de la cerradura. Entraron en el piso con sus armas reglamentarias en la mano. El olor era insoportable, un olor característico que desgraciadamente ya habían experimentado en otras ocasiones.

—¡Aquí! —gritó uno de los policías.

Los refuerzos llegaron en apenas cinco minutos; dos coches patrulla aparcaron en mitad de la estrecha calle. De uno de ellos salió un hombre vestido de paisano que sin duda era el que estaba al mando.

—¡Que nadie toque nada! ¡Nada! ¡Dejen todo tal como está! —gritó.

Después de volver al coche en el que había venido, llamó desde la emisora del automóvil.

—Es posible que necesitemos ayuda psicológica. Los agentes que han entrado primero están bastante afectados.

Los dos agentes a los que se refería el comisario Romerales estaban sentados en la escalera, un piso por debajo del inmueble del que emanaba aquel característico olor a muerte. Uno de ellos había vomitado. El otro escondía la cabeza entre las rodillas y se lamentaba entre sollozos y maldiciones:

—¡Es horrible! ¡Qué barbaridad!

El comisario sacó un teléfono móvil del bolsillo y tecleó un número que conocía de memoria.

En el restaurante Set Portes, en el paseo de Isabel II de Barcelona, junto al puerto y al popular barrio de la Barceloneta, un nutrido grupo de personas celebraba la resolución del macabro caso del asesinato del industrial Miguel Serra y su esposa.

El comisario principal, Vinyals, de la Policía Nacional de Barcelona, y la agente Silvia Redó, de la Policía Científica de Valencia, charlaban distendidamente de cómo el inspector Bartolomé Monfort y ella habían dado finalmente con la clave de aquel doble homicidio. A Miguel Serra y a su esposa los había asesinado un ciudadano checheno, contratado por dos trabajadores del mismo empresario. Los dos empleados habían urdido un complicado plan para robar en casa del industrial, pero las cosas se complicaron. Al final encontraron a los responsables del crimen en la planta de producción y lograron detener al sicario checheno.

—Por cierto, ¿dónde está Monfort? —preguntó de repente el comisario.

—En la calle, fumando —contestó la agente viéndolo a través de los grandes ventanales del antiguo restaurante barcelonés.

—¿Solo y con este viento frío? —preguntó Vinyals.

—Bueno, solo no, con sus historias, ya sabe... —dijo Silvia distraídamente mientras volvía a llenar de cava su copa y la del comisario principal.

La agente Redó preparaba su equipaje en la habitación en la que se alojaba. El hotel Suizo estaba situado en el corazón del Barrio Gótico, a un paso de la plaza Sant Jaume y a otro de Via Laietana. Al mirarse al espejo, recordó cómo el inspector Bartolomé Monfort la había invitado a viajar a Barcelona para que le ayudara a resolver el caso de la familia Serra. Tenía la sensación de que hacía ya mucho tiempo

que ambos habían trabajado juntos por primera vez, en el caso del asesinato en la plaza de la Farola, en Castellón de la Plana. La agente recordó con ternura, mientras intentaba cerrar una pequeña maleta con sus enseres, que el joven doctor Ribes había acudido en su ayuda. Silvia y Jaume se habían enamorado perdidamente el uno del otro, y en el tiempo que ella había estado en Barcelona, ayudando al inspector Monfort, habían tenido que conformarse con largas conversaciones telefónicas y alguna escapada del doctor entre sus largas jornadas de trabajo en el Hospital General de Castellón.

Monfort se había brindado a llevarla de nuevo a casa y así poder disfrutar de unos días de asueto. Como excusa dijo que quería visitar el pueblo en el que nacieron sus padres, Vilafranca del Cid, en las frías y agrestes montañas del interior de la provincia de Castellón, aunque la agente Redó sospechaba que el inspector quería estar lejos de Barcelona y de los insoportables recuerdos que atesoraba en su enorme piso de la rambla de Catalunya.

Sonó el teléfono de la habitación 114 del hotel Suizo.

—Silvia Redó al aparato —contestó cerrando por fin la pequeña maleta.

—No voy a estar esperando todo el día, se me hielan los pies y hace mucho viento —se quejó Monfort.

El viejo Volvo 740 estaba aparcado en una zona de carga y descarga frente al hotel. Un policía municipal daba vueltas junto al automóvil y miraba a través de las ventanillas. Monfort, en la puerta del hotel, apagó la colilla de su cigarrillo con la suela del zapato y, acercándose al coche, dijo en voz baja:

—No se te ocurra multarme...

—¿Perdón? —replicó el policía municipal—. ¿Es suyo este coche? Aquí no se puede aparcar, es una zona de carga y...

—Lo sé, agente, disculpe, pero es que soy el chofer de una famosa actriz que bajará ahora mismo —dijo señalando la fachada del hotel.

—¿Una actriz? —preguntó curioso el agente.

—Sí, mire, por ahí viene.

Monfort se apresuró a tomar el equipaje y a abrir la puerta del automóvil a Silvia, que lo miraba extrañada ante tal inusual despliegue de generosidad y galantería. El policía se puso firme y saludó a la dama como si se tratara de la mismísima Ava Gardner.

Tres horas más tarde, el viejo Volvo llegaba a la nueva estación de tren de Castellón de la Plana. Jaume Ribes esperaba nervioso y sonriente.

—Es capaz de haber pasado aquí la noche —observó en tono jocosos Monfort, deteniendo el vehículo junto al doctor.

La agente Redó besó en la mejilla al inspector, salió del coche y se abrazó a Jaume.

—¡Ribes, no te pases! —amenazó Monfort, sacando el brazo por la ventanilla y señalando con el dedo al médico, medio en broma medio en serio.

Un viento atroz despidió a la agente Redó y al doctor Ribes entre una nube de tierra y polvo. Algunas personas que salían de la estación apretaban el paso y encogían sus cuerpos por el frío cortante.

El teléfono móvil de Monfort empezó a sonar, impertinente. Abrió la tapa y vio un número conocido. Contestó. En el fondo se alegraba de oír aquella voz. Habló él primero:

—¡Hombre, el comisario Romerales! ¿Qué hay de nuevo, amigo?

—Monfort, ¿dónde estás?

—¿Me has olido? Estoy en la estación de tren de tu idílica y aburguesada capital de provincia.

—Suponía que estabas por aquí. —El tono del jefe de la Policía de Castellón era grave y serio—. He hablado con Vinyals hace un momento.

—Al grano, Romerales, ¿qué ocurre?

—Tienes que venir enseguida. No tocaremos nada de la escena del crimen hasta que lo veas.

—¿Escena del crimen?

—Sí.

—Pero... ¿a qué lugar debo dirigirme?

—A la calle Mealla, en el centro. Ha ocurrido algo que quiero que veas cuanto antes.

—¿Y cómo demonios llego hasta allí?

—Búscate la vida, Kamikaze, pero ven enseguida. —El comisario Romerales cerró la tapa de su teléfono móvil, dando por concluida la conversación al ver que había llegado el psicólogo de la Policía.

«Kamikaze», lo había llamado el comisario Romerales. Pocas personas se atrevían a llamarlo de aquella manera. Era consciente de que, a su espalda, muchos policías, y demasiados delincuentes, hablaban de él utilizando el alias que se ganó en cuanto salió de la academia, a base de despreciar su vida arriesgándolo todo para dar caza a los malhechores. Conectó el teléfono en el modo manos libres del coche y llamó a la comisaría de la ronda de la Magdalena.

—Soy el inspector Monfort. O me mandas un coche patrulla para que me guíe por la ciudad o te rebanas los sesos explicándome cómo demonios he de hacer para llegar a toda leche hasta la calle Mealla.

—Esperábamos su llamada, señor —respondió eficientemente un agente—. Yo le guío. ¿Dónde se encuentra en este momento?

—En la estación de tren.

—No se mueva de ahí, un motorista llegará enseguida. Sígalo y lo llevará

inmediatamente hasta la calle Mealla.

Monfort pulsó el botón para cortar la comunicación y al momento divisó al motorista. En realidad eran dos. Uno de ellos cortaba el tráfico en la rotonda, el otro le hacía señales para salir a toda prisa.

La calle Mealla estaba en el centro de la ciudad, junto a la catedral y la plaza Mayor. Guiado por el diestro motorista de la Policía entró en el centro como alma que lleva el diablo. Tomaron el paseo Morella y el paseo Ribalta para llegar a toda velocidad a la plaza de la Farola, y Monfort no pudo evitar mirar los cisnes con cabeza de dragón que adornaban grotescamente la inmensa farola de hierro, situada en el lugar que muchos años atrás fuera una de las puertas de acceso a la ciudad, y donde se coronó a la Virgen del Lledó, patrona de los castellonenses. Continuaron por la calle Zaragoza dejando a la izquierda el magnífico edificio de Correos. Finalmente enfilaron por la calle peatonal de Colón, y casi al final de esta giraron a la izquierda por una estrecha calleja.

La calle Mealla era un hervidero de gente que curioseaba y de policías que intentaban desalojar la zona. Era una calle de casas viejas, de dos o tres plantas la mayoría, tan cercanas unas de otras que los vecinos casi podían darse la mano con los de las casas de enfrente al asomarse a las ventanas. Monfort tuvo que acostumbrarse a la penumbra de un lugar húmedo y receloso. Apenas vio tres o cuatro negocios: una tienda de antigüedades, un par de establecimientos de alimentación, un bar. No era una calle de casas regias. Le pareció impersonal, un espacio anodino en pleno centro histórico de la ciudad. El sol parecía no encontrar los resquicios suficientes para infundir luz y calor a las fachadas de las casas. El inspector creyó que Castellón se había olvidado de aquella calle, tan cercana a todo pero tan escondida que nadie recordaba que existía. A escasos metros, el bullicio de la principal vía comercial de la ciudad, la calle Enmedio, había desterrado la calleja al olvido. Ahora bullía de vecinos que intercambiaban comentarios en voz baja. Monfort se fijó en la cara de los dos policías que custodiaban el viejo inmueble, y entonces tuvo claro que la calle saldría del anonimato inmediatamente.

El cuerpo colgaba boca abajo atado por los pies a una de las viejas vigas de madera del tercer piso del número 57. El olor era insoportable. Los dos agentes de la Policía Científica, a las órdenes de Romerales, no habían tocado nada en la escena del crimen. El comisario había ordenado no abrir las ventanas pese al olor nauseabundo que lo impregnaba todo, para conservar intactas las pruebas. Los expertos sabían que la luz y el aire fresco de una ventana abierta podían modificar algunos aspectos de los cadáveres, y llevar a un posible engaño a la hora de encontrar pistas con las que iniciar el caso. A cambio debían soportar aquel penetrante olor a muerte.

Romerales saludó a Monfort en el quicio de la puerta de la habitación en la que estaba el cuerpo. Se saludaron con un apretón de manos. Una sonrisa torva

ensombreció el rostro del comisario.

—No veo nada. ¿Qué es exactamente ese bulto enorme que cuelga del techo? —preguntó Monfort.

—Un hombre, o lo que queda de él.

—¿Sabéis quién es?

—Imaginamos que es el propietario del piso. Nadie sabe nada de él desde hace días. No hemos querido tocarlo hasta que llegaras.

—¿Cómo sabías que iba a venir? —preguntó Monfort a la vez que se colocaba unos finos guantes de látex que le había tendido un agente de la Científica.

No esperó la respuesta. Iluminándose con una linterna entró en la habitación. Fuera, Romerales mandaba a grito pelado que hicieran el favor de desalojar la escalera y los alrededores del inmueble de los incontables curiosos que hasta allí se habían acercado.

—¡Comisario! —gritó una joven uniformada—. Hay diez o doce periodistas ahí abajo que preguntan por usted.

Un enorme bulto pendía del techo. Monfort vio las dos piernas tensas colgando de la viga por un estrecho pero resistente cable de acero. El cuerpo era el de un hombre con evidente sobrepeso. Tenía la boca abierta. El inspector proyectó el haz de luz hacia la cara del cadáver y vio que de la comisura de sus labios entraban y salían minúsculas hormigas que campaban voraces por la carne macilenta. La víctima estaba desnuda y ensangrentada y desprendía un olor putrefacto. Siguió enfocando y vio que le habían cortado los genitales. En el suelo había un inmenso charco de sangre espesa de color morado, prácticamente solidificada; había caído desde los genitales chorreando por todo el cuerpo: barriga, pecho, cara, pelo... Monfort buscó por el suelo con la linterna pero no encontró los restos mutilados. En la habitación sólo estaban él y los dos agentes de la Científica. Se oían de fondo las voces que venían de la escalera y de la calle. El olor les provocaba arcadas, que soportaban estoicamente. El inspector miraba fijamente el cuerpo colgado. Los agentes se pusieron a buscar entre los pocos objetos que había en la habitación. La estancia era sencilla, sin adornos superfluos: normal y corriente. Una mesa de comedor y seis sillas de madera clara. Una gran librería repleta de libros y de películas en VHS y en DVD. Una mesa baja en la que descansaba una televisión cara y un aparato que era a la vez vídeo y reproductor de DVD. Frente al televisor había un sofá estilo IKEA, de tres plazas, y dos sillones a juego, además de una pequeña mesa de centro en la que había un cenicero atestado de colillas, dos cajetillas vacías de Winston, un encendedor con la publicidad de un bar y una cajita de unos cuarenta centímetros de largo. Uno de los agentes de la Científica la abrió y alumbró el interior con la linterna; contuvo la respiración y dio un paso hacia atrás.

—Inspector Monfort, mire esto.

—¿Quieres que adivine qué hay en la caja?

Dentro de la caja, en avanzado estado de descomposición, estaban los genitales amputados del hombre y una nota manchada de sangre en la que sin embargo se podía leer perfectamente:

Es mejor que se pierda uno de tus miembros a que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

Aspirar, inspirar, aspirar, inspirar. Despacio, despacio, muy despacio... Respirar solamente por la nariz, con aquel pedazo de cinta americana aprisionándole la boca desde las mejillas, era lo que más le costaba soportar. Le dolían mucho las piernas, sobre todo las rodillas. Se había orinado encima varias veces y tenía irritadas sus partes íntimas. Por un instante se le cruzó la horrible idea de dejar de respirar y morir ahogada, de ese modo solucionaría aquella terrible situación, porque estaba convencida de que iba a morir allí dentro de todas maneras. Pero recordó de nuevo las clases de relajación y al maestro japonés que le enseñó a evadirse a través de la respiración. Tenía los brazos a la espalda y las muñecas anudadas a una silla que a su vez estaba atada a una columna de hierro oxidada. A sus oídos seguían llegando con levedad los sonidos de la calle; de vez en cuando se oía el griterío de algunos niños que jugaban alegres. Pero sobre todo oía coches, neumáticos chirriando sobre el asfalto. Estaba muy oscuro. Al principio pensó que tenía los ojos vendados, pero poco a poco su vista se fue acostumbrando a aquella negrura impenetrable. Oía el sonido de gotas de agua que caían con lentitud, acompasadas, en intervalos de apenas tres segundos. Tenía mucha sed, la boca tan reseca que parecía que un trozo de cartón rozaba su paladar, pero era su propia lengua. No era capaz de distinguir nada de lo que tenía a su alrededor. Procuraba en todo momento no ponerse más nerviosa, pero el terror le hacía pensar en la muerte una y otra vez. Se concentraba en recordar cómo había llegado hasta allí, pero no le era posible. Pensó en las cosas bonitas que la esperaban fuera. Y entonces oyó unos pasos que se acercaban, cómo se abría una puerta y entraba un halo de luz cegadora.

Eran las doce de la noche. Monfort fumaba un cigarrillo con avidez a la puerta del Instituto de Medicina Legal de Castellón. Un fuerte viento amenazaba con arrancar de cuajo los débiles arbolitos plantados en la acera. Había oído en la radio los daños que las tormentas habían causado en algunos países de Europa, y también los pronósticos de que pronto llegarían hasta España. Vestía gabardina y debajo llevaba un traje de color burdeos, camisa de color verde botella y corbata gris; la misma ropa que se había puesto por la mañana para acudir al acto en el restaurante de Barcelona. Las farolas iluminaban generosamente la ciudad y se bamboleaban a merced del viento. De vez en cuando tiraba del nudo de la corbata hacia abajo, como queriendo soltarla un poco para liberar su garganta aprisionada. Miró el reloj de pulsera. Aplastó la colilla del cigarrillo con la punta del zapato y entró en el edificio. Preguntó en recepción por el doctor Pablo Morata y lo enviaron al sótano 2.

—No tiene pérdida, siga las indicaciones «Instituto Forense» —indicó amablemente la mujer del mostrador.

Al final de un largo pasillo encontró el lugar que buscaba. Un silencio absoluto reinaba en aquel lugar. El olor era una mezcla extraña que no pudo discernir. Llamó a la puerta con los nudillos y desde dentro una voz anunció que esperara un momento. Se sentó en un banco que había junto a la puerta y aguardó pensativo.

Después de que saliera de la nauseabunda habitación del piso de la calle Mealla, los de la Policía Científica y el médico forense se habían hecho cargo del cuerpo. Esperaron a que llegara el juez de instrucción, que ordenó el levantamiento del cadáver y su posterior traslado al Instituto de Medicina Legal de Castellón.

—¿El inspector Monfort?

—Yo mismo —contestó, y sus ensoñaciones se hicieron añicos en cuanto se puso en pie.

El doctor Pablo Morata no mediría más de un metro sesenta; le llegaba por debajo del hombro.

—Lo que le han hecho a ese hombre es horrible —dijo el doctor abriendo la puerta de la sala—. No he visto en los últimos veinte años nada parecido. Castellón es una ciudad tranquila, no entiendo quién puede haber cometido semejante atrocidad.

—A veces, doctor, las personas sacamos nuestro lado más perverso en los lugares más insospechados. Es verdad que esta ciudad es tranquila, como una bestia dormida, pero los tiempos cambian, la ciudad crece, los hábitos de vida se modifican y ya nada es como antes. La bestia se despierta y la mala gente aflora como si se alimentara de los malos tiempos.

—¿La ley de Murphy? —preguntó Morata intentando aportar un toque divertido.

—Bah, no creo que sea eso —contestó Monfort desdeñoso poniéndose la bata azul y la mascarilla que el doctor le había tendido.

Una ayudante abrió el enorme cajón refrigerado en el que reposaba el cadáver. El

muerto era bastante corpulento, gordo y alto para ser más exactos; parecía una morsa vilmente ajusticiada.

—Le presento a mi ayudante, la doctora Trencó, Sonia Trencó. Él es el inspector Monfort.

Se estrecharon la mano y el inspector no pudo dejar pasar por alto sus bonitos ojos azules.

—¿Empezamos? —preguntó el doctor.

Llamaron a la puerta. Antes de que la ayudante de Morata se dirigiera hasta ella para abrirla, ya entraba el comisario Romerales con una sonrisa de circunstancias.

—Pareces contento, Romerales —le dijo Morata a modo de saludo.

—Ahora, cuando empecemos a hablar de este sujeto, se me quitará la alegría —contestó el jefe de la Policía señalando el cuerpo.

La doctora Trencó entregó al recién llegado una bata y una mascarilla como las que ya llevaba puestas Monfort. Colocó la camilla en la que reposaba el cadáver a la altura de la cintura de los presentes para que pudieran observar con claridad el cuerpo inerte. El doctor Morata miró la hora en el reloj de la pared, puso en marcha una grabadora y tomó la palabra:

—Sabemos que se trata de un hombre de cincuenta y ocho años. Todavía no hemos podido determinar con exactitud la fecha de su muerte, la doctora Trencó está en ello y pronto nos dará datos más concretos. Tiene los genitales amputados a la altura del pubis. El que lo hizo se ensañó despiadadamente. Utilizó un cuchillo grande. —El doctor Morata pulsó el botón de pausa de la grabadora—. Por cierto, ¿requisaron los cuchillos que había en la casa? —preguntó mirando a Romerales.

—Sí, te los harán llegar en cualquier momento. Los de la Científica ya han registrado las huellas.

—Gracias. —El doctor volvió a pulsar el botón de grabación—. La persona que le cortó los genitales lo hizo de manera brutal y despiadada. El hombre murió desangrado. Creemos que el que lo mató es una persona muy fuerte o lo hizo con ayuda de alguien más. Le cortó los genitales cuando aún estaba vivo.

Dos horas más tarde, y tras una larga lista de pormenores que el doctor Morata dejó registrados en la grabadora, Monfort y Romerales se despidieron del forense y de su ayudante y salieron a la calle para dirigirse a la comisaría de la ronda de la Magdalena.

—Necesitaba un poco de aire puro —dijo Romerales aspirando exageradamente.

Javier Serós tenía cincuenta y ocho años. Estaba separado de su esposa. Su único hijo en común, Bernat, biólogo, de veintinueve años, vive en Oropesa del Mar con su novia. La que fue su esposa se llama Margarita Renau y no se le conoce en la actualidad pareja estable; sigue viviendo en el que fuera el domicilio familiar, un lujoso piso en la plaza Huerto Sogueros, una de las zonas más caras del centro de la ciudad. Desde que se separó de su mujer, la víctima vivía muy cerca, en el viejo piso de la calle Mealla, la vivienda de sus padres, fallecidos tiempo atrás por causas naturales. Serós era funcionario y había sido director de una oficina del INEM de la capital de La Plana. Su exesposa es actualmente la encargada de una conocida tienda de moda en la céntrica calle Alloza.

Según Margarita Renau, ella y su exmarido se separaron por las repetidas infidelidades que él había

consumado en los últimos años. Lo descubrió un día que lo vio despedirse de una mujer, de forma poco decorosa, en plena calle. Cuchicheaban al oído, demasiado cerca, con las manos entrelazadas, entre risas y besos. A partir de entonces, Margarita espió los mensajes en el teléfono móvil, en el correo electrónico..., hasta que un día encontró en el buzón de voz una cita en el hotel Luz de Castellón con una mujer a la que ella no conocía de nada. La cita indicaba un número de habitación y una hora concreta. La voz que había dejado el mensaje era acaramelada y desprendía una gran carga de erotismo. Margarita Renau se presentó en la puerta de la habitación del hotel media hora más tarde de la hora de la cita, y los gemidos que oyó desde la puerta hicieron evidente la peor de las sospechas. Bajó de nuevo a recepción, dijo que era la esposa de Javier Serós y pidió una copia de la llave de la habitación, argumentando que la había olvidado al salir. Subió de nuevo hasta la planta, abrió con la llave que le habían dejado y constató que los gemidos eran de su marido y de una mujer que resultó pertenecer a una casa de citas de la avenida de Valencia.

Margarita Renau obligó a su marido a que le contara a su hijo la verdad sobre la separación del matrimonio. Javier Serós no tuvo más remedio que explicar lo que en realidad se escondía tras su fachada de padre de familia. Y se instaló en el viejo piso de la calle Mealla, propiedad de sus padres. Nunca se negó a ayudar económicamente a su mujer y a su hijo, pero todos sus intentos por reconciliarse con su familia fueron completamente inútiles.

Monfort devolvió a Romerales el informe con gesto airado. Estaban en el despacho del comisario. Olía a tabaco y al sudor acumulado de todo el día.

—¿Quién ha escrito esta mierda? —preguntó Monfort en voz baja.

—El subinspector Corral —contestó Romerales visiblemente sonrojado.

—¿El compañero de la subinspectora Forcada?

—El mismo. Acaba de ser ascendido a subinspector. Lo promocionaron cuando la subinspectora Forcada fue nombrada inspectora, el mes pasado.

—Me alegro por ella.

—Yo también, es una estupenda policía.

—¿Dónde está ahora?

—En Valencia, colaborando con la Guardia Civil; tratan de detener a una banda de lituanos que traen mujeres de su país con promesas de trabajo y al llegar aquí las convierten en prostitutas. Actúan en Alicante, Valencia y también aquí, en Castellón.

—Lo de siempre —aseveró Monfort—: mentiras, hambre y miseria... Y finalmente se ven obligadas a vender su cuerpo para que unos cabrones se llenen los bolsillos a su costa.

—Eso o morir —concluyó Romerales.

—Volviendo al informe: ¿quién le ha contado toda esa basura al subinspector Corral? —preguntó Monfort volviendo a tomar en sus manos el folio impreso.

—La mujer de Javier Serós, Margarita Renau.

—Pero... si ha sido hoy mismo cuando se ha encontrado el cadáver y...

Romerales no le dejó acabar la frase y le ofreció su propia teoría:

—Corral es el que le ha dado la noticia a su ex. En la escalera, mientras esperábamos a que llegaras, todo el mundo hablaba de su mujer, de lo guapa y elegante que es..., de la tienda de moda en la que trabaja desde hace un montón de años, en la calle Alloza. Por lo visto es una señora muy popular, todo el mundo habla muy bien de ella. Los vecinos no paraban: que si Serós era un mal bicho, que si con

el pedazo de mujer que tenía y él siempre por ahí de picos pardos, que si era un putero...

»¿Qué piensas, Monfort? —preguntó el comisario abriendo la ventana, aunque hiciera frío, para que entrara un poco de aire.

—Es raro que la viuda le haya contado todo eso así, sin más. Me hubiera gustado leer un informe redactado por Silvia Redó y no esta birria.

—Ya, pero Silvia debe de estar tostándose al sol en alguna playa del Caribe, junto a su *doctorsito*, bebiendo mojitos y escuchando música latina. ¿Te dijo a qué lugar iban concretamente?

—Nada, jefe, ni una palabra, ni una pista siquiera. Todo un misterio. Pero tampoco les pregunté.

—Es lo que tiene el amor, al menos al principio: pasas de todo, desapareces y no dejas rastro.

—Qué romántico, Romerales.

—¡Bah! —exclamó este último poniéndose en pie—. ¿Te llevo al hotel? Son casi las cuatro de la mañana, tenemos que dormir un rato. Mañana será peor que hoy... Seguro.

A Monfort le habían reservado habitación en el céntrico hotel Mindoro, frente al teatro Principal, que tras su remodelación había vuelto a lucir el esplendor neoclásico con el que fue construido acorde con los gustos de la burguesía local. Llevó hasta allí su escaso equipaje, pero no se cambió de ropa ni tomó una ducha siquiera. Se quedó sentado junto a la ventana, fumando y bebiendo algunas de las pequeñas botellitas de licor del minibar. La agente Redó se había marchado con el doctor Jaume Ribes de vacaciones y no le había dicho adónde iba; quizá a algún lugar del Caribe, según le había comentado el comisario Romerales.

Domingo 23 de noviembre

(Segundo día)

3

Amanecía despacio. La mezcla de las dispares tonalidades que se formaban en el cielo era un espectáculo sensacional. La tenue luz se colaba por la ventana sin pedir permiso. Un fuerte viento azotaba la vieja y oscura ciudad. El hotel Crowne Plaza estaba en Royal Mile, en el corazón de la ciudad de Edimburgo. Había elegido aquel hotel porque un par de años atrás se había alojado allí y le había parecido acogedor y cómodo; además estaba situado en una zona ideal para visitar la ciudad, a dos pasos del castillo de Edimburgo.

—Si tuviera dinero me vendría a vivir aquí —dijo con voz cadenciosa saliendo del baño y ajustándose la toalla justo por encima del pecho.

—¿Y qué harías conmigo?

—Traerte aunque fuera a empujones.

Él rio de buena gana y ambos rodaron por la inmensa cama de la habitación, cayendo al instante la toalla que ella llevaba puesta.

Después de amarse con pasión entre las sábanas de algodón egipcio de la magnífica cama con dosel, él se dio una reconfortante ducha con las botellitas del gel aromático que encontró en la repisa del baño.

Ella preparó té con un hervidor eléctrico que había en la habitación y, apenas cubierto su cuerpo desnudo con una camiseta blanca, miraba a través de los grandes ventanales de la habitación el cielo plomizo de nubes hinchadas tan habitual en Escocia. Frente a la cristalera había antiguos edificios de grises paredes y puntiagudos tejados. Envuelta en el ambiente plomizo de aquella mañana, la calle tenía un encanto especial que la hechizó. Pensaba que aquello era lo que realmente le gustaba de Edimburgo: el cielo gris, los repentinos cambios meteorológicos, la lluvia, el frío, las nubes, el viento..., creyó que aquello que le gustaba de la ciudad era lo que le disgustaba al resto de la gente. Un autobús rojo de dos pisos se detuvo frente al hotel dejando escapar un resoplido de humo negro. De él bajaron una docena de personas vestidas con trajes y corbatas los hombres y vestidos pomposos y algo pasados de moda las mujeres. Portaban maletines y sus caras reflejaban una evidente falta de sueño. Él salió de la ducha, la abrazó por detrás y le acarició la cintura. Se fundieron en un apasionado beso que duró tanto que casi tuvieron que salir corriendo para no quedarse sin el esperado, abundante y delicioso desayuno: huevos fritos, beicon, judías con tomate con un punto dulce, salchichas, champiñones, zumo de naranja y litros de café con leche y esponjosos *scones*. Los esperaba una larga jornada de compras por las estupendas tiendas de Princes Street. Ella no quería hacer nada

más: comprar, comer, hacer el amor y no saber nada absolutamente de nadie más que no fueran ellos dos.

A los periódicos de Castellón no les dio tiempo a sacar en sus respectivas portadas toda la verdad de lo ocurrido en la calle Mealla. La policía y el juez encargado del levantamiento del cadáver supieron esconder a vecinos y curiosos la extrema violencia del crimen. Los periodistas publicaron confusos artículos en los que informaban de que en la céntrica calle de la capital de La Plana había aparecido un hombre asesinado en extrañas circunstancias, pero poco más.

Monfort apenas consiguió dormir unas pocas horas. Era mediodía, y en vez de bajar a desayunar pidió que le subieran un bocadillo de ternera y media botella de Marqués de Cáceres.

Veinte minutos después abrió la puerta y un joven empleado del hotel le entregó una bandeja con el generoso bocadillo y la botella de vino que el inspector palpó para confirmar que estaba en su punto justo de temperatura. Dio tres euros de propina al joven y cerró la puerta enseguida. Puso el televisor, buscó el canal autonómico de la Comunidad Valenciana y se acomodó en la butaca frente al aparato.

El bocadillo estaba delicioso, el pan crujiente, la ternera en su punto, caliente todavía. Se sirvió un vaso del vino tinto y se dispuso a dar merecida cuenta de la comida. Le gustaba comer solo; delante de la televisión, de un buen libro o con buena música; no hablar con nadie, no tener conversaciones superfluas. Sabía que con los años se había vuelto un hombre huraño y tal vez un tanto desagradable, pero le daba igual, no pensaba enmendar aquel defecto si es que acaso lo era; le iba perfecto así, no creía que debiera estar a bien con nadie más que con él mismo. Miró de reojo la botella de vino y vio que su interior había menguado considerablemente. El sabor de la ternera y del vino todavía se confundían alegres en el paladar. Bebió un largo trago y encendió un cigarrillo al que dio una placentera primera calada.

En el Canal 9 empezaba una serie simplona de amor y de celos con marcado acento sudamericano. Cambió con el mando a distancia y el siguiente canal era también de la televisión autonómica: noticias las veinticuatro horas del día. Empezaban en aquel momento. La presentadora puso cara de circunstancias en cuanto dejó de sonar la sintonía de cabecera del noticiario. «Un hombre fue encontrado muerto ayer en su piso de la céntrica calle Mealla de Castellón de la Plana. El individuo, a todas luces víctima de homicidio, se hallaba en avanzado estado de descomposición. La identidad de la víctima corresponde a un ciudadano de Castellón de la Plana, cuyo nombre se corresponde con las iniciales J. S., trabajador de la Generalitat Valenciana. El juez que se encarga del caso ha decretado el secreto de sumario hasta nueva orden. Los vecinos de la finca han contado que la víctima...».

Monfort se quedó inmóvil, con el vaso de vino en la mano a medio camino entre la mesilla y su boca, paralizado. Mientras la presentadora decía aquello se sucedían

imágenes de la calle Mealla, del comisario Romerales, de los vecinos, y hasta él mismo apareció en la pequeña pantalla hablando con un agente de policía en la puerta de la finca de la calle. Una reportera preguntaba a los vecinos detalles morbosos del suceso.

El inspector marcó el número del comisario pero comunicaba. Apuró el vino. Tres segundos después sonó su móvil.

—¿Quién cojones filmó eso? —Era Romerales quien hablaba visiblemente enojado.

—¿A mí me lo preguntas? Te recuerdo que yo llegué de Barcelona y tú me llamaste para interrumpir mis vacaciones.

—¿No viste a nadie grabando con una cámara?

—Romerales, no me jodas, hombre, no me jodas, que me voy y te dejo aquí con el muerto. —Monfort llenó de nuevo su vaso de vino y se echó un trago al coletito.

Llamaron a la puerta de la habitación insistentemente.

—Espera un momento, que llaman a la puerta.

—¡Joder! —masculló el comisario al otro lado de la línea.

—Hola, Corral —dijo Monfort abriéndole la puerta al nuevo subinspector y volviendo enseguida frente al televisor, aunque ya habían dejado de comentar el caso.

—¿Con quién hablaba? —preguntó el subinspector Corral.

—¿No oyes los gritos? ¿A ti qué te parece? —contestó Monfort tapando con una mano el micrófono del teléfono.

—¿Quién está contigo? —preguntó gritando el comisario.

—El subinspector Corral, que acaba de llegar, y no me grites que te cuelgo y se acabó.

—¡Joder, qué poco le ha costado llegar hasta ahí! ¡Tendré que recordarle que todavía soy yo el jefe! —bramó Romerales.

Corral movía la cabeza y daba pequeños bufidos mientras abría una ventana para que se marchara el olor a comida que inundaba por completo la habitación del hotel.

—¡Tienes que encontrar al cabrón que ha filmado eso y que ha filtrado todo ese chorro de información! —volvió a gritar el comisario.

—¿Has dicho... *tienes*? —preguntó con sorna Monfort.

—Hemos conseguido que los periódicos no sacaran nada escabroso esta mañana, y ahora va y sale todo esto en televisión. Me llamará el juez, el alcalde de Castellón, el presidente de la Generalitat, el ministro del Interior...

—¿Sólo te preocupa eso, eh, amigo? —Monfort guiñó un ojo a Corral.

—Me preocupa todo y estoy harto de que se escapen detalles, de que nos tomen el pelo, de que todo el mundo hable lo que le da...

Monfort cerró la tapa del teléfono y lo lanzó desde la butaca en la que se encontraba hasta el centro de la cama. El subinspector permanecía todavía en pie.

—Disculpa, siéntate, por favor. Ah, y felicidades por el ascenso.

—Gracias. —Corral tomó asiento arrugando la nariz y la frente, mirando el

desorden que reinaba en la habitación—. ¿Quién cree que pudo grabar eso que ha salido por la tele?

—Un vecino —contestó Monfort levantándose para coger un vaso limpio y servirle un poco de vino al subinspector—. ¿No te has fijado en la mala calidad de las imágenes?

—Gracias, ahora no —dijo Corral rechazando el ofrecimiento—. Es verdad, no había caído, debe de ser una cámara doméstica o un teléfono móvil.

—Pues hay que caer, hombre, hay que caer. Esas cosas son las que nos llevan a otras y así sucesivamente. —Hablaban sin mirarlo, con sorna, distraído y buscando el paquete de cigarrillos.

—Dígame, Monfort, está de mala leche conmigo, ¿verdad?

El inspector encendió un cigarrillo y conteniendo el humo en sus pulmones arqueó las cejas.

—Es por el informe, ¿no? —continuó Corral—. No le gusta, ya me lo ha dicho el jefe.

—El informe es una basura, pero da igual lo que a mí me parezca, lo que no me gusta es que hayas hablado tan pronto de todo esto con la viuda.

—El comisario Romerales me encargó el caso. Me dijo que la llamara para darle la noticia —explicó Corral, y Monfort advirtió que empezaba a ponerse nervioso.

—Ya, pero sólo para darle la noticia de la muerte de su exmarido, no para sacarle esa sarta de mentiras que has escrito. Y por otro lado, Romerales me llamó a mí. —Se dio un par de golpes en el pecho y la ceniza cayó al suelo.

—Pero el caso lo llevo yo.

—¡Me importa una mierda quién lleve el caso! —Cerró de un golpe la ventana que el subinspector había abierto antes y se giró bruscamente señalándolo con el dedo índice—. Recuerda esto: nunca subestimes a ninguno de los personajes que rodean la vida de una víctima de asesinato. Olvídate de si dicen que es guapa, olvídate de si está buena o no, olvídate del dinero que tiene, olvídate de su buena o mala fama. Olvídate de todo, desmenuza su cerebro, indaga en sus entrañas, mira a través de sus ojos... Pero todo sin que se dé cuenta, sin que vea que has caído embelesado por el color de sus medias o la talla de su sujetador.

—¡Hablaré con el comisario! —dijo Corral airadamente.

—Habla con quien quieras —contestó Monfort abriendo la puerta, invitándolo con un gesto de cabeza a que abandonara la habitación—. Pero si me entero de que vuelves a meter la pata, seré yo quien hable más de la cuenta.

La calle Alloza era un espacio agradable dentro del laberíntico centro de Castellón de la Plana. Las tiendas más selectas de la ciudad se sucedían unas al lado de las otras por toda la vía, y la ausencia de vehículos la hacían ideal para pasear. El suelo adoquinado y los bancos de madera dispuestos a lo largo de la calle le daban un

aspecto de ciudad acogedora. Monfort se quedó mirando el escaparate de la librería Plácido Gómez y repasó de un vistazo las novedades. Unos metros más allá entró en un pequeño bar de aspecto afrancesado, como un *bistro* parisino. Pidió una cerveza. El camarero le sugirió que la de barril era muy buena. Monfort asintió con la cabeza y observó al hombre abrir el surtidor y llenar la copa con buen arte. Bebió un trago largo.

—Perdone —le dijo al camarero para llamar su atención—. ¿Esa tienda de moda de aquí al lado lleva muchos años abierta?

—Muchos —contestó el hombre—. Tantos como el bar, que ya está a punto de cumplir los treinta.

—¿Conoce usted a Margarita Renau?

—Claro, todos aquí conocemos a Margarita.

—Todos no, yo no la conozco —apostilló Monfort tratando de sacar algo más.

—Pues ya la conocerá —concluyó el camarero enarcando una ceja—. Usted es policía, se ve a la legua. Hoy es domingo y por supuesto la tienda está cerrada. Han asesinado a su marido, pero no sé para qué le digo nada si usted ya lo sabe todo; además, ayer mismo vino aquí un compañero suyo y estuvo con ella en la tienda, e incluso la invitó aquí a tomar café. Estaba destrozada. Pobre mujer, menudo varapalo.

El camarero se sirvió medio vaso de cerveza y se lo bebió de un trago, se limpió el bigote con una servilleta y enjuagó el vaso en el fregadero.

—Margarita es muy, muy..., bueno, ya la conocerá usted. —De repente pareció como si el hombre se hubiera arrepentido de lo que iba a decir—. Y ahora, si me permite, he de servir en la terraza. La crisis y la prohibición de fumar en los bares están acabando con el negocio.

—Cóbreme, por favor.

—Nada, déjelo, invito yo, de perdidos al río.

Monfort caminó por la calle Alloza hasta llegar a la confluencia con la calle Colón. Se dio cuenta de lo cerca que estaba la tienda en la que trabajaba Margarita Renau del piso de Javier Serós, en la cercana calle Mealla. De hecho, la víctima y su exesposa debían de cruzarse alguna vez yendo y viniendo al trabajo o en dirección a sus respectivos domicilios. Constató una vez más que Castellón era una ciudad muy pequeña, todo quedaba a dos pasos, la gente se conocía, y no era de extrañar que Margarita Renau fuera conocida en la ciudad. La verdad es que tanta expectación le había provocado interés por aquella mujer tan popular, pero la torpe visita del subinspector Corral había puesto a la viuda sobre aviso de cualquier cosa que quisiera ocultar. No se podía negar que en aquellos momentos ella era la única persona que podía arrojar un poco de luz al asunto, y el supuesto policía al mando había metido la pata hasta el fondo.

Estaba muy cansado, la falta de sueño le pasaba factura. Un tremendo dolor de cabeza se había instalado para fastidiarle severamente. Marcó en su teléfono móvil el número de la agente Redó, pero lo tenía apagado o fuera de cobertura. Decidió volver

al hotel y acostarse. Se sirvió un *whisky* y lo acompañó de dos comprimidos de paracetamol. Buenas noches, se dijo a sí mismo.

Lunes 24 de noviembre

(Tercer día)

4

A las ocho y media de la mañana el subinspector Corral fue a ver al jefe Romerales a la vieja comisaría de la ronda de la Magdalena.

—O él o yo, sólo se lo diré una vez.

—Mira, Corral, es muy temprano, estoy de muy mala leche, hemos perdido dos días ya y lo que menos me apetece es una pataleta para empezar la mañana. No te subas a la parra, Corral, que te estás pasando.

—He dicho que no se lo diré otra vez, comisario.

—Me gustabas mucho más cuando eras agente; se te han subido los humos demasiado pronto. Hace cuatro días que te han promocionado a subinspector y mira cómo te estás poniendo en el primer caso que te encargo.

El comisario Romerales había citado al subinspector Corral en su destartalado despacho para tratar de averiguar quién había filtrado la información. Corral caminaba nervioso por el reducido espacio atestado de papeles y fotografías de delincuentes. El comisario permanecía sentado en su silla y tenía la frente perlada de gotitas de sudor que delataban su mal humor a punto de estallar.

—¡Llame a Monfort y dígame que me deje trabajar a mi manera de una puta vez!
—gritó Corral.

—Habla bien y no te pongas borde o te aparto del caso. —Romerales habló en voz tan baja que el subinspector se acercó hasta su mesa para oír mejor lo que el jefe decía.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo Corral.

—He dicho que si no te callas de una vez y te pones a trabajar a las órdenes de Monfort, te pego una patada en el culo y te pongo a barrer el patio de esta condenada comisaría.

—No me puede hacer eso —lo retó Corral.

El comisario Romerales se puso de pie y se encaminó hacia la puerta. La abrió de par en par y haciendo un gesto grandilocuente con la mano invitó al subinspector a abandonar inmediatamente su despacho.

Cuando Corral ya salía por la puerta, Romerales lanzó una sentencia:

—Ayuda a Monfort en lo que necesite, y no me pongas a prueba, Corral, no me pongas a prueba.

El subinspector pasó por delante de su jefe y al darle la espalda alzó su dedo corazón erguido.

Romerales cerró la puerta de su despacho causando un ruido ensordecedor y

levantando una nube de polvo. Todos los policías salieron de sus pequeños cubículos para ver qué pasaba. Romerales volvió a asomarse al pasillo y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Y ustedes vuelvan a sus puestos ahora mismo!

El subinspector Corral era consciente de que el informe que había presentado no era lo mejor que se podía esperar. Pero ya estaba hecho, era un hombre orgulloso y estaba pasando por un mal momento. Su mujer quería tener otro hijo, pero él no. Ya eran padres de dos criaturas y no tenía ganas de volver a repetir. Sólo pensaba en pañales, en lloros, en noches sin dormir, en su suegra dando consejos a todas horas, sobre todo pensaba en su suegra. En el bar Villahermosa, en la ronda de la Magdalena, muy cerca de la comisaría, Corral pidió un carajillo de ron. Lo bebía lentamente, a pequeños sorbos. Cuando lo acabó salió a la puerta para encender un cigarrillo. Echaba de menos trabajar con la inspectora Forcada. Había aprendido mucho con ella. No solían discutir por el trabajo. Cierto era que Forcada se mofaba un poco de su sosa vida de marido calzonazos, pero poca cosa más; además tenía gracia para meterse con él, y después le pedía perdón. Le gustaba aquella cara angulosa y aquel largo cuello que disimulaba con sus jerséis de cuello alto. Ana Forcada era una mujer de una pieza, un pedazo de mujer, pensó. Pero ahora había llegado otra vez Monfort para tocar las narices; Romerales confiaba en él más que en ningún policía de la comisaría de Castellón. ¡Manda huevos!, pensaba. Tenía que venir un tipo de Barcelona a solucionarles la vida a los de Castellón, como si fueran tontos. Romerales le había encargado el caso de la calle Mealla, aunque en realidad lo había hecho porque Ana Forcada estaba en Valencia, en aquel asunto de las prostitutas. Y luego tuvo que llamar al borrachuzo de Monfort. Y se rumoreaba que la agente Redó se había ido al Caribe de vacaciones. Romerales era un cabrón: le había encargado el caso a él solo porque en aquella mierda de comisaría no quedaba nadie más.

Aplastó la colilla del cigarrillo con el zapato y entró de nuevo en el bar. Olía a callos. Pagó el carajillo. Pensó en comerse un plato de aquellos callos que olían divinamente, pero supo que, si lo hacía, su mujer le olería el aliento y le regañaría a base de bien. Además, necesitaba todo el valor que pudiera reunir para decirle, aquel mismo día, que no quería más niños. Y punto, se acabó. Aunque en el fondo dudaba de que fuera capaz de decírselo de aquella manera.

—¿Unos callos, jefe? —le preguntó el camarero, que servía una ración a un cliente.

—No puedo —dijo Corral sin apartar la vista del plato—. Tengo que trabajar.

—Ahí ya no puedo ayudarle —concluyó el camarero mientras cortaba rebanadas de pan de una barra crujiente.

—Vaya mierda —dijo en voz baja, casi sin darse cuenta.

El camarero sonrió a sabiendas de que Corral hubiera preferido sentarse a una mesa y disfrutar de los callos y de un buen vaso de vino. Eran las nueve de la mañana

y en la calle un viento frío inundaba el ambiente de recelo.

Sólo pudo ver un cuerpo que se acercaba hacia ella deprisa, en silencio. No consiguió ver qué había detrás de la puerta que se acababa de abrir dejando entrar un brote de luz y de vida. Millones de motas de polvo flotaban en el espacio de aquel sucio cuarto. Fue lo único que vio hasta que aquella persona le propinara un bofetón de tal calibre que creyó que el cerebro se le movía en el interior de la cabeza. Notó cómo le brotaban gruesas lágrimas y cómo le caían lentamente por la cara. Le ardía la mejilla abofeteada. Era un hombre; supo que era un hombre cuando notó sus dedos enguantados arrancando de cuajo la cinta que le tapaba la boca. A duras penas vio que llevaba un pasamontañas con el que se cubría el rostro. Tomó aire con fuerza un instante antes de ahogarse. Sintió que volvía a orinarse encima sin poder remediarlo. La segunda vez que le golpeó fue todavía más fuerte y, ya sin la cinta que aprisionaba su boca, se escuchó gritar de dolor. Luego volvió la oscuridad. Pensó que había muerto.

Margarita Renau indicó a su hijo que no le pasara ninguna llamada. Recostada en un gran sofá de color blanco, tomaba una taza de té. Cubría sus piernas con una delicada manta de lana. Su hijo iba y venía como una fiera enjaulada por el enorme salón, decorado en estilo moderno de líneas claras y luminosas. Una larga mesa de comedor, que albergaba ocho sillas tapizadas igual que el sofá, presidía la sala. Un gran ventanal daba a la plaza Huerto Sogueros desde el que se veía la gran estatuafuente del controvertido escultor Juan Ripollés. En una mesa baja, junto al sofá, había revistas de decoración, un sofisticado mando a distancia y una caja de pañuelos de papel. Pese al semblante que mostraba más rabia que dolor, la exesposa de Javier Serós conservaba un impecable peinado como si acabara de salir de la peluquería. Alta, esbelta, de facciones angulosas, barbilla perfecta, nariz puntiaguda y desafiante, Margarita vestía un ajustado suéter de color negro que resaltaba su delgada figura. Una sencilla falda de color beis por encima de las rodillas acentuaba su cintura de avispa. Estaba tumbada en el sofá y no se había quitado los finos zapatos de tacón de alguna marca cara y elegante.

—Bernat, por favor, siéntate, que me estás poniendo nerviosa con tanto paseíto —dijo a la vez que tomaba otro pañuelo de la caja.

—No hemos tenido bastante con todo lo que hemos pasado con papá... y ahora esto —comentó el hijo más para él que para su madre.

—Tu padre jugaba con fuego. —Margarita Renau encendió un cigarrillo con un encendedor dorado.

—¡Mi padre era un cabrón! —espetó Bernat, y abrió una de las ventanas que daban a la plaza—. ¿Tienes que fumar dentro de casa?

Ella obvió el comentario de su hijo y le hizo un gesto para que le acercara un cenicero de cristal que estaba sobre la mesa del comedor.

—Un mujeriego; en eso se había convertido tu padre, en un mujeriego. Golfas, prostitutas, vete a saber con quién. Tu padre era un perdido. Qué demonios estaría haciendo por ahí para acabar así...

—Pero ¿quién ha podido hacerle semejante barbaridad? Por muy putero que se hubiera vuelto en los últimos tiempos, lo que le han hecho es una atrocidad. —Bernat seguía paseándose como una fiera enjaulada y frotándose las manos de manera exagerada—. ¿La Policía te ha dicho algo más? ¿Están trabajando en ello? ¿Tienen alguna pista?

—¿La Policía? —Margarita exhibió una mueca burlona y chasqueó la lengua—. Hay un policía, el que me dio la noticia... Quiso saber demasiadas cosas.

—¿Y? —preguntó Bernat girándose hacia su madre con gran interés.

—Un gilipollas, un tontorrón que no quitaba ojo a mis piernas; un advenedizo, un...

—¡Por favor! —Bernat parecía molesto e indignado con la forma de reaccionar

de su madre.

—Perdona, hijo, pero el poli que vino es un inepto, un incompetente. Sólo quería saber si mantengo alguna relación con alguien.

—¿Y no enviarán a otro policía más espabilado?

Margarita Renau apagó el cigarrillo a medio fumar y se puso en pie recomponiendo su falda y el ajustado jersey. Se dirigió a la ventana y, observando a los transeúntes que cruzaban en aquellos momentos la plaza Huerto Sogueros, dijo:

—A mí ya me va bien que hayan puesto a un imbécil.

Monfort se despertó a las nueve de la mañana. El dolor de cabeza continuaba allí, pero decidió ignorarlo. Desayunó rápidamente en la cafetería del hotel, café solo y medio cruasán. Pensó en ir a ver a Margarita Renau pero de repente cambió de parecer y resolvió, en un acto de pura intuición, encaminarse hacia la oficina del INEM de la calle Castelldefels, el lugar de trabajo de la víctima. Ya habría tiempo para hablar con la viuda. Además, estaba seguro de que ella esperaba que Corral, embelesado, volviera a visitarla para interrogarla un poco más a fondo. Si era tan lista como todo el mundo decía, se habría dado cuenta de que el subinspector no era el hombre adecuado para encargarse de un caso tan extraño como aquel. Lo que seguramente le iba de perlas.

Unas veinte personas guardaban turno a la puerta de la oficina del paro. Monfort pasó por delante de todos ellos y entró en las dependencias. Un guardia de seguridad, armado con pistola y porra, y con bastantes kilos de más, lo detuvo.

—Hay que coger turno —gruñó.

Monfort no pudo evitar mirar la enorme panza que sobresalía grotescamente por encima del cinturón.

—No he venido a lo que crees —dijo señalando las mesas ocupadas.

—Es igual, coge número —espetó desagradable.

—No, no es igual, he venido a hablar con el director de la oficina.

El guardia de seguridad soltó una risita forzada y cambió el peso de un pie a otro. Monfort lo miró de arriba abajo y pensó que con semejante panza no debía de verse el pene al orinar.

—Aquí todo el mundo quiere hablar con el director. Haz el favor de coger un numerito y ponerte a la cola si no quieres que...

Monfort le estampó la placa de policía a dos dedos de sus narices y a partir de aquel momento todo fueron saludos militares, buenos modales y prisas para que pudiese ver al director.

—Gracias, majete —masculló Monfort cuando llegaron a la puerta del despacho del director—, y procura rebajar el tonel ese antes de que no te quepa nada más ahí dentro y haya que abrirlo.

El director de la oficina de empleo era un hombre extremadamente flaco, vestido

con camisa azul y un pantalón vaquero que acentuaba aún más su exagerada delgadez. Sus grandes ojeras oscuras daban muestra de mucho estrés y poco descanso.

—Siéntese, por favor, siéntese —dijo, y le tendió la mano a Monfort después de que este se presentara mostrándole la placa—. Mi nombre es Enrique Gálvez. Soy el director desde hace unos cinco meses.

—¿Quién era el director de la oficina antes de usted? —preguntó Monfort, observando el montón de papeles que acumulaba Gálvez sobre la mesa de su diminuto despacho de paredes de quita y pon.

—Javier Serós.

—¿Sabe lo que le ha pasado? —preguntó el inspector mirándolo directamente a los ojos.

—Sí —contestó, y se quitó un inexistente hilo de la manga de la camisa.

—Y los días previos a su muerte, ¿qué puesto ocupaba él aquí?

—Era el subdirector. —Gálvez tosió ligeramente.

—¿Lo relegaron a subdirector? —Monfort se hizo el ingenuo.

—Sí. —La respuesta fue más escueta de lo que al inspector le hubiese gustado.

—¡Qué lujo! —ironizó Monfort alzando ambas cejas.

—¿Por?

Era evidente que Gálvez empezaba a ponerse nervioso.

—Por nada, por nada... —Hizo un gesto con la mano como si espantara una mosca, quitándole importancia al comentario—. Y, dígame, ¿por qué dejó de ser director para convertirse en «subdirector»? —pronunció con retintín la última palabra.

—Por cierto *affaire* con una secretaria con la que no acabó demasiado bien.

—¿Se puede explicar un poco mejor? —preguntó apoyándose en la mesa con los codos y juntando las manos en señal de prestar más atención.

—No. Lo siento. —El director estaba cada vez más nervioso. Monfort vio que le temblaban los dedos.

—¿Lo siento? Vamos, hombre, ¿qué es lo que siente?

—No sé nada más, de verdad.

—¿Le pasa a usted algo, señor Gálvez? Lo noto nervioso y cansado.

—Es este trabajo, los compañeros, las envidias... Apenas me dirigen la palabra, me hacen el vacío, me ignoran.

—¿Pasan de usted porque es el nuevo director que vino a joder a Serós? —preguntó Monfort mirando la fina puerta que separaba su pequeño despacho del resto de los trabajadores de la oficina.

—No..., es mucho más complicado. —Gálvez resopló sonoramente—. Fui yo quien tuvo que despedir a la secretaria a la que supuestamente acosó Serós.

—Y usted está convencido de que ella no tenía ninguna culpa.

—Exacto.

—Pues dígaselo a sus compañeros.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué le dicen?

—Que soy un mierda. Que estaba conchabado con Serós.

—¿Serós le hablaba?

—Sí, pero sólo para amenazarme constantemente con echarme a la calle si no hacía lo que me decía.

—¿Amenazarle? —Monfort estaba entusiasmado tirando a Gálvez de la lengua.

—Sí, ahora ya puedo hablar con total sinceridad.

—¿Y antes no?

—No. Antes tenía miedo de lo que pudiera pasarme.

—Pues sí que está esto complicado... —apuntó Monfort irónico.

—Por favor, inspector, no se meta conmigo que bastante tengo ya. —Al hombre empezaron a temblarle los párpados y las comisuras de sus labios acumulaban una pasta de saliva seca resultante del pánico.

—Empecemos por el principio —sentenció Monfort acomodándose en la silla.

Enrique Gálvez llenó un vaso de plástico con agua de una botella. A continuación se puso en pie, cerró la puerta y bajó las cortinillas de los cristales del pequeño despacho a fin de que nadie pudiera verlos.

—Yo vivo en Valencia; antes trabajaba en una oficina del INEM del barrio de Ruzafa. Me trasladaron aquí porque el director de esta oficina había tenido problemas por un supuesto acoso a una secretaria, Luisa Oliveres. Los de arriba intentaron tapar el asunto desde el primer día. Para ello buscaron una solución salomónica que no beneficiaba a nadie más que a Javier Serós. Me llamaron a mí, que era de Valencia y no me enteraba de nada de lo que pasaba aquí, me nombraron director y a Serós lo relegaron a subdirector pero con la condición de que siguiera mandando y yo me convirtiera en un títere que no pintaba nada más que estampar la firma allí donde él me lo pedía. Lo peor de todo fue que desde arriba —señaló el techo con el dedo índice— me ordenaron que abriera un expediente a Luisa Oliveres por mal comportamiento en el trabajo, y finalmente fue despedida de la noche a la mañana sin que el motivo estuviera claro. Serós era un tipo muy influyente en Castellón. Llevaba muchos años trabajando aquí. Era un peso pesado dentro de la red de oficinas del INEM.

—Hábleme de Luisa Oliveres —aprovechó para preguntar cuando Enrique Gálvez bebía agua.

—Luisa es una mujer de bandera. La más atractiva de toda la oficina. Morena, de unos cuarenta años, de estatura media. Venía todos los días a trabajar hecha un primor: bien maquillada, vestida con exquisito gusto..., su cuerpo, créame, es de los que no se olvidan. Me contaron que había tenido un escarceo con Javier Serós, pero cuando yo llegué ya no se veían. Serós le había prometido que se iría a vivir con ella, pero por lo visto eran patrañas. Cuando Luisa se dio cuenta del engaño le dejó. Desde

el día que abandonó a Serós harta de sus mentiras, algunos hombres la esperaban a la hora de salir. Ella se pavoneaba y delante de Serós les metía la lengua hasta la tráquea apretando su más que generoso busto contra el pecho de aquellos amantes ocasionales. Serós se moría de celos. Luisa volvía a la mañana siguiente y hacía alarde entre sus compañeras de sus aventuras. Empezó a vestir cada vez faldas más cortas y blusas escotadas que dejaban ver su bien torneado pecho. Hasta que Javier Serós explotó de ira y de celos y, tras mandarle que se quedara después de que todos se marcharan a sus casas, la encerró en uno de los baños de la oficina e intentó, siempre según la versión de Luisa, abusar sexualmente de ella. La noticia corrió como la pólvora. Luisa se lo dijo a todos los compañeros. Serós la amenazó con despedirla si seguía hablando del asunto. Lo demás ya se lo he contado.

—¿Luisa lo denunció a la Policía?

—Parece ser que no.

Enrique Gálvez parecía agotado tras el relato. Volvió a beber un sorbo de agua. Se secó la boca con un pañuelo de tela que dobló exactamente como estaba antes y lo guardó en uno de los bolsillos traseros de su pantalón vaquero.

—¿Y usted la despidió? —preguntó Monfort.

—Hice lo que me mandaron.

—¿Quién?

—Alguien que llamó por teléfono.

—Dígame su nombre.

—No me lo dijo. Sólo dijo que llamaba de Dirección.

—¿Y ya está? Lo llamó no sé quién, le dijo que despidiera a Luisa Oliveres y usted acató y aquí paz y después gloria.

—Déjeme tranquilo, por favor. Inspector, yo no he hecho nada, ya se lo he dicho, se lo juro..., yo no he hecho nada...

—Yo no he dicho que usted haya hecho algo —concluyó Monfort poniéndose en pie para dar por terminada aquella reunión, por el momento.

6

Ocurrió en la conocida playa del Serradal, muy cerca de la línea divisoria entre las playas de Castellón y las de Benicàssim; una zona de dunas protegidas con pasarelas que llevaban desde el paseo hasta la orilla del mar y con carteles que advertían de su fácil deterioro. Un viento intenso hacía que los escasos paseantes tuvieran que anclar los pies en el suelo para no perder el equilibrio. Las olas rugían bravas y golpeaban sin cesar en el espigón que protegía el delicado arenal donde nidificaban las aves. Un reloj digital del paseo marítimo marcaba ocho grados centígrados. Nubes malhumoradas amenazaban con lluvias torrenciales que podían caer en cualquier momento. Un hombre caminaba deprisa con un perro pequeño por la orilla de la playa, con los pantalones remangados en los tobillos, dejando que el agua bañara sus pies y le proporcionara, pese a la baja temperatura del agua, un relajante masaje de sal marina. Sin dejar de caminar se volvió para llamar al perro, que se había quedado rezagado, olisqueando. El hombre continuó caminando hasta que el perro empezó a ladrar impertinentemente a algo que sobresalía apenas unos centímetros en la arena. Llamó a su mascota con un nombre cursi y remilgado. El perro no atendía a los reclamos de su amo, que al final se dirigió hacia el lugar donde estaba. Mientras caminaba sacó de su bolsillo una fina cadena con el fin de atarla al collar y sacar al animal de aquel ensimismamiento olfativo tan común en los canes. El perro mordió algo que sobresalía de la arena y tiró de ello. El hombre aguzó la vista entornando los ojos para ver lo que su perro mordía, a la vez que aligeraba cada vez más el paso. Al llegar adonde estaba el perro vio que lo que su refinada mascota asía con los dientes no era otra cosa que una mano humana cerrada en un puño a causa del *rigor mortis*.

En la comisaría de la ronda de la Magdalena, un agente se encaminaba con paso firme hasta el despacho en el que Monfort esperaba con una taza de café malo entre las manos a que llegara el comisario Romerales. La puerta estaba entreabierta, y desde fuera vio los restos de un bocadillo de beicon que amarilleaba junto a un viejo ordenador.

—Inspector Monfort, han hallado un cadáver —dijo el agente introduciendo únicamente la cabeza en el despacho.

—¿Dónde? —preguntó el inspector intentando tragar el café de máquina.

—En la playa del Serradal.

—Llame al comisario Romerales enseguida.

—Disculpe, ya lo he hecho, pero tiene el teléfono fuera de servicio.

—Pues vaya a buscarlo a su casa —ordenó tajante poniéndose en pie.

Romerales y Monfort se encontraron en la arena de la playa del Serradal, justo en el

lugar en el que la Policía Científica acababa de desplegar una especie de tienda de campaña en cuyo interior se encontraba la víctima. El motivo de tan aparatoso despliegue se debía a que el fuerte viento reinante no modificara ninguna prueba. En el paseo, en una furgoneta policial, se encontraba el hombre que había encontrado el cadáver. El perrito aguardaba anudado a un árbol.

—¿Por qué no me has llamado enseguida? —preguntó visiblemente molesto el comisario Romerales—. Creo que sigo siendo el jefe...

—Tu teléfono está apagado. —Monfort trataba de encender un cigarrillo, tarea complicada por culpa del viento.

El comisario metió la mano a toda prisa en el bolsillo interior de su abrigo para sacar su teléfono móvil y comprobar, estupefacto, que estaba apagado.

—¡Mierda! —masculló, e hizo un gesto como si fuera a tirar el aparato al suelo.

—El cadáver tenía una nota en la mano —dijo Monfort captando de nuevo la atención de su jefe.

—¿Una nota?

—Sí, una nota.

El inspector sacó un trozo de papel doblado en cuatro partes y se lo tendió a Romerales.

—¿Has visto ya el cadáver? —preguntó este tomando la nota firmemente entre sus dedos.

—Sí, claro. Entra tú y luego hablamos, ahora voy a charlar con el hombre que encontró el fiambre. Parece que está muy asustado. Dicen que lo encontró el perro ese tan pequeño y tan repipi que está atado al árbol. A lo mejor sería conveniente que en esta, vuestra comisaría de Castellón, empezéis a contratar a perritos así, por lo visto descubren más cosas que algunos de los policías que tienes en plantilla.

Monfort se levantó el cuello de la gabardina y, hundiendo sus manos en los bolsillos, empezó a caminar torpemente sobre la arena hacia el paseo de la playa. Varios agentes acordonaban una amplia zona para que los paseantes curiosos no intercedieran en el trabajo de la Policía.

El comisario Romerales desplegó la nota sujetándola con firmeza para que no se la llevara el viento. Giró su cuerpo hasta que encontró la mejor postura para que el aire no lo molestara, y poniéndose en cuclillas apoyó el trozo de papel sobre una de sus piernas. En la nota se leía:

Todo aquel que hace pecado es siervo de pecado.

El doctor Morata y su ayudante, la doctora Trencó, inspeccionaban el cadáver bajo la atenta mirada de Monfort.

—Ha muerto de una manera cruel y despiadada —sentenció el forense sin levantar la vista del cuerpo—. Estaba vivo cuando lo enterraron. Debió de sufrir horrores mientras agonizaba, murió desangrado y asfixiado, tiene la tráquea y los conductos respiratorios completamente obstruidos por la arena de la playa.

—Ya —dijo Monfort—, pero no es eso lo que más les preocupa, ¿verdad, Morata?

—Cierto, inspector. Lo que más nos preocupa, y debería de preocuparles a ustedes también, es la forma brutal con la que le amputaron los genitales. Probablemente lo hicieron en la playa misma. Es horrible. Y ya van dos. De la misma manera. Corta de un tajo certero y deja que se desangren completamente...

—Pero no se contenta con eso —prosiguió Monfort—, después les da una forma de muerte horrible, como si cortarles los huevos no fuera suficiente salvajada.

»¿Qué más le preocupa? —preguntó al ver los pequeños ojos del forense perderse en el infinito.

—Me cuesta creer que una sola persona sea capaz de hacer tantas cosas y, sobre todo, tan complicadas... Cortarles los genitales, colgar a una de las víctimas de una viga... y más teniendo en cuenta que Serós no era un hombre especialmente delgado; y luego al otro..., aquí lo tiene, observe si quiere la cantidad de arena que ha tragado. Una de dos, o lo tienen todo premeditado, o simplemente se trata de un salvaje.

—No se olvide de las notas, doctor. Están escritas con ordenador. Ningún asesino chapucero se dedica a escribir notas con el ordenador y a dejarlas con cuidado en la escena del crimen para asegurarse de que las encontraremos sin mayor problema.

—Disculpen —interrumpió la doctora Trencó quitándose unas gafas especiales de gran aumento—, el arma con la que cortaron los genitales de las víctimas debe de ser un cuchillo de los de hoja ancha, de caza, un machete tipo militar, profesional. El corte es brutal pero, si observamos bien, el asesino no tiene por qué ser alguien que no sepa manejar ese tipo de arma. No sé..., parece como si..., como si fueran cortes llevados más por la pericia que por la inexperiencia. Acabo de constatar que en las dos víctimas la hoja del cuchillo entra en contacto con la piel por el mismo lugar, apenas hay unos milímetros de diferencia; es aquí, justo en esta parte del pubis. Fíjense, por favor, miren aquí, y ahora observen esta fotografía de la zona donde entró el cuchillo en Javier Serós.

—¡Magnífico, Sonia! —exclamó el doctor Morata, al que se le había iluminado el rostro de repente—. Tienes razón, es cierto, estábamos ofuscados, pensábamos sólo que el asesino podría ser un bruto, pero es posible que nos estemos equivocando. Pueden ser varios los motivos que le impulsen a obrar así. La ira puede producir reacciones violentas, pero eso no quiere decir que el asesino no sepa lo que hace.

Perfecto, Sonia.

La doctora Trencó sonrió a Monfort y a Morata, satisfecha de las palabras de su jefe.

El inspector observaba en silencio los movimientos exactos de los médicos forenses. Admiraba su trabajo y la terrible predisposición a meter las manos en lugares donde jamás las meterían otras personas más o menos normales, por decirlo de alguna forma. Para Monfort, aquella especialidad médica era sólo para héroes.

Era su primer año de trabajo en el Instituto de Medicina Legal de Castellón. Antes había trabajado en Zaragoza, en Madrid y en la ciudad francesa de Lyon. Se había doctorado en la Universidad de Massachusetts bajo la supervisión del prestigioso doctor Michael Rennes, una eminencia en el ámbito de la medicina forense en los Estados Unidos, colaborador habitual del FBI y autor de una buena cantidad de libros especializados, además de presentar su propio programa de televisión en la CNN. Sonia Trencó acababa de cumplir treinta y seis años. Había pasado los tres últimos en Lyon, depurando una especialidad que a su familia le había parecido al principio una verdadera locura. Los profesores de Sonia en la Universidad Autónoma de Barcelona habían conseguido convencer a la familia Trencó de que el nombre de su hija daría que hablar en el campo de la medicina forense, pero para ello debía aceptar, en primer lugar, la beca que le ofrecían para que se trasladara hasta Massachusetts. De familia de clase media —su padre trabajaba como directivo en una empresa azulejera—, Sonia Trencó había despuntado muy por encima de la media en la facultad. Su madre, ama de casa, sufrió más que nadie la partida de Sonia. Era hija única, la perla de la casa, la princesa del cuento de los Trencó.

Morata había solicitado los servicios de Sonia cuando leyó su completo currículum. Se convirtió en la ayudante del prestigioso director del Instituto de Medicina Legal de Castellón. Se acabaron para la doctora Trencó los viajes en vuelos de bajo coste para visitar, tres o cuatro veces al año, a su familia y a su novio, Israel Bonet, a quien había conocido en Castellón tres años antes, en la despedida de soltera de su mejor amiga. Su cuerpo esbelto, sus rubios cabellos y una voz que hipnotizaba habían enamorado a Israel en aquella discoteca del polígono de Los Cipreses, en el extrarradio de la ciudad. En los inicios de la relación, él dudaba de que aquello pudiera tener continuidad, más que nada por los constantes viajes de ella. Pero Sonia tenía una voluntad de hierro y acababa consiguiendo todo lo que se proponía. Sabía que algún día volvería definitivamente a Castellón, y cada vez que el avión despegaba con dirección a Lyon, o a cualquier otro lugar, se hacía el propósito de regresar lo más pronto posible. Un día descubrió en una revista científica que a un doctor de la capital de La Plana le habían concedido uno de los más importantes galardones otorgados en medicina forense. Ponerse en contacto con el doctor Morata le costó tan sólo un par de llamadas y un correo electrónico. El resto fue llamar a sus

padres y darles la alegría de sus vidas. Israel hubo de pellizcarse para saber que la noticia del regreso de Sonia no había sido un sueño.

Martes 25 de noviembre

(Cuarto día)

8

El segundo cadáver correspondía a Héctor Valiente. Un hombre de treinta y cinco años que vivía solo en un piso de alquiler de la calle Hermanos Bou de Castellón, muy cerca de la Cámara de Comercio y de las nuevas rondas de circunvalación que poco a poco conseguían convencer a los conductores de que aquella era la mejor manera de descongestionar el tráfico de la ciudad. Separado y con dos hijos pequeños, actualmente estaba sin trabajo. No tenía familia en la ciudad. Sus ancianos padres y su único hermano, mayor que él, vivían en un pequeño pueblo de la provincia de Badajoz.

Los agentes Terreros y García, a las órdenes del subinspector Corral, elaboraron un concienzudo informe de la víctima en muy poco tiempo. Habían interrogado a los vecinos. Una anciana que vivía en el piso de abajo dijo que era un chico muy amable y simpático, pero que llegaba siempre muy tarde y hacía mucho ruido al entrar en casa, y que arrastraba los muebles y que parecía como si se le cayeran las cosas.

Su exmujer y los dos niños se habían marchado a Rumanía, país de nacimiento de la primera. La Policía de Bucarest se había puesto manos a la obra, pero de momento no habían dado con ella; en la comisaría de Castellón dudaban que la encontraran si no quería aparecer.

Héctor Valiente era muy conocido en ciertos bares. Terreros y García consiguieron desmadejar, a toda prisa, un ovillo de hilo que los llevó hasta varios locales de alterne de la ciudad. La encargada de uno de ellos confesó a los agentes que Héctor era un tipo engreído que creía que con dinero podía hacer lo que le diera la gana con las mujeres que trabajaban allí. Les contó también que le gustaba la bebida y el juego..., todo hasta que en su vida se cruzó una tal Luisa, una morena despampanante que trabajaba en la oficina de empleo donde Héctor se presentaba cada semana en busca de una nueva oportunidad. Comenzó a salir con ella y no le vieron el pelo durante algunos meses, luego volvió, más roto que antes. Dijo que Luisa lo había utilizado para dar celos a un tipo del que estaba enamorada y que además era su jefe. Cuando Luisa se cansó de tanto amor verdadero y una vez que acabó el asunto de poner celoso al otro a costa de Héctor, lo dejó tirado como una colilla. Regresó totalmente hundido a su particular mundo nocturno. En uno de los locales de alterne les contaron que las chicas hacían bromas a su costa: «Esa bruja ha exprimido tanto a Héctor que ya no se le levanta». Bebía más que nunca y llevaba una vida mucho más promiscua que antes. Se acostaba con todas las mujeres que le acariciaban el bolsillo y buscaba sexo en lugares tan poco apropiados como los

caminos de las huertas de las afueras de la ciudad, en los que se apostaban mujeres destrozadas y obligadas por sus proxenetas a ejercer la prostitución. Valiente cayó en una espiral de sexo sucio y bebida barata que amenazaba con acabar pronto con su vida. Pero algo se cruzó en su camino y la muerte le llegó finalmente de una manera más violenta de lo que nadie hubiera esperado. Ahora era la segunda víctima del extraño asesino.

La vieja comisaría de Castellón de la Plana estaba situada en la ronda de la Magdalena. Una avenida que cruzaba de norte a sur lo que un día fue parte de la ciudad antigua. Muy cerca estaba el estadio Castalia, el campo de fútbol del Castellón, un equipo grande venido a menos por la falta de sponsorización y sobre todo por las malas artes de sus dirigentes en las últimas décadas. A poca distancia se encontraba también el Hospital General de Castellón y la salida de la ciudad hacia Tarragona y Barcelona. La comisaría estaba seriamente deteriorada y sus instalaciones completamente obsoletas. Los rumores de una nueva sede policial en una zona nueva de la ciudad contribuían a que poco a poco todos dejaran de cuidar el viejo edificio.

Una larga fila de inmigrantes subsaharianos aguardaba con rostro apesadumbrado a que les llegara el turno para ser atendidos por dos agentes de ojos cansados y profundas ojeras de color parduzco. Un cielo denso de color plomo amenazaba con descargar fuertes lluvias en cualquier momento. Los inmigrantes miraban al cielo y a lo que restaba en la cola para ser atendidos. Ninguno llevaba paraguas. Seguro que les habían dicho que en Castellón ni llovía ni hacía frío. Monfort observaba la escena asomado a una de las ventanas de la comisaría desde la que veía el edificio de enfrente, que un día fue una clínica llamada Santa Teresa y que ahora era sólo un montón de escombros que sorprendentemente se mantenía en pie y de la que únicamente quedaba el cartel, antaño luminoso, que anunciaba el centro hospitalario. El inspector esperaba en una estancia deslucida que hacía las funciones de sala de conferencias. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Vio que la fila de inmigrantes se apretaba contra la pared buscando cobijo bajo la cornisa de la fachada desconchada de la comisaría. Monfort pensaba en su esposa, Violeta, en la manera tan absurda en que aquellos desalmados acabaron con su vida. Una autopista. Una apuesta. Cocaína. Dinero sucio, maldad... Y una joven y bella esposa muerta de repente, sin tiempo para vivir la vida, sin tiempo para engendrar un hijo. Recordó también de qué manera él mismo abandonó el mundo que lo rodeaba tras dar sepultura a su esposa. Se refugió en la academia de policía con una única idea en la mente: dar caza a los malnacidos allí donde estuvieran. Aquellos pensamientos se repetían día tras día, como un mantra cansino que no podía desterrar de su cerebro magullado. Los golpes que alguien dio al otro lado de la puerta lo sacaron del ensimismamiento. En parte se alegró.

—¿Se puede?

Era la voz del comisario Romerales. Entró en la sala sin que Monfort contestara, acompañado del subinspector Corral y de los agentes Terreros y García. Los cinco policías tomaron asiento alrededor de una gran mesa. Terreros y García procedieron a improvisar un mural en una de las paredes, en la que colgaron multitud de fotografías referentes a los asesinatos que tenían entre manos. Mientras afianzaban las instantáneas en la pared con chinchetas, tomó la palabra Romerales:

—Lo primero que necesito solucionar es que tú, Corral, empieces a llevarte bien con Monfort.

—Lo que quiere decir el jefe es que acates mis órdenes —dijo este mirando al subinspector.

—¡Y un cuerno! —Corral dio un golpe con la palma de la mano encima de la mesa—. ¡A mí me dio el caso primero!

—¡Pues quédatelo! —le increpó Monfort poniéndose en pie y alargando la mano para coger la gabardina del respaldo de la silla.

—¡Quietos! —gritó Romerales.

Los agentes Terreros y García se quedaron inmóviles y una de las fotos de Héctor Valiente cayó al suelo.

—Tú, Monfort, siéntate, y tú, Corral, harás lo que yo te diga si no quieres que hable con los de arriba para que vuelvas a tu antiguo puesto. Repartíos las tareas, organizaos como podáis, pero dejad de pelear como quinceañeros y poneos manos a la obra. Terreros y García están a vuestra disposición las veinticuatro horas. Aquí todavía mando yo; es mi última palabra.

—Seguiré en el caso con una condición —advirtió Monfort, todavía en pie con la gabardina en la mano.

—¿Cuál? —preguntaron el comisario y el subinspector al unísono.

—Trabajaré solo —contestó sacando un paquete de cigarrillos de uno de los bolsillos.

Corral no pudo disimular una pequeña mueca de satisfacción. Romerales no dijo nada y se limitó a apretar los dientes con fuerza. Los agentes Terreros y García pusieron cara de resignación y cruzaron una mirada de complicidad.

—¿Aclarado? —preguntó Monfort, y todos asintieron levemente—. Pues venga. Terreros, cuéntanos. —Volvió a tomar asiento y encendió un cigarrillo.

El agente Terreros tomó la palabra.

—Se han encontrado dos cadáveres mutilados de la misma forma pero hallados de modos muy distintos. Ambos habían mantenido una relación con Luisa Oliveres, a quien no encontramos por ningún sitio ni nadie sabe decirnos dónde puede estar. Creemos que los crímenes pueden haber sido cometidos por la misma o mismas personas. Los forenses siguen investigando el asunto, pero ahora se inclinan por que las mutilaciones no son fruto de un acto simplemente despiadado, sino que el autor sabe perfectamente lo que hace y la manera exacta de mutilar a sus víctimas para que

tengan una muerte cargada de sufrimiento.

—¿Qué más sabemos de las víctimas? —preguntó Monfort, observando con el rabllo del ojo cómo Corral mordisqueaba nervioso la tapa de un bolígrafo Bic.

—La primera víctima, Javier Serós, ocupaba un buen cargo en una oficina del INEM de Castellón —dijo el agente García—. Había sido director, pero lo habían relegado al segundo puesto por un asunto un tanto turbio que ahora contaré. Estaba separado de su esposa, una mujer muy conocida en Castellón por ser la encargada de una selecta tienda de moda. Tienen un hijo en común que ya no vive con ninguno de ellos. A Serós se le atribuyen una serie de asuntos tales como abusos de poder en su anterior cargo, así como un supuesto caso de acoso sexual a una de las empleadas de la oficina que dirigía, pero que nunca fue denunciado. La persona con la que supuestamente se propasó es Luisa Oliveres, a la que prometió el oro y el moro, pero que presumiblemente sólo lo hizo con el fin de llevársela a la cama.

La segunda víctima, Héctor Valiente, era un hombre de treinta y cinco años, desempleado, separado, con dos hijos pequeños. Su exmujer se marchó a Rumanía con los niños y no hemos podido localizarla todavía. Valiente era asiduo en varias casas de relax de la ciudad, jugador y aficionado a la bebida. Conoció a Luisa Oliveres y algunos testigos cuentan que esta se valió de él para dar celos a Javier Serós cuando se negó a dejarlo todo por ella. Cuando Luisa no quiso saber nada más de Valiente, este volvió a los excesos con más ahínco que antes.

—Y... Luisa Oliveres, ¿dónde puede estar? —interrumpió Monfort.

—No la encontramos en ninguna parte. Apenas tiene familia en Castellón, sólo una tía muy mayor, y los vecinos tampoco saben nada. La estamos buscando, la encontraremos —dijo García, pero sin mucha convicción.

Una sombra campó por la sala y en las caras de los policías se dibujó un atisbo de duda que auguraba los peores presagios.

—¿Y nadie dice nada de las notas encontradas junto a los cadáveres? ¿Qué son? ¿Qué significan? —preguntó Corral, molesto pero satisfecho de que nadie salvo él hubiera caído en ese detalle.

—Son citas bíblicas —sentenció Monfort—. Parece mentira, con lo listo que eres y no te has dado cuenta. Citas bíblicas, amigo, fragmentos de la Biblia buscados con toda la intención. Parece mentira, Corral.

La Royal Mile de Edimburgo cruzaba la vieja ciudad desde el Castillo hasta el palacio de Holyroodhouse, la residencia de la reina en sus estancias en la ciudad escocesa.

Decidieron tomar una pinta de cerveza en uno de los *pubs* de la histórica calle. Un cálido ambiente los recibió al entrar. Se despojaron de abrigos, bufandas y guantes y tomaron asiento en una mesa al fondo del local. La camarera dejó reposar la espuma en los vasos y luego rellenó lo que faltaba accionando de nuevo el espectacular grifo

de cerveza anclado en la vieja barra de madera. Llevó las cervezas a la mesa y les sugirió unas patatas fritas con cebolla y vinagre, la especialidad de la casa, que aceptaron de buen grado. Bebieron un trago largo y bromearon acerca de sus bigotes manchados de blanca espuma. La cerveza estaba en su punto justo de temperatura y de gas. Deliciosa, casi como un buen trozo de carne. Entrelazaron sus dedos sobre la mesa y observaron en silencio la decoración del viejo *pub*: madera oscura, metal latonado y una sucesión de grifos de cerveza a presión de marcas coloridas con nombres caprichosos de zorros, corzos, corsarios, reinas y princesas secuestradas por horribles dragones. Los compartimentos ofrecían intimidad a las personas que estaban sentadas. En un extremo de la barra, dos hombres lanzaban dardos a una diana gastada de tanto uso. Fuera hacía mucho frío; los cristales, cubiertos de vaho, apenas dejaban ver nada de lo que ocurría en el exterior. Un televisor retransmitía una carrera de galgos que varias personas seguían ensimismadas. El *pub* estaba magníficamente acondicionado y la temperatura era como para ir en manga corta. Un termómetro digital pegado a uno de los cristales indicaba la temperatura exterior: un grado bajo cero. Junto a la puerta de los baños, una chimenea quemaba dos gruesos troncos. Bebieron las pintas de cerveza, comieron las patatas con vinagre y cebolla, y animados por la algarabía de los clientes del local, se animaron a pedir una segunda cerveza y acompañarla de unos apetitosos sándwiches de rosbif que se anunciaban en folletos repartidos por todas las mesas. Él se levantó para sentarse a su lado. Pasó su brazo por encima de los hombros de ella y se besaron con los ojos cerrados, dejándose llevar por el romanticismo del momento. Él hizo ademán de empezar a hablar, circunspecto, como si fuera a plantearle un problema, pero ella selló sus labios con un cálido beso. La joven y pecosa camarera carraspeó con una sonrisa al dejar sobre la mesa los platos con los sándwiches, acompañados de ensalada. La puerta se abrió y entraron varias personas acurrucadas en el interior de sus gruesos abrigos. En sus hombros brillaban copos de nieve que sacudieron al despojarse de las prendas. Resolvieron que cuando acabaran de comer volverían al calor de la magnífica habitación del hotel. El resto de las visitas turísticas podía esperar hasta el día siguiente. Ella masticaba pensativa, mirando el crepitar de la chimenea. Su anterior relación había sido un desastre. No había tenido suerte en el amor. Los hombres la tomaban por otra cosa, por algo que no era. Esta vez no iba a salir mal.

Cuando recobró el conocimiento él ya no estaba. La oscuridad se adueñaba de todo y un olor acre inundaba la estancia. La mejilla le dolía mucho por el bofetón que le había propinado. Se pasó la lengua por los dientes y se percató de que una muela se movía y de que tenía las encías hinchadas, justamente en el lado de la cara en el que el hombre la había abofeteado. Tenía un dolor de cabeza insoportable, y pensó que daría un brazo por una caja de analgésicos que mitigaran aquel punzante dolor que se le clavaba en algún lugar recóndito del cerebro. Notaba que le sangraban las

muñecas pese a que no podía verlas, pues las tenía atadas a la espalda contra la viga de hierro. La cuerda sesgaba la piel de sus finas muñecas, pero no sentía especial dolor en esa zona. Tenía los tobillos atados para mantenerle las piernas inmovilizadas, pero hacía muchas horas que ya tenía los pies dormidos y apenas sentía nada. La cinta que tapaba su boca estaba un poco gastada porque él se la había quitado y vuelto a poner para darle agua y un poco de pan. La saliva y los mocos también contribuían al desgaste. A la altura de la mitad del labio superior, la cinta presentaba un doblez, una arruga que dejaba pasar un resquicio de aire, permitiéndole respirar mínimamente por la boca. En su desesperación, estaba convencida de que moriría allí mismo de forma irremediable. Probablemente pasarían muchos días hasta que alguien notara su ausencia. Pese a intuir que su final estaba cerca, se agarró como un clavo ardiendo a la rendija de la cinta por la que entraba una brizna de aire y de esperanza.

La noche había caído sobre la ciudad como la fina manta que arropa a un bebé. A las siete y media de la tarde, las farolas iluminaban la plaza arrojando sombras y destellos sobre los viandantes. Los escaparates lucían colores chillones con el afán de atraer clientes. Monfort esperó a que alguien entrara o saliera de la elegante finca de la plaza Huerto Sogueros, para colarse en la escalera sin llamar a ningún timbre. Sujetó la puerta a una viejecita que iba cargada con dos bolsas de la compra de las que asomaba comida para gatos y galletas saladas para humanos de la marca Ritz, las mismas que aparecían en aquella película protagonizada por Harrison Ford, *A propósito de Henry*, en la que baja a comprar a la tienda y un ladrón le dispara. Tras salir de un profundo estado de coma no recuerda nada de su vida, pero la marca y el diseño del paquete de galletas le ayudan a recobrar la memoria. Monfort sonrió al recordar la película.

En el buzón de Margarita Renau sólo ponía su nombre. El de su esposo había desaparecido hacía mucho y el de su hijo no estaba, puesto que ya no vivía junto a su madre. El inspector introdujo los dedos índice y corazón por la rendija y dificultosamente sacó varias cartas. Una era del Banco de Bilbao Vizcaya, otra de El Corte Inglés y la tercera era de un despacho de abogados llamado Rovira y Anglés Abogados.

—¿Busca algo? —La voz sonó como una caricia en la nuca de Monfort.

Era una señora mayor, no la de la comida para gatos y galletas para humanos, pero se le parecía mucho. Monfort pensó que aquel edificio de pisos caros estaría repleto de personas mayores que habían vivido en esos elegantes inmuebles toda su vida.

—Soy del despacho de abogados Rovira y Anglés. Traigo unas cartas para la señorita Renau —mintió Monfort recobrando la compostura y volviendo a depositar las cartas en el interior del buzón como si fuera a introducirlas en aquel preciso momento.

—Ah, para Margarita. Pobre mujer, con lo buena y lo guapa que es y que le haya tenido que salir un marido tan pendón. Mire, mire cómo ha acabado la cosa. Ya se veía venir.

—¿Se veía venir? —preguntó Monfort haciéndose el despistado.

—Lo sabía todo el mundo. Su marido era una mala persona. La engañaba con todas las que podía. Margarita es una mujer extraordinaria, lo tiene todo, elegante, lista... Y él, él por lo visto era un cerdo, con perdón. La dejaba plantada en casa por las noches y se iba de picos pardos por ahí. Si lo sabía todo el mundo. Ganaba un buen dinero en su trabajo, pero se lo gastaba todo en..., ya me entiende usted, ¿verdad? Sin embargo, ella abría todos los días la tienda de la calle Alloza, tienda que, sin ella, sin su gracia para tratar al público, ya hubiera tenido que cerrar hace tiempo. Por lo que contaba, él aprovechaba que ella estaba todo el día en la tienda

para hacer y deshacer a su antojo. Dicen que incluso había traído a otras mujeres a esta casa.

—¿La señorita Renau les contaba esas cosas?

—¿Sabe? —dijo la mujer bajando el tono de voz hasta llegar al susurro—. A veces ella volvía a casa llorando. Era un drama. Cuando se separaron, él le hacía la vida imposible. Iba a la tienda y le gritaba. Quería que volviera con él, pero no son maneras, ¿no le parece?

—Claro, claro —asintió Monfort intentando que la mujer no dejara de hablar.

—Margarita cambió desde el día en que el bufete en el que trabaja usted inició el proceso de divorcio. Se lo dijo a mi hermana.

—¿Su hermana? ¿La que tiene gatitos?

—Sí, ¿cómo lo sabe? ¡Qué simpático es usted! —La mujer sonrió complacida.

—He visto a una señora guapísima hace un momento que llevaba comida para gatos, y como ustedes son tan parecidas, en todos los aspectos, ya me entiende...

—Calle, calle, que somos unas viejas.

—Quien tuvo, retuvo. —Monfort había acertado con sus zalamerías—. Entonces son ustedes conscientes de que la señorita Renau está satisfecha con nuestros servicios.

—¿Satisfecha?, yo diría que está encantada. —La mujer guiñó un ojo cómplice al inspector—. Y, dígame, ¿es usted el famoso abogado Rovira que tan contenta tiene a Margarita? —Hizo especial hincapié al pronunciar «tan contenta».

—¡Oh, no! Ya me gustaría a mí semejante honor. Soy sólo uno de sus, digamos, colaboradores.

—Ah, comprendo, comprendo —dijo la señora, pero él sabía que no había comprendido nada—. ¿Va usted al piso de Margarita? —preguntó, y Monfort, para no levantar sospechas, declinó subir hasta la vivienda que fuera de los Serós Renau.

—No, no, no quiero molestarla en las circunstancias por las que está atravesando actualmente. Debe de estar muy afectada.

—¡El muy canalla! ¿Cómo se puede ser de esa manera? Mire ahora cómo se tiene que ver ella sin comerlo ni beberlo.

—Usted conocía bien al señor Serós, supongo. —El inspector optó por tirar un poco más de la lengua de la anciana.

—Perfectamente. Desde que vinieron a vivir a esta finca. Lo recuerdo bien, su hijo ya tendría siete u ocho añitos, siempre ha sido una monada, una bendición de crío que también sufrió lo suyo. Nosotras vivimos aquí prácticamente de toda la vida. Cuando ellos vinieron fue todo un acontecimiento.

—¿Sí? —Monfort se hizo el ingenuo.

—¿Conoce usted a Margarita? —La señora frunció el ceño y Monfort creyó que se había excedido.

—En verdad no tengo el honor —contestó adoptando un tono suave y acaramelado—. Hace muy poco tiempo que vivo en Castellón. Vine de Barcelona

para colaborar en el prestigioso bufete de abogados. Y ahora, si me disculpa, no quisiera cansarla más con mis curiosidades, tan comunes en esta profesión nuestra.

—No se preocupe, joven, es usted muy educado y galante. Hoy día la gente no sé cómo se ha vuelto, no tiene modales. Sin embargo, usted...

—Gracias, el placer ha sido mío, señora...

—Recasens, Josefina Recasens, para servirlo a usted, y mi hermana se llama Lledó, la de los gatitos, je, je, je —rio la mujer, tapándose la boca con la mano para que Monfort no viera su precaria dentadura.

—Espero volver a verla en otra ocasión, no siempre tiene uno la oportunidad de pasar un rato en compañía tan agradable. —El inspector hizo una leve reverencia y se despidió de la anciana irguiendo su cuerpo de casi dos metros de altura al cruzar el portal.

—Tápese, que hace frío —le dijo ella cuando él salía ya a la plaza.

En una tienda cercana al hotel, Monfort compró una botella de buen vino, dos bolsas de patatas fritas, una barra de pan y un estuche de jamón ibérico en lonchas. Se llevó un par de periódicos del mostrador del hotel. Pidió a la joven de recepción que no lo molestara nadie. Subió a su habitación, dejó la compra en la mesa que hacía las veces de improvisado despacho y fue desvestiéndose, repartiendo la ropa por toda la estancia, que rápidamente quedó sembrada de prendas, hasta que se quedó en calzoncillos. Subió la temperatura de la calefacción y creó un ambiente tropical que contrastaba con la gélida temperatura del exterior. Antes de desconectar su teléfono móvil hizo una llamada.

—Romerales al aparato. ¿Qué pasa, Monfort? —contestó la voz al otro lado del dispositivo.

—¿Se sabe algo de la agente Redó?

—Nada, como si se la hubiera tragado la tierra. La hemos llamado veinte veces pero no contesta. ¿La has llamado tú?

—Tres o cuatro veces —contestó, y puso el televisor.

—¿Y...?

—Nada, no contesta.

—Lo que yo te digo, estará en el Caribe bronceándose —bromeó Romerales.

—Eso espero. —Monfort acabó la frase con un leve bufido.

—Monfort —dijo solemne el comisario—. La segunda muerte ha destapado el pánico en la ciudad. Era de esperar. Esto se complica. La prensa no nos va a dejar en paz hasta que digamos algo al respecto. No sé cuánto tiempo voy a poder aguantarlos.

—¿Has hablado con los de la Científica?

—Sí, y no hay nada que les llame la atención. No hay pistas, no hay nada más en las escenas del crimen. Todo está limpio. Pero siguen trabajando, si hay alguna novedad me llamarán.

—Es muy difícil colgar a un gordo como Serós de una viga o enterrar a un tipo en la playa en una zanja de casi dos metros sin dejar ninguna pista.

—Pues eso es lo que dicen los de la Científica, pero todo lo que han encontrado es lo que ya vimos nosotros.

—¿Quién es el jefe de la Científica en estos momentos en tu immaculada comisaría?

—Eres un guasón, Monfort, pero a mí no me hacen ni gota de gracia tus chistecitos.

—Dime, ¿quién está al mando?

—Estamos sin una cara visible en ese departamento. Trabajamos con varios agentes especiales, pero nadie está realmente al mando.

—Lo que yo digo, una comisaría immaculada —repuso Monfort de nuevo con ironía.

—El juez quiere hablar con nosotros. Cuando puedas me gustaría que nos reuniéramos. No avanzamos, estamos estancados. Tienes que...

—Tienes, tienes, tienes... Mira, Romerales, necesito pensar. He de poner las cosas en orden. Tu subinspector no es que ayude mucho, y encima tiene pánico a que Terreros y García vayan más deprisa que él esclareciendo cosas. Tienes un problema con Corral, un problema de los grandes. Espero que no meta más la pata y que por lo menos deje a Terreros y a García trabajar libremente. Son, con diferencia, mucho mejores policías que él.

—Déjate de rollos, Monfort —espetó Romerales—. Aquí hay que ponerse todos a una y hemos empezado con el paso cambiado.

—En estos momentos estoy revisando unos datos. —El inspector buscaba un sacacorchos en su equipaje todavía sin deshacer—. ¡Aquí está! —exclamó una vez que logró encontrarlo.

—¿Aquí está? —preguntó incrédulo el comisario.

—La herramienta que necesito para pensar —contestó, dando por concluida la conversación.

Puso un sillón junto al ventanal que daba a la parte trasera del teatro Principal, con su elegante fachada pintada en color bermellón. Descorchó la botella de vino y llenó hasta la mitad una copa que había en el escritorio. Se sentó en el sillón con las piernas colgando en uno de los reposabrazos y abrió una bolsa de patatas fritas. Dio un trago largo y notó cómo los efectos de aquel delicioso vino corrían veloces por todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, reconfortando su espíritu. Lo único que le faltaba era un buen equipo de música y sus discos preferidos. Cogió el mando a distancia y lo accionó frente al aparato. Los canales de la televisión autonómica valenciana hablaban de lo mismo. La rubia con aspecto de intelectual del noticiario informaba en tono circunspecto insuflando todo el dramatismo del que era capaz. Monfort pensó que probablemente habría estudiado arte dramático: «El caso de los dos cadáveres hallados en extrañas circunstancias, con apenas dos días de diferencia,

está sembrando el pánico entre los habitantes de la ciudad de Castellón y su provincia. El juez que ordenó el levantamiento de ambos cadáveres ha decretado el secreto de sumario y la Policía no arroja ninguna luz al respecto. Los hechos ocurrieron el pasado sábado, cuando los vecinos de un inmueble sito en la calle Mealla alertaron a la Policía porque de uno de los pisos emanaba un fuerte olor muy desagradable. La Policía confirmó que el cadáver pertenece a Javier Serós, trabajador de la Generalitat Valenciana en la ciudad de Castellón de la Plana. Apenas cuarenta y ocho horas más tarde, un hombre fue hallado enterrado en la arena de la playa del Serradal de Castellón. Todo apunta a que el autor de los dos asesinatos podría ser la misma persona. Sentimos no poder ofrecerles más detalles de lo sucedido, pero las instituciones policiales y judiciales evitan hablar con los medios para que estos no influyan en el desarrollo de los casos».

A continuación se sucedieron una serie de entrevistas a pie de calle. Cada uno decía lo que quería, que si es un asesino en serie, que si es una banda de rumanos que matan para robar joyas, que si esto con Franco no pasaba, que si habría que cortarles los... Vaya ironía, pensó Monfort. Si ellos supieran.

Emitieron las imágenes que ya había visto el primer día, aquellas que un vecino grabó en la calle Mealla. Bebió un trago de vino y marcó el número del subinspector Corral.

—Dime —contestó Corral visiblemente enojado.

—Supongo que tienes la grabación de vídeo que hizo el vecino de la calle Mealla.

—No.

—¿No? ¡Cómo que no!

—Que no la tengo. —Corral estaba a punto de ponerse a gritar.

—Magnífico —repuso Monfort—. Eres un lince. Quiero ver la grabación, la que emitieron el primer día. Busca al vecino que la grabó, que te la dé y la llevas a comisaría enseguida. Luego me llamas.

—A sus órdenes, señorita —contestó molesto Corral.

Monfort colgó el teléfono y se acomodó de nuevo en el sillón. Los periódicos locales daban explicaciones erróneas acerca de los dos asesinatos. Era evidente que la psicosis se había desatado en la ciudad y a buen seguro toda la provincia hablaba con temor de aquellos dos casos. Volvió a marcar el número de Silvia Redó una vez más. La misma grabación informaba de que el número al que llamaba se hallaba apagado o fuera de cobertura y que recibiría un mensaje cuando el destinatario estuviera disponible. Pero el mensaje no llegaba.

—¿Dónde demonios estás? —preguntó Monfort en voz alta, mirando de reojo la botella.

Miercoles 26 de noviembre

(Quinto día)

10

Esa mañana soplaban un fuerte viento que facilitaba que los nubarrones pasaran deprisa cruzando el cielo de la ciudad, como si observaran al detalle todo aquello que ocurría en las desordenadas calles de Castellón de la Plana.

Monfort decidió ir a pie desde el hotel Mindoro hasta la comisaría de la ronda de la Magdalena. Tenía un punzante ardor de estómago que le ponía nervioso. La combinación del vino con las patatas fritas y el jamón no había sido un gran acierto gastronómico. No quiso repetirse a sí mismo que evitaría ingerir tales porquerías alimenticias, porque sabía a la perfección que más pronto o más tarde caería de nuevo en ese tipo de deslices. Recordó, mientras esperaba a que un semáforo cambiara a verde para los peatones, que de niño mezclaba dentro de un trozo de pan rodajas de salchichón y trozos de chocolate a partes iguales.

Ya en la comisaría se reunió con el experto en informática que investigaba las notas halladas junto a los cadáveres. Era un muchacho uniformado, seguramente recién salido de la academia. Delgado en extremo, con profundas ojeras y una incipiente barba que a buen seguro cultivaba para imprimir un poco de carácter a su imagen pueril. Estaba en un despacho improvisado al final de un largo pasillo, rodeado de cajas de cartón vacías a la espera de ser depositadas en el contenedor correspondiente. Tenía dos grandes pantallas de ordenador dispuestas una junto a la otra. En cada una de ellas se veían, ampliadas, las dos notas.

—Están escritas a ordenador. Poca cosa podemos saber con esto. Están impresas con una Hewlett Packard, pero eso tampoco nos dice nada, la mayoría de las impresoras son de esta marca hoy día, son las más baratas, y las más utilizadas. La tinta es original de HP, nada de esos cartuchos genéricos que venden en todas partes. Están escritas con fuente Courier New, tamaño 12, que también es un tipo de letra habitual. El papel utilizado son hojas normales y corrientes, de 80 gramos, de una marca vulgar que venden en establecimientos del estilo de Media Markt. Lo siento, inspector, no puedo hacer mucho más. No hay huellas dactilares en el papel, lo manipuló con guantes, nada que nos lleve a ningún lugar concreto. Lo que sí me atrevo a decir, aunque no entre dentro de mis competencias, es que son fragmentos de versículos, sentencias bíblicas, frases religiosas buscadas para impresionar a alguien. Siento no poder ayudarle más, inspector.

—Gracias —dijo Monfort poniéndose en pie y estrechando la mano al joven informático.

El comisario Romerales estaba sentado en su despacho, acalorado y visiblemente

nervioso, atendiendo llamadas de teléfono, una tras otra, todas referentes a los dos casos.

—Pasa, pasa... —dijo con el auricular apoyado entre la oreja y el hombro, invitando a Monfort para que tomara asiento en una silla atestada de folios y carpetas.

El jefe de la Policía hablaba con alguien de la prensa al que le rogaba que no se excedieran en la información que estaban ofreciendo o conseguirían que la gente tuviera miedo. Romerales no paraba de dar excusas, de pedir favores, de implorar cautela. Asentía, bufaba, daba explicaciones que no eran del todo ciertas, rodeos, pretextos... Monfort se levantó y con el dedo índice pulsó el botón del teléfono para cortar aquella vergonzosa conversación.

—¿Qué coño haces? —gritó irritado el comisario.

—Salvarte el pellejo. Deja de arrastrarte. No sabemos nada, no tenemos pistas, pero jugamos con ventaja, ellos no lo saben todo. Sólo saben que hay dos muertos, pero no tienen claro si están relacionados. Con todos esos rollos que les metes les haces sospechar que escondemos algo más.

—¡Quiero una reunión! ¡Necesitamos empezar a atar cabos!

—Cálmate o te dará algo. Tengo un ardor de estómago de narices y ahora mismo no estoy dispuesto a que me montes un numerito de los tuyos.

—El juez ha pedido una reunión con todos nosotros y con los forenses.

—¡Buf!, qué pesado eres. Convoca, hombre, convoca lo que quieras; a ver si alguien encuentra algo de una vez. Mira, Romerales, a mí me parece que todos hablamos mucho pero hacemos poco.

Llamaron a la puerta. Eran los agentes Terreros y García.

—¿Qué pasa? —masculló Romerales.

—Tenemos la grabación del vecino de la calle Mealla.

—Estupendo —dijo Monfort—. Quiero que os encerréis en uno de estos lujosos despachos y que la reviséis con detalle, que no se os escape nada. ¡Ah!, y si estáis vosotros dos solos, sin Corral, mucho mejor, no vaya a ser que en el vídeo salga alguna minifalda y lo despiste de lo que realmente interesa.

—Nos ponemos a ello —contestó el agente Terreros en su nombre y en el de su compañero.

—Por cierto —añadió Monfort antes de que los dos agentes salieran del despacho—. ¿Alguien conoce a un cura con el que se pueda hablar? Ya me entendéis, uno que no viva en Jerusalén o en el Vaticano y con el que pueda charlar un rato, o invitarlo a una copa mientras le hago unas preguntas.

—¿Vas a confesarte? —preguntó en tono jocosos Romerales.

—¿Ves como no vamos bien? —repuso Monfort sacando el paquete de cigarrillos.

—Aquí no se puede fumar —censuró el comisario.

—Yo conozco a un cura joven que habla nuestro idioma —dijo el agente García levantando el dedo índice.

Caía una lluvia persistente que lo impregnaba todo. Daba igual llevar paraguas, pensó Monfort; las perneras de sus pantalones estaban empapadas. Había aparcado el coche en zona azul. No tenía cambio y tomó un café en una cafetería cercana para aprovisionarse de monedas. La parroquia de La Santísima Trinidad estaba escondida en un lugar que el inspector no conocía. Se hallaba muy cerca del centro de la ciudad, pero no había pasado nunca por aquellas estrechas calles. La iglesia estaba unida a otros edificios. Era sorprendente ver aquella enorme construcción completamente encajonada. Junto a la puerta principal del templo había una puerta pequeña con un interfono en el que se podía leer la palabra «sacristía». Llamó, y desde el otro lado le abrieron sin preguntar nada.

El padre Martín se presentó como el párroco de la iglesia de La Santísima Trinidad. Puso un paquete de Ducados encima de la mesa e invitó a Monfort a tomar asiento. No tendría todavía los cincuenta años. Vestía un pantalón vaquero barato y una camisa blanca metida por dentro de los pantalones, sujetos por un gastado cinturón de cuero marrón. Era delgado y mediría un metro setenta y pico. Un sinfín de canas campaban a su aire por un pelo bastante desaliñado. Dejó las gafas junto al paquete de cigarrillos y encendió uno que al momento desprendió un fuerte olor a tabaco negro.

—Me ha llamado García —dijo el padre Martín.

—¿Le ha contado algo? —preguntó Monfort.

—No, únicamente me ha dicho que usted vendría para hablar conmigo y que podría ser importante para un caso que llevan entre manos. ¿Es sobre esos asesinatos de los que habla todo el mundo?

—Veo que las paredes de la iglesia dejan pasar lo que se dice fuera.

—Tampoco se crea que vivimos aislados. Yo, al menos, no —dijo el cura abriendo los brazos como si quisiera que Monfort viera el antiguo ordenador y la pequeña televisión que había encima de una mesa de despacho abarrotada de papeles.

—Era una broma, padre, discúlpeme.

—Puede llamarme Martín.

—Es nombre o apellido.

—Apellido, apellido, como Monfort, supongo que también es su apellido.

—Sí, claro, me llamo Bartolomé Monfort.

—Yo Andrés Martín, para servirle.

—Es usted muy joven.

—Ah, amigo, no se crea, ya voy camino de la cincuentena.

—Yo ya los rebasé.

—Todo depende del modo de vida que uno lleve.

—Eso será —dijo Monfort aspirando el fuerte olor a tabaco negro, conteniéndose de fumar en aquel pequeño habitáculo.

—Y... dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Dígame usted primero de qué conoce al agente García.

—Nació en el barrio, vive cerca, fue monaguillo en esta iglesia. Aquí hizo la comunión y la confirmación, y más tarde se casó y sus hijos fueron bautizados también aquí y, si Dios quiere, tomarán la primera comunión entre nosotros.

—Ya, pero usted no vio todo eso —repuso Monfort.

—Claro, fueron mis antecesores en la parroquia los que acogieron a su familia. García y su esposa vienen a la iglesia cuando sus obligaciones se lo permiten. Su esposa es una buena mujer que ayuda todo lo que puede en la comunidad, y entre unas cosas y otras García y yo hemos hecho amistad. Tomamos una caña en el bar de vez en cuando. Pero... no creo yo que él tenga nada que ver con su visita, ¿no es así?

—Exacto. Le pido por favor que lo que le voy a contar no salga de estas paredes. Por el momento, no debemos revelar detalles de estos casos y, a decir verdad, usted será el primero en saber una serie de datos que no queremos hacer públicos para que no haya más psicosis de la que ya hay, y sobre todo para que el autor o autores de los crímenes no estén sobre aviso.

—Puede usted confiar en mí, se lo aseguro. Intentaré ayudar en la medida de lo posible —concluyó con decisión el padre Martín apagando la olorosa colilla de Ducados en el cenicero.

Monfort le contó lo referente a los asesinatos de Javier Serós y de Héctor Valiente, únicamente con aquellos detalles que creyó convenientes, haciendo mención especial a las notas halladas junto a los cuerpos y que el inspector llevaba fotocopiadas para que el padre Martín pudiera analizarlas.

—¡Qué atrocidad! —exclamó el sacerdote en voz baja cuando el comisario finalizó el macabro relato.

El padre Martín encendió otro cigarrillo y le tendió el paquete, pero Monfort rehusó sacando su propio paquete de tabaco.

—Prefiero el rubio.

—Yo soy de los de antes.

—De joven también fumaba de esos —dijo Monfort señalando el paquete azul.

—De jóvenes nos lo fumábamos todo —añadió el párroco esbozando una leve sonrisa.

Se puso las gafas, leyó las notas y volvió a quitárselas una vez hubo acabado.

—Esto... Creo que no hay duda. Son fragmentos de versículos de la Biblia. Pequeñas citas que se utilizaban para infundir miedo. La primera, concretamente, estoy casi seguro que es de Mateo.

El padre Martín se levantó de la silla y por unos instantes ojeó entre la gran multitud de libros que había en una estantería que ocupaba casi toda la pared de la pequeña sala. Eligió un tomo grueso y gastado de tapas verdes. Buscó rápidamente, volvió a la mesa para mostrar a Monfort la página abierta del libro y señaló con el dedo índice un párrafo escrito con letra minúscula.

—Aquí está. El que ha escrito la nota se ha molestado en elegir un pequeño

fragmento del párrafo original y darle su propia interpretación, pero no hay duda de que lo ha sacado de aquí. —Le tendió el libro y le marcó lo que iba leyendo—: Mateo 5:30:30: «Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno».

—«Es mejor que se pierda uno de tus miembros a que todo tu cuerpo sea echado al infierno» —repitió Monfort con voz solemne la nota hallada junto a los órganos amputados a la primera víctima—. No es exactamente igual —afirmó, y se alisó el cuello de la camisa en un acto reflejo—; ha cambiado alguna cosa para que quede mejor, o al menos eso debe de pensar.

—Puede que sea una persona culta y metódica, acostumbrada a este tipo de lecturas. Se ha preocupado de que la frase quede y suene bien. El fragmento de la segunda nota no me suena. Debería buscarlo con mayor detenimiento. ¿Quiere que...?

—¿Cree usted que quien lo hizo podría estar relacionado con la Iglesia? —interrumpió Monfort al sacerdote, que ya se disponía a buscar en otro libro.

—Puede ser, pero también podría tratarse de alguien que juega precisamente a eso, a que ustedes crean que tiene algo que ver con la Iglesia.

—¡Vaya! Sería usted un buen policía —bromeó Monfort—. El verdadero temor es que siga matando, en nombre de la Iglesia o no.

—Claro, lo comprendo. Esa es la mayor preocupación. Alguien ha usado la Biblia y ha decidido jugar con la Policía a los asesinos en serie de las películas.

—Deja citas bíblicas junto a los cadáveres, condenando sus actos, como si quisiera acusarlos de prácticas poco decorosas —concluyó el inspector.

—Recuerdo un caso —dijo el padre Martín pellizcándose el puente de la nariz—, en los años setenta, en la ciudad de Valencia. Un perverso violó a unos menores y les dejaba notas parecidas escondidas entre la ropa.

—¿Mataba a sus víctimas? —preguntó Monfort intentando recordar los casos.

—No, creo que no —contestó el párroco haciendo como si se quitara una hebra de hilo inexistente de la pernera de su pantalón vaquero.

—¿Lo atraparon? —preguntó intuyendo algo más en lo que apoyarse.

—Sí, tengo entendido que murió en la cárcel de alguna enfermedad. Resultó ser un hombre que ayudaba en la iglesia de San Juan del Hospital de Valencia. Violó a varios menores que estaban acogidos en la parroquia, y causó una paranoia sin igual entre los vecinos, que incluso llegaron a organizar batidas nocturnas hasta que la Policía lo encontró. Después de todo aquello, el párroco de la iglesia colgó los hábitos y se retiró al campo, harto de que lo tuvieran siempre en el punto de mira como posible encubridor, o algo peor aún.

—¿Vive todavía?

—¿Quién? —El padre Martín parecía aturdido.

—El cura, hombre, el cura, el violador ya me ha dicho que murió en la cárcel. —

Monfort temió perder los nervios.

—Creo que sí. —La voz del sacerdote tembló ligeramente y el inspector se percató de ello—. Si no se ha muerto, o se ha marchado a otro lugar. Vive aislado en un lugar agreste de las montañas del interior de la provincia. Según cuentan, dedica su vida a la contemplación y a la lectura. Subsiste con lo poco que le dan los que pasan por allí de vez en cuando. Lo sucedido le afectó mucho y puede que esté bastante tocado psicológicamente; se llama Juan Armendáriz. Desconozco el lugar exacto en el que vive, pero está cerca de Vilafranca del Cid, en la comarca de Els Ports; es el último pueblo de la provincia de Castellón antes de entrar en Teruel, en pleno Maestrazgo. ¿Sabe usted por dónde cae eso?

—Perfectamente —contestó Monfort poniéndose en pie y tendiendo la mano al padre Martín para darle las gracias por su ayuda.

Jueves 27 de noviembre

(Sexto día)

11

El juez que instruía el caso se llamaba José Luis Andrade. Los había citado a las 8.30 de la mañana en la Ciudad de la Justicia de Castellón, una moderna edificación situada a las afueras, junto a la ronda de circunvalación. Monfort llegó con el tiempo justo y tuvo que aparcar el Volvo en un barrizal que hacía las veces de aparcamiento, justo enfrente de los nuevos juzgados. Se manchó los zapatos de barro y de nada sirvieron los improperios y maldiciones que lanzó en voz alta. Llovía a cántaros y un molesto viento que soplaba en todas las direcciones hizo que acabara empapado en los pocos metros que separaban el barrizal del juzgado. Mostró la placa al guardia de seguridad de la entrada y este le hizo pasar por un pasillo destinado al personal autorizado. Preguntó en recepción por el juez Andrade.

—Estamos desbordados —dijo la joven entre llamada y llamada.

—Sí que hay clientela, sí —apostilló Monfort viendo la larga fila de gente que se amontonaba allí.

—Ya se nos ha quedado pequeño —se quejó la recepcionista abarcando con sus ojos el gran vestíbulo en el que se encontraban—. Lo hicieron hace cuatro días, y ya ve..., pequeño para tanta gente.

—Desde luego. Si en vez de hacer este vestíbulo tan exageradamente prepotente, hubieran destinado parte de su desaprovechado espacio en hacer salas, seguramente hubieran acertado un poco más.

—Es posible —respondió la chica mirando un directorio en busca del juez Andrade—. Pero ahora todo se hace así, a lo bestia. Da igual si luego la gente cabe o no, lo que importa es impresionar.

—Es un punto de vista muy acertado —observó Monfort intentando ver con el rabillo del ojo el nombre del juez Andrade en el directorio antes que la recepcionista.

—Sala 11, segunda planta —anunció la joven, satisfecha de haberse adelantado—. Por la escalera que ve al final o por el ascensor, pero ya le digo que siempre está abarrotado y, claro, sólo hicieron dos.

—Gracias... y vaya con cuidado, la gente es muy mala, y yo podría ser el arquitecto que hizo esta... maravilla —concluyó Monfort dejando a la joven con la boca abierta y los ojos como platos.

La sala 11 era un espacio amplio con una larga mesa rectangular y diez o doce sillas. Un proyector, una pantalla y un armario atestado de archivadores con fechas y nombres indescifrables. Monfort llegaba tarde y ya estaban todos hablando de los asesinatos. El juez Andrade, al que el inspector tuvo el placer de conocer cuando

levantaban los cadáveres de la calle Mealla y de la playa del Serradal, se puso en pie, le tendió la mano enérgicamente y le indicó que tomara asiento. Sentados alrededor del juez se encontraban el comisario Romerales, el subinspector Corral, los agentes Terreros y García y los forenses, el doctor Morata y su ayudante, la doctora Sonia Trengo.

—Llego tarde —dijo Monfort quitándose la gabardina empapada que no pudo colgar en ninguna percha pues no la había en toda la sala—. Les pido disculpas.

—No se preocupe —respondió Andrade, dispuesto a volver a empezar de nuevo su discurso—. Por lo visto no tenemos nada aún y parece ser que el tiempo empieza a darles a todos lo mismo menos a mí —acabó la frase taladrando con la mirada a Romerales, que por un momento pareció ruborizarse.

—Esto... Estamos acercándonos a lo que podría ser...

—Es mejor que me deje hablar a mí —interrumpió el juez—. Voy a exponer el caso desde cero, otra vez, a ver si se nos enciende alguna lucecita sin necesidad de tener que encenderle una vela a la Virgen de los Desamparados.

»Tenemos dos víctimas que han muerto de forma parecida, a ambos les han amputado los genitales y han muerto desangrados lentamente. Pero el escenario es muy distinto: uno estaba colgado boca abajo de una viga del techo de un piso de la calle Mealla; el otro estaba enterrado en la playa del Serradal. En ambos casos se han hallado unas extrañas notas escritas con ordenador con lo que parecen ser citas bíblicas que relacionan el sexo con el pecado, todo en plan peliculero a mi modo de ver.

Monfort no quiso decir nada acerca de su encuentro con el padre Martín. El agente García lo miró de soslayo un segundo, pero tampoco dijo nada. El inspector asintió mirando agradecido al agente por obviar aquel punto de momento.

—La primera víctima es un hombre con una buena posición social —continuó el juez—, con trabajo, con dinero según se estima de sus cuentas bancarias. La otra es un hombre sin trabajo, con su mujer y sus hijos pequeños desaparecidos probablemente en Rumanía. Por cierto, ¿se sabe ya algo acerca del paradero de esa mujer?

—Nada —contestó el subinspector Corral—. Nadie sabe nada, y la Policía rumana es un tanto complicada. No son lo que diríamos muy hábiles en resolver este tipo de asuntos, porque simplemente no les hacen demasiado caso.

—Insistan, por favor —apuntó el juez—, sería interesante que nos contaran algo más acerca de Héctor Valiente. Bien, más cosas: por el momento no tenemos sospechas importantes de la exesposa de Javier Serós. ¿Qué sabemos de ella?

Monfort miró descaradamente a Corral, que bajó la cabeza.

—Es posible que el subinspector Corral pueda aportarnos ciertos datos —dijo Monfort con sorna.

—Bien, díganos, subinspector —señaló el juez con curiosidad.

Corral se desabrochó otro botón de la camisa y tiró del nudo de la corbata hacia

abajo; la temperatura corporal de su cuerpo subía varios grados más de lo habitual.

—Se llama Margarita Renau. Llevaban separados varios años. Trabaja en una conocida tienda de moda de la céntrica calle Alloza. Tengo un informe aquí, si quiere usted verlo.

El inspector soltó un bufido que hizo que todos los presentes lo observaran, bueno, todos no, la doctora Sonia Trencó estaba como ausente, mirando por una de las ventanas pero sin ver nada concreto. Monfort se dio cuenta de ello.

—Así que hemos investigado más bien poco acerca de la ex de Serós —concluyó el juez—. De todos modos, déjeme una copia de ese informe y le echaré un vistazo. En fin, señores, ya veo que no tenemos absolutamente nada en lo que apoyarnos, ni una pista, ni un indicio... Nada. Habrá que ponerse las pilas muy seriamente o se nos va a caer el pelo. ¿Han visto cómo se las gastan los medios? Cargarán contra nosotros como el Séptimo de caballería contra los indios como no empezamos a aclarar un poco las cosas. Lo único que nos salva de que nos quemem vivos es que todavía no saben de qué manera han muerto las víctimas. No conocen el salvajismo con que el o los asesinos se han ensañado con ellas, ni las misteriosas notas halladas junto a los cadáveres. Si se enteran, los del ministerio nos arrancarán la piel a tiras. Así que como alguno de los presentes se vaya de la lengua tendrá que vérselas conmigo.

Terreros y García se miraron cómplices y en sus rostros se dibujó una media sonrisa. El comisario Romerales y el subinspector Corral palidieron.

—No se enterarán —quiso zanjar Romerales.

—¿No? —preguntó incrédulo el juez Andrade—. ¿Qué te apuestas? Es sólo cuestión de tiempo, Romerales, créeme, sólo cuestión de tiempo y no mucho, quizá unas horas. Es imposible mantener estas cosas en secreto. Dime, ¿quién lo sabe?

—Los que estamos aquí, los agentes que encontraron el primer cadáver y los agentes de la Científica que tomaron huellas y fotografiaron la escena de los crímenes.

—Pues cuidado, señores, con abrir la boca más de la cuenta, y adviertan también a los de la Científica, a ver si alguno nos va a salir rana.

El forense, Pablo Morata, se rebulló en su asiento un poco cansado de tanta regañina. El juez Andrade se percató enseguida.

—Disculpa, Morata, ahora voy con vosotros. Seguro que tenéis datos que aportar.

El doctor Morata relató durante casi una hora todo aquello que era relevante acerca de las muertes. El *modus operandi* del o de los asesinos; la posible hora de las muertes y el tiempo pasado hasta que fueron hallados los cadáveres; todos los detalles sobre la similitud de las heridas; la exactitud de los cortes hechos con un gran cuchillo o con un machete de grandes dimensiones que aún no habían encontrado. Llegados a este punto, Morata pidió a Sonia Trencó que expusiera su hallazgo. Sonia pareció salir de un trance cuando oyó su nombre en boca del doctor. Monfort había ocupado el tiempo en observar el extraño comportamiento de la forense. La doctora Trencó era realmente una mujer muy bella. Y tenía algo que llamaba poderosamente

la atención: su mirada destilaba un halo misterioso que provocaba un intenso magnetismo a quien la observaba. Mediría alrededor de un metro setenta. Llevaba el pelo recogido en una coleta con una sencilla goma de color negro. Vestía un pantalón vaquero desgastado y un suéter ajustado de cuello alto de color rojo. Calzaba unos zapatos cómodos y un acertado maquillaje adornaba su rostro. Tenía los ojos azules, los pómulos marcados, la nariz perfecta y unos labios sensuales que Monfort miró con vehemencia sin poder ni querer remediarlo. Pero algo no cuadraba.

Sonia se recolocó en la silla y apoyó los codos en la mesa, tomó una de las fotos de los finados, concretamente la de Javier Serós en la camilla del Instituto Forense. A continuación, y en absoluto silencio, buscó otra fotografía similar de Héctor Valiente. Las puso una al lado de la otra de manera que todos pudieran verlas más o menos bien. En ambas instantáneas sólo se veían las partes de los cuerpos de las que habían sido amputados los genitales de ambos hombres. Sacó una libreta de espiral tamaño folio de un gran bolso que parecía repleto de artilugios. En una de las páginas dibujó, a grandes rasgos, un cuerpo masculino solamente desde el ombligo hasta un palmo por debajo de las ingles.

—Bien, señores. —Su voz era dulce pero segura; parecía haber vuelto completamente renovada del trance en el que parecía encontrarse mientras los demás hablaban sin acordarse de que ella estaba allí—. Lo más curioso de este caso es el modo en que el asesino ha mutilado a ambos sujetos. Lo ha hecho de manera perfecta. En principio, el doctor Morata y yo pensamos simplemente que era una forma atroz de matar a sus víctimas, pero tras un análisis más específico hemos podido comprobar que los cortes están hechos exactamente en el mismo lugar en los dos cuerpos. Ni un centímetro más arriba ni un centímetro más abajo, ni más a la derecha ni más a la izquierda, son exactamente iguales, en el mismo lugar, exactamente en el mismo lugar... ¿Se dan cuenta de lo que quiere decir esto?

La doctora Trencó se había puesto en pie con el bloc en la mano y trazaba líneas con un bolígrafo de tinta roja en la zona donde el asesino había hecho los cortes.

—Quien sea el que los ha matado sabe perfectamente lo que se hace con un gran cuchillo en las manos —sentenció su compañero y jefe, el doctor Morata.

—¡Exacto! —afirmó Sonia Trencó—. Justo en ese lugar la muerte es... —hizo una pausa de varios segundos que pareció eterna— más cruel. Sabe que ahí, cortando en ese punto, la sangre no se detendrá hasta que la víctima esté seca, completamente vacía, sin una gota de sangre. Y él o ella o ellos, o quien demonios sea, lo sabe perfectamente y le produce un placer inmenso pensar que mueren con un sufrimiento horrible.

La doctora se sentó de nuevo en la silla como si hubiera acabado la exposición y ya no tuviera nada más que contar. Volvió la vista hacia la ventana y sus ojos se perdieron en aquel infinito que parecía escrutar. Monfort la miró detenidamente y vio que sus ojos lanzaban chispas dirigidas hacia algún lugar más allá de los gruesos cristales de la sala de reuniones.

Todos los allí presentes se mantuvieron en silencio durante algún tiempo. Romerales y Corral tomaban notas en sus respectivos blocs. Los agentes Terreros y García consultaban mensajes en sus teléfonos móviles y el doctor Morata y el juez Andrade intercambiaron algunas palabras sobre algo que sólo ellos sabían. Monfort siguió atento a las pupilas de Sonia Trencó, pero no le dijeron nada. El comisario rompió el hielo con una serie de instrucciones a sus subordinados:

—Hay que vigilar muy de cerca a todas las personas próximas a las víctimas, en especial a Margarita Renau y a Enrique Gálvez. Quiero que se peguen a ellos sin ser vistos y que me digan qué hacen y adónde van en todo momento. Quiero saber todo de sus vidas. Interroguen a los vecinos, a los compañeros de trabajo, a las familias..., lo quiero saber todo. ¡Ah! y continúen buscando a la mujer de Héctor Valiente, en Rumanía o donde carajo se haya metido. ¿Tú qué dices, Monfort?

El inspector se puso en pie y cogió la gabardina para ponérsela, pero antes respondió al jefe con otra pregunta que lo acuciaba.

—¿Nadie sabe nada de Luisa Oliveres? El último ligue de Javier Serós, la compañera de trabajo que le buscó la ruina con su cuerpo serrano y que luego tuvo un romance con Héctor Valiente. Por lo visto ha desaparecido del mapa. ¿No sabes nada? —La pregunta iba dirigida con inquina al subinspector Corral—. Es, por el momento, la clave de este asunto, el único nexo entre las dos víctimas.

—Seguimos buscándola y pronto daremos con ella —sacó pecho el interpelado—. Dicen los del bar que hay debajo de su casa que se ha ido de viaje con un hombre mayor que ella. Cuentan que es su actual novio.

—Sí, ya, pero tú no sabes dónde —afirmó rotundamente Monfort poniéndose la gabardina—. Sabemos que apenas tiene familia, pero ¿tampoco tiene amigos? ¿Cómo puede ser que nadie sepa dónde se ha metido?

—Por cierto —interrumpió Romerales dirigiéndose al inspector—, ¿has localizado por fin a la agente Redó?

—No —contestó mirando a Sonia Trencó, que seguía ensimismada en la lluvia que caía al otro lado de la ventana.

—Ya volverá cuando las llamas se aquieten —intentó bromear el jefe.

—Sí —contestó Monfort asiendo el pomo de la puerta para salir—, es posible. Pero de momento lo único que tenemos son dos cadáveres, y tres mujeres en paradero desconocido. Y una de ellas es de los nuestros.

Empezó a empujar con la lengua la cinta que aprisionaba su boca, hasta que le dolió tanto que tuvo que parar para tomar aliento. Notó cómo cedía milimétricamente, formando un hueco por el que podía respirar por la boca, y aquel pequeño avance le pareció un mundo entero. Decidió descansar y volver a intentarlo un poco más tarde. Sentía retortijones en el estómago. No había comido más que varios pedazos de pan en el tiempo que llevaba allí dentro. ¿Tiempo? ¿Cuánto tiempo? No entraba ningún

resquicio de luz para saber si era de día o de noche. No podía controlar el tiempo, no podía hacer nada más que no fuera concentrarse en no morir ahogada. Ahora, gracias al hueco entre la maldita cinta americana y su boca, podía pensar un poco mejor. Se puso a llorar desconsoladamente. Cayó en la cuenta de que las pocas personas que podían notar su ausencia pensarían que se había marchado de viaje. Dejó de llorar por temor a ahogarse en un acceso de tos que le sobrevino de repente. Sacó fuerzas de flaqueza y reanudó la ingente tarea de empujar la cinta. Pasado un rato que tampoco supo medir, la cinta dejó de aprisionar su boca y quedó apenas pegada a su piel por uno de los lados de la mejilla, justo por la parte que tenía dolorida por los bofetones recibidos. Y entonces lloró a gusto. Luego gritó como nunca lo había hecho. Gritó y gritó hasta que el dolor de la garganta se hizo tan profundo que su voz se apagó en un quejido grave y afónico. Sabía que podía dañarse las cuerdas vocales, pero siguió gritando sin parar; notaba que la temperatura de su cuerpo ascendía hasta límites peligrosos. De repente la puerta se abrió con violencia y el cuerpo de aquel ser corrió hacia ella más deprisa que el haz de luz que lo cegaba todo. El puñetazo fue directamente al estómago y todo se volvió oscuro de nuevo. Pensó que era el final o el principio de un profundo túnel desconocido.

El Volvo de Monfort se adentraba en el interior de la provincia de Castellón. Mientras conducía se fijó en la agreste vegetación de las montañas y se deleitó con los interminables muros de piedra que surcaban los montes que rodeaban la población de Vilafranca del Cid. Situada en un elevado altiplano, en el límite occidental de la provincia, a tan sólo 90 kilómetros de la capital, y con una altitud de 1125 metros sobre el nivel del mar, el paisaje regalaba imágenes de alta montaña. Pensó en lo que le podría contar el exsacerdote que había huido hasta aquellos solitarios parajes. Meditó sobre si valdría la pena o no hacer ese viaje para hablar con un hombre que probablemente habría enloquecido debido a lo sucedido en aquel caso en el que nunca se llegó a tener claro hasta qué punto estuvo involucrado.

Al llegar, la lluvia caía con fuerza sobre los tejados inclinados de las casas, acostumbrados a soportar lluvia, frío y nieve. Se detuvo en la gasolinera de la entrada y pidió que le llenaran el depósito. Se alejó prudentemente del surtidor mientras el hombre de manos callosas cumplía con su trabajo. Parapetado bajo un tejadillo en la parte trasera de la gasolinera, encendió un cigarrillo. Miró cómo ardía la punta roja y a su mente volvió el eterno pensamiento sobre dejar de fumar. Dio cuatro caladas seguidas y aplastó el medio cigarrillo contra la pared de piedra.

—¡Listo! —gritó el empleado de la gasolinera cuando colgaba la manguera en el viejo surtidor.

Se acercó sorteando varios charcos hasta el interior de la pequeña construcción que hacía de oficina.

—Son cincuenta y dos euros —dijo el hombre, y Monfort comprobó aquel extraño y a la vez tan familiar acento mitad valenciano, mitad aragonés.

—¡Vaya tiempo! —exclamó Monfort tendiéndole la tarjeta de crédito.

—Parece que va a llover fuerte, y es posible que nieve, pero lo peor es el viento, no te deja vivir —convino el hombre.

El aparato imprimió un trozo de papel que el inspector firmó mientras la copia salía despacio de la maquinilla.

—¿No conocerá usted por casualidad a un hombre que era cura en Valencia y que se vino a vivir aquí, a una casa aislada en el monte?

—¿Uno que era cura?

—Sí, eso mismo. Juan, me han dicho que se llama, Juan Armendáriz.

—Sí. Aquí se le conoce como el ermitaño. Vive en una casa sin luz y sin agua, arriba, en el monte. No sé qué demonios hace allí arriba. Es raro que no haya muerto de frío y de hambre, pero el jodido aguanta. —El hombre sonrió satisfecho del chascarrillo que acababa de hacer y Monfort le siguió el juego sin hablar para no entorpecer lo que iba a decir—. A veces baja al pueblo y en las tiendas le dan comida, latas y cosas así que le aguanten allí arriba sin nevera ni nada. En el ayuntamiento le dan ropa vieja e incluso sé que le han ofrecido algún lugar más decente para vivir,

pero debe de estar como una chota, porque no acepta más que las pequeñas limosnas que le dan los del pueblo.

—¿Dinero?

—No, dinero no quiere, sólo acepta lo que le digo, algo de comida y un poco de ropa, mantas y prendas de abrigo para pasar el invierno.

—¿Usted cree que puedo llegar en coche hasta donde vive?

El hombre miró a través de los cristales de la caseta dirigiendo primero la vista al coche de Monfort y luego al cielo, para finalmente soltar un bufido cargado de olor a tabaco rancio.

—Ese coche es fuerte, sí, pero si sigue lloviendo de esta manera, pronto los caminos estarán hechos un asco, llenos de barro y de ramas y entonces quizá se quede a medio camino. —Acabó la frase con una sombra de duda en su rostro mientras se rascaba el pelo con fruición—. De todas maneras, hasta la misma cabaña del ermitaño no creo que se pueda llegar. Yo no he estado nunca, bueno, miento, una vez que fui a buscar setas, pero de eso hace ya unos años.

—¿Cómo voy hasta allí?

—Es fácil. Cruce el pueblo y salga en dirección a La Iglesiasuela del Cid. ¿Conoce usted Vilafranca?

—Un poco —mintió Monfort.

—Pues una vez que haya salido del pueblo vaya despacio y fíjese que a mano izquierda hay un desvío por un camino de tierra que pone La Parreta. Tómelo y siga el camino; enseguida dejará a la derecha una casa grande, el albergue de La Parreta, y a partir de ahí el camino sube y sube un montón de kilómetros hasta que llega un momento que se acaba y empieza una senda estrecha. Ahí deberá dejar el coche y caminar un rato hasta que a la izquierda vea una casa pequeña, de color blanco, bueno, antes al menos era de color blanco, ahora vaya usted a saber de qué color la habrá pintado el ermitaño, si es que ha conseguido pintura.

—¿Cuánto es ese montón de kilómetros que hay a partir del albergue hasta que se acaba la pista?

—¡Y yo qué demonios sé! —exclamó el hombre tirando el palillo que colgaba de la comisura de sus labios—. Seis, siete, nueve... No lo tengo claro, eso lo saben los jóvenes estos que se han aficionado a las bicicletas de montaña y a caminar, aunque ahora no lo llaman así, ¿verdad? ¿Cómo lo llaman? Hacer...

—Senderismo —contestó Monfort un poco harto ya.

—Eso mismo, antes caminábamos en busca de leña y de setas, ahora hacen... ¿Cómo ha dicho que lo llaman?

—Senderismo —repitió Monfort preparándose para salir y enfrentarse a la lluvia.

—¿Por qué no espera a que escampe? Puede complicarse más aún.

—No tengo tiempo. Muchas gracias por la información. A la vuelta le cuento cómo me ha ido —dijo con cierta sorna.

—¿Es usted policía? —preguntó el hombre cuando Monfort ya salía a la calle.

—¿Tanto se nota? —preguntó sin esperar respuesta, y dando saltitos a través de los charcos llegó hasta el coche, pensando que todo el mundo veía en su rostro la placa que le ardía en el bolsillo.

Milagrosamente, la lluvia dejó de caer en el momento en el que divisó, a la salida del pueblo, el cartel que indicaba la dirección hacia el albergue de La Parreta. Eran poco más de las doce del mediodía, pero por el cielo oscuro que lo cubría todo parecía que fueran las seis de la tarde. El coche de Monfort empezó a transitar por una vereda estrecha, flanqueada a ambos lados por los típicos muros de piedra que cubrían gran parte de aquellos campos. Enseguida dejó a la derecha el albergue, una enorme construcción de varios pisos de altura y ventanas perfectamente alineadas. Un gran tejado a dos aguas parecía preparado para recibir la nieve que pronto llegaría. A partir de allí, el Volvo empezó a zarandearse como una indefensa barca en un mar embravecido. Los baches eran cada vez mayores, el camino más estrecho y la pendiente más pronunciada. El inspector temió que en algún momento el coche tocara con su enorme panza en alguna de aquellas piedras que campaban sueltas en mitad del camino y dañara el cárter. Tuvo que detenerse en varias ocasiones para sortear las más grandes, que se desprendían de los muros por la acción del viento y la lluvia que había caído. Llevaba más de media hora subiendo por aquel endemoniado camino de piedras y barro hasta que, en una gran curva, una de las ruedas delanteras quedó clavada en el barro y pensó que hasta allí había llegado. Intentó sacar el coche del agujero, pero tras varios intentos observó que la rueda se hundía más y más en el fango. Salió del vehículo, miró al cielo, que ciertamente le había dado una tregua, y por una vez no perdió los nervios: encendió un cigarrillo y aspirando una fuerte calada divisó el camino por el que había subido. Dio varios pasos y se asomó a un claro del bosque desde el que se veía el albergue a lo lejos, como si fuera una casita de muñecas, con sus ventanas alineadas y la impoluta pintura blanca de las paredes. Regresó y se apoyó en el capó del coche. Pensó en las tres mujeres que nadie encontraba. Estaba preocupado por Silvia Redó. Nadie sabía nada de ella. Él fue el último del grupo de investigación que la había visto. Recordó su despedida en la estación de tren de Castellón, cuando ambos llegaron desde Barcelona y donde el doctor Ribes la estaba esperando. Se le ocurrió llamar al subinspector Corral para que buscara a la familia de Ribes, si es que tenía familia en la ciudad, por si podían darle algún dato del paradero de la pareja. Pero el móvil no tenía cobertura en aquellas montañas. Un cuervo lanzó un graznido a escasos metros del coche y Monfort sintió una corriente helada subir por su columna vertebral. Miró el cielo y allá en lo alto divisó media docena de buitres planeando a merced de las corrientes de aire. A buen seguro, allí abajo, en el punto de mira de los buitres, algún animal muerto esperaba a ser devorado por aquellos imponentes carroñeros de alas gigantescas. Pensó que se les estaban escapando demasiadas cosas. No estaban centrados, y todo parecía pender de centenares de hilos que nadie era capaz de atar. La agente Redó desaparecida. Luisa Oliveres también estaba en paradero desconocido, sin haber dejado rastro

alguno ni en el barrio en que vivía ni en ningún otro lugar. La esposa de Héctor Valiente supuestamente en Rumanía, pero las autoridades de ese país no se decidían a buscarla en serio. La esposa de Javier Serós era, de momento, sospechosa, pero... ¿sospechosa de qué? ¿Sospechosa por qué? Él ni siquiera la había podido interrogar todavía y lo único que conseguía el penoso informe del subinspector Corral era corroborar que los polis encargados de aquellos casos eran una pena. Silvia no podía desaparecer así como así; le había pasado algo, seguro. Luisa Oliveres podía ser otra víctima de aquel depravado, mientras que él iba en busca de un excusa que probablemente estaba chalado. Miró la rueda atascada en el barro y tiró la colilla a un charco. Recordó también el extraño comportamiento de la ayudante del forense, la doctora Sonia Trencó; sus pensamientos estaban en otro lugar durante la reunión en la comisaría, pero ¿dónde? Decenas de detalles se escapaban por las rendijas. Sonrió con ironía al caer en la cuenta de que la puerta de la casa de Javier Serós estaba cerrada con llave, por lo que el asesino salió y cerró antes de largarse de allí. ¿Tenía la llave o era la de Serós? Miró el móvil por si milagrosamente había vuelto la cobertura, pero nada de nada. En el cielo, los buitres iban descendiendo con parsimonia, en su vuelo circular y majestuoso a merced de las corrientes, con lentitud, saboreando sin prisas el premio que aguardaba en algún rincón de aquel tupido bosque que apenas dejaba pasar la escasa luz del día.

Monfort se abrochó la gabardina hasta el cuello. No iba adecuadamente vestido para un lugar gélido como aquel. Cogió el paquete de tabaco y el encendedor, cerró las puertas del coche y empezó a caminar acompañado del graznido de los cuervos y el suave lamento de las ramas de los árboles mecidas por el viento. Caminó durante un tiempo indeterminado. No pudo medir el espacio que anduvo porque estaba tan absorto en sus pensamientos que le impedían concentrarse en nada más. Le dolían los pies a causa del frío que se colaba por las costuras de sus zapatos, poco adecuados para transitar por la tierra y el barro. Se tapó las orejas con las manos y maldijo no llevar siempre unos guantes en el coche. No sabía adónde iba, tampoco estaba seguro de que aquel fuera el camino que le había indicado el hombre de la gasolinera. Miró hacia atrás pero lo que vio era lo mismo que veía si miraba hacia delante: un estrecho camino, restos de lo que antaño había sido un muro de piedra que delimitaba parte de la senda y que se desmoronaba en un sinfín de piedras sueltas que dificultaban la marcha. Un oscuro bosque de pinos y carrascas ocultaban a seres imaginarios que habitaban aquel bosque del pueblo de sus padres, que volvieron a su mente una vez más. Su madre, su padre, sus vidas ya de ancianos... Y con ellos regresó el dolor en el pecho que le producía recordar a su esposa. ¡Violeta!, gritó su nombre y un trueno sonó grotesco entre las ramas de los árboles, hueco, sordo, feo, desagradablemente fuerte. Tres segundos después caían gotas gordas como puños. Al momento, una enorme cortina de lluvia arremetía contra todo. Perdió de vista el camino. El bosque se confundió con la lluvia, y el sonido de las piedras y los matorrales arrastrados por el agua se encastró en su cerebro, amenazando con destrozarle los tímpanos. Incapaz

de seguir caminando, se agazapó en un recodo del camino bajo un arbusto de hojas punzantes. El viento movía a izquierda y derecha la lluvia llevándola hacia todas partes como si fuera un juguete en manos de un gigante. El ruido era ensordecedor y la oscuridad se estaba adueñando de la luz, convirtiendo aquel paraje en un espantoso decorado de terror. Sus zapatos chorreaban y su gabardina calaba toda el agua que caía del cielo, como si al haber pronunciado el nombre de su esposa se hubiera confabulado con el infierno. Gritó de nuevo con todas sus fuerzas: ¡Violeta!, y el quejido sonó empujado y pusilánime entre aquel estruendo que golpeaba sobre las piedras. Las lágrimas se mezclaron con el agua que caía por su cara. Quiso gritar una vez más, pero no pudo, no le salió la voz. En un acto reflejo echó mano al paquete de tabaco, pero estaba completamente mojado y los cigarrillos partidos a la altura del filtro. Apretó con fuerza el paquete hasta que su mano estranguló la cajetilla estrujando el contenido y las uñas se le clavaron en la palma de la mano. Se puso en pie pensando que no podía desfallecer, enfiló camino abajo, retrocediendo lo andado para volver al resguardo del coche. Y entonces fue cuando, de refilón, vio una débil luz que se agitaba a lo lejos entre las ramas de los árboles.

Horas después de que finalizara la reunión, el juez Andrade llamó por teléfono al comisario Romerales.

—No me gusta el rumbo que está tomando este caso. La reunión no ha servido de mucho. Aquí nadie hace nada. Hay que tomar una determinación, dejarse de puñetas e ir directamente al grano. Tenemos que encontrar a los culpables o este maldito caso nos va a salpicar a base de bien. Tengo veinte periodistas en la puerta del juzgado esperando a que diga algo. Y si no les digo algo pronto, se lo van a inventar, y lo sabes bien, Romerales. Explícame, por favor, ahora que nadie nos oye, quién está realmente al mando del asunto además de ti, porque yo no me aclaro.

—El inspector Monfort es el único en el que podemos confiar... Pero no puedo negar que sus métodos dejan mucho que desear.

—Sí, ya lo he visto, parece que esté en la parra todo el tiempo, pero luego suelta cuatro frases que suelen ser de lo más acertadas. Aunque en la reunión creo que estaba más preocupado por lo que le ocurría a la doctora Trengo que otra cosa.

—Es que, la verdad, la doctora Trengo está para mirarla, con perdón, señorita — concluyó la frase en tono jocoso.

—Vale, vale. —El juez hizo como si espantara moscas a su alrededor con la mano—. Luego está este... ¿Cómo se llama?

—Corral, el subinspector Corral.

El comisario intuyó la inminente regañina.

—Sí, ese, ¿qué demonios pinta ese?

—Cometí el error de ponerlo al mando el día que encontramos el primer cadáver.

—Ya, comprendo, pero luego llamaste al inspector Monfort, que si no me

equivoco, no pertenece a la comisaría de Castellón.

—En efecto, es de Barcelona. Vive para cazar malhechores; es un tipo extraño, pero nos ayudará a resolver el caso, de eso no me cabe la menor duda.

—¿Y dónde tienes ahora al tipo extraño?

—No lo sé, lo he llamado hace un rato, pero como casi siempre no contesta a mis llamadas o tiene el teléfono desconectado.

—Buen plan —espetó el juez con voz cansada—. Bueno, mira, te he telefoneado porque quiero que interrogues a ese tal Gálvez como Dios manda. Veo que no se le ha investigado a fondo y da un perfil que no me gusta nada. Tengo la corazonada de que esconde algo. No puede ser que no sepa nada del asunto.

—Pero...

—Ni peros ni nada, Romerales, cojamos la sartén por el mango y resolvamos esto lo más pronto posible. Ahora te dejo, que tengo una montaña de papeles por despachar que no me lo creo ni yo. Hasta luego, jefe.

Andrade colgó el teléfono y recostándose en el sillón mordisqueó un lápiz hasta que los dientes se le llenaron de pequeñas partículas de madera que escupió hacia un lado.

El comisario Romerales llamó una vez más a Monfort, pero el mensaje fue el mismo: apagado o fuera de cobertura. Dio un manotazo en la mesa y marcó con premura el número del subinspector Corral.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Pues deja lo que estés haciendo y vete a buscar a Enrique Gálvez a la oficina de la calle Castelldefels. Dile que queremos hacerle unas preguntas rutinarias. No lo pongas nervioso, no lo asustes y tráelo lo más pronto que puedas.

—A la orden, jefe —dijo Corral en tono burlón—. ¿No encuentra a su poli preferido? Quizá esté en algún bar ahogando las penas en *whisky* caro.

Pero el comisario Romerales ya había cortado la comunicación, y Corral se quedó unos segundos con el teléfono en la mano antes de guardarlo de nuevo en el bolsillo.

—¿Te vas? —le preguntó su mujer.

—Sí, tengo trabajo, me han llamado, me necesitan, ya te dije que me han dado ese caso tan importante, confían en mí.

—Tenemos que hablar —le pidió ella con tono de súplica.

—Ya te he dicho que no creo que ahora sea el momento de tener más niños en casa.

—Es lo que tú opinas, pero... y lo que pienso yo, y mi felicidad, ¿no te importa?

—Tengo trabajo —contestó escuetamente Corral mientras salía por la puerta—. Luego lo hablamos.

—¿Luego?

—Sí, luego.

—Siempre dices lo mismo.

—También tú siempre dices lo mismo.

El portazo se clavó en las sienes de su esposa y una vez más brotaron las lágrimas y cayeron despacio por sus mejillas. Se preguntó cansada si aquella era la vida que quería.

La luz resplandecía débilmente en algún lugar entre aquella masa de árboles que lo cubría todo. Saltó como pudo el pequeño muro de piedra que delimitaba el estrecho camino e intentó adentrarse en la espesura del bosque. Arrastraba los pies y le costaba dar un solo paso. Estaba completamente empapado, la lluvia golpeaba su cara y apenas le dejaba mantener los ojos abiertos. El viento amenazaba con derribarlo en cualquier momento. Se rasgó el pantalón con la rama baja de un pino y notó al instante un escozor en la pierna. Se llevó la mano al lugar de la rotura y palpó un hilo de sangre que al mezclarse con el agua se volvió de color anaranjado. En un acto desesperado gritó hacia la luz, palabras sin sentido que nadie oyó. Aun así continuó gritando, pidiendo ayuda. Tropezó con una gran piedra y se dio de bruces contra unos matorrales que le llenaron las palmas de las manos y la cara de pequeños rasguños causados por las punzantes ramas del arbusto. Se incorporó, y entonces vio la silueta de algo parecido a una casa, como una cabaña, pero lo que más ánimo le dio fue el olor a humo, a leña quemada en una chimenea. Le costaba verla bien por culpa de la espesa cortina de lluvia, pero intuyó que era una pequeña construcción en medio del bosque. Monfort quiso correr, pero no podía, quiso gritar de nuevo, pero la voz no le salía, quiso rezar, pero no recordaba cómo se hacía. La cabaña estaba bastante más lejos de lo que pensaba, pero el humo que salía por la chimenea y aquella tenue luz que como un faro le alumbraba desde una de las ventanas lo fueron guiando despacio entre la maraña de ramas y piedras que rodaban ladera abajo. Lejos de amainar, llovía cada vez más intensamente. Ahora los rayos se sucedían en un intervalo de tiempo más corto, y si parecían iluminarle el penoso trayecto, insuflaban un aire fantasmal de negrura en cuanto se apagaban. Luego, al instante, se oían los truenos, la tierra parecía temblar bajo sus pies, los árboles, altos, muy altos, se mecían indefensos como si un ser monstruoso los moviera alocadamente. Era una pesadilla, no podía caminar, cada vez había más ramas bajas, más arbustos, más piedras que sortear. Y la pequeña casa aparecía y desaparecía a merced de la tormenta. De repente fue como si el cielo se incendiara por completo. El rayo arrojó tanta luz que Monfort tuvo que cerrar los ojos y apretar los dientes con fuerza. El chasquido fue como un látigo enorme que golpeó la masa de árboles del bosque. No supo si fue el ruido del trueno o miles de árboles que se resquebrajaban haciéndose astillas. Vio a su lado un pino de tronco grueso que caía como un boxeador noqueado. El ruido se le introdujo hasta lo más hondo de su ser. El rayo había caído muy cerca de donde estaba y un sinfín de ramas y piedras volaban como proyectiles sin dirección. De rodillas, hundido en el barro, creyó perder el mundo de vista. Primero fue una piedra que golpeó en su

mejilla produciéndole un dolor agudo, después fueron las ramas que cayeron sobre él como una lluvia de palos, y finalmente una fuerza desconocida empujó su cuerpo hasta que notó que su cara se hundía en un fango helado que le cubrió los ojos, la nariz y la boca.

No supo cuánto tiempo estuvo tumbado en el barro. Se despertó de un sobresalto creyendo morir ahogado boca abajo. Tuvo un violento acceso de tos. Notó el cuerpo empapado; cada rincón de su cuerpo, cada pliegue de su piel, estaba chorreando. De repente, un gran silencio reinó en el bosque. El viento había cesado, apenas caía una fina lluvia. Recordó la horrible tormenta, el ruido ensordecedor de las ramas de los árboles sacudidos por el fuerte viento, los rayos y los truenos, el camino de tierra ahora enfangado que le había llevado hasta allí...

Algo tiraba de la pernera de su pantalón. Se incorporó dando un respingo y vio un perro grande de color marrón claro, de ojos avispados y enorme dentadura, flaco, con las patas largas, desproporcionadas en relación con su cuerpo. El perro mordía el pantalón y tiraba de él como si quisiera arrastrarlo. Notó un sudor frío que le subía por la espalda: era el miedo. Pensó que podía tratarse de un cruce de lobo o de un perro salvaje de las montañas. Intentó darle una patada en el hocico con la suela del zapato, pero el perro esquivó el golpe y se concentró de nuevo en la orilla del pantalón. Le susurró que lo dejara, sin gritarle, sin asustarlo, creyó que gritarle sería mucho peor. Comprendió que el perro no tenía intención de morderlo, pues había tenido todas las oportunidades posibles; en cambio, seguía empeñado en tirar de él.

—¡Rubio!

La voz sonó grave y profunda a través del bosque. Se oyó la respuesta del eco hasta en cuatro ocasiones: *Rubio, Rubio, Rubio, Rubio...*, cada vez más lejana y atenuada.

El perro tensionó el lomo al oír la llamada, y soltando la pernera del pantalón inició una veloz carrera en dirección contraria.

Monfort se sentó en el suelo y trató de comprender lo que había pasado. Palpó la herida de su pierna y comprobó que no era profunda, apenas salía ya sangre.

—¿Está herido? —La voz sonó de nuevo grave y profunda, pero esta vez estaba delante de él.

—No es nada —contestó el inspector intentando ponerse en pie no sin dificultades—, sólo un rasguño. ¿Es usted Juan Armendáriz?

—Sí, señor, soy yo, pero apóyese en mí, le ayudaré a llegar hasta la casa. Está empapado, puede pillar una pulmonía, y ese corte hay que desinfectarlo enseguida.

Juan Armendáriz era un hombre alto, de espalda ancha, un poco encorvado, pero fuerte todavía. La gran barba cana que cubría su rostro hacía difícil calcular su edad. Agarró a Monfort por las axilas y le ayudó a levantarse del suelo embarrado. Sus brazos eran fuertes y fibrosos, y el inspector vio las venas de su grueso cuello tensarse con el esfuerzo. Tardaron casi diez minutos en recorrer el espacio entre el lugar en el que se habían encontrado hasta la casa. Los árboles caídos y la maleza del

bosque formaban un escudo protector frente a la vieja construcción.

La cabaña era pequeña, de planta cuadrada, construida con la típica piedra de la zona. Seguramente se trataba de un antiguo cobijo de pastores. Alguien, tal vez Armendáriz, había rebozado con cal las paredes exteriores para protegerse de la lluvia y el frío. En la puerta, el perro esperaba sentado sobre sus cuartos traseros sin dejar de mirar fijamente a los ojos de Monfort.

El subinspector Corral y sus hombres entraron en tromba en la oficina del INEM de la calle Castelldefels. Todos los allí presentes se quedaron perplejos al ver a los policías. Se hizo un silencio absoluto en los despachos y algunas personas abandonaron las dependencias sin mediar palabra.

—¿Es usted Enrique Gálvez? —preguntó Corral abriendo la puerta del pequeño despacho del director.

—¿Perdone? —preguntó Gálvez anonadado.

—Soy el subinspector Corral, de la Policía de Castellón —se presentó a la vez que mostraba orgulloso su placa.

—Ya conté todo lo que tenía que decir... —balbuceó el director.

—Acompáñenos. Tenemos que hacerle algunas preguntas —le interrumpió Corral.

—No iré a ningún sitio, estoy trabajando —respondió irritado.

—Vaya, se nos pone chulito el señor director —espetó Corral apoyando los puños sobre la mesa de Gálvez—. ¡Terroros! —gritó, y el agente apareció en el despacho en menos de dos segundos—. Sácalo de aquí le guste o no y mételo en el coche, que nos vamos a la comisaría ahora mismo. Parece que no tiene muchas ganas de colaborar.

—Yo no he hecho nada, no pueden llevarme a ningún sitio, esto es ilegal —intentó argumentar Gálvez pero con poco convencimiento.

—A ver si en un cuarto de interrogatorios permite que le hagan preguntas y no montamos aquí el numerito —concluyó Corral saliendo al pasillo.

El agente Terroros se quedó a solas un momento con Gálvez y enseguida lo sacó de su despacho, no hizo falta violencia alguna. El agente lo convenció al recomendarle que no opusiera resistencia ya que en ese caso sería mucho peor para él.

Enrique Gálvez abandonó la oficina bajo el estupor de los demás empleados, que no daban crédito a lo que estaban viendo. El silencio continuaba en todo el local y solamente se rompió una vez que los policías y el director salieron de las dependencias.

En uno de los coches viajaban el subinspector y un agente uniformado. En otro automóvil iban los agentes Terroros y García en la parte delantera y en la parte posterior, completamente aislado por la mampara irrompible, un destrozado Enrique Gálvez que lloraba como un niño.

—Cómo se ha puesto Corral, tampoco era necesario, se le han subido los humos que no veas —rompió el silencio el agente García.

—Es verdad, con decirle que había que llevarlo a comisaría era más que suficiente. He llamado primero a Romerales y luego a Monfort, no me he podido aguantar —dijo Terreros.

—¿Y? —preguntó escuetamente García.

—Nada, no contestan, tienen el teléfono apagado o fuera de cobertura.

—Yo flipo con estos tíos: si nos llaman a nosotros y no estamos, se nos cae el pelo.

—Por cierto, ¿dónde crees que debe de estar Silvia Redó? —preguntó con curiosidad el agente Terreros.

—De vacaciones, con su novio médico, tampoco es tan difícil de entender. Este trabajo quema y hay que parar de vez en cuando y desconectar de todo. A mí no me parece tan extraño que no se ponga al teléfono.

—Ni a mí. En cuanto pueda me largo quince días y tiro el móvil al río —concluyó Terreros cuando entraban en el aparcamiento de la comisaría de la ronda de la Magdalena.

Los agentes acompañaron a Enrique Gálvez hasta una pequeña sala de interrogatorios en el sótano de la comisaría.

—Siéntese y no la líe —le recomendó García.

—¿Necesita alguna cosa? —preguntó Terreros—. ¿Agua? ¿Café? ¿Ir al baño?

Pero Enrique Gálvez no contestó a ninguna de las preguntas. Sollozaba, se sorbía los mocos ruidosamente y se rascaba sin cesar brazos y piernas, estaba hecho un manojo de nervios y el labio inferior le temblaba de forma incontrolada.

Terreros y García salieron del cubículo y cerraron con llave.

—Pobre tipo, va a alucinar en colores cuando venga Corral.

—Oye, ¿tú sabes por qué está de tan mal rollo con todo el mundo últimamente?

—Juani, de la Científica, me dijo que le oyó discutir por teléfono con su mujer sobre que no quiere tener más hijos.

—¿Y tú hablas de esas cosas con Juani?

—Anda, calla. Te invito a un café antes de que nos llame Corral para que le demos estopa a este infeliz.

Monfort tomó asiento, con ayuda de Armendáriz, en un viejo sillón remendado. Un fuego ardía con fuerza en el hogar que había en una esquina de la cabaña. Todo olía a humo pero se estaba caliente. Armendáriz echó un grueso tronco al fuego y este prendió enseguida.

—Le recomiendo que se quite esa ropa mojada y se ponga algo seco o pillaré una pulmonía, se lo digo por propia experiencia. Estos temporales son terribles en estas montañas. Lleva días soplando el viento y haciendo un frío infernal, no sé cómo se ha

aventurado a venir hasta aquí.

Monfort no contestó, se limitó a hacer un gesto de agradecimiento, y detrás de una manta que colgaba de un cable entre las paredes, a modo de separación, se quitó la ropa empapada y se puso los harapos secos que le había tendido el viejo.

—Puede lavarse en el agua de esa jofaina que hay junto a la cama. Es agua limpia.

Se lavó la cara y las manos y la pequeña herida de la pierna. Vestido con unos viejos pantalones de pana gastada y una camisa que le producía un gran picor al rozarle la piel, pero que al menos estaba seca, regresó junto al fuego, extendió su ropa mojada frente a la chimenea y estudió a aquel hombre extraño que preparaba algo en una olla de grueso cobre.

El perro estaba tumbado delante de la chimenea, Monfort tuvo cuidado de no importunar al extender su ropa.

Juan Armendáriz pareció leerle el pensamiento.

—No se preocupe por el perro, no le hará nada a menos que intente algo contra mí.

—¿Está adiestrado? —preguntó el inspector arrepintiéndose inmediatamente de la pregunta.

—No. Somos amigos. Estamos solos en estas montañas el uno con el otro. Nos hemos acostumbrado a compartir lo poco que tenemos. Es viejo, como yo, pero todavía es fuerte y sería capaz de matar por no perder ese trozo de suelo junto al fuego, créame.

El hombre vertió un cucharón de humeante caldo de la olla en un cuenco de barro y se lo tendió.

—Beba —ordenó el viejo—, le hace falta, ha pasado mucho frío ahí fuera.

Monfort aceptó el cuenco y sopló antes de llevárselo a los labios.

—Está bueno.

—Sólo es agua hirviendo con hortalizas y un trozo de cordero, pero recompone el cuerpo y anima el espíritu.

—Me llamo Bartolomé Monfort, soy policía —se presentó el inspector.

—Lo sé, he visto su identificación —dijo Armendáriz señalando la documentación que se secaba junto al fuego.

—Es usted perspicaz.

—Hay que serlo —sentenció Armendáriz—. Aquí, en las montañas, si te quedas dormido demasiado tiempo en el mismo sitio, un buitre puede arrancarte la cabeza.

—No creo que sean sólo los buitres su amenaza.

—No, claro, también puedes ausentarte más de lo debido y volver y que la cabaña esté habitada por gatos o perros salvajes...

—O personas...

—O personas, así es, de todo hay en la viña del Señor.

—Usted fue cura, ¿verdad?

—Sí, pero ese dato ya lo conoce usted; por eso ha venido, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—No me dirá usted que ha venido hasta aquí sólo para hacer turismo, vestido de esa manera, y con esta tormenta que ya se sabía con antelación que iba a caer.

Monfort apuró el caldo y al instante notó que el interior de su cuerpo recuperaba algunos grados perdidos.

—Gracias, estaba muy bueno.

—Cúrese la herida. No es nada, pero es mejor que no vaya a más. —El hombre le tendió una botella de agua oxigenada y un paquetito de algodón hidrófilo.

—Para vivir aislado está usted bien preparado.

—Bajo al pueblo de vez en cuando, la gente es buena.

—¿No cuchichean sobre su pasado?

—Supongo que sí, bueno, estoy seguro de que hablan, pero no me importa mucho, no hago daño a nadie aquí. Tampoco me busca nadie, no tengo ninguna deuda con la ley si es eso lo que está pensando.

—No, no pienso en eso —contestó Monfort—, pienso en qué cosas llevan a una persona como usted a tomar una decisión como esta.

Armendáriz se puso en cuclillas delante de la olla que borboteaba en el fuego, sacó de ella dos trozos de cordero y los dispuso en sendos platos de metal. Le dio uno a Monfort y seguidamente le acercó un recio pedazo de pan de color oscuro.

—Si quiere vino, ahí tengo la bota —dijo señalando un gancho clavado en una viga del que pendía una bota de color pardo—. Y, dígame, ¿qué es lo que ha venido a buscar?

Monfort pellizcó un poco del cordero con los dedos y se lo llevó a la boca. Estaba rico, sabía a monte, a especias, a laurel y a tomillo. Cortó un pedazo de pan y apoyó en él el trozo de cordero mientras se lo iba comiendo a cachitos con la otra mano. Armendáriz descolgó la bota, dio un trago largo estirando los brazos y cortó en seco el chorro girándola media vuelta. Luego se secó los labios con la manga de la camisa.

—Está muy bueno —dijo Monfort, y deseó que sonara sincero, pues en efecto el cordero estaba delicioso y el pan era como los de antes.

El hombre le tendió la bota de vino y el inspector dio un buen trago. Era espeso, fuerte, con mucho cuerpo, un vino para gente recia, como aquel extraño que lo había cobijado en su casa de la montaña.

—Hemos encontrado dos hombres muertos en extrañas circunstancias —dijo de repente—. Han sido mutilados salvajemente y cerca de sus cuerpos hemos hallado notas con versículos de la Biblia.

—¿Con citas bíblicas?

—Bueno, eso creemos, y también lo cree así un cura de Castellón, el mismo que me contó lo de su ayudante en la iglesia de San Juan del Hospital, en Valencia, y que resultó ser un violador de menores.

—Han pasado los años pero veo que sigo siendo famoso —resopló Armendáriz.

—Lo malo siempre queda en la memoria de las personas —repuso Monfort poco convencido del comentario.

El perro levantó la cabeza del suelo y sin hacer ruido alguno le enseñó parte de su terrible dentadura. El hombre recogió los restos del cordero de los platos, abrió la puerta de la cabaña y salió un momento, con el perro tras él. Volvió a entrar sin el animal, que ya daba buena cuenta de las sobras del guiso.

—Hace mucho frío —dijo el hombre mientras echaba pequeños troncos en el hogar.

Retiró la olla de las trébedes y en su lugar puso una cafetera que previamente llenó con agua y café molido que sacó de un bote metálico. Avivó el fuego y esperaron a que saliera el café. Toda la cabaña se impregnó de un olor fuerte y denso.

—¿Fuma usted? —preguntó Armendáriz.

—Sí —contestó Monfort—, pero mis cigarrillos se los ha llevado la tormenta camino abajo.

—Tengo tabaco que hago aquí arriba. Quizá sea muy fuerte para usted.

—No se preocupe por mí, lo probaré. —Necesitaba de veras aplacar el mono de nicotina.

Armendáriz sacó una bolsita de cuero en la que guardaba el tabaco y varios papelillos de liar. Compuso un cigarrillo gordo e irregular para él y a continuación le pasó los artilugios.

—¿Sabe liar? —preguntó el hombre mesándose la barba.

—Por supuesto, no siempre fui un policía huraño, probé cosas en mi juventud.

Por primera vez en todo aquel tiempo, Monfort vio media sonrisa en el rostro de Juan Armendáriz. Los dientes sucios y castigados. Su larga barba blanca mostraba rodales despoblados y estaba mal cortada y seguramente también poco aseada. Tenía una buena mata de pelo de un color impreciso en el que se mezclaban tonos de marrón, de negro y del blanco de las numerosas canas. Monfort supuso que se lo cortaba él mismo; instintivamente buscó un espejo por toda la cabaña pero no lo halló. Largos pelos salían de sus orejas y de los orificios de la nariz. Pero sus ojos eran intensos y enigmáticos, acuosos, de color marrón, casi del mismo color que el pelaje del perro, y parecía que una inmensa profundidad se escondía debajo de sus dilatadas pupilas.

Sirvió el café en dos tazones de aluminio.

—No tengo azúcar.

—No se preocupe.

—No me preocupa lo más mínimo. No tomo nunca azúcar.

Monfort bebió un sorbo de aquel café fuerte que sabía a rayos pero que extrañamente le reconfortó el estómago. El tabaco era dulzón, tenía un gusto de hierbas que no pudo discernir; a tabaco negro y rubio a la vez. Por un instante pensó que el viejo le estaba dando a fumar algo más que el ordinario tabaco de hoja.

—En la iglesia de San Juan del Hospital acogíamos a niños que sus padres no

querían o no podían atender. —Armendáriz inició el relato mirando a un punto infinito dentro de la cabaña—. Familias desestructuradas, rotas por las drogas y la delincuencia. Nos traían a sus hijos y los dejaban en la puerta de la sacristía porque alguien les había dicho que allí cuidaríamos de ellos hasta que se rehabilitaran o consiguieran dinero para sacarlos adelante. Pero no volvían, nunca volvían. Nosotros nos encargábamos de buscarles algún hogar decente en el que pudieran rehacer sus vidas y no tuvieran que acabar en grandes hospicios, fríos y desangelados, faltos de cariño y de calor familiar. Eugenio apareció un buen día por la iglesia. Tendría entonces veinte años. Había tenido serios problemas con la heroína, pero se había desenganchado él solo, sin ayuda de nadie, sin acudir a centros de rehabilitación. Al menos, eso fue lo que nos contó. No tenía donde caerse muerto. Sus pertenencias cabían en una mochila sucia de la que no se separaba en ningún momento. Me sedujo con sus palabras inocentes sobre paz y amor para todo el mundo. Después de varios días apareciendo por allí para dormir en un rincón de la iglesia sin que nadie más que yo lo supiera, le propuse que se quedara con nosotros a cambio de colaborar en las tareas de cuidar a los niños abandonados. Nunca le pagué ni una peseta, creo que tampoco hubiera aceptado nada. Trabajaba desde que salía el sol hasta que se ponía. Preparaba los desayunos, los almuerzos, las cenas, limpiaba la cocina, ayudaba en los trabajos de reparación de los viejos muebles que utilizábamos, camas y demás. A mí me daba lástima y él parecía sentir devoción por mi persona. No le interesaban nada los temas de la Iglesia, pero yo se lo respetaba. Arrugaba la nariz cuando tenía que tomar parte en las misas ayudándome como monaguillo, pero jamás se negó; tenía siempre un plato de comida caliente y una cama limpia en la que descansar. Trabajó incansablemente cuidando a aquellos pobres benditos que raras veces conseguíamos sacar adelante. Los servicios sociales acababan llevándoselos a hogares de acogida en los que duraban muy poco tiempo, e incluso supimos que algunos acabaron en centros de menores por hurtos y trapicheos con las drogas. Es la vida, amigo, los hay que nacen estrellados.

Armendáriz guardó silencio unos minutos hasta que se puso en pie y dio un buen trago a la bota de vino, luego se la pasó a Monfort, que bebió también, agradecido por el gesto del viejo. Sacó de nuevo la bolsita de cuero con el tabaco, vertió una parte sobre un papelillo, lo lio, lo encendió y soltó una bocanada de humo que impregnó el interior de la cabaña.

—Déjeme ver esas notas —dijo tendiéndole la bolsita del tabaco.

—Hice unas copias, pero se mojaron ahí fuera y la tinta se diluyó —contestó Monfort haciendo una breve parada cuando pasaba la lengua por la parte engomada del papel de fumar.

—No importa —dijo Armendáriz, y buscó una libreta vieja y un lápiz gastado—. Escríbalas aquí, seguro que las recuerda perfectamente. No le deben de dejar dormir.

Lo primero que notó al despertarse fue que la persona que la retenía le había cambiado la cinta que sellaba su boca. Era como volver a empezar, o peor aún, porque ahora, a todos sus dolores se sumaba aquel fuerte ardor de estómago que sin duda le había producido el puñetazo que le había dado antes de que se quedara sin sentido. Intentó calmarse, dejar de llorar, dejar de desesperarse, dejar de desear la muerte. Se concentró en un punto del zulo. Decidió que debía vivir: su raptor la retenía por algún motivo que ella desconocía, pero si todavía estaba viva, era porque a él le interesaba que así fuera. Aguzó todos sus sentidos: olía a cerrado, a sótano, quizá a neumáticos de coche. Lo poco que oía era difuso, extraño: voces que no podía entender. De vez en cuando escuchaba algarabía de niños, ¿el patio de un colegio?, pensó. Pero lo que mejor se oía, si era capaz de separar todos los demás elementos, eran ruidos de coches, la fricción de las ruedas contra el asfalto, algún toque de claxon con cierta reverberación. Puso gran empeño en tratar de ver algo pese a la profunda oscuridad. Le dolían los ojos de forzar las pupilas tratando de descubrir un resquicio de luz, pero fue imposible. Quiso dormir, descansar un poco, relajarse... De repente tenía hambre, y entonces se sintió viva y se dijo que lucharía. Pensó en un plan para cuando llegara el momento.

Cuatro horas duró el interrogatorio del subinspector Corral a Enrique Gálvez en la comisaría de la ronda de la Magdalena.

—¿Puedes salir un momento, Corral? —El comisario Romerales metió la cabeza en la sala donde estaba siendo interrogado el director de la oficina de empleo.

—¿Qué pasa? —contestó tenso el subinspector.

El agente Terreros estaba con el comisario y el agente García se encontraba dentro de la pequeña sala.

—No pasa nada, Corral, no pasa nada, pero haz el favor de soltar ahora mismo a ese hombre. Está limpio, no ha hecho nada, está acojonado, sólo eso. Terreros me ha informado de lo que estáis haciendo. Ya vale, no hay nada más que rascar ahí, lo único que vas a conseguir es que se cague en los pantalones y cuando salga de aquí nos ponga una denuncia y encima tengamos que dar explicaciones a los de arriba.

—Vaya, Terreros, ¿ahora vas informando al jefe a mis espaldas? —espetó el subinspector.

—Él me ha preguntado... —intentó defenderse el agente.

—No hay nada más que hablar —atajó el comisario—. En efecto, yo le he preguntado y él me ha contado lo que este hombre dice. No le des más vueltas, Corral, no te obceques. El juez Andrade nos pidió que lo interrogáramos, nada más, ya lo has hecho, toda la declaración está grabada, ¿verdad? Pues punto y pelota. Se la pasamos al juez y que él decida, nada más, repito, y ya lo he dicho un montón de veces, nada más, suéltalo inmediatamente. Por cierto, tú y tú —dijo Romerales señalando a Terreros y García—: quiero que os peguéis a la ex de Serós, que no la dejéis ni a sol ni a sombra, seguidla allá donde vaya y me vais informando de todo.

El comisario se dio la vuelta y desapareció escaleras arriba para no tener que tomar medidas más drásticas con el subinspector. Pensó que realmente tenía un problema con aquel hombre, no llevaba bien el caso y encima Monfort no aparecía por ningún sitio. Pensó también, con gran pesar, que aquel caso le iba a pasar factura, precisamente ahora que ya le faltaba poco tiempo para la jubilación, o al menos eso era lo que pretendía.

El agente García tuvo que mediar seriamente para que el subinspector Corral y el agente Terreros no llegaran a las manos. Se habían enzarzado en una importante discusión sobre lo que debía o no debía contar al comisario.

—¡Es la última vez que te lo aguanto, chivato! —incurrió Corral a Terreros mientras García trataba de llevárselo en dirección opuesta por el pasillo.

—Eres un cagón, Corral, hace cuatro días que te han ascendido y te crees el rey del mambo, pero sigues siendo el mismo de siempre. Estás muy equivocado conmigo.

—Déjalo ya. —El agente García sujetaba a su compañero por los hombros.

—¡Te lo repito, es la última vez! —Corral seguía erre que erre.

Mientras, en el cubículo de interrogatorios, Enrique Gálvez sintió un mareo y se

golpeó la cabeza con la mesa.

El subinspector y los dos agentes dejaron de discutir al oír el golpe y volvieron rápidamente a la pequeña sala.

García intentó reanimar a Gálvez, que respiraba pesadamente y tenía los ojos en blanco, echándole un poco de agua en la nuca y dándole palmadas en las mejillas.

—Hay que llamar al médico —dijo el agente Terreros marcando un número en el teléfono colgado de la pared del cuarto—. Ahora sí que tienes un problema, Corral.

Él se esforzaba por que todo saliera bien. Aquel viaje había sido idea suya, necesitaba apartarla por algunos días del mundo que diariamente la rodeaba. Había reservado una mesa para dos en un restaurante cercano al castillo, se llamaba The Witchery. En la oficina de turismo se lo habían recomendado como uno de los lugares más románticos de la ciudad de Edimburgo. La joven pelirroja del mostrador le guiñó un ojo al pronunciar la palabra «romántico», en un caprichoso castellano aprendido, seguramente, para conseguir el trabajo. En la solapa de la camisa llevaba una plaquita con su nombre, Susan, y una banderita española que advertía que hablaba español.

El restaurante era realmente especial, con magníficos muebles antiguos, techos altos, enormes ventanales de guillotina, cortinas de bellos colores que arrastraban por el suelo, lámparas de cristal que colgaban del techo. Daba la impresión de haber retrocedido un par de siglos al cruzar el umbral de la puerta. Un camarero vestido con un impoluto frac los acomodó en una elegante mesa con manteles de grueso hilo y cubertería pesada. Dos candelabros iluminaban la elegante vajilla y un ramo de rosas rojas decoraba y perfumaba la mesa. Las copas, de exquisito vidrio tallado, daban otra nota refinada al conjunto. Una melodía clásica de violín flotaba entre los numerosos comensales. Ella reparó en que no había luz eléctrica en toda la sala; la iluminación, únicamente proporcionada por las cálidas velas que reposaban sobre las mesas, daba luz y calor a una estancia ya de por sí fuera de lo común.

Pidieron platos para compartir: *risotto* de setas al aceite de trufa negra y queso parmesano, pastel de pescado de las islas Lofoten y ragú de ciervo. Para beber, una botella de vino tinto de Napa Valley y otra de agua fresca.

Al acabar los succulentos y sofisticados platos rehusaron la oferta de postres y pasaron directamente al café.

Entrelazaron sus manos y él le acarició las yemas de los dedos. Hubiera dado cualquier cosa para que aquella cena no hubiera acabado jamás. Ella pidió la cuenta y se empeñó en pagarla. Él no estuvo de acuerdo pero no quiso discutir. A la salida dejaron sendas notas en el libro de visitas del restaurante. Ella lo hizo en primer lugar y luego le pasó la pluma estilográfica que había allí para tal menester. Él no pudo evitar mirar lo que ella había escrito: «Esta vez no va a salir mal, será perfecto, como este mágico lugar».

Acurrucados, intentando guarecerse del frío con el calor de sus cuerpos,

camaron por la Royal Mile hasta llegar al hotel. Subieron a la cálida habitación y sin más preámbulos hicieron el amor de forma desesperada, como si les fuera la vida en ello; como si fuera la primera, o la última vez.

Margarita Renau y su hijo se encontraban en su piso de la plaza Huerto Sogueros.

—No has ido a ver a tu novia —dijo Margarita a su hijo, que pelaba una manzana sobre el fregadero de la amplia cocina de grandes ventanales que daban a la céntrica plaza.

—Estoy que no sé dónde tengo la cabeza —contestó Bernat a la vez que masticaba ruidosamente un trozo de la crujiente manzana—. Pero ahora me iré a Oropesa y me quedaré a dormir allí.

—Sé de lo que hablas, hijo, yo estoy igual. He ido un rato a la tienda pero me he marchado enseguida. Todo son preguntas y más preguntas.

—¿Ha ido la Policía otra vez? —preguntó Bernat mientras tiraba la piel de la manzana a la basura.

—No, qué va, son las clientas, los vecinos de las tiendas de alrededor, los del bar, el del estanco..., todo el mundo me da el pésame. ¡Ja! El pésame..., fíjate tú, ahora me muestran sus condolencias. No me las dieron cuando se supo que se acostaba con medio Castellón y ahora me dan el pésame y ponen cara de tristeza.

Margarita Renau se hacía la fuerte delante de su hijo, pero le temblaban las piernas y su corazón parecía a punto de desbocarse. Un sudor frío trepaba por su espalda hasta llegar a la nuca y le apretaba la base del cuello como una tenaza gigante.

—Mamá, me voy.

Bernat llevaba una mochila en la que había metido ropa limpia. Hacía tiempo que vivía con su novia en Oropesa del Mar. Ella estudiaba en la Universidad de Valencia y ninguno de los dos quería oír hablar de boda, por lo menos hasta que Mónica acabara la carrera.

—De acuerdo, llámame mañana y dime qué vas a hacer. Tenemos que seguir arreglando toda esa puñeta de los papeles de tu padre. No sé cuándo demonios van a dejar los forenses que se le entierre como Dios manda, aunque está visto que no se merecía ni eso.

—¿Estarás bien, mamá?, ¿seguro?

—Sí, vete, ya me las arreglaré. ¿Dónde has aparcado?

—En el aparcamiento de la plaza, como siempre.

—Vale, vete ya, Mónica te estará esperando, y no le des muchos detalles de todo esto, es mejor que no sufra.

—Querrás decir que es mejor que no sepa en qué familia se ha metido, ¿no?

Margarita Renau no contestó, no porque no tuviera argumentos para rebatirlo, no, sino porque se le había hecho un nudo en la garganta imposible de deshacer en

aquellos momentos.

Oyó que la puerta del piso se cerraba y que el ascensor iniciaba su descenso hasta la planta baja del edificio. Se quitó los zapatos de tacón y los tiró en medio del salón, se desabrochó varios botones de la camisa, se sirvió medio vaso de *whisky* sin hielo y, tras sentarse en el caro sofá, encendió un cigarrillo. Dio dos caladas con las que devoró medio cigarro y entonces empezó a llorar como una loca, a golpear con los puños el reposabrazos del sofá, a maldecir en voz alta a su marido muerto y a todas aquellas zorras que se habían cruzado en su pecaminoso camino. Bebió el *whisky* de un trago y se sirvió medio vaso más. Antes de dejar la botella encima de la mesa, bebió un sorbo directamente de ella que le descompuso el semblante. Encendió otro cigarrillo y en pie empezó a reírse como si le hubieran contado al oído algo verdaderamente gracioso.

Se acercó a la ventana. Vio a los dos hombres que miraban directamente hacia donde ella estaba.

Monfort anotó de memoria las dos citas bíblicas halladas junto a los cadáveres y se las mostró a Armendáriz.

El ermitaño mesó su barba y entornó los ojos. El inspector intentó calcular de nuevo su edad, pero le resultó imposible averiguarla. Pensó que lo mejor era preguntarle, aunque quizá en otro momento. El hombre le devolvió el papel y se acercó hasta el fuego para avivar las llamas golpeando los troncos con una varilla de hierro ennegrecido de tanto uso. Finalmente, echó un par de troncos más y la cabaña se perfumó con el aroma de la madera de pino.

—Creo que haré más café —dijo Armendáriz—. La noche será larga —aventuró.

—¿Son como las de Eugenio, su ayudante? —preguntó Monfort expectante.

—Son parecidas —contestó Armendáriz después de haber cargado la vieja cafetera con agua y café.

—Pero él murió en la cárcel.

—Cierto, él no ha podido ser, maldito diablo. Parece obra de un imitador.

Un imitador. Aquello no se les había ocurrido. Monfort volvió a pensar en cuántas cosas se estaban escapando en aquel caso, cuántos pasos en falso, cuántos errores, cuántas tonterías...

—¿Cómo lo descubrieron? —preguntó al cabo.

—Eugenio era un chico ejemplar. Su comportamiento con todos nosotros era estupendo, hubiera puesto la mano en el fuego por él.

—¿Nunca notó nada? Me cuesta creerlo.

—Algunos niños empezaron a llorar por las noches. No había sucedido antes. Los pequeños estaban tan agotados, tan cansados de la miserable vida que llevaban, que cuando llegaba la noche, después de haber cenado caliente, se quedaban completamente dormidos y no se despertaban hasta que los zarandeábamos por la

mañana. Pero de repente, algunos empezaron a despertarse por las noches, a mojar las sábanas, a tener pesadillas. Les preguntábamos qué les ocurría, pero no contestaban. ¡Angelitos! Estaban completamente aterrorizados. Tardamos, tardé, muchos días, demasiados...

El viejo se quedó en silencio, agachó la cabeza rascándose el pelo mientras murmuraba en voz tan baja que Monfort no pudo oír lo que decía. Chasqueó la lengua en una clara muestra de disgusto y se arrodilló junto al fuego para retirar la cafetera, que vertía el café a borbotones. La mezcla de olores de leña quemada y café reconfortó a Monfort. Fuera se oyó un ladrido seco y sordo. El hombre dejó la cafetera junto a la chimenea y se apresuró a abrir la puerta de la cabaña.

—Pasa, *Rubio* —ordenó al perro, que volvió a su lugar frente al fuego.

Cerró la puerta rápidamente para que no entrara el frío y prosiguió el relato.

—Tardé demasiado... Nunca me perdonaré no haberme dado cuenta de nada, hasta que vi aquella nota en el bolsillo del pantalón de un niño de seis años que había sido vivaracho como una culebra y que en pocos días quedó reducido a una piltrafa humana. Pensé que estaba enfermo, no comía, que era por sus padres drogadictos... pero no era eso lo que le pasaba. Me volví loco, no dormía por las noches, espiaba a Eugenio a todas horas. Reconocí su letra en la nota del pequeño. Era una cita bíblica, incompleta, escrita a su aire, leída de la Biblia y luego más o menos reinterpretada a su manera, cortada por aquí y por allá a su antojo. Más tarde descubrí más notas como aquella, todas en los bolsillos o dentro de las braguitas o los calzoncillos de las niñas y los niños.

Monfort decidió servir el café, pues el viejo estaba absorto narrando aquellos desagradables días. Miraba el fuego sin pestañear, con los ojos muy abiertos, de los que saltaban chispas que pugnaban en brillo con las llamas del hogar.

—Tenga, café —dijo el inspector cuando le acercó la taza con el negro líquido humeante.

—Gracias —contestó el hombre antes de continuar hablando, sin dejar de mirar las llamas—. Supe que no sólo eran notas escritas por alguien que había perdido el juicio. Supe que detrás de aquellas notas se escondía lo más perverso y depravado que puede haber en este mundo insano. Fue el peor de los castigos. Aquel joven al que había sacado de la miseria, al que había dado de comer y cedido una cama, estaba abusando de los niños más pequeños, de los más desvalidos, de los más inocentes.

»Una noche me escondí cerca de su cuarto. Me quedé ligeramente dormido sentado en una butaca desde un lugar donde veía perfectamente la puerta de su dormitorio. A una hora indeterminada de la madrugada me despertó un hilo de luz que se filtraba por las rendijas de su puerta. Luego se apagó la luz y la puerta se abrió. Lo vi salir rodeado de sombras, caminó por el pasillo sin hacer ningún ruido, casi de puntillas. Subió al tercer piso. Tanto él como yo dormíamos en habitaciones individuales en la primera planta y los niños dormían en la segunda y en la tercera, agrupados por edades y sexos como buenamente podíamos. Le seguí sin hacer el

menor ruido, descalzo, para que mis pisadas no me delataran. Oí que caminaba por la tercera planta, en la que dormían las niñas. No encendió la luz, todo estaba a oscuras. Empecé a subir los escalones lentamente para que no me oyera. Y entonces oí, en un extremo de la segunda planta, el grito de uno de los niños. Corrí a la habitación y entré deprisa. Con la luz apagada, fui hacia el pequeño y lo tomé entre mis brazos. Lloraba desconsolado, apenas podía respirar. Había despertado de golpe de una terrible pesadilla. Lo abracé con fuerza para que se tranquilizara. Sus dos compañeros de habitación estaban aterrados también, pero no lloraban. Los calmé y los mandé acostarse. Me costó varios minutos que el pequeño dejara de temblar y volviera a respirar con normalidad. Lo acomodé en su camita y le acaricié la frente sudorosa hasta que pareció relajarse. Se durmió enseguida. Esperé un momento antes de salir para cerciorarme de que los tres dormían de nuevo. Entonces el niño dijo algo en sueños, gimió, en su rostro se formó una mueca de disgusto, balbuceó palabras inconexas hasta que le oí decir claramente: “No, Eugenio, no”. Salí de la habitación todo lo deprisa que pude, corrí por el pasillo temiendo haber perdido un tiempo vital, subí las escaleras de tres en tres y me abalancé hasta una de las habitaciones en la que dormían dos niñas.

Llegado a este punto del relato, Juan Armendáriz cerró los ojos con fuerza; continuaba de pie junto al fuego y no había probado el café. Se pellizcó el puente de la nariz. Parecía mucho más viejo y abatido que antes. El inspector advirtió un ligero temblor en sus piernas. Armendáriz se dio la vuelta, se agachó para acariciar al perro y luego sacó una botella de coñac del cajón de una vieja cómoda. Monfort todavía tenía la taza de café vacía en la mano. El ermitaño vertió en ella el licor dorado hasta que el inspector le dijo que ya era suficiente. Dio un trago a su café y lo rellenó de coñac hasta el borde. Se lo llevó a los labios con mano temblorosa, tragó y volvió a rellenarlo. Dejó la botella junto al fuego.

—A una la tenía amordazada —prosiguió Armendáriz—, y con sus manitas atadas a la espalda. Lloraba de indefensión. La otra estaba debajo de Eugenio. Con una mano tapaba su boca y con la otra manoseaba su incipiente pecho de niña. Tenía los pantalones desabrochados, no se los había bajado del todo, como si quisiera hacerlo deprisa y cebarse rápidamente con otra víctima. Cuando me vio, dejó de moverse encima de la criatura, abrió los ojos como platos y se separó de la pequeña de un salto. Se abrochó los pantalones con torpeza, como un imbécil, como el imbécil mal nacido que era y que seguramente había sido siempre, aunque yo, ciego de mí, no supe verlo en ningún momento. Quiso decirme algo, pero no le dejé. Agarré una silla que había junto a la puerta y la levanté con ánimo de golpearle en la cabeza con todas mis fuerzas; quise matarlo allí mismo, acabar con su vida, destrozarle el cráneo... Pero no fui capaz. Tiré la silla a un lado y lo que hice fue ocuparme de las niñas. Desaté a la pobre que lo había visto todo, y comprobé el daño que había causado en la otra pequeña. Eugenio salió corriendo sin que yo hiciera nada por retenerlo. Avisé inmediatamente para que atendieran a la niña. Vino la Policía, también llegaron dos

médicos... Todos me decían que, si lo sospechaba, por qué no había llamado antes. Me llevaron a comisaría, me interrogaron durante horas. Fue horrible, yo estaba en estado de *shock*, no comprendía cómo había ocurrido aquella barbaridad, y en mi interior, y con un dolor que me perseguirá toda la vida, me arrepentí de no haberle roto la silla en la cabeza y acabar con su sucia vida. Me soltaron porque un abogado del obispado habló con el juez de guardia. Me prohibieron abandonar la ciudad. En el barrio se organizaron batidas nocturnas para encontrar a Eugenio, los vecinos querían lincharlo. Pensé que luego me lincharían a mí también. Vino un enviado del obispado y a partir de entonces no me dejaron officiar misa. Los de servicios sociales se llevaron a los niños; no quisieron decirme adónde... No volví a verlos. La tarde que se los llevaron quise acabar con mi vida, pero no soy tan valiente. Los niños lloraban desconsolados, me daban besos y abrazos y mi corazón se desgarraba como si un perro me lo estuviera arrancando a mordiscos. En la iglesia, los feligreses hablaban de mí cuando me veían rezar de rodillas, postrado frente a la Virgen, rogándole, a grito herido, que me llevara con ella.

»Escribí al obispado y renuncié a mi carrera de sacerdote antes de que me obligaran ellos. Hubo mucho revuelo en la parroquia, algunas personas defendían mi inocencia, pero fue inevitable que muchos vieran en mí al encubridor de un malnacido. No les guardo rencor; con toda seguridad yo hubiera pensado lo mismo.

»Me fui de Valencia una tarde. Llamé al secretario del obispo y le comuniqué mi decisión de irme de allí, de poner tierra de por medio, de desaparecer del mapa, de alejarme de aquellas buenas personas con las que había convivido y de aquella comunidad religiosa que lo había sido todo en mi vida.

»Me marché sin rumbo fijo, con lo poco que cabía en una vieja maleta, la misma con la que llegué a Valencia tantos años atrás. No tuve valor de despedirme de nadie, me fui como un delincuente, como alguien que esconde algo, como alguien que miente, como alguien que huye cobardemente. Dejé el poco dinero que tenía ahorrado en la caja de donativos para la iglesia. Caminé hasta llegar a la autopista y un camionero paró al verme andar como un sonámbulo por el arcén, cargado con mi vieja maleta. Me preguntó que adónde me dirigía y le contesté que no lo sabía. Me dijo que iba a la fábrica de medias Marie Claire, a Vilafranca del Cid, en la provincia de Castellón. Cuando llegué al pueblo no sabía qué hacer. La gente me miraba como a un pordiosero. Caminé hasta salir de la población y luego me adentré en la montaña hasta que vi esta vieja y abandonada cabaña del bosque... Y aquí me quedé. Un día apareció el perro y compartí con él la comida que me habían dado unos senderistas que pasaron por aquí. Desde entonces no se ha movido de mi lado. Creo que somos amigos.

El perro levantó la cabeza y miró al viejo con ojos soñolientos. Estiró sus patas delanteras y, dando un par de vueltas sobre sí mismo, volvió a enroscarse junto al fuego.

Armendáriz y Monfort se quedaron en silencio durante varios minutos. Fuera, el

viento había vuelto a soplar con fuerza. Las ramas de los árboles susurraban y parecía que pronunciaran palabras ininteligibles que sólo el perro sabía discernir. Monfort decidió que había ido hasta allí para saber más acerca de las notas halladas y rompió el mágico silencio.

—¿Qué pasó con Eugenio? —dijo palpando su ropa para comprobar si ya estaba seca.

—Lo atraparon. Por lo visto se escondía bien, pero finalmente lo detuvieron un día en el mercado central de Valencia, cuando rebuscaba entre la comida que los comerciantes tiraban. Ingresó en prisión inmediatamente. Luego no supe más de él, hasta que un día me dijeron que había sufrido un infarto en la cárcel y había muerto. El juicio no llegó a celebrarse.

—Usted ya estaba aquí cuando sucedió, ¿quién le contó todo eso?

—Un anciano cura del pueblo que se apiadaba de mí y me daba comida y ropa usada. El pobre murió, era muy viejo. Le conté mi penosa vivencia y siempre creyó en mi inocencia. Me reconfortaba hablar con él. Quería que fuera a vivir a la parroquia, pero yo no quise comprometerlo a nada. Sabía que acogerme podía traerle graves consecuencias.

—¿Cree usted que las citas que hemos encontrado al lado de los cadáveres pueden tener algo que ver con Eugenio? —preguntó Monfort recogiendo su ropa seca y disponiéndose a cambiarse.

—No lo sé, qué he de saber yo... Las notas son similares, la forma de escribirlas también, no son textuales, las han modificado, Eugenio hacía lo mismo, pero... no lo sé.

Un rayo iluminó el interior de la cabaña como si alguien hubiera encendido una potente lámpara. Dos segundos más tarde el ruido ensordecedor de un trueno pareció querer resquebrajar las paredes de piedra. Tres segundos más tarde, una lluvia descomunal golpeaba contra el techo, amenazando con derrumbarlo en cualquier momento.

Armendáriz suspiró profunda y ruidosamente. Se subió a un taburete y de encima de un desvencijado mueble que hacía las funciones de armario, bajó un raído saco de dormir.

—Tenga, está muy viejo, pero le servirá para pasar la noche. No puede irse ahora, es peligroso. No sería capaz de encontrar el coche, si es que todavía está ahí y no se lo ha llevado la tormenta barranco abajo.

Juan Armendáriz corrió la improvisada cortina que había hecho con un trozo de tela gruesa y que atravesaba la cabaña de pared a pared. Al otro lado estaba el camastro donde dormía.

—Si tiene frío puede echar más leña en el fuego, eso lo mantendrá caliente. Yo ronco como un salvaje, pero los truenos todavía rugen más que mis ronquidos, y por lo visto tenemos tormenta para toda la noche. Ah, y si quiere puede acabarse el coñac, yo no bebo casi nunca, hoy ha sido una excepción, no suelo tener invitados. —

Armendáriz esbozó algo parecido a una sonrisa, pero se desvaneció de inmediato.

—Gracias —fue todo lo que acertó a decir Monfort.

La iluminación de la cabaña era únicamente la que ofrecía el fuego de la chimenea y un par de velas encendidas que pronto se extinguirían.

El inspector no desplegó el saco de dormir, se quedó en la silla frente al fuego y se lo echó por encima. Estaba acostumbrado a pasar largas noches en su butaca junto a la ventana. Muchas noches, acostarse le traía dolorosos recuerdos y prefería pasarlas en el sillón. Se sirvió medio vaso de coñac y dio un trago que le llegó hasta lo más profundo de su ser. Notó cómo el alcohol corría a toda prisa por sus venas. Lio otro de aquellos cigarrillos y apoyó la cabeza contra la pared. El perro, que seguía junto al hogar, tenía un ojo cerrado, como si descansara, pero con el otro lo miraba fijamente.

Otro rayo iluminó la cabaña, y enseguida el trueno, y luego otro rayo, y otro trueno, y otro rayo... La lluvia arreciaba con fuerza. Las velas se fueron apagando y la pequeña construcción de piedra y cal quedó sumida en el baile fantasmal de las llamas del fuego, que se expandían y contraían caprichosamente.

Apuró el cigarrillo y se acabó el coñac. Estuvo tentado de servirse otro trago, pero decidió entornar los ojos y dejarse ganar por el sueño, inducido por la lluvia y el calor de las llamas. Cuando ya se adormecía, Armendáriz hizo una afirmación desde el camastro:

—Cree que el asesino que anda buscando podría ser un compañero de prisión de Eugenio, ¿verdad? Alguien a quien le contó su proeza. Un imitador.

Viernes 28 de noviembre

(Septimo día)

14

Sonia Trencó se despertó cuando el reloj emitió una serie de pitidos agudos que sonaban de dos en dos. Palpó el interruptor de la lámpara que había sobre la mesita y lo pulsó. Eran las seis y media. Israel dormía plácidamente a su lado. Era ella la que ponía el despertador a aquella hora. Israel se acurrucó contra su cuerpo. Dormido, empezó a acariciarla. Pero ella no podía estar más en la cama. Se acercó a la ventana, corrió la cortina y comprobó que todavía no había amanecido. Miró a Israel. Era fuerte, de hombros anchos y brazos fornidos, alto, guapo...

Se preparó una taza de café instantáneo. Sacó dos galletas de un paquete, pero sólo comió media. Se quedó de pie, en la cocina, mirando por la ventana, que daba a un patio de luces por el que corrían despavoridos los sonidos de toda la escalera de vecinos. Olores, ruidos... Ventanas cerradas, tuberías y palomas; las palomas le daban asco. Las muertes de esos dos hombres no la dejaban dormir e Israel estaba empezando a cansarse de todo aquello y ella era consciente.

El piso se lo habían regalado sus padres cuando empezó a trabajar de ayudante del doctor Morata en el Instituto de Medicina Legal de Castellón. Lo compraron en una subasta de un banco por poco dinero. Estaba en la calle Gaibiel, en el centro de la ciudad, a dos pasos de casi todo, y no necesitó de un gran desembolso para acondicionarlo y entrar a vivir. Las únicas obras importantes que hicieron fue poner el suelo de parqué y ventanas nuevas. De la pintura se encargó ella misma, pintándolo todo de un blanco impoluto. Sonia y su madre lo decoraron en un tiempo récord. Israel se instaló en el piso en cuanto Sonia se lo propuso. Él vivía en un piso de alquiler en muy mal estado en las afueras de la ciudad y aceptó encantado la propuesta de su novia.

Israel trabajaba con entrenador en una importante cadena de gimnasios. Trabajaba media jornada debido a los múltiples ajustes que la empresa había llevado a cabo con el propósito de no cerrar y mantener en activo a sus trabajadores. A él le pareció bien la medida, aquel trabajo le gustaba y no estaba dispuesto a cambiar las pesas por los papeles de una oficina o algo peor aún. Sonia ganaba dinero suficiente para vivir los dos holgadamente, y ni a ella, ni mucho menos a él, parecía importarles que Sonia fuera la que pagara los gastos del piso. Por las mañanas, Israel se encargaba de limpiar, comprar y preparar la comida, aunque la mayoría de las veces comía solo, pues Sonia no podía ausentarse del trabajo. Por las tardes iba caminando hasta el cercano gimnasio, donde además de trabajar, seguía cultivando su fuerte y esculpido cuerpo. Normalmente volvía tarde, a veces ella todavía no había llegado a casa; otras,

se quedaba dormida en el sofá frente al televisor.

Sonia se metió en la ducha y se relajó con el vapor que emanaba del agua caliente. Se vistió en silencio. Se maquilló ligeramente, como siempre hacía. Se acercó a la cama pero Israel dormía a pierna suelta. No quiso despertarlo. Lo besó en la frente, cogió las llaves y el teléfono móvil que estaba cargándose y lo introdujo en el bolso. Salió al rellano de la escalera cerrando la puerta con cuidado para no hacer ruido. Llamó al ascensor y bajó hasta el aparcamiento para subirse en su pequeño Nissan Micra y encaminarse, un día más, hasta el Instituto Forense, donde a buen seguro el doctor Morata ya estaría esperándola. Tenían que dedicar la mañana a seleccionar algunas partes de los cuerpos de las víctimas para enviarlas al Instituto Anatómico Forense de Zaragoza, donde debían practicar ciertas pruebas importantes que ellos no podían realizar.

Le gustaba su trabajo, le entusiasmaba, había perdido los mejores años de su juventud estudiando y trabajando en otros países para convertirse en la respetada doctora que ahora era, pero no podía evitar, algunas mañanas, preguntarse si aquello era lo que quería hacer: diseccionar cadáveres, investigar extrañas muertes, toquetear los cuerpos macilentos, escudriñar las entrañas de las personas. A veces, parada en los semáforos en rojo, pensaba en esas cosas, pero aquella mañana no, aquella mañana lo que realmente le hacía hervir el cerebro era otra cosa, otra duda, otro problema más complicado que la disección de cadáveres. Aquella mañana se preguntaba en voz alta si quería seguir con Israel. El semáforo estaba verde y seguía allí parada. Un coche dio dos bocinazos para alertarla del cambio de color, pero ella se limitó a mirar por el retrovisor y maldecir al conductor. Luego puso primera y siguió adelante.

Al menos el comisario Romerales recibió una buena noticia al llegar a la comisaría de la ronda de la Magdalena. Sobre su mesa había, impreso en papel, un correo electrónico en el que se le informaba de que la Policía de Rumanía había dado con la esposa de Héctor Valiente.

Simona Moldoveanu malvivía en un barrio marginal a las afueras de Bucarest con sus dos hijos y el hombre que se había adueñado de ella. En el momento de la identificación, Simona estaba aterrada. Se había mantenido escondida desde que llegó de España, temiendo que Héctor Valiente reclamara la custodia de los niños. Se hacía llamar Irina Petrescu, pero apenas tardó cinco minutos en derrumbarse y contar la verdad a los policías que la hallaron. En la sede de la Policía de Bucarest, Simona dijo que Valiente la maltrataba físicamente y que apenas veía a sus hijos, y que cuando lo hacía les gritaba hasta hacerlos llorar. Bebía más de la cuenta, y se enteró de que le era infiel con cualquiera que se le pusiera por delante, no dormía en casa muchas noches, se gastaba el poco dinero de la prestación social y esta no llegaba a casa para costear la comida y los gastos básicos. La pareja no se había separado

legalmente. Un abogado de Castellón la había obligado a gastar casi todo el dinero que tenía ahorrado para falsear la documentación y arreglar los papeles para que conservara la custodia de sus hijos. Había huido en un pequeño autobús que cubría la ruta entre Castellón y Bucarest, y confesó que varias amigas de Castellón la habían ayudado reuniendo el dinero suficiente para que ella y los niños viajaran a Rumanía.

Cuando llegó a su país, su padre no quiso acogerlos en su casa. Su madre había muerto años atrás víctima de un cáncer y su padre se había vuelto a casar con una mujer fría y desagradable que anunció que si Simona y los niños entraban en la casa, ella se marcharía. El padre eligió a su esposa y no permitió que su hija y sus nietos se quedaran allí. Simona se vio obligada a buscar un lugar en el que refugiarse. Llamó a algunas amigas de la infancia pero no quisieron ayudarla. Confesó que estuvo a punto de rendirse y regresar a España de nuevo, pero entonces dio con un antiguo novio que le propuso vivir en su casa. A partir de entonces se convirtió en la sirvienta de aquel hombre sin escrúpulos. Era su esclava. La puso a trabajar en un bar de carretera en el que los camioneros que hacían la ruta entre Bucarest y Sofía buscaban algo más que desayunos. Su vida se volvió un infierno. Todo lo hacía para que los niños pudieran ir al colegio y tuvieran un plato de comida y ropa limpia. Por la noche, cuando llegaba a casa después de una infernal jornada laboral de hasta catorce horas, su antiguo novio abusaba de ella bajo la amenaza de echarla a la calle.

Cuando le contaron lo que le había sucedido a Héctor Valiente, lloró por sus hijos, pero no por ella. Le dijeron que debía ir a Castellón, la Policía española necesitaba aclarar algunos puntos acerca de la muerte de su marido, pero lo único que respondió fue dónde podrían encontrar al hombre que estaba abusando de ella en todos los sentidos.

Por la mañana, encontrar el coche fue fácil. En cambio, bajar desde allí hasta la carretera se convirtió en una odisea. El barro y las piedras habían convertido el camino en un torrente casi impracticable. Ya en el pueblo de Vilafranca del Cid, entró en una cafetería y pidió un bocadillo de jamón, un plato de aceitunas y una cerveza. Se entretuvo oyendo la algarabía de los parroquianos que charlaban y discutían de las cosas que preocupan a la gente de los pueblos. Escuchó cómo hablaban de fútbol, del precio de las ovejas, de los modernos aerogeneradores que poblaban las montañas circundantes, enriqueciendo a unos y empobreciendo a los amantes de la naturaleza en estado puro. En una mesa cercana hablaban de la fábrica de medias Marie Claire, que por lo que comentaban pasaba por una mala racha.

En su cabeza todavía giraba sin parar todo lo que le había contado el ermitaño. Y no sabía si retirarse del mundo era una buena opción, pero tampoco se le ocurría nada mejor. Le dolía la cabeza.

Pagó la cuenta, sacó un paquete de tabaco de la máquina expendedora y compró un encendedor en la barra. Al salir encendió un cigarrillo y se dio un paseo por el

pueblo, con la única intención de reconocer el lugar en el que nacieron sus padres. Hacía mucho frío, pero el viento había concedido una ligera tregua. La altitud en la que se encontraba la población pasaba factura y los termómetros apenas superaban los cero grados. Entró en la iglesia, pero salió enseguida pues un grupo de mujeres ensayaba canciones religiosas y no quiso molestarlas con su presencia. Se acordó de Armendáriz y pensó en lo duro que debió de ser para él renunciar a todo y pedir caridad.

El inspector tenía la impresión de que la poca gente con la que se cruzaba en el pueblo lo miraba como si supieran que era policía. Le gustaba su trabajo, aunque a veces le pesara como una losa. Ser policía le servía para meterse en otras vidas, pero salía de ellas en el momento en el que se solucionaban los casos que llevaba entre manos, sin involucrarse demasiado en nada ni con nadie. Se detuvo frente a una casa de estilo modernista, de finales del siglo pasado, pintada de color blanco, en la calle Mayor. Allí había nacido su padre. Conservaba pocos recuerdos de las vacaciones pasadas allí, cuando era un niño. La casa había sido remodelada por completo y ahora parecía una casa de veraneo más que de otra cosa. Decepcionado, y sin atreverse a llamar al timbre y decir quién era, se dirigió hasta la cercana calle del Cid. Buscó la casa en la que había nacido su madre. No supo encontrarla. Recorrió la calle un par de veces desde el principio hasta el final. Estuvo tentado de preguntarle a una señora que pasaba por allí cuál había sido la casa de la familia Tena. Pero no lo hizo, porque la mujer, al verlo tan alto y tan serio, sin afeitarse y con la ropa arrugada, cambió de acera, apretó el paso y se perdió en el interior de una de las viviendas de la calle. Pensó que la mujer también había notado que era un policía siniestro. Caminó hasta la plaza Don Blasco, el centro neurálgico de la población, con su fuente central, lugar de reuniones cotidianas y del mercado semanal que, según rezaba un viejo cartel, se celebraba los sábados por la mañana. Sacó dinero en un cajero y volvió a perderse entre las callejuelas del pueblo hasta que finalmente se vio asomado a un balcón natural desde el que se admiraba el campo, las montañas cercanas, las interminables y amarillentas paredes de piedra seca. Encendió otro cigarrillo y dejó volar su imaginación. La cabeza le daba vueltas: dudas, preguntas sin respuesta... Apagó la colilla en una piedra y regresó hasta el coche con los ojos empañados por la rabia.

Agarrado al volante, sin moverse del aparcamiento, no supo discernir si aquel dolor en el pecho era por la desgracia que lo perseguía y atormentaba a diario o por el tipo de vida que había elegido. Pasear por Vilafranca del Cid no le había sentado bien. Le hubiera gustado hacerlo con su esposa, enseñarle los muros de piedra que de niño le parecían obstáculos que saltar corriendo por el campo; los árboles centenarios en los que su padre construía columpios para que él jugara... Vilafranca del Cid era un pueblo hermoso, pero le quedaba lejos en la memoria, muy lejos, y él ya no creía tener mucho futuro, ni mucho presente siquiera.

Entró en un bar, pidió un café y un vaso de agua que acompañó con dos comprimidos de paracetamol que tenía en el coche. En una mesa cercana escuchó a

un viejo, con la piel más arrugada que un lagarto, decirle a sus compañeros, igual de viejos y de arrugados, mirándolo de reojo:

—Ese es del equipo de fútbol del Villarreal. Ha venido a ver al chaval del Tomás, el de la Aurelia, dicen que apunta maneras con el balón.

El que tenía al lado lanzó un sonoro chasquido para decir:

—No, hombre, no, no te enteras de nada. Ese es el nuevo médico, que ha venido a buscar casa.

Monfort salió a la puerta a fumarse un cigarrillo antes de meterse en el coche y enfilarse carretera abajo hacia la ciudad de Castellón. Fumaba deprisa, pues el viento volvía a la carga. Una gran nube había cambiado a un color gris intenso y en su panza aguardaba una fuerte lluvia dispuesta a caer en cualquier instante.

Esbozó algo parecido a una sonrisa y pensó que seguramente se había equivocado de profesión. Debería haber elegido una de aquellas que los viejos le atribuían. Al menos, se dijo, no todo el mundo veía en él a un policía rancio.

El fuerte viento que había soplado inmisericorde durante toda la noche había dejado en Castellón un rastro de hojas caídas de los árboles; cartones y papeles reposaban en el suelo agotados por el trasiego nocturno. Un barrendero se afanaba en recoger los desperfectos causados por el vendaval. El cielo era del color de la angustia. Pocas personas cruzaban la plaza Huerto Sogueros, y las que lo hacían iban a toda prisa tapadas hasta los ojos con bufandas y gorros.

Sonó el interfono en el piso de Margarita Renau. Llevaba varias horas levantada, apenas había tocado el desayuno y lo había sustituido por un par de cigarrillos. Contestó, y con cierta sorpresa accionó el botón que abría el portón que daba a la plaza.

Aprovechó el tiempo que tardaba el ascensor en llegar a la planta donde estaba su piso para aplicarse colorete y pintarse los labios. Oyó que se cerraba la puerta del elevador y que unos pasos firmes y masculinos se acercaban. Él llamó al timbre. Ella adoptó un semblante compungido y dejó pasar adrede unos interminables segundos hasta que abrió.

—Buenos días —saludó el subinspector Corral, esbozando una sonrisa forzada—. Espero que no sea demasiado temprano para usted, no quisiera molestarla.

—Buenos días... —Dudó un instante.

—Corral, subinspector Corral, para servirle.

—Discúlpeme, con todo esto que nos ha ocurrido... no soy capaz de dar pie con bola, ya me perdonará usted.

—No se preocupe, la comprendo perfectamente.

—Pero pase, pase, no se quede ahí en la puerta. —Se echó a un lado lo justo para que Corral pasara tan cerca de ella que pudiera oler su caro perfume francés.

Corral se sentó en uno de los sillones del salón. Margarita tomó asiento frente a

él.

—¿Desea tomar café? Iba a prepararlo ahora mismo —mintió ella.

—No, gracias, se lo agradezco, acabo de...

—Venga, hombre, no sea usted así, acompáñeme con un café. —La mujer dulcificó expresamente el tono de su voz.

—De acuerdo —aceptó Corral encantado—. Pero sólo si toma usted también.

—¡Por supuesto! —exclamó Margarita—. Vuelvo enseguida.

Fue a la cocina y preparó dos cafés cortos con la Nespresso, que siempre estaba a punto.

Corral inspeccionó el salón. Muebles selectos, cuadros caros de algún pintor importante, supuso. Una pantalla de televisión magnífica y un exquisito aparato de música de color plateado. Se asomó a la ventana y vio el coche de Terreros y García aparcado en la zona azul. Estaban dentro. Con aquello no había contado, no se acordaba de que el comisario Romerales les había ordenado que vigilaran a la ex de Serós.

—¿Son sus hombres esos que están día y noche apostados bajo mi ventana? —preguntó Margarita Renau apareciendo en el salón con una bandeja en la que reposaban dos tazas de fina porcelana y un platito con cuatro bombones—. Le he puesto dos azucarillos, ¿le va bien?

—Esto... Sí, perfecto, gracias —carraspeó Corral.

—Entonces, ¿esos que me vigilan son sus muchachos?

—Digamos que sí —arguyó Corral para darse importancia pero todavía sorprendido de no haber visto a los agentes.

—Debe de ser usted un jefe muy estricto. —Le tendió una de las tazas y con un dedo le rozó la mano con intención.

—¿Usted cree? —Corral la miró fijamente a los ojos; había caído en la trampa seductora de Margarita.

—Se le ve con carácter fuerte, vamos, digo yo. —Cruzó ostentosamente las piernas y dejó ver la seda de sus medias—. ¿Le importa si fumo?

—Oh, no, por favor, está usted en su casa.

Margarita encendió un cigarrillo y tras la primera calada dejó escapar hacia el techo una fina columna de humo. Vestía una camisa de color negro muy entallada que resaltaba su figura y una falda también de color negro, ajustada a la línea de sus caderas. Como toque de color se había puesto un cinturón blanco que contrastaba con la oscuridad del resto de su ropa. Calzaba un par de sus habituales zapatos de tacón de aguja. Se había maquillado ligeramente y llevaba el pelo tan arreglado como de costumbre. Mientras tomaba un sorbo de café observó de reojo al subinspector y pensó que había que ser muy tonto para creer que estaba compungida por la muerte de su exmarido.

—¿Los ha puesto ahí para que me vigilen porque teme que me escape? —preguntó tratando de parecer dolida.

—Es puro formalismo —argumentó Corral intentando salir del paso pero sabiendo que no lo iba a conseguir—. Desde la central nos obligan a este tipo de cosas.

—¿Y no le parece más normal llamarme por teléfono para advertirme que no debo desaparecer? ¡Ah, claro! Usted no tiene mi número de teléfono, le daré una tarjeta enseguida.

Apuró la taza de café y se levantó dando la espalda a Corral para sacar una tarjeta de visita de un cajón, teniendo especial cuidado en que él se fijara en su figura.

—Tome, aquí tiene, puede llamarme cuando quiera —dijo mirándolo directamente a los ojos.

Corral temía cometer un error. Tenía los nervios de punta y la testosterona al límite.

—Dígame, subinspector, ¿ese es su cargo en la Policía, verdad? Me lo ha dicho, pero soy tan despistada...

Corral asintió, completamente tenso.

—En realidad, ¿a qué ha venido si sus hombres ya me vigilan?

—Verá, hice un informe la primera vez que hablé con usted, pero faltan detalles; con los terribles acontecimientos recientes olvidé tomar nota de algunos temas. — Corral enmascaró su más que deficiente trabajo—. Y me pregunto si sería tan amable de aclararme eso que quedó pendiente.

—Faltaría más. Pregúnteme lo que necesite.

Alexei Radu, el jefe de la Policía de la ciudad de Bucarest, hablaba un español espeso, pero suficiente para comunicarse con el comisario Romerales.

—Si obligamos a la mujer a viajar a España, ella puede saltar del autobús por el camino para acabar con vida. Está destrozada, no sabemos qué hacer con ella. Hemos puesto una orden de detención para su actual pareja por abusos, pero si la encuentra la matará, seguro.

—Pero es necesario que la interroguemos. —Romerales se pasaba la mano por la frente.

—Comprendo —admitió Radu—, pero lo mejor sería que el interrogatorio fuera desde aquí, por videoconferencia. Tememos que su pareja haga algo contra niños o ella si sale de aquí ahora.

—¿Dónde están los niños en este momento? —preguntó Romerales.

—En centro de acogida, allí seguros. Es duro, pero es única opción. Cuando todo se arregle y ella tenga un lugar en el que vivir, devolveremos niños.

—Está bien, si cree usted que es lo mejor, así se hará. Me encargaré personalmente de interrogarla esta mañana mismo si es posible.

—Perfecto —concluyó Alexei Radu.

El experto en informática de la Policía de Castellón se puso en contacto con su

homólogo en Bucarest y resolvieron de qué forma se iba a realizar el interrogatorio de Simona Moldoveanu.

Una hora después de que acabara la videoconferencia con Rumanía, y tras volver a visionar la grabación del interrogatorio, el comisario Romerales cerró con disgusto el bloc en el que había tomado las notas pertinentes.

Salió a tomar un café y por el camino marcó el número de Monfort.

—Hola, jefe —contestó este desde el coche, con el sistema de manos libres.

—He interrogado a la mujer de Héctor Valiente.

—¿Has ido a Rumanía?

—Muy gracioso. Lo hemos hecho por videoconferencia.

—¡Dios! Qué adelantados los de Castellón.

—No te cachondees, Monfort, no tiene ninguna gracia.

—Venga, dime qué tal.

—Nada, esa mujer no sabe nada. Se fue de España harta de las infidelidades de su marido, además le pegaba y se desentendió de los hijos por completo. Se gastaba el dinero en vicios varios y al llegar a casa... imagínatelo. Ella huyó con sus hijos pero fue de Guatemala a Guatepeor, un desastre. Su madre murió hace años y su padre, que es la única familia que tiene en Rumanía, se volvió a casar, pero la nueva esposa se negó tajantemente a acogerlos en su casa. El padre, que por lo visto es un calzonazos, claudicó con el despropósito de su nueva esposa y no permitió que su hija y sus nietos se instalaran en su casa mientras buscaban algún lugar para vivir.

—¡Vaya culebrón! —exclamó Monfort, aunque en realidad había perdido por momentos el hilo de la conversación.

—Bueno, ya veo que no me estás escuchando. ¿Dónde demonios te habías metido?

—En Vilafranca del Cid.

—¿En Vilafranca del Cid?

—Sí, tengo cosas que contarte.

El inspector deseaba cortar la comunicación: empezaba a llover de nuevo y el espectáculo de la carretera y las montañas cubiertas de nubes bajas le provocaba sentimientos extraños que quería disfrutar en soledad. Su coche y él, las montañas y la lluvia, el asfalto y el cielo.

—¿A qué hora llegarás? —intervino un poco molesto Romerales pasados unos segundos de silencio.

—No lo sé, no hago esta ruta todos los días precisamente. Además, cuando llegue necesito pasar por el hotel, no estoy lo que se dice muy decente para recibir visitas.

—¿Qué has hecho?

—No te lo vas a creer. No sé si me lo creo yo mismo.

—Sí, viniendo de ti pienso que me lo creeré —apostilló Romerales.

Pagó el café y dejó diez céntimos de propina a la camarera.

—Quedamos en el restaurante China I, en la plaza del Real, dentro de una hora y

media más o menos.

—Espero que tengas cosas importantes que contarme.

—No lo dudes, Romerales, no lo dudes. ¡Ah!, y tú pagas la cuenta.

—¡Como siempre! —masculló el jefe; pero Monfort ya había colgado y la música envolvía de nuevo el habitáculo del automóvil.

A pocos kilómetros de Vilafranca del Cid, el inspector descendía despacio el espectacular puerto de Ares del Maestrat, con sus zigzagueantes curvas, recreándose en la conducción y en la música, camino de los llanos sembrados de almendros y algarrobos. La lluvia caía persistentemente y rociaba las montañas de colores mágicos de mil tonalidades distintas. En la cumbre del puerto, a más de mil metros de altitud, las casas de la población se desparramaban por la ladera, coronada por una inmensa mole de piedra que parecía vigilar o amenazar a sus escasos habitantes.

«Pigs on the wing», del álbum *Animals* de Pink Floyd, sonaba en el equipo de audio del coche. Monfort sonrió irónicamente al traducir un párrafo de aquella canción. De algo le había servido estudiar inglés cuando era un chaval. Subió dos puntos más el volumen.

*Si a ti no te importa lo que me pasa,
y yo no me preocupo por ti,
zigzaguearemos nuestro camino
a través del aburrimiento y el dolor,
mirando a través de la lluvia,
preguntándonos a cuál de los malditos culpar,
y atentos a los cerdos que vuelan.*

«La tormenta *Cecilia* sa media Europa sin mostrar indicio alguno de que vaya a remitir en las próximas horas. En la costa del sur de Inglaterra y en las regiones francesas de Bretaña y Normandía trabajan afanosamente para paliar los cuantiosos daños que la tormenta ha dejado a su paso. Las poblaciones españolas bañadas por el Cantábrico son las que más están padeciendo los terribles azotes de la tormenta. Los barcos pesqueros siguen amarrados en los puertos tras diez días de parón forzoso. En A Coruña se han podido ver olas de hasta trece metros, lo mismo que en la costa de Lugo, así como en Asturias y Cantabria. La pasada noche, en San Sebastián, la magnitud del oleaje se adueñó del casco viejo, anegando casas y locales y provocando numerosos daños en puentes y mobiliario urbano. En Lekeitio, el mar engulló casi por completo el barrio de pescadores y el histórico edificio de la lonja ha quedado prácticamente destrozado. En el valle del Ebro, el viento sopla con tanta bravura como en días anteriores, y el caudal del río continúa subiendo a cada hora. En Zaragoza, los habitantes se asoman a los puentes con el temor de que el río se desborde en cualquier momento. En el norte de Navarra también se ha decretado el estado de alarma por la crecida del río Baztán, que a su paso por la población de Elizondo ha causado ya importantes daños. Los agricultores de las tierras que riega el río Ebro a su paso por la ciudad de Tortosa, en Tarragona, contemplan impotentes cómo sus campos de cultivo son arrasados por la fuerza de un río desbocado. En la provincia de Teruel no deja de nevar y un gran número de pequeños pueblos están incomunicados. Los colegios no pueden reanudar su actividad, y de nuevo ayer volvieron a verse escenas de accidentes de tráfico al tratar de llegar a los núcleos más castigados. La tormenta *Cecilia* sigue causando gran pánico en la población, y los partes meteorológicos no son esperanzadores para las próximas jornadas».

Israel Bonet escuchaba atentamente el telediario de la primera cadena de TVE. Detrás de la pizpireta presentadora se sucedían imágenes de olas descomunales, casas y restaurantes anegados, farolas caídas, árboles partidos por la mitad como si fueran lápices. Tumbado en el sofá del piso de la calle Gaibiel, todavía en pijama, Israel dio un trago directamente del cartón de zumo de manzana. Fue cambiando de canal hasta que encontró uno en el que se veía el videoclip de la canción «Something stupid» cantada por Robbie Williams y Nicole Kidman. Subió el volumen y sonrió. Alguien, días atrás, le había dicho en el gimnasio que tenía un aire a Robbie Williams. Él fantaseaba a veces con que Sonia se parecía a Nicole Kidman, y no andaba desencaminado. Se acarició el torso con la mano derecha recorriendo orgulloso sus músculos. Siempre insistía para que Sonia lo acompañara alguna tarde a una de sus ya famosas clases en el gimnasio. Allí lo valoraban como lo que era. Todo el mundo le sonreía y se tenían en cuenta sus palabras. Era un buen profesional, pero Sonia no lo sabía, simplemente porque no tenía tiempo de acompañarlo o al menos eso decía. Había muchas chicas guapas que hubiera podido conseguir con una sola palabra, pero

él seguía siendo fiel.

En una cama vestida con sábanas de color rosa, Robbie Williams rodeó con sus brazos a una dulce Nicole Kidman; acercó sus labios a los de ella, tan delicados. La besó con pasión, con ternura, pero en el fondo era todo sexo.

Él seguía siendo fiel a Sonia, sí, pero ¿hasta cuándo podría seguir resistiéndose? Era consciente de que el día que eso ocurriera se le iba a acabar el chollo.

El comisario Romerales tenía a un buen número de agentes trabajando en sus despachos con todo el material acumulado sobre los casos. Montañas de folios escritos a ordenador eran desmenuzados por los afanosos policías. Grabaciones, interrogatorios a los vecinos, a los amigos y a conocidos de las víctimas se sucedían sobre las mesas en un sinfín de documentos. En la sala de reuniones habían colocado dos grandes murales dedicados a Javier Serós y a Héctor Valiente. La actividad era frenética. En la calle, otros agentes buscaban pistas que pudieran arrojar algo de luz. Los médicos forenses habían dado parte a Romerales del material enviado al Instituto Anatómico Forense de Zaragoza —uno de los más importantes del país—, donde debían aclarar una serie de detalles que el doctor Morata quería constatar. Romerales hablaba por teléfono sin parar, colgaba y volvían a pasarle de nuevo otra llamada, y así sucesivamente iba despachando al alcalde de Castellón, a la gente de la prensa, de la radio y de la televisión. También habló aquel mismo día con el jefe de la Policía de la ciudad de Valencia, que se ofreció a enviarle personal en caso de que fuera necesario. Romerales esbozó un «lo tenemos todo controlado» aunque le temblaba la voz mientras lo decía. En la entrada de la comisaría se había instalado un nutrido grupo de periodistas, un vehículo de TVE con sede en Valencia y otro de Canal 9.

Se oyeron gritos que procedían de los cubículos de interrogatorios situados en el sótano de la comisaría. Romerales colgó el teléfono dejando a su interlocutor con un palmo de narices. Un agente uniformado apareció a toda prisa en el pasillo principal.

—¡El agente Terreros y el subinspector Corral! ¡Han empezado discutiendo y ahora están peleándose!

Romerales se dirigió al sótano a toda prisa, bajando los escalones de tres en tres; le seguía el que le había dado la noticia y un poco más retrasados unos cuantos agentes con más curiosidad que otra cosa.

La pelea se estaba llevando a cabo en el pasillo, junto al cuarto de interrogatorios donde habían retenido al director de la oficina de empleo.

—¡Quietos! —gritó Romerales abalanzándose sobre ellos—. ¡Es una orden! ¡Dejad de hacer el capullo ahora mismo!

Corral y Terreros resoplaban y lanzaban espumarajos por la boca, cogidos por las solapas de sus chaquetas y dándose golpes, ora contra una pared, ora contra la otra de enfrente. Corral había golpeado a Terreros en la ceja y este le había dado tan fuerte en el labio que le sangraba.

—¡Detén a este cabrón, Romerales! —gritó el subinspector Corral con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Parad de una vez o esto os traerá graves consecuencias! —alertó el jefe.

Una docena de agentes se habían arremolinado en el pasillo y observaban con gran curiosidad el penoso espectáculo.

Terreros soltó la chaqueta de Corral y se echó a un lado. En ese momento de descuido, Corral se lanzó sobre él y le golpeó con rabia en el estómago.

—¡Basta! ¡Se acabó! —gritó de nuevo el comisario poniéndose en medio de los dos a riesgo de recibir él también—. ¡Os voy a apartar del caso ahora mismo a los dos!

El agente García se dirigió con paso seguro hasta donde estaba Romerales y le dijo con voz firme:

—El subinspector Corral fue a ver a la viuda de Javier Serós sin informarnos de nada. Nosotros éramos los encargados de vigilarla, pero sin que nos viera y sin hablar con ella. Estábamos en la plaza, observando sus movimientos de entrada y salida de la finca, y vimos que el subinspector llamó a su timbre y subió a su casa.

—¿Es verdad lo que dice? —preguntó enojado Romerales.

Corral se limpió el labio con la manga y escupió al suelo una mezcla de saliva y sangre.

—¡Yo estoy al mando! ¡Usted me encargó el caso! —Corral gritaba con dificultad, le faltaba el aire.

El comisario Romerales no quiso seguir dando el espectáculo en medio del pasillo.

—García, llévate a Terreros y que le curen esa ceja. Y tú, Corral, haz lo mismo con ese labio. Quiero veros en mi despacho en media hora. Ni un minuto más ni un minuto menos. ¡La madre que os parió!

Los curiosos salieron de estampida antes de que el jefe cargara contra ellos; luego se encerró en su despacho dando un portazo tal que retumbó en los oídos de los allí presentes.

Margarita Renau llamó al número de teléfono móvil de su hijo.

—Hola, mamá —contestó Bernat.

—¿Estás bien, hijo?

—Todo lo bien que se pueda estar..., pero sí, estoy bien, no te preocupes.

—¿Cómo está Mónica?

—Bien, mamá, bien, está fuera, en Valencia, en la universidad. Tenía que acabar unas clases y ha tenido que marcharse.

—Y... ¿estarás bien ahí solo?

—No soy un niño.

—Lo sé, perdona, hijo. Ha venido a verme el mismo policía.

—¿El gilipollas?

—¡Bernat!

—Fuiste tú la que lo calificaste como tal.

—Sí, disculpa, tienes razón. Es un hombre raro, no parece muy listo, pero tampoco me puedo fiar mucho de él. Lo que me extraña es que lo pongan a él al mando. Me da la impresión de que con semejante elemento no van a conseguir adelantar nada.

—¿Te ha dicho cuándo vamos a poder enterrarlo?

—No sabe nada. Dice que eso lo tienen que decir los forenses.

—¡Toma! Sí que es listo, sí, a lo mejor lo sabe alguna de las fulanas con las que se gastaba el dinero.

—¡Bernat, por favor, basta ya!

—Vaya, mamá, te veo muy suave, ¿qué te pasa?

—Esto..., nada, es que no creo que...

—¿Estás con alguien? —preguntó Bernat arrugando la frente.

—Sí. —Su voz sonó más escueta y cortante de lo habitual.

—Ah, claro, es tu abogado del alma, por eso no puedes oír palabras malsonantes —ironizó él.

—Ya está bien —concluyó ella—. Me voy a su casa de La Coma; he de salir de aquí, me siento enjaulada, no puedo más. Si necesitas algo, me llamas al móvil.

—Pero ¿no te dijo la Policía que no te movieras de casa o que informaras de adónde ibas?

—Mi abogado, como tú lo llamas, se encargará de todo en caso necesario. Hasta luego, cariño.

Margarita colgó el teléfono y tomó el vaso de *whisky* con hielo que Rovira le había preparado.

Bernat recogió de encima de la mesa las migas del bocadillo que se acababa de comer. Llevó el plato a la cocina y lo dejó todo limpio. A su novia le gustaba que todo estuviera en perfecto estado de revista.

Mónica era la hija de una conocida familia de Oropesa del Mar. El piso que habían alquilado estaba en la calle Pizarro, en el casco antiguo de la población, en la parte que está habitada durante todo el año, un poco apartada de la zona de grandes bloques de apartamentos turísticos. Sus padres vivían en un chalé de lujo en una urbanización cercana al puerto. En verano, el pueblo se llenaba de turistas, pero el resto del año era un lugar estupendo para vivir. Situado a escasos veinte kilómetros de la ciudad de Castellón, Oropesa del Mar era un destino muy frecuentado por sus cuidadas y familiares playas, pero también por el *boom* urbanístico que había causado el complejo residencial y hotelero Marina d'Or. Vacaciones a buen precio para turistas de todos los rincones del país, sol asegurado y lindas playas donde disfrutar de la canícula estival. A Bernat y a su novia les gustaba mucho el mar. Tenían una pequeña barca con motor fuera borda amarrada en el puerto deportivo, con la que

solían navegar los días que los estudios de ella y la climatología lo permitían. Solían ir hasta las islas Columbretes, ese archipiélago formado por un ramillete de pequeñas islas deshabitadas que se encuentran frente a las costas de Castellón, a escasas treinta millas. Una reserva natural, paraíso de los amantes de la vida marina. Lo que más les gustaba era bañarse en aquellas aguas azul turquesa, bucear cerca de las islas, observar el fondo y ver la inmensa vida que se esconde bajo el agua. Echaban el ancla y se lanzaban desnudos a las profundidades. Ellos solos, siempre iban solos, preferían no invitar a amigos a esas salidas, preferían no compartir con nadie aquellos maravillosos momentos que quedarían para siempre en su memoria como sus momentos mágicos.

A Bernat le molestaba que su madre tuviera una relación con el abogado que se había encargado del divorcio. Rovira era un tipo altivo y engreído. Le parecía que lo miraba como se mira a un niño pequeño y malcriado. Era consciente de que tampoco él le gustaba demasiado a Rovira. Pero su madre no tenía remedio, eso lo sabía también. Era una mujer atractiva que se conservaba estupendamente. Nadie era capaz de adivinar su edad si ella no la decía. Se mantenía en forma, vestía elegantemente, no acumulaba un kilo de más y se gastaba el dinero en cuidar que todos aquellos parámetros funcionaran a la perfección. También pensó que le venía bien estar a buenas con ella, pues cada mes la cuenta corriente volvía a sumar el saldo que le ingresaba religiosamente.

Había terminado sus estudios de biología sin dificultades. Sus padres invirtieron un buen dinero en lograr que aprobara las asignaturas curso a curso. Le costearon un piso en Valencia y todos los gastos de los años que duró la carrera. Conseguir un trabajo de lo que había estudiado era una tarea complicada, pero Bernat se negaba a trabajar de otra cosa y así se lo había dicho a sus padres en numerosas ocasiones. Sabía que para ellos desembolsar aquel dinero no era un problema importante. De cuando en cuando lo llamaban de una empresa holandesa instalada en el puerto de Oropesa para colaborar en las tareas de investigación de alguna rareza hallada frente a las Columbretes, como el coral rojo, y un alga llamada *Laminaria redriquezi*, muy escasas en el Mediterráneo. Era en esos días de trabajo cuando Bernat se sentía más feliz y realizado. Pasaba tiempo en el mar, investigando aquellas curiosidades que le parecían maravillas de la naturaleza. El mar le hechizaba; levantarse con el alba y ver amanecer junto a las islas le aportaba coraje y sentido a su vida. Hubiera dado lo que fuese por que aquellos días de trabajo no acabaran nunca, pero como siempre, pasadas un par de semanas, los holandeses volvían a su sede de Róterdam y Bernat volvía a quedarse sin trabajo.

Bajó desde el pueblo hasta el puerto en su coche y estuvo un buen rato limpiando la barca amarrada. Las olas golpeaban por detrás de los muros de contención y las embarcaciones atracadas en el puerto se balanceaban caprichosamente. Aspiró el fuerte olor a salitre, aquello lo animaba y le hacía olvidarse de otros asuntos. Puso en marcha el motor para comprobar que funcionaba correctamente. Una gran ola rompió

tan fuerte contra el dique que hasta donde él estaba llegaron millones de gotas de agua que lo mojaron todo como si de una fina lluvia se tratara. Se sentía tan herido por lo que había sucedido que le dolía el pecho como si alguien lo estuviera presionando con saña. No comprendía cómo aquel hombre podía llevar semejante vida y engañarlos a todos, a su madre, a él...

Dos gaviotas lanzaron unos graznidos que hubieran helado la sangre de cualquiera poco acostumbrado a tener a aquellas aves tan cerca.

—A ver quién tiene valor para salir a navegar con este tiempo, hay unas olas que dan miedo —le dijo un hombre que paseaba entre los barcos amarrados, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaquetón tres cuartos azul marino.

Bernat no le contestó, y como si le hubiera leído el pensamiento, en cuanto se hubo alejado soltó el cabo que ataba la barca y se dispuso a salir al mar. Un mar encolerizado que parecía compartir con él toda la rabia y la angustia vivida en los últimos días.

—¿Un imitador? —Romerales estaba perplejo.

En el restaurante China I, en la plaza del Real, frente a una bandeja del mejor arroz tres delicias de la ciudad y una maravillosa ración de pato cantonés, Monfort le relató con todo tipo de detalles lo que le había contado Armendáriz.

—Puede que tengas razón —asintió el comisario con la boca llena y el gesto pensativo.

—No sé —dijo, y se llevó el vaso de cerveza a los labios—. Estoy dándole vueltas desde que salí de la cabaña del viejo. El tal Eugenio murió en la cárcel, pero tuvo tiempo allí dentro de contar sus hazañas.

—Llamaré enseguida para que busquen en los archivos todo lo referente a ese caso. No me suena de nada.

—A mí tampoco —replicó Monfort—, pero la Policía de Valencia tendrá los archivos. Debió de ser algo bastante escandaloso. La gente se acuerda de esas cosas.

El comisario Romerales le contó los incidentes acaecidos en las últimas horas: el interrogatorio a la esposa de Héctor Valiente, pero sobre todo hizo hincapié en el interrogatorio a Enrique Gálvez.

—¿Crees que Gálvez puede tener algo que ver? —preguntó Monfort.

Pidió otra cerveza para él y más tortitas para rellenarlas de crujientes láminas de pato, cebolleta tierna y una deliciosa salsa que sólo había probado en aquel restaurante, cuyos ingredientes ignoraba pero que daban un toque genial al plato.

—Sinceramente, no lo sé. Es un tipo raro, no me lo negarás, tan nervioso, tan alterado, tan poca cosa; raro, ya te digo, tanto que no me fío de él, pero no podía retenerlo en la comisaría porque a Corral le diera la gana. Había que soltarlo.

—¿Has pedido que lo sigan?

—Sí, pero me estoy quedando sin personal. Gálvez vive en Valencia y tener uno o

dos hombres detrás de él día y noche me resulta cada vez más complicado. Los pierdo para otros trabajos aquí, y aunque a ti te parezca que en Castellón nunca pasa nada, no es así.

—Ya veo, ya, sí que pasan cosas. —Monfort improvisó una de sus escasas sonrisas—. ¿Y dices que Gálvez se puso malo al final del interrogatorio?

—Sí, se desmayó y se dio un golpe contra la mesa. Lo atendió el médico de la comisaría. Supongo que nos denunciará.

—Su admiración por las curvas de Luisa Oliveres no lo convierten en sospechoso, pero mirándolo a los ojos veo algo oscuro en ese hombre.

Uno de los propietarios del restaurante se acercó a saludar a Monfort. Se dieron un buen apretón de manos. Era un hombre atento y amable. Hablaron unos minutos sobre lo que le había llevado de nuevo a Castellón. El hombre suspiró consternado, sabía poco del caso, lo que había leído en la prensa y visto en televisión, que realmente era una pequeña parte del asunto. Al final dijo que a los cafés invitaba la casa.

Se hizo un silencio entre Monfort y Romerales que duró quizá demasiado.

—Venga, Romerales, qué más ha pasado, estás nervioso.

—Es Corral, me va a volver loco.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Tuvo una pelea con Terreros, se liaron a puñetazos en la comisaría.

El inspector no pudo evitar soltar una carcajada que intentó ahogar tapándose la boca.

—No te rías, Monfort, no te rías, no hace ninguna gracia. Le partió la ceja.

—¿Y Terreros se quedó quieto?

—¡Qué va! También le dio lo suyo. —Romerales captó la atención de un camarero e hizo el gesto de que le trajeran la cuenta—. Mandé a Terreros y a García que vigilaran día y noche a Margarita Renau tal como acordamos tú y yo. Se apostaron en la plaza donde vive y desde allí controlaban sus movimientos, si salía o entraba, si dormía o velaba...

—¿Y? —le cortó ansioso Monfort.

—Que Corral se presentó sin decirle nada a nadie en el portal de su casa, llamó al interfono, ella le abrió, subió al piso y se pasó allí una hora y media hablando con ella.

—¿Estás seguro de que sólo fue allí para hablar?

—Eso es lo que le preguntó Terreros y él se puso como un energúmeno. Empezaron a discutir y de ahí vinieron los puñetazos. Tenías que haberlos visto, parecían delincuentes, o boxeadores. Menos mal que apareció García y entre los dos conseguimos separarlos. Pero a ver qué leches hago yo con estos dos ahora.

—Yo, de ti, lo tendría claro. A Corral lo relegaría del caso y a Terreros le subiría el sueldo —comentó jocoso Monfort.

—Eres muy gracioso.

—No creas.

El camarero llegó con la cuenta y Romerales depositó en la bandejita un billete de cincuenta euros. Cuando trajeron el cambio lo recogió y lo guardó junto a la factura de la comida.

—Es para justificar gastos —pareció disculparse el comisario—. Se han puesto de una manera que no sé dónde iremos a parar.

—Menos rollos y deja algo de propina.

—No puedo relegar a nadie de este caso, vamos muy justos de personal, estamos perdidos, de momento no hemos sacado mucho en claro.

—Por cierto, hablando de personal, creo que a Silvia Redó le ha ocurrido algo. Ella no es así. No contesta a las llamadas ni a los mensajes que le dejo, es muy raro.

—Puede que haya perdido el móvil o se lo hayan robado.

—Conociéndola, se hubiera espabilado para tener otro enseguida con el mismo número.

—No sé, yo sigo pensando que está por ahí, de vacaciones, revolcándose en alguna playa paradisíaca, olvidándose de todos nosotros, y también de su móvil.

—Le ha ocurrido algo —insistió obcecado Monfort—, créeme, le ha pasado alguna cosa, es imposible que no conteste, imposible.

Romerales no escuchó lo que le estaba diciendo, marcó un número de teléfono y dio instrucciones concisas para que buscaran todos los datos relacionados con el caso de Eugenio y el padre Armendáriz, así como de los compañeros de la cárcel de Eugenio desde que ingresó en prisión hasta que murió. Hubo un silencio mientras escuchaba a su interlocutor y a continuación no pudo evitar hablar a gritos. Los clientes del restaurante se giraron hacia donde estaban.

—¡Me da lo mismo que haga años que pasó! ¡Te he dicho que quiero tenerlo todo encima de mi mesa lo más pronto posible! —Pulsó con rabia el botón del móvil para cortar la comunicación.

—¡Jesús, qué genio! —exclamó Monfort abriendo la puerta del restaurante para que ambos salieran y haciéndole un gesto de disculpa al dueño del local.

Intentó ordenar su mente, controlar los movimientos de su raptor en la oscuridad. Debía crearse un horario pese al miedo y el dolor. La rutina era siempre la misma. Si los golpes que le propinaba no eran tan terribles como para que se desmayara, la desataba y le dejaba hacer sus necesidades en un cubo; a continuación le permitía lavarse con el agua que había en una palangana. Después le daba agua de una botella de plástico y un trozo de pan gomoso con algo dentro parecido a la mortadela. Todo a oscuras. Encendía una débil linterna que enfocaba hacia el suelo para que ella no reconociera nada y luego se apartaba del mortecino haz de luz para que no pudiera verlo en ningún momento. Seguía cubriéndose el rostro con el pasamontañas. La desataba y posteriormente la ataba contra la viga completamente

a oscuras. Aquel monstruo conocía a la perfección el espacio y se movía sin tropezar con nada. Ella pensó que si tenía alguna oportunidad era únicamente en aquellos instantes en que la desataba o la volvía a atar. Era entonces cuando lo tenía más cerca, cuando podía oler el cuero de su chaqueta.

Antes de salir le dio un puntapié en el tobillo y el dolor le llegó a lo más profundo de sus terminaciones nerviosas.

Se juró a sí misma que la próxima vez gritaría con todas sus fuerzas y haría lo posible por atacarlo de alguna forma: golpearle con algún objeto, morderle... Tenía que pensar cómo, de qué manera, pero lo haría. Sería su última oportunidad. Si fallaba no habría segunda vez. La mataría, de eso estaba segura.

Más tarde, cuando le fue imposible relajarse y dormir un poco, no se permitió llorar como en las otras ocasiones. Su cabeza se puso en marcha. Empezó a tramar un plan, su plan, el único plan posible.

Pese a que la Policía había informado a Margarita Renau de que no debía ausentarse del piso de la plaza Huerto Sogueros sin notificarlo previamente, el inspector llamó al timbre en numerosas ocasiones pero nadie contestó. Tampoco vio a las dos señoras mayores que vivían en la misma finca. Los agentes Terreros y García habían abandonado su puesto de vigilancia por orden expresa del comisario Romerales. Monfort resopló con cierto desespero. Aquel caso se estaba enmarañando cada vez más, y ni siquiera la Policía era capaz de estar unida en aquellos momentos.

Dejó de llamar al timbre y se dirigió al pequeño bar con terraza que había en mitad de la plaza. Sonaba una música machacona. Pidió una caña. El camarero era sudamericano. Dio un trago y comprobó que la cerveza no estaba muy buena, como si hiciera horas que no se abría el grifo. El problema de siempre, pensó: venden poca y el barril lleva días pinchado y ha perdido gran parte de su gracia. Se arrepintió una vez más de no haberla pedido de botella. Tampoco hubo cacahuetes de cortesía ni nada parecido que ayudara a disimular el sabor amargo de la bebida.

Desde la barra del bar de música pegajosa y cerveza desbravada se veían perfectamente los dos grandes ventanales del piso de Margarita Renau. Las persianas estaban casi bajadas, sólo faltaban un par de palmos para que estuvieran cerradas.

Llamó por teléfono a la comisaría y le pidió al agente de la centralita que le proporcionara las señas del abogado Joaquín Rovira.

Pagó la cerveza a medio beber y dio una vuelta por la plaza. En un extremo, junto a la ronda Mijares, estaba el extraño monumento-fuente de Ripollés. Al otro extremo de la plaza, una escultura clásica de metal con la figura del rey Jaime I presidía la avenida del mismo nombre.

Sonó el móvil. El agente le dio la dirección de Rovira y Monfort tomó nota en su pequeña libreta, con el teléfono entre el hombro y la mejilla. En la plaza se mezclaba el ruido de los coches que salían del aparcamiento con el griterío de un puñado de críos que jugaban en unos columpios alrededor de la efigie del rey de los valencianos.

El agente, además de proporcionarle la dirección exacta, le había explicado a grandes rasgos que Joaquín Rovira vivía en una elitista urbanización llamada La Coma, junto al Club de Campo del Mediterráneo, un campo de golf profesional integrado en el circuito de campeonatos puntuables a nivel internacional. La Coma estaba cerca de la ciudad, encaramada a una montaña desde la que había una vista privilegiada del mar, de Castellón y de gran parte de sus pueblos costeros.

Monfort siguió las indicaciones del agente y nada más salir de la ciudad en dirección norte, por la carretera que llevaba a Barcelona, encontró el desvío que conducía hasta la urbanización. Cuando empezó a ascender la estrecha carretera, lo primero que vio a su derecha fue una cantera sobre la que revoloteaba una monstruosa nube de polvo que tenía los cercanos campos de naranjos empolvados como el culito de un bebé espolvoreado con talco. Le entraron ganas de toser. Los

árboles, las pocas casas y todo lo que había subiendo aquellas cuestas estaba completamente cubierto del polvo procedente de las extracciones de piedra de la cantera. El inspector pensó que la urbanización sería muy elitista, pero de momento aquella polvareda no le daba mucho caché. A medida que fue ganando altura y la carretera cada vez zigzagueaba de forma más notoria, se abrió frente al cristal del Volvo la inmensidad de un Mediterráneo grisáceo pero no por ello menos majestuoso. Antes de llegar a la cima de aquella montaña decidió parar un instante en la minúscula cuneta. Se bajó del coche y, apoyándose en él, encendió un cigarrillo y contempló extasiado la grandiosidad del mar. La vista era realmente espectacular. Lejos, mar adentro, pequeños trozos de tierra emergían del agua como colmillos afilados, rodeando una extensión mayor de tierra parecida al lomo de una bestia dormida. Eran las Columbretes, tan cerca de tierra y a la vez tan lejanas. Envueltas en brumas, las islas tenían un aspecto fantasmal que les confería un misterio que a buen seguro escondían en sus solitarias entrañas. La ciudad de Castellón parecía de juguete. Distinguió perfectamente el barrio pesquero de la ciudad, el Grao, con sus grandes grúas junto al puerto, parecidas a jirafas metálicas. Un mar de naranjos se desparramaba entre el distrito pesquero y la ciudad. Desde allí arriba, la ciudad se veía muy pequeña, manejable, sencilla, agradable, y Monfort pensó que el mal puede encontrarse en cualquier lugar, por pequeño y placentero que nos pueda parecer. El individuo —fuera sólo uno o más— que había perpetrado los brutales asesinatos se estaba escurriendo como un pez que burla a su captor tras robar el cebo del anzuelo. No tenían nada, esa era la verdad. La realidad le pesaba como una gran losa. Aplastó la colilla con la punta del zapato hasta constatar que estaba completamente apagada y entró de nuevo en el coche.

Cuatro curvas más tarde llegó a la cima. Nada más comenzar a descender pudo ver, a su izquierda, un inmenso campo de golf, excelentemente cuidado y con unas instalaciones magníficas. A la derecha había un grupo de casas adosadas convertidas en apartamentos de alquiler. Un manto de color verde inmaculado mostró a un nutrido grupo de personas que, ataviadas con los bártulos de ese deporte elitista, iban de aquí para allá con sus palos y sus carritos sorteando los envites del frío viento. Apenas doscientos metros después de la entrada del campo de golf vio una barrera bajada y una caseta en la que un vigilante de seguridad custodiaba la entrada a la urbanización La Coma. Monfort bajó la ventanilla del coche cuando estuvo a la altura del guardia.

—Buenas tardes —saludó cortés.

—Hola —contestó escuetamente el guardia echándose mano al cinto del que colgaba un exagerado pistolón—. ¿Qué le trae por aquí?

—Voy a visitar a un abogado que se llama Rovira. Sé que vive aquí, pero no sé cuál es su casa.

—¿Lo conoce? —preguntó el vigilante con cara de pocos amigos.

—No, pero lo haré hoy si es que se encuentra en su domicilio.

—No puedo dejarle pasar sin una autorización expresa del señor Rovira.

Monfort vio que, dentro de la caseta, encima de una pequeña mesa, había un teléfono y un monitor por el que el guardia veía zonas de la urbanización. En el suelo, una estufa de infrarrojos encendida a máxima potencia.

—Llámele —espetó el inspector señalando el interior de la caseta.

—No tengo por qué hacerlo. —El guardia abrió las piernas medio metro y apoyó los pulgares en la parte delantera de su cinturón—. El señor Rovira no me ha comentado que esperara a nadie.

—Llámele —repitió en tono adusto—. Llámele y dígame que el inspector Monfort de la Policía de Castellón necesita hablar con él ahora mismo —concluyó la frase mostrándole la placa.

El guardia cerró las piernas de inmediato y lo saludó como si todavía estuviera haciendo el servicio militar.

—Descanse —dijo Monfort conteniendo una sonrisa—. Y ahora, llámele.

El guardia se introdujo de inmediato en la caseta, levantó el auricular y marcó un número que había consultado de una hoja de papel plastificada.

—Señor Rovira, disculpe, soy el guardia de seguridad de la urbanización... Hay aquí un señor que dice ser inspector de policía... Monfort, me ha dicho que se llama, inspector Monfort... Sí, claro... Descuide... No se preocupe... Faltaría más... No dude que lo haré.

—¡Vaya! —exclamó Monfort—. Por lo visto el tal Rovira es un tipo importante.

El hombre estaba realmente azorado. No hizo ningún comentario sobre la observación de Monfort, se limitó a subir la barrera y a indicarle cuál de aquellas lujosas mansiones que se extendían por toda la ladera de la montaña era la del abogado Rovira.

—No tiene pérdida, es aquella que se ve antes de llegar a la cima —le indicó señalando una enorme casa—, la de las cristaleras negras con vistas al campo de golf. Suba todo recto, la verá enseguida.

—Gracias —dijo Monfort cuando el coche empezaba a moverse—. ¡Ah!, y no tarde más de la cuenta en hacer lo que le ha pedido Rovira, no vaya a ser que le dé un pescozón. Pero tenga cuidado de que lo que le pida sea legal, ¿eh? Ya ve que soy policía.

El guardia permaneció inmóvil como un pasmarote, desconcertado, viendo que el Volvo desaparecía por detrás de una casa tan moderna que apenas parecía un hogar.

Enrique Gálvez conducía su Renault Megane a excesiva velocidad por la autopista A7, en dirección a su domicilio de la ciudad de Valencia. Le dolía la cabeza de forma descomunal. No había comido nada y un nudo enorme se le había instalado entre el esófago y el estómago. La Policía lo había interrogado hasta dejarlo seco como la mojama. Le pesaban aquellas sospechas que el subinspector Corral había depositado

en él y que le perseguían desde que había salido de la comisaría. En el bolsillo de su americana llevaba una nota de la Policía en la que se le indicaba que era altamente recomendable que no se alejara de su residencia ni de su puesto de trabajo. Según la escueta nota, debía estar localizable las veinticuatro horas del día por si el juez que instruía el caso necesitaba hablar con él. El subinspector Corral, un tipo despreciable que lo había humillado hasta rebajarlo a lo más ínfimo como persona, lo amenazó con meterlo directamente en la cárcel si daba un mal paso. Le dijo que si se enteraba de que le estaba engañando, él mismo se encargaría de arrancarle la piel a tiras. Cuando se puso de pie, una vez terminado el interrogatorio, se sintió mareado. Perdió el equilibrio y se desplomó, con la mala fortuna de darse un buen golpe en la cabeza con el canto de la mesa. Luego dos policías de uniforme lo llevaron en volandas hasta algo parecido a un dispensario que había en la comisaría. Tumbado en una fría camilla, el médico le curó la herida de la frente y a continuación le tomó la tensión, finalmente lo auscultó y le hizo tomarse dos pastillas sin darle la más mínima explicación. Le ordenó que se incorporara y le extendió un papel para que lo firmara. Dijo que era el alta, que estaba bien y que podía marcharse.

Se abrochó la camisa, se puso el jersey y el abrigo y caminó como un sonámbulo por aquel feo pasillo de paredes estrechas. Cuando ya salía de la comisaría, un agente lo llamó por su nombre y le entregó la nota firmada por el comisario.

Una fuerte ráfaga de viento devolvió a Gálvez a la conducción. El coche que llevaba detrás lo adelantó, y al ponerse a su altura el conductor lo miró con cara de desprecio y en sus labios pudo leerse con total claridad la palabra «desgraciado».

Un desgraciado, pensó; en eso se iba a convertir como las cosas no se arreglaran un poco. Lo habían trasladado a la oficina de Castellón para tapar las miserias vergonzantes de Javier Serós. Todos los días sufría aquel castigo de autopista: una hora y pico de ida y otra de vuelta, más los atascos de entrada y salida de Valencia. Tiempo suficiente para pensar en su desgraciada vida. Su esposa lo había tratado siempre como a un pelele. Desde el día en que se casaron le puso a su madre en medio y allí seguía todavía, anciana, malcarada, enferma; nunca unas vacaciones, nunca un fin de semana, nunca ni siquiera una tarde de cine, o un café en una terraza o un paseo por el parque, nunca, nunca... Su mujer ni siquiera había querido tener hijos porque, según decía, «ya tenemos a mi madre, y ya sabes que los abuelos son como los niños». Y una mierda, pensaba él, pero eso no se lo había dicho nunca, claro, le tenía demasiado respeto. No, aquello no era respeto, aquello era miedo. De viaje de novios fueron a Mallorca. Los tres primeros días estuvieron en aquel bonito hotel de la playa de Alcudia, pero al cuarto día apareció su suegra en recepción con dos maletas rojas. Allí tenía que haberse cuadrado, en aquel momento tenía que haberla echado..., pero no fue capaz. No fue capaz entonces y ya no lo fue nunca más. Quedó relegado a un pusilánime, a un cero a la izquierda. Un calzonazos.

A la altura del antiguo peaje de la autopista en Sagunto pisó con rabia el acelerador. Era un cobarde, la vida no se había portado bien con él, de eso no le cabía

la menor duda. Notó cómo le temblaban las manos y los pies pero siguió pisando el pedal del Megane. Golpeó con rabia el volante del coche y entonces recordó que había hecho algo malo. Por primera vez había tenido un poco de valor, pero seguro que había sido un error. No supo por qué razón ocultó en el interrogatorio aquella conversación que tuvo con Javier Serós varios días después de lo que sucedió con Luisa Oliveres. ¡Dios, cómo le gustaba aquella mujer! Sus pechos, sus labios, sus piernas, su voz sensual, su arrogancia... Y aquellos hombres que venían a esperarla y con los que alardeaba con las compañeras de increíbles hazañas sexuales. Se excitaba pensando qué harían en la cama o en un sofá, o quizá en el suelo, sobre una alfombra, o en el asiento trasero de un coche en la cuneta de alguna carretera poco transitada. ¡Dios, cómo lo ponía aquella hembra!

De repente perdió el control del coche, le pareció que el volante era de mantequilla y se deshacía entre sus manos. Algo estalló en una rueda, o simplemente lo creyó así, pero el coche empezó a dar bandazos por los carriles de la autopista, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Se aferró al volante pero la dirección no respondía. Por su mente pasaron todos aquellos años de calzonazos, su suegra, los hijos que no habían tenido, el sexo en silencio para no despertar a la abuela, las hipotecas, los viajes nunca realizados... y al final, el cuerpo de Luisa Oliveres. El coche golpeó contra la valla de la autopista, arrancándola de cuajo. Cruzó la mediana llevándose por delante todo lo que encontró a su paso, arbustos, hierba, una farola... hasta que el Renault Megane voló como un pájaro para caer, boca abajo, en el carril contrario de la autopista. Un ruido ensordecedor de hierros que rozaban contra el asfalto, el techo del coche abierto como si fuera una lata de sardinas. Luego un choque descomunal. Y después el silencio, un silencio total. Creyó que se relajaba, que había conseguido llegar a la meta. ¿Qué meta? Quizá estaba muerto ya.

Llamó al interfono y al instante se puso en funcionamiento una pequeña pantalla en la que Monfort vio reflejada su cara. Se acarició las mejillas comprobando una importante falta de afeitado.

—¿Hola? —contestó una voz masculina.

—El señor Rovira, supongo.

—Supone bien, inspector...

—Monfort, inspector Monfort, se lo acaba de decir el guardia de seguridad hace un momento. Por cierto, vaya pistolón que lleva el tío.

—Es por la seguridad de la urbanización, pero pase, pase, no se quede ahí, que se va a helar de frío.

No es que hiciera un frío excesivo, pero el viento transmitía una sensación realmente gélida. Se abrió la cancela y un amplio jardín se manifestó frente a una casa construida al estilo moderno. Un caminillo hecho con grandes losas de piedra conducía a la entrada de la vivienda a través de una impoluta extensión de césped. La

fachada principal era toda de cristal oscuro, como esas gafas de sol de espejo que no permiten ver los ojos del que las lleva. En el jardín apenas había luz y sobre la hierba brillaban gotas de lluvia que todavía no se habían secado. Empezaba a anochecer, y parte del interior de la casa estaba iluminado.

La puerta estaba abierta y Monfort entró no sin antes frotar las suelas de sus zapatos en el felpudo.

—Buenas tardes —dijo el abogado tendiéndole la mano.

—Buenas tardes —correspondió Monfort enseñando su placa.

Rovira vestía un chándal holgado de alguna marca cara; parecía relajado y alegre. Tenía el pelo todavía mojado y era evidente que se había dado una ducha o se había bañado. No era muy alto, tenía un rostro joven y bien cuidado y su acento era marcadamente valenciano. Si no hubiera sido por la incipiente barriga que sobresalía de su cuerpo se podría decir que era un hombre apuesto. Monfort calculó por encima algo menos de cincuenta años.

El recibidor de la casa era un espacio diáfano y tan grande que sus voces sonaban casi con eco. Junto a la pared de la puerta había un gran perchero del que colgaban todo tipo de abrigos, gabardinas y otras prendas invernales. Entre ellos destacaba un fabuloso abrigo de mujer que el inspector supo rápidamente a quién pertenecía. La temperatura que había allí era como para ir en manga corta, pero Monfort no se quitó la gabardina. Desde el recibidor se accedía a un espacio de techos muy altos en el que había una gran chimenea encendida que enseguida se percató de que no era de leña, sino de gas, de esas tan modernas que se encienden con un mando a distancia. Rodeaban el fuego tres enormes sofás de piel de color beis y en el centro una gran mesa baja de madera, intencionadamente envejecida para dar un toque rústico a la estancia. El suelo era de parqué de color claro con un exagerado lustre brillante. Sobre la falsa chimenea había una pantalla de televisión de gran tamaño en la que se proyectaba la imagen fija de un paisaje nevado como los que se pueden ver en los folletos turísticos de Suiza. Olía a incienso. Había velas encendidas sobre una gran mesa de cristal con patas de madera. Lo más impactante de la habitación era la gran pared de cristal que hacía de fachada principal, desde la que se tenía una magnífica panorámica del cercano campo de golf. Había algunas puertas cerradas alrededor del gran salón, y en un extremo arrancaba una escalera ancha, que sin barandilla alguna ascendía al piso superior, a lo que debían de ser las demás estancias de la casa.

—Dígame, inspector, ¿en qué puedo ayudarle?

Lo invitó con un gesto a que tomara asiento en uno de los sofás.

—Me gustaría hablar con Margarita Renau, hace días que quiero hablar con ella, pero por una cosa o por otra no he tenido todavía ocasión.

—Y... ¿quién le ha dicho que ella está aquí? —dijo Rovira apagando con un sofisticado mando a distancia la imagen nevada del colosal televisor.

—No estaba en su casa. He preguntado y me han dicho que podría estar aquí.

—Bueno. —Rovira hizo una mueca desagradable—. La verdad, no sé con quién

debe de haber hablado usted para que le diga...

—Mire, señor Rovira, vamos a dejarnos de tanto remilgo. La señora Renau está aquí, de eso no me cabe la menor duda. Por otra parte, comprendo perfectamente que no tenga ganas de hablar con nadie, pero necesito entrevistarme con ella.

—Ya ha hablado en varias ocasiones con el policía al mando de este desagradable caso.

—Sí, lo sé, tuvo una conversación, por decirlo de alguna manera, con el subinspector Corral.

—Un policía avisado, según tengo entendido —ironizó Rovira.

—No lo sabe usted bien. No sé qué tipo de relación tiene usted con la señora Renau, pero yo me iría con cuidado. El subinspector es todo un seductor.

El abogado se quedó un poco desconcertado con las últimas palabras de Monfort; una contracción del gesto que duró apenas medio segundo, pero que él advirtió. A veces lanzaba aquel tipo de puyas que lo podían comprometer, y mucho, pero la mayoría de las veces daba en la diana y conseguía captar pequeñas transfiguraciones en el rostro de las personas, lo suficiente para verlos desde otro punto de vista.

Rovira se puso en pie. Abrió los brazos y se recolocó la chaqueta del caro chándal.

—Si no le importa, inspector Monfort, estoy muy ocupado con un caso del despacho y debo volver al trabajo.

—¿Trabaja usted en casa? —preguntó levantándose.

—Trabajo en casa, efectivamente, y también en el despacho de Castellón y en los juzgados...

—Se encargará usted de la defensa de Margarita Renau cuando llegue el momento, supongo.

Rovira hizo como si le entrara la risa, pero Monfort notó de nuevo el atisbo de la mentira en su gesto.

—No creo que sea necesario. Margarita no pudo cometer semejante atrocidad.

—Vaya, veo que está usted bien informado.

—Sigo el caso, por supuesto, es buena cliente y una excelente amiga.

—Entonces, lo mejor es que le diga que debo hablar con ella lo más pronto posible —dijo mirando de reojo el abrigo de mujer colgado en la percha—. No creo que le haga demasiado bien esconderse mucho tiempo en alguna de estas lujosas estancias. —Miró alrededor del enorme salón, intentando abarcar con la vista el exagerado perímetro de la sala—. Por cierto, perdone la indiscreción, ya sé que no es cosa mía, pero... —Se detuvo un instante antes de alcanzar la puerta—. ¿Tanto gana un abogado en Castellón para poder tener una casa como esta?

—¿Además de policía es usted inspector de Hacienda? —rio francamente Rovira abriendo la puerta que daba al jardín.

Monfort se levantó la solapa de la gabardina para cubrirse el cuello. Había pasado en un segundo de una temperatura tropical en el interior de la casa a muy pocos

grados en el exterior. De nuevo el viento cortante y frío. Había oscurecido casi por completo. Una hilera de lámparas se había encendido automáticamente a su paso por el caminillo de losas que llevaba hasta la puerta de la calle. Un zumbido anunció que Rovira había accionado el mando para que se abriera la puerta. Monfort se volvió y vio al abogado asomado a la iluminada pared de cristal con vistas al campo de golf. Junto a la casa sólo había un coche aparcado, un Mercedes de color negro, ni rastro de otro vehículo. Si Margarita Renau estaba en la casa no había ido hasta allí en su propio coche. Salió a la calle y las luces del camino de losas se apagaron, igual que la gran pared de cristal de la casa. A la derecha se veían titilar las luces amarillentas de la cercana población de Borriol, a cuyo término municipal pertenecía la urbanización y las instalaciones del campo de golf.

Entró en el Volvo y lo puso en marcha. Accionó la calefacción y esperó hasta que encontró una emisora de radio en la que pusieran algo que le gustara. «Heroes», de David Bowie, en Radio 3. Perfecto. Descendió colina abajo hasta la caseta en la que aguardaba el vigilante de seguridad, que se puso en posición de firmes junto a la barrera al verlo llegar.

Bajó la ventanilla.

—«Podemos ser héroes sólo por un día...» —Monfort canturreaba con la vista clavada en el arma del vigilante.

—¿Perdón? ¿Cómo dice, inspector? —preguntó confuso el guardia, inclinándose para ponerse a la altura de la ventana del coche.

—Nada, es sólo una canción. Dígame una cosa, entre usted y yo, entre profesionales de la ley. —Intentaba aprovechar el orgullo del guardia de garita—. ¿Ha llegado algún vehículo más al domicilio del señor Rovira después de que llegara él en su flamante Mercedes?

—Déjeme pensar... —El guardia parecía rebanarse los sesos—. Sí, un taxi, vino un taxi poco después de que llegará el señor Rovira en su coche.

—¿Pudo ver quién era el ocupante? —preguntó Monfort pese a que sabía la respuesta.

—Una mujer, era una mujer. Y muy guapa, por cierto —contestó con cierta socarronería y satisfecho de haberlo recordado.

Monfort estrechó la mano del guardia de seguridad a través de la ventanilla bajada. Le dio las gracias, puso primera y salió de la urbanización.

En la siguiente curva, junto a la entrada del campo de golf, detuvo el coche y apagó las luces. Reguló el espejo retrovisor de manera que pudiera ver parte de la salida de la urbanización sin que el guardia advirtiera su presencia. Corrió el asiento hacia atrás todo lo que daba de sí para poder estirar las piernas y estar cómodo. Se abrochó la gabardina para no tener frío con la calefacción apagada y encendió un cigarrillo que saboreó con fruición calada tras calada. En la radio seguían sonando canciones de Bowie. Ahora era el turno de «Modern love». Subió ligeramente el volumen y deseó que Margarita Renau no decidiera pasar la noche en casa de su

abogado.

La ambulancia entró a gran velocidad en la zona de urgencias del hospital La Fe de Valencia. Rápidamente y con una pericia magistral, cuatro miembros de la unidad y los efectivos de la ambulancia sacaron a Enrique Gálvez inmovilizado en una camilla y lo trasladaron a la planta de los quirófanos. Su esposa y varios parientes llegaron poco después. En el pasillo, junto a la entrada de los quirófanos, los familiares tenían el corazón en un puño. Su mujer lloraba y se aferraba a un vaso de café caliente. Otra mujer con sus mismos rasgos le pasaba el brazo por encima de los hombros. Cada vez que salía un médico o una enfermera se abalanzaban para preguntar, pero no obtenían información alguna. Llegó un hombre joven que se abrazó a las dos mujeres. Traía bocadillos y botellitas de agua que nadie probó. Caras serias, horas interminables, nadie les decía nada sobre lo que estaba ocurriendo en el quirófano.

—Tantos viajes a Castellón, todos los días, un montón de kilómetros para ir a trabajar. ¡Maldito sea el día en que lo llamaron para trasladarlo a la oficina de Castellón! Debería haber dicho que no. Estuvo a punto de negarse, pero yo lo convencí, yo lo convencí...

La esposa de Gálvez se puso a llorar desconsolada. La mujer que tenía al lado intentó abrazarla, pero ella se apartó y siguió con sus lamentos:

—Le dije que nos hacía falta el dinero aunque no era cierto, le dije también que si se negaba podría quedarse sin trabajo. Él decía que no, que tenía la plaza fija, que no podían echarlo. Y yo insistí y volví a insistir. En el fondo creo que me iba bien que estuviera fuera de casa todo el día.

Miró con desdén a la señora mayor que estaba sentada en una silla y que por su aspecto debía de ser su madre. Finalmente se desplomó en una de aquellas incómodas sillas y continuó llorando en silencio.

Por la megafonía de la sala de espera se oyó una voz metálica de mujer: «Familiares de Enrique Gálvez, acudan a la puerta de quirófanos».

Las puertas automáticas se abrieron y apareció un médico enfundado en un uniforme de color verde pálido. Su rostro reflejaba cansancio y preocupación. Los familiares aguardaban justo en la línea que delimitaba la entrada a las salas de operaciones. El doctor negó con la cabeza antes de llegar a donde estaban los familiares.

Sabado 29 de noviembre

(Octavo día)

17

El sábado los periódicos despertaron a la población con más detalles de los atroces asesinatos. Aunque parte de la información ya se conocía, los artículos apuntaban a que era probable que hubiera mucho más detrás de aquellas muertes. Mucho más que la Policía había callado, y que estaba sabiendo esconder por el momento. En portada, y ocupando las tres páginas siguientes, *El Periódico Mediterráneo* informaba a sus lectores acerca de las identidades de las víctimas. Fotografías de Javier Serós y Héctor Valiente ocupaban grandes espacios. Un doctor explicaba, recreándose en el morbo, el tremendo horror por el que tuvieron que pasar. El periódico daba detalles acerca del enterramiento en la arena de Valiente y el estado en el que se encontró el cuerpo de Serós. Más fotografías de la playa, del inmueble donde vivía Serós, de la oficina de empleo de la calle Castelldefels... Testimonios poco fiables de vecinos que afirmaban conocer a las víctimas. *Levante*, *El Mundo*, *Las Provincias*..., todos los periódicos, en sus ediciones para la provincia de Castellón, mostraban portadas similares con titulares muy parecidos.

El teléfono móvil lo despertó bruscamente. En la pantalla aparecía el nombre de Romerales. Sosteniéndolo con una mano miró el aparato varios segundos, e incapaz de contestar lo dejó caer a su lado hasta que dejó de sonar. Se dio la vuelta y se cubrió la cabeza con la almohada, pero ya estaba despierto y sabía que no volvería a dormirse. Se incorporó con lentitud y, una vez sentado en la cama, apoyó los pies descalzos sobre el suelo.

Recordó que, pasada la una de la madrugada, harto de esperar a que Margarita Renau abandonara la casa del abogado Rovira, había regresado despacio hacia Castellón. Se había quedado helado dentro del coche. Lo ponía en marcha de vez en cuando con el fin de caldearse un poco con la calefacción, pero al rato estaba frío de nuevo. Salió en varias ocasiones y fumó rápidamente para volver al interior del vehículo. Pensó que lo mejor sería irse a descansar y a la mañana siguiente buscarla en su domicilio, pero no lo hizo: cerca del hotel había un bar abierto y un aparcamiento libre, una combinación peligrosa. Entró y pidió un *whisky* de malta que le sirvieron en un vaso poco adecuado. Era un bar normal y corriente donde, llegada la noche, atenuaban la iluminación y subían el volumen de la música con intención de convertirlo en algo parecido a un bar de copas. Bebió despacio sintiendo el calor que el alcohol producía casi de inmediato en todo su cuerpo. Pidió uno más. En el bar había varias parejas, algunos cincuentones como él y otros más jóvenes. El camarero le acercó un cuenco con cacahuets que no probó. Con escasa calidad sonaba una

canción de un grupo español que tuvo cierto éxito a finales de los ochenta, pero nadie hacía el menor caso de la música. Pidió un tercer *whisky*, arrepintiéndose de ello en el mismo momento en que el camarero empezó a entablar conversación con él. Decidió no ser grosero y apuró la bebida en tres tragos. Pagó la cuenta y salió a la calle a fumar. Castellón era una ciudad desierta. La humedad propiciada por la cercanía del mar se dejaba notar y el aire frío calaba los huesos. Decidió dejar el coche allí mismo y regresar a pie hasta el hotel. Se subió el cuello de la gabardina e introdujo las manos en los bolsillos hasta el fondo. Caminaba encorvado. Una pareja se comía a besos en el banco de una plaza. Un camión de recogida de basura interrumpió el silencio nocturno con gran estruendo al cargar los contenedores de color verde. Apenas vio luz en las ventanas de los pisos. La ciudad dormía, pero él tenía la moral bajo cero y un nivel de alcohol en la sangre francamente elevado. Supuso que al llegar a la habitación se había quedado profundamente dormido, pues no se acordaba de nada más.

Se levantó y descalzo corrió las cortinas de la habitación. Llovía débilmente pero al fin y al cabo llovía un día más. No pudo recordar el nombre de mujer con el que habían bautizado a aquel temporal que ya duraba demasiado. La fachada trasera del teatro Principal chorreaba goterones que caían de un canalón desbordado. La calle Herrero, una de las antiguas arterias que desembocaban en el centro de la ciudad, presentaba un intenso tráfico como todos los días y a casi todas las horas. Miró el reloj, eran las nueve menos cuarto. Decidió darse una ducha rápida y llamar enseguida a Romerales. Estaba afeitándose cuando sonó el teléfono de la habitación. Se sobresaltó, no estaba habituado a que lo llamaran por aquella línea y el sonido poco habitual del timbre del aparato lo descolocó. Hizo un movimiento en falso con la mano en la que sujetaba la cuchilla de afeitar sesgando una pequeña porción de piel insignificante, pero que empezó a sangrar al instante. Tras soltar un par de maldiciones salió del cuarto de baño y descolgó el auricular.

—¿Dígame?

—Señor Monfort, disculpe que le moleste. —La voz sosegada de la joven recepcionista calmó su incipiente ira—. Hay una señora en la cafetería que pregunta por usted.

—¿Una señora? —Vio su imagen reflejada en el espejo: la toalla anudada a la cintura y media cara embadurnada aún de espuma de afeitar.

—Sí, me ha dicho que le diga que se llama Margarita Renau y que es probable que usted la estuviera esperando.

—Gracias, dile que bajo en cinco minutos.

A Monfort le sorprendió que la visita de Margarita Renau no le pareciera tan extraña. Acabó de afeitarse y se puso la ropa limpia que le habían traído de la lavandería del hotel. Llamó a Romerales mientras ponía dentífrico al cepillo. El jefe empezó a hablar nada más descolgar.

—Ya lo sé, Margarita Renau ha ido a verte.

—Bueno, pues entonces ya lo sabes. —Empezó a frotarse los dientes.

—Sí, claro —continuó Romerales con aire de suficiencia—. Ha llamado esta mañana a la comisaría preguntando por ti; dice que anoche la estuviste buscando.

—Y la encontré. —Escupió el agua en el lavabo después de enjuagarse la boca—. Pero seguro que no te ha dicho que estuvo escondida hasta que me cansé de esperar a que saliera.

—Yo no he hablado con ella, el agente que lo ha hecho le ha dado tu número de móvil, pero ha preferido ir al hotel para verte en persona.

—¡Qué detalle! Querrá que la invite a cruasanes. Oye, jefe, ¿por qué tienes ese tono de mala leche?

—¿Has visto los periódicos de hoy? No, es verdad, tú eres un noctámbulo.

—¿Qué pasa?

—Tenemos un problema, otro más.

—Al grano. —Miró la hora de reojo y pensó en la mujer que le esperaba.

—Algún cerdo ha filtrado a la prensa más datos sobre los asesinatos.

—¿Quién ha sido?

—Eso es lo que tienes que averiguar después de desayunar con la damisela escurridiza.

El inspector entró en la sala de desayunos del hotel. La joven de recepción le había dicho que Margarita Renau esperaba dentro. La reconoció enseguida, no había duda. Tenía ante sí un periódico abierto y Monfort pudo ver el gran titular de portada. Se acercó a la mesa y se presentó.

—Buenos días, soy el inspector Monfort. Me han dicho que quiere verme.

Margarita Renau se levantó y saludó cortés con un suave apretón de manos. Todavía en pie, trató de justificar su visita.

—Es una barbaridad lo que dicen los periódicos. ¿Lo ha leído usted?

—Aún no —contestó Monfort—, pero he sido informado al respecto. Tarde o temprano tenía que saberse. Hubiera sido mejor que esa información no saliera a la luz, pero estas cosas son así. Los periodistas buscan su momento de gloria, como todos, supongo. Pero usted no ha venido a verme por lo que sale en la prensa, ¿verdad?

—Me dijeron que anoche preguntó por mí. —Margarita endulzó la voz y Monfort advirtió la fragancia de su caro perfume.

—En efecto. Pero tome asiento, por favor.

Margarita todavía llevaba el abrigo puesto. Un abrigo negro, largo, elegante y seguramente muy caro. En la mesa había una taza de café con leche que aún no había probado. Monfort llevaba su gabardina colgando del brazo y la dejó en el respaldo de una de las sillas libres. Ella se despojó con lentitud de su abrigo con gesto estudiado. Vestía pantalón negro y un jersey de color camel muy ajustado y con un pronunciado escote que disimulaba escasamente con un pañuelo de seda. Bien maquillada y con los labios pintados de rojo, parecía recién salida de un salón de belleza. Era alta,

delgada y muy atractiva.

Monfort pidió un café solo. Ella bebía su café con leche a pequeños sorbos como si todavía estuviera caliente, pero él tenía la absoluta certeza de que la bebida se le había enfriado hacía rato. Debía de tener la misma temperatura de su corazón, a juzgar por aquellos ojos en los que era verdaderamente difícil leer entre líneas.

El comisario Romerales envió a través de su teléfono móvil un mensaje de texto a las personas vinculadas con la investigación, convocándolas a una rueda de prensa extraordinaria que se celebraría a la una del mediodía en la comisaría de la ronda de la Magdalena. Decidió anticiparse, antes de que los periodistas se agolparan frente a su despacho en busca de respuestas a las mil preguntas que todos se hacían acerca de la filtración a los medios. Había recibido la llamada de un representante de la Generalitat Valenciana a quien, por lo visto, no dejaban de importunarlo continuamente desde el Ministerio del Interior exigiendo unos resultados que no se estaban produciendo. Un concejal del Ayuntamiento de Castellón se personó en la comisaría y ambos debatieron durante más de una hora sobre lo sucedido y sobre lo que no estaban esclareciendo. A la una menos cuarto, la ajada sala de conferencias de la comisaría estaba llena a rebosar. Cámaras, fotógrafos, un sinfín de personas iban y venían armadas con grabadoras, libretas y bolígrafos o cualquier otra cosa que sirviera para tomar apuntes. Monfort llegó en un taxi cuando apenas faltaban tres minutos para la una en punto. Se dirigió al despacho de Romerales, pero este se encaminaba ya a la sala de conferencias. Se estrecharon la mano.

—Hueles a perfume caro —le dijo el jefe antes de soltarle la mano.

—¿Aún estás para bromas?

—Me van a lapidar —dijo con resignación Romerales mientras se ajustaba el nudo de la corbata.

—Bah, no creo, mala hierba nunca muere.

—¿Has visto los periódicos?

—Sí, todos.

—¿Y...?

—¿La verdad?

—Anda, no me jodas, Monfort.

—Es casi como si hubieras hablado tú mismo con la prensa.

—O sea, que tienes tan claro como yo que ha sido uno de los nuestros —apostilló Romerales entre el murmullo de los periodistas que abarrotaban la sala.

—Uno de los nuestros... o el asesino —concluyó Monfort cediéndole el paso para que entrara primero.

No cabía un alma. Frente a la mesa alzada sobre una tarima se sentaron solamente ellos dos. Pusieron la mejor cara que pudieron y, durante un acto que duró apenas veinte minutos, soportaron todas las preguntas lanzadas como dardos envenenados

por algunos periodistas. Romerales expuso magistralmente los hechos, argumentando que se habían ocultado algunos detalles porque estaban sobre una buena pista para localizar al asesino, y que no querían alertarlo y animarlo a esconderse o incluso a abandonar el país. Pero el tiempo de exposición acabó y entonces cayeron las mordaces preguntas.

La primera la formuló, entre un barullo de mil demonios, un periodista que con su desparpajo dio a entender que llevaba muchos años en el mundillo. Pidió la palabra pero no empezó a hablar hasta que todo el mundo guardó absoluto silencio.

—¿Cuál es la pista buena que ha mencionado el comisario?

Monfort tomó la iniciativa:

—La pista buena, como usted dice, es que estamos pisándole los talones al asesino de Javier Serós y de Héctor Valiente. Es cuestión de poco tiempo que caigamos sobre él con todo el peso de la ley.

Al comisario Romerales le temblaba el párpado del ojo derecho. Su nerviosismo se acentuaba con cada palabra del inspector y un nudo inmenso se instaló en su garganta y ni siquiera un largo trago de agua pudo hacerlo desaparecer. Pensó en que sólo faltaba aquello: las palabras de Monfort darían más que hablar a los periodistas. Pensó que la bravuconería del inspector podía costarle el puesto. Mientras le oía contestar sorteando las preguntas de la prensa y contando cosas que al menos a él no le constaba que fueran ciertas, notaba cómo su cuerpo se tensaba y ya no sabía qué hacer con las manos. Monfort seguía contestando, esquivando las preguntas como balas que amortiguaba con respuestas ambiguas, dignas de novela negra pero difíciles de descifrar en la vida real. Algunas preguntas sacaron de quicio a Romerales.

—¿Cree usted, inspector, que la exesposa de Javier Serós podría estar implicada?

—¿Por qué lo dice? —respondió amablemente Monfort con otra pregunta, mientras en su cerebro se fraguaba la respuesta que iba a dar.

—Dicen que se llevaban mal. Que él la engañaba con otras mujeres cuando estaban casados. También se rumorea que actualmente mantiene una relación con el abogado de la familia.

El inspector se dio cuenta de que la persona que había filtrado toda aquella información a la prensa estaba bien informada, y sopesó seriamente que podía ser el asesino, tal como le había comentado momentos antes a Romerales, casi de casualidad.

—Margarita Renau se ha prestado a colaborar con la Policía en aquello que sea necesario. De hecho, esta mañana hemos mantenido una reunión con ella que nos ha dado algunas pautas que hacen que todavía tengamos mayor claridad sobre la posible identidad del asesino.

La batería de preguntas continuó cayendo de manera indiscriminada. Monfort seguía contestando con firmeza. Romerales, más relajado, escribió unas palabras en un trozo de papel arrugado que pasó a Monfort. Este lo leyó echando la cabeza hacia atrás por culpa de la impertinente presbicia: «Recuerda que no saben nada de las

notas encontradas junto a los cadáveres ni de las amputaciones».

Monfort tapó el micrófono con la mano y le contestó algo en voz baja, amortiguada además por las voces de los periodistas que preguntaban a la vez sin respetar el turno.

En un restaurante italiano cercano a su casa al que solía ir a menudo, Margarita Renau removía con su tenedor un plato de pasta fresca. Había pedido pasta con salsa de setas y una ensalada de la casa que le había recomendado el camarero; en La Vieja Roma estaban orgullosos de que las verduras que servían fueran de su propia huerta. Bebía una copa de vino rosado muy frío, pero no comía casi nada. Su cabeza daba vueltas sin parar, no prestaba atención a la comida pero pidió hasta en dos ocasiones que le llenaran la copa. El inspector Monfort la había hundido con sus comentarios. No era capaz de saber cuándo hablaba en serio y cuándo no. Le habló sobre lo que pensaba acerca del crimen de Javier y de aquel otro pobre diablo tan mujeriego y bebedor como su exmarido. No le preguntó casi nada, y no le extrañó que mantuviera una relación con el abogado que le había llevado el divorcio. Parecía saberlo todo sobre ella, pero ella no le había contado nada, y aquel otro policía no había podido informarle ya que no veía más que su escote y sus piernas; era un baboso, sólo le hubiera costado un chasquido de dedos para que acabara con los pantalones por los tobillos. Pero el inspector Monfort era distinto: un caballero, un hombre de los de antes, de los que ya no quedan. Y por eso no le gustó ni un pelo, no se fio de él ni un momento, y antes de que se sentaran frente al café con leche frío ya sabía que aquel hombre podía traerle muchos problemas. No habló de un posible móvil por dinero, por los pisos que su ex poseía en Castellón y en Benicàssim, heredados de sus padres, unos padres avaros que únicamente vivían para amasar dinero en el banco, contarlos día a día, pero allí, quieto, en sus libretas de ahorro, mientras se consumían en aquel viejo piso sin ascensor de la calle Mealla, sin que nadie les ayudara a nada, ni mujeres de la limpieza, ni asistentes, ni siquiera la perspectiva de un buen asilo donde retirarse y esperar a que les llegara la muerte. Tampoco aquello había suscitado ninguna pregunta a aquel inspector de casi dos metros de alto. Según los médicos, los padres de su ex habían muerto por causas naturales. Javier no soltó ni una peseta al recibir la herencia, ni una; tenía dinero suficiente para gastárselo en sus vicios, y a ella y al pobre Bernat que los partiera un rayo. Estaba claro que todas aquellas premisas la convertían en la principal sospechosa de su muerte, pero el inspector no comentó nada, nada de nada, aunque quizá lo leyó todo en sus ojos.

—De postre tenemos un tiramisú para chuparse los dedos —dijo el camarero haciendo añicos los pensamientos de Margarita.

—¿Cómo?

—De postre tenemos...

—No, gracias, tráeme la cuenta, por favor.

Pero se puso en pie y cogió el bolso y el abrigo con la intención de pagar en la barra y salir cuanto antes del local. Una vez fuera encendió un cigarrillo con mano temblorosa y marcó en su teléfono móvil el número de Rovira.

Los agentes Terreros y García simulaban hablar entre ellos en una esquina de la calle Echegaray. Terreros también marcó un número mientras García abría la puerta del coche.

—Hola —dijo Terreros a su interlocutor—. Ha salido de comer ahora mismo de un restaurante italiano muy cercano a su domicilio, pensábamos que se iba a casa, pero se ha subido a un taxi.

—Seguidla, por favor.

—En ello estamos.

—Gracias. Llamadme cuando llegue a algún sitio. —Monfort cortó la comunicación cerrando la tapa de su teléfono móvil.

—Corral, lo siento, no tengo más remedio que apartarte del caso.

—Yo no le he dicho nada a la prensa, se lo juro, no puede hacerme esto, y menos ahora que me acaban de ascender.

—Lo sé, soy consciente, pero, créeme, tengo las manos atadas. Los familiares de Enrique Gálvez te han denunciado. Dicen que lo vejaste de tal manera que es posible que el accidente se deba a la presión que sufrió en el interrogatorio. El golpe en la cabeza te lo quieren atribuir a ti, dicen que le golpeaste con algún objeto o le propinaste un puñetazo.

—¡Eso es mentira, mentira, mentira! Yo no le hice nada, Terreros y García estaban allí, ellos pueden ayudarme.

—Primero deberías pedirles perdón, o es que ya no recuerdas el enfrentamiento...

Corral se hundió. Apoyó los brazos cruzados sobre la mesa y escondió su cabeza en ellos. Lloraba, balbuceaba palabras que Romerales no conseguía entender. Toda su rabia se había convertido en dolor y miedo.

—¿Qué me va a pasar? —le preguntó levantando momentáneamente la vista.

—Vendrá alguien de Asuntos Internos. Investigarán todo el proceso, y decidirán qué hacer contigo.

—¿Pueden expulsarme del cuerpo? —preguntó Corral verdaderamente aterrorizado.

—Pueden, por supuesto que pueden.

El subinspector entregó su arma reglamentaria y su placa a Romerales y salió de la comisaría, cabizbajo, sin saludar a nadie.

Los pensamientos se agolpaban de forma desordenada en su cabeza. Recordó todo lo que había sucedido desde que lo ascendieran aquella estupenda mañana en la que se sintió un héroe. Echaba de menos a su compañera de entonces, la recién ascendida inspectora Ana Forcada. Con ella todo iba mejor. La llamó por teléfono

pero no le contestó. En los últimos días la había llamado en un par de ocasiones, pero Ana se había dado cuenta de que se había encaprichado. No era amor, era deseo, pasión, sexo..., Corral lo tenía claro, pero no podía quitársela de la cabeza. Y ella no estaba por la labor, él era un hombre casado, con hijos, y un compañero de trabajo; ni por un instante hubiera pensado que él albergara alguna esperanza de llevársela a la cama. Le envió un mensaje y aguardó a que le contestara, pero no lo hizo. Se subió al coche y condujo sin saber adónde iba. Al llegar a la entrada de la autopista dudó por una décima de segundo la dirección que quería tomar.

El minúsculo haz de luz que entraba por la rendija de la puerta la despertó. Escuchó que giraba la cerradura y que el hombre se abría paso en la oscuridad detrás de la débil luz que proyectaba la linterna.

No había podido pensar mucho. Estaba muy débil por el cansancio y la falta de comida y sobre todo de agua. Intuyó que lo que él llevaba en las manos era un bidón de agua y una mochila. Tiró el agua sucia del cubo y vertió la del bidón. Con la mano enfundada en un recio guante le quitó la cinta que aprisionaba su boca mientras con la otra apretaba con dureza su garganta amenazándola sin palabras con matarla en cualquier momento. Le soltó las manos y ella notó que el riego sanguíneo corría a toda velocidad por su cuerpo para inundar sus muñecas malheridas. Se lavó la cara con desespero, frotándose los ojos y el cuello. Tomó un trago, y tras enjuagarse la boca escupió a un lado. Él le tendió algo parecido a un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Ella lo abrió hambrienta y empezó a devorarlo con ansia. Masticaba y pensaba, mordía y se devanaba los sesos maquinando de qué manera podía atacarlo. Él seguía quieto, de pie, inmóvil, con la linterna enfocando los ojos de ella para que no pudiera verlo. Una vez acabado el bocadillo bebió agua de una botellita usada. Era un hombre alto y fuerte al que aún no le había oído la voz. Notaba un olor a piel que con toda seguridad provenía de su ropa. Aquello le dio que pensar. No usaba colonia, la hubiera percibido. Cuando él no estaba olía a suciedad; cuando estaba, olía además a la piel de aquella prenda de vestir. Le vino una idea a la mente y la puso en marcha en una décima de segundo. Le pidió que se diera la vuelta, que tenía que hacer sus necesidades y que no podría si él estaba mirándola. El hombre dudó un instante, ella se dio cuenta porque movió la linterna nerviosamente; finalmente se giró enfocando al suelo. El lugar donde estaba ella quedó completamente a oscuras. Se agachó como si fuera a hacer sus necesidades en la palangana pero entonces la agarró y la levantó en absoluto silencio. Con un rápido movimiento le asestó un certero golpe en la cabeza y el hombre cayó de bruces al suelo. Se puso muy nerviosa, intuyó el cuerpo inerte tumbado en el suelo, boca abajo, con los brazos hacia delante. En una mano todavía tenía la linterna, pero se había apagado. Dudó un instante, le dio pequeños golpes con el pie para ver si reaccionaba, parecía que había perdido el sentido o, en el

mejor de los casos, había muerto. Volvió a darle un puntapié, ahora más fuerte, en uno de los costados, a la altura de las costillas. Le temblaban las manos, las piernas, el cuerpo entero se estremecía violentamente. Se precipitó corriendo hacia la puerta, palpó a oscuras en busca de la cerradura, accionó la manivela pero la puerta no se abrió, estaba cerrada con llave por dentro. Estuvo a punto de ponerse a gritar pero rápidamente pensó en que podría despertarlo y entonces la mataría. Las llaves debían de estar en algún bolsillo. Se acercó con sigilo, estaba muerta de miedo, la mandíbula se le movía sola y no respiraba con regularidad. Se arrodilló junto al cuerpo. Palpó un bolsillo del pantalón y no halló lo que buscaba; luego el otro. Tampoco. Las llaves podían estar en algún bolsillo pero también en algún lugar de aquel habitáculo. No veía nada, así que optó por arrancarle la linterna de la mano, encenderla y buscar con ella las llaves que debían devolverla al mundo. Asió con la mano derecha la pequeña linterna y tiró de ella con suavidad para no despertarlo, si es que no estaba muerto. No pudo hacerse con ella, los dedos del hombre agarraban con fuerza la linterna con forma de tubo. Volvió a tirar otra vez, ahora con más fuerza. Nada. Probó con la izquierda, y con la derecha trató de separar los dedos enfundados en el guante. Empezó a despegárselos muy despacio, uno a uno. Estaba muy nerviosa, le sudaban las manos y apenas podía respirar. Los guantes eran recios, de tela dura. Primero separó el dedo índice hasta que estuvo recto, tiró de la linterna pero esta no se movió lo más mínimo. Con cuidado, y envalentonada por lo que podía conseguir, retiró el dedo pulgar y la linterna empezó a moverse. Ya la tenía, ya era suya, un dedo más y encontraría las llaves que la devolverían a la vida. Comenzó a doblar el dedo corazón; despacio, despacio, se repetía. Siguió con la maniobra hasta que el dedo estuvo recto y por fin la linterna quedó libre en el suelo. La recogió y se levantó. Trató de encenderla accionando el botón, pero no se ponía en marcha. Le golpeó ligeramente contra la mano, pero no se encendía. La luz que tanto necesitaba para encontrar la llave se negaba a funcionar. Volvió a ponerse de rodillas para buscar en los pantalones, palpó en los bolsillos traseros y no halló nada, buscó en el interior de la cazadora pero tampoco había ningún juego de llaves. Entonces no pudo resistir la tentación de quitarle el pasamontañas para ver de quién se trataba, qué ser despiadado podía retenerla allí hasta verla morir. Trató de darle la vuelta agarrándolo por un costado, pero era demasiado pesado para ella. Tocó algo que sobresalía de la otra mano, tenía el puño cerrado pero algo sobresalía entre sus dedos. Era la llave, estaba segura. Ya era libre.

En la comisaría de la ronda de la Magdalena trabajaban a un ritmo frenético estudiando el más mínimo detalle que los pusiera en el camino correcto. A las órdenes del comisario Romerales y del inspector Monfort, el personal acataba las instrucciones de ambos, pese a que en algunas ocasiones parecían meras observaciones que no conducían a nada. Los agentes que trabajaban en la comisaría escuchaban con agotadora paciencia a los chalados que llamaban por teléfono dando falsas pistas de posibles sospechosos. En la calle, los agentes Terreros y García se turnaban con otros compañeros e investigaban el paradero de Luisa Oliveres. Hablaron con los vecinos, con las compañeras y compañeros de trabajo de la oficina de empleo. Indagaron entre los conocidos de Héctor Valiente, su familia de Badajoz, entre las personas, fueran rumanas o españolas, que tuvieron algún contacto con su exmujer. Hablaron con algunos familiares de Javier Serós, los cuales no tenían relación con Margarita Renau desde la separación. Los familiares de esta se mostraron fríos y distantes y no quisieron pronunciarse al respecto, argumentando que ya habían avisado a Margarita de que Serós era un mal tipo. Por lo visto, la afición de la víctima a las mujeres era sobradamente conocida por sus familiares directos o indirectos. Los agentes Terreros y García mantuvieron una larga conversación con Bernat, el hijo de la pareja, pero no sacaron en claro más de lo que ya sabían.

Tras la muerte de su padre, Bernat pasaba los días tratando de solucionar el papeleo legal e intentando que su madre no se viniera abajo, y sus días transcurrían entre Oropesa y la casa de su madre en Castellón. Parecía estar más enamorado de su barca que de su novia. Terreros y García hablaron con los vecinos del piso de la calle Pizarro, que coincidieron en que tanto su novia como él eran unas personas muy agradables a los que veían poco. Algunos ni siquiera los conocían de nada.

Se revisaron las grabaciones de las cámaras de seguridad instaladas cerca de la playa, pero la única que podía haber tomado imágenes de los hechos no funcionaba desde hacía meses; las otras estaban demasiado lejos y era poco probable que hubieran grabado nada que valiera la pena, pero aun así se visualizaron todas. En la calle Mealla no había ninguna cámara; se analizó la de un cajero de una entidad bancaria de la calle Colón, pero tampoco reflejó nada interesante.

Los forenses continuaban con su trabajo en estrecha colaboración con el Instituto Anatómico Forense de Zaragoza. Morata creía que no había mucho más que descubrir en aquellos cuerpos, su intuición y experiencia le decían que habían llegado al fondo de la cuestión, pero el empeño casi obsesivo que su joven ayudante ponía en la investigación animaron al doctor a seguir trabajando en ello. En algunas ocasiones creyó que Sonia se estaba involucrando más de lo necesario en aquel caso, apenas salía de la sala más que para comer alguna cosa y enseguida regresaba. Era la primera en llegar por la mañana y la última en marcharse, y cuando su teléfono móvil

anunciaba una llamada o un mensaje, consultaba la identidad de la persona y colgaba inmediatamente sin contestar. Morata creyó que lo mejor sería hablar con ella, preguntarle si le ocurría algo o si podía ayudarla en alguna cuestión, pero era tan hermética y hablaba tan poco...

Enrique Gálvez estaba ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital La Fe de Valencia. Una madeja de tubos y cables surcaban su torso para acabar desembocando en pantallas y aparatos electrónicos. Una gran mascarilla le cubría el rostro y un tubo de plástico le insuflaba la vida en forma de oxígeno que parecía que el paciente rechazaba. Dos médicos y una enfermera conversaban a los pies de la cama. Sus ojos, lo único que se veía de las caras cubiertas con mascarillas, no albergaban alegría alguna. Uno de los doctores no hacía más que rascarse el pelo por encima del gorrito de color verde.

Fuera, en el pasillo, la esposa de Enrique Gálvez y dos familiares más esperaban a que llegara el próximo turno de visitas. Apenas diez minutos en los que se les permitía entrar de uno en uno en la sala en la que el enfermo se debatía entre la vida y la muerte.

La mujer de Gálvez no dejaba de llorar, agarrando con fuerza un pañuelo arrugado contra el pecho, con el rostro compungido y unas grandes ojeras por la falta de sueño. En sus ojos se leía una sombra de culpabilidad. Creía que el accidente había sido por su culpa, por abocarlo a aquel tipo de vida, siempre en el coche de Castellón a Valencia y viceversa. No necesitaban el aumento de sueldo que le prometieron tras el traslado, no era necesario, pero ella le dijo que sí, que les hacía falta, y aunque él sabía de sobra que no era cierto le hizo caso, como siempre; lo tenía en un puño, hacía lo que ella decía y punto. Pensaba en todas las cosas que le había negado mientras eran jóvenes, incluso los hijos, por cuidar de su madre en un acto completamente egoísta; y ahora, viéndolo de aquella manera tras los gruesos cristales, sorteando a la muerte, se arrepentía de la vida que le había dado, de la vida que le había hecho vivir a él, y que de rebote también le había pasado factura a ella. Pero ya era tarde, demasiado tarde. Enrique se moría y ella se sentía culpable y no podía ni quería remediarlo.

El doctor se acercó a la esposa de Gálvez y se quitó la mascarilla y el gorrito de color verde. A ella se le encogía el alma.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para que no entre en coma, pero las lesiones son muy graves —dijo el médico, que medía al menos cuarenta centímetros más que ella.

—¿Se va a morir? —preguntó temiendo más la pregunta que la misma respuesta.

El doctor expulsó el aire contenido y alzó las cejas.

—La verdad es que no podemos saberlo. Pueden pasar algunas cosas...

—¿Cuáles? Dígamelas, por favor. —Se acercó tanto a él que prácticamente lo

rozaba.

—Puede reaccionar positivamente a los medicamentos, que sin duda es lo que esperamos, pero también puede entrar en un coma irreversible del cual...

—Continúe, se lo ruego...

—Puede que se despierte y puede que no, y si se despierta cabe la posibilidad de que ciertas zonas del cerebro hayan quedado dañadas para siempre.

La esposa de Gálvez lanzó un grito sordo y cayó de rodillas a los pies del doctor, este se apresuró a levantarla, y uno de los familiares presentes acudió al instante para ayudarle y acompañarla hasta una silla.

El médico, con cara de circunstancias por el mal trago que estaba haciendo pasar a la familia, intentó insuflar una pizca de esperanza.

—Deben ustedes hablar con él, animarlo, no deben llorar en su presencia; lo entiende todo. Recuerden esto, por favor, háblenle, anímenle a seguir viviendo, ayúdenlo a luchar. Depende mucho de él. Si él quiere vivir, tenemos bastante ganado.

Aquellas palabras, en vez de reconfortar a la esposa de Gálvez, le produjeron el efecto contrario y rompió a llorar desconsolada, temiendo seriamente que su marido no quisiera volver a la vida para vivirla como lo había hecho en los últimos años.

Poniéndose la mascarilla y el gorrito de color verde, el médico volvió de nuevo a su unidad.

Los familiares de la mujer la abrazaron para consolarla, pero ella se secó las lágrimas, endureció el gesto y se recompuso el pelo y la ropa. Entró en la antesala de la unidad y una enfermera le entregó una bata de las que se anudan a la espalda, una mascarilla y unas fundas para los pies que se calzó encima de los zapatos.

Olía a medicamentos y el silencio sólo se rompía con el sonido que aquellos aparatos emitían cada segundo. Una batería de monitores en los que las líneas oscilaban, subían, bajaban, se encendían y apagaban, era la única señal de vida del paciente. Se acercó a la cama, y armada de valor le tomó la mano y la acarició con ternura. Acarició sus dedos nervudos, las uñas bien cortadas, la muñeca huesuda, el brazo fibroso, se acercó y le dio un beso en una pequeña porción de la mejilla que la mascarilla dejaba libre. Los párpados le temblaban cada dos segundos como con pequeñas descargas eléctricas. Las máquinas zumbaban y el tubo que le proporcionaba oxígeno silbaba como una maldita serpiente que huye. Le pasó la mano por el pelo y no pudo recordar el tiempo que hacía que no había mostrado un poco de ternura con aquel hombre que era su marido, con aquel hombre al que le había negado tantas cosas. Acercó la boca a su oído y le susurró un «te quiero» que a ella le sonó lejano y hueco, desconocido. Pero era real, quizá demasiado tarde, sí, pero real como la vida que se le estaba escapando sin poder remediarlo.

—Te quiero, Enrique... Te quiero... Te quiero... —Intentó que no sonara mal, que sonara a hogar, que oliera a leña y a cocina casera, pero no estaba segura de estar consiguiéndolo—. Tienes que luchar, tienes que luchar por ti y también por mí, por nosotros, por todo lo que no hemos sido pero aún estamos a tiempo de ser. —Le

temblaba la voz.

Acercó de nuevo sus labios hasta la mejilla y entonces observó algo parecido a un parpadeo. La respiración cambió de repente, como si necesitara más oxígeno del que aquel aparato le estaba proporcionando. Ella empezó a tocarle la cara, el pelo, las manos... Pensó en llamar a una enfermera pero no quería moverse de su lado. Enrique Gálvez abrió los ojos un instante y ladeando la cabeza miró a su esposa de una manera que ella no conocía. Lentamente movió un brazo y dirigió su mano a la mascarilla. La separó de la cara tirando de ella hacia arriba, apoyándola en su frente. Movía los labios reseco pero de su boca no salía sonido alguno. Ella llamó la atención de una enfermera que se encontraba cerca, agitando la mano para alertarla pero intentando no hacer ruido. Acercó el oído a su boca y Gálvez balbuceó palabras que le parecieron extrañas y sin sentido.

—No se lo dije al policía..., no se lo dije... Serós me dijo..., me dijo... Serós me dijo que..., que estaban en peligro. Luisa y él estaban en peligr...

De repente, todos los aparatos conectados a su cuerpo empezaron a emitir sonidos agudos, señales de alarma. El personal sanitario comenzó a correr. Una enfermera salió disparada hacia un médico que hablaba con un paciente. La apartaron de un empujón y desconectaron los cables del cuerpo de su marido. Dos celadores jóvenes y fuertes arrastraron la cama por la sala hasta introducirla en un ascensor. En apenas diez segundos, Enrique Gálvez desapareció de la unidad y ella quedó allí, sola, en el mismo espacio que momentos antes ocupaba la cama. Las piernas le fallaban, su corazón cabalgaba frenético como si fuera a salirse del pecho. Un pánico horroroso se había adueñado de todo su ser. Una enfermera se acercó para decirle algo, pero ella no oyó nada en un principio, luego sí, luego le escuchó decir que su marido había entrado en coma.

Monfort se sentía encerrado entre las cuatro paredes de su habitación. Bajó al restaurante Eleazar, justo enfrente del hotel. No tenía hambre pero se obligó a comer alguna cosa. Cenó un bocadillo acompañado de una cerveza. El bocadillo era bueno, de jamón de Teruel, con el pan untado con tomate y un buen chorro de aceite de oliva. El camarero le animó a tomar una segunda cerveza cuando se terminó la primera, pero Monfort rechazó la propuesta. Tenía la cabeza en otro sitio. Revisaba una y otra vez su charla con Juan Armendáriz. La clave podía estar escondida en aquella conversación. «Un imitador», le dijo el excusa. «Un imitador», y aquellas palabras le golpeaban las sienes una y otra vez como un clavo que quisiera entrar en su cerebro para darle una información que no lograba descifrar. Cuando se quitaba aquello de la cabeza le venía al instante la certeza de que algo pasaba con Luisa Oliveres, pero también tenía la sospecha de que su compañera, la agente Silvia Redó, no podía estar tanto tiempo sin dar noticias. La gente no desaparece así como así, tantos días. Luisa Oliveres, Silvia Redó... Algo ocurría y no sabía cómo localizarlas.

Envió un mensaje de texto a los agentes Terreros y García. Un minuto después sonaba el aviso de mensaje entrante: «Igual, ni rastro, nadie sabe decirnos nada de Luisa Oliveres. Algunos conocidos creen que debe de haberse ido de vacaciones con un nuevo novio». Pulsó el botón para apagar la pantalla. «Ni rastro», «de vacaciones», «un nuevo novio». Servía para las dos, las mismas circunstancias para dos mujeres que no tenían nada que ver la una con la otra. «Ni rastro», «de vacaciones», «un nuevo novio».

—¿Le apetece un café? —preguntó el camarero al ver el trozo de bocadillo que se había dejado.

—No, gracias, cóbrame, por favor.

Salió a la calle y antes de entrar de nuevo en el hotel se encendió un cigarrillo. Había dejado de llover y parecía que aquella noche la caprichosa *Cecilia* iba a otorgar una tregua a la población de aquella pequeña ciudad en la que aparentemente nunca pasaba nada, pero que en realidad escondía en aquellos días unos cuantos misterios, más de los que un inspector cansado podía discernir. Apagó la colilla en un cenicero y cambió el peso de un pie a otro, pensativo. Lo mejor era subir a la habitación y, aunque no lograra conciliar el sueño, al menos podría poner en orden aquel montón de incertidumbres que llamaban a la puerta de su cerebro. Sin embargo, envió un nuevo mensaje de texto al agente Terreros: «¿A qué bares solía ir Héctor Valiente?».

La respuesta no se hizo esperar. Le dio varias opciones, casi todas poco recomendables, unas referentes al juego y las otras a la prostitución. Optó por las primeras. Sacó el coche del garaje del hotel prometiéndole que no bebería y se encaminó hacia un bar que frecuentaba Valiente y donde según Terreros se apostaba fuerte a las cartas.

Llegar al Grao, el distrito marítimo de la ciudad, le costó algo menos de veinte minutos. Encontró la dirección enseguida. La céntrica avenida de San Pedro cruzaba el barrio horizontalmente, entre las dos anchas avenidas que llevaban hasta el centro de la ciudad. Era una calle ancha, dividida en dos partes por un parterre de hierba y palmeras mal cuidadas que crecían a su libre albedrío, compitiendo con toda suerte de hierbajos y basura que la gente tiraba sin ningún pudor. Los bares estaban abiertos y, pese a la considerable humedad ambiental, los clientes bebían cerveza y fumaban en las puertas de los locales, apoyados en los coches o en las fachadas de las casas contiguas. Aparcó el coche cuando hubo divisado el bar que buscaba. Al salir del vehículo, un bofetón de aire viciado de calamares y otras fritangas le impregnó la ropa y el pelo. Caminó haciéndose el despistado en dirección al bar. Sábado por la noche. No había mucha gente joven, sí parejas mayores, no demasiado bien vestidos, algunas personas de etnia gitana. Unos niños daban pelotazos contra la pared de una casa vieja. Alguien le dijo una vez que la mayoría de los barrios marítimos de las ciudades son el reducto perfecto para la mala vida. Antes de llegar al bar al que se dirigía, decidió entrar en uno de aquellos en los que la gente bebía en la calle. Se acercó a la barra, olía a mil demonios. Pidió una cerveza.

—¿Barril o tercio? —preguntó un hombre que parecía anclado al suelo de detrás de la barra, dada su exagerada obesidad.

—Tercio —concluyó Monfort, imaginándose la suciedad de los vasos.

Alcanzó la botella, la pagó y salió a la calle. Apoyó la bebida encima de un barril colocado en la puerta para tal menester. Encendió un cigarrillo. Un hombre de aspecto poco recomendable, mal vestido, extremadamente delgado y al que se le veían todas las venas del cuello, se puso cerca de él. Llevaba tatuados en los brazos los símbolos de la Legión y algunos corazones inacabados con nombres de mujer apenas legibles. En vez de obras de arte sobre la piel, parecían el resultado de un mal viaje de drogas y alcohol. Hacía frío pero iba remangado, seguramente para enseñar los tatuajes y mostrar con ellos que alguna vez fue fuerte y valiente. O al menos eso creería él. Los niños que chutaban contra la pared entraron en el bar con un griterío difícil de soportar. Alguien les dio bolsas de patatas fritas y latas de coca-cola. Les caían los churretes de sudor desde las orejas hasta la base del cuello. Iban sucios y algunos llevaban pantalones varias tallas más grandes. Uno de ellos llevaba una camiseta enorme de manga corta en la que se podía leer en letras borrosas «demasiada cerveza». Le echó diez años, doce a lo sumo. De cada tres palabras que salían de sus bocas una era indigna en niños de su edad. Una mujer teñida de rubio, de edad imprecisa pero que no estaría por debajo de los cuarenta años, con los labios mal pintados y los ojos embadurnados de rímel, entró en el bar como alma que lleva el diablo. Se encaró con el hombre de la barra para reprocharle alguna cosa. Este negó ostentadamente y le hizo un gesto para que saliera de su bar. La mujer empezó a gritarle obscenidades. El hombre estaba impasible, le daba totalmente igual lo que le dijera. Finalmente sacó una cerveza y se la tendió a la mujer. Ella dio un trago largo y pareció calmarse. Encendió un cigarrillo que fumó con desesperación. Nadie le dijo nada pese a la prohibición de fumar.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad?

El que preguntaba era el de los tatuajes. En su mano sostenía una copa que contenía algo parecido al coñac.

—No, no soy de aquí.

Los niños se fueron corriendo como si los estuvieran esperando urgentemente en algún otro lugar.

—He venido a jugar una partida —dijo Monfort en voz baja, sin más preámbulos, por si el hombre sabía algo y se le soltaba la lengua.

—¿Una partida? ¿Dónde? ¿Ahí? —Señaló hacia atrás con el pulgar por encima de su hombro huesudo.

—Sí, qué pasa... —Monfort se hizo el duro; le sacaba al menos dos palmos y medio de altura y otros tantos de anchura. El tono adusto dio resultado.

—Nada, no pasa nada. —El hombre levantó los brazos en señal de paz.

—Tenía un amigo que venía a jugar aquí. —El inspector lanzó el anzuelo.

—¿Un amigo? —preguntó el otro mirándolo de arriba abajo a la vez que daba un

trago de su copa—. ¿Qué amigo?

—¿Conoces el sitio?

—Como el pasillo de mi casa —contestó el hombre entrando en el tema por fin.

—¿Podré jugar?

—Si tiene dinero, sí.

El de los tatuajes bajó el tono de voz, no hacía más que mirar a derecha e izquierda, invadido, seguramente, por una especie de psicosis.

—Y... su amigo, ¿también va a venir a jugar?

—No puede —contestó Monfort mirando una de las mangas de su gabardina.

—¿Y eso? —El hombre se recolocó la entrepierna con la mano.

—Está muerto —concluyó aplastando la colilla del cigarrillo con la suela del zapato.

—¡Coño! —El tipo dio dos pasos hacia atrás y se puso en guardia.

—No te muevas —le advirtió Monfort sin hacer aspavientos.

—¿Quién lo dice?

El hombre estaba dispuesto a salir corriendo en cualquier momento. Monfort se metió la mano en el bolsillo interior de su gabardina y le mostró un trozo de la placa sin que nadie de los que había a su alrededor se percatara de ello. Al tatuado le cambió la cara y derramó parte de la copa: al darse cuenta se echó el resto al coleteo, se lo bebió de un solo trago y dejó la copa vacía sobre el barril.

—Yo no sé nada —advirtió con los ojos abiertos de par en par.

—Bueno, a lo mejor sí sabes algo —repuso Monfort—. El muerto se llamaba Héctor, Héctor Valiente.

—No sé quién es —contestó, pero sus ojos chispearon una décima de segundo y lo delataron.

—Sí, sí sabes quién es, no me vengas con cuentos. —Dio un paso hacia él.

—De verdad que no, yo no voy a jugar ahí nunca, se lo juro.

—No mientas, y no jures, que irás al infierno. Sé que estás aquí para acompañar a los ricachones que vienen a jugarse la pasta que tú no tienes, a cambio de un buen pellizco, claro.

—No puede demostrarlo.

—Cierto, pero puedo hacer que me acompañes y convenzas a un poli chungo en un cuarto de interrogatorios.

El hombre masculló algunas palabras. Se bajó las mangas y los horribles tatuajes desaparecieron de la vista.

—¿Quieres otra? —preguntó Monfort, invitándolo de aquella manera a conversar.

El hombre levantó la copa vacía en dirección al camarero y al instante este salió y se la rellenó de coñac barato.

—Y a usted, ¿le pongo algo? —dijo el camarero apuntando a Monfort con la botella, a la que acababa de enroscarle el tapón.

—Nada, gracias, estoy bien.

La oronda figura se dio la vuelta, entró de nuevo en el local, se colocó detrás de la minúscula barra y siguió discutiendo con la mujer teñida.

—Bueno, no me hagas perder más el tiempo —dijo el inspector con determinación—. O me dices lo que sabes de Héctor Valiente o te vienes conmigo a la comisaría.

Bastaron poco más de cuatro segundos para que hablara.

—Él no venía a jugar. Le hacía falta la pasta para sus movidas, pero no venía a jugar.

—¿Ah, no?

—No.

—Y entonces..., ¿a qué demonios venía?

—Nada, se acabó, que no venía a jugar y punto. —Se hacía el bravucón, pero le temblaban las piernas de tal manera que tuvo que apoyarse en la pared para no perder el equilibrio.

Monfort avanzó un poco más y se plantó a escasos centímetros de él, mirándolo como si fuera una cosa pequeña e insignificante.

—El punto lo pondré yo cuando quiera. Ahora vas a acompañarme y te presentaré a un colega mucho menos agradable que yo.

—Un momento, un momento. —Se separó de la pared en la que estaba apoyado, abrió ligeramente las piernas en actitud defensiva y hundió las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Qué más quiere de mí?

—Que me digas lo que hacía Héctor Valiente en esas partidas clandestinas.

—Sólo venía de acompañante —contestó en un susurro.

—¿Como tú? ¿Traía clientes con pasta hasta el local a cambio de dinero?

—Sí —afirmó con voz trémula.

—Ahora está muerto, se te acabó la competencia. Estarás contento...

—¿No pensará que yo...?

—Dime a quién acompañaba y quizá no me dé por pensar.

—A gente importante.

—Quiero nombres.

—No lo sé, no me acuerdo.

—Venga, vente conmigo, a ver si se te refresca la memoria.

—No voy a ir a ninguna parte, no me puede detener, no he hecho nada. —Intentó imprimir valor a sus palabras.

—Bueno, como quieras —dijo Monfort sacándose del bolsillo el teléfono móvil para marcar un número—. Llamaré para que vengan a buscarte de manera oficial.

El hombre escupió a un lado.

—¡Me cago en mi puta calavera! Ricachos, peces gordos... ¡Yo qué coño sé! Se buscaba la vida, igual que todos. Traemos hasta aquí a gente con pasta para que apuesten. Es lo que ellos quieren. Primero ganan, pero luego acaban perdiendo... y vienen una vez y otra vez, porque el rollo los engancha. ¡No me toque más los

cojones!

—¿A quién traía últimamente? —preguntó Monfort sin dejarse impresionar.

—¡Joder con las preguntitas! ¿Me puedo ir ya?

—Contéstame y te vas. —El inspector estaba llegando al límite, en cualquier momento podía ocurrir algo y el hombre se largaría. Lo acorraló contra la pared.

—Un abogado, acompañaba a un abogado.

—Su nombre. Quiero su nombre. —Estaba a punto de agarrarlo por el cuello.

—No lo sé, no lo sé... —El hombre trató de zafarse pero el cuerpo del inspector era demasiado grande para él.

Monfort se puso el teléfono en la oreja después de darle a la tecla de llamada.

—Rovira, creo que se llama Rovira —lanzó las palabras como si fueran un suspiro.

Monfort cerró la tapa del teléfono con gesto grandilocuente.

—¿De verdad que Héctor está muerto? —preguntó aún, algo más relajado después de su confesión.

—No lees mucho los periódicos, ¿verdad?

—No —contestó mirando, una vez más, a un lado y otro de la calle.

El inspector empezó a caminar en dirección al Volvo, pero cuando hubo dado un par de pasos se volvió para decirle:

—Ten cuidado con quién te juntas, o te puede pasar lo mismo.

De camino a Castellón, la recta que unía el Grao con la ciudad presentaba un tráfico intenso. La mayoría eran jóvenes que se dirigían a los locales de ocio o los restaurantes de comida rápida que se alineaban en los escasos cinco kilómetros que separaban el barrio marítimo de la capital, a través de la avenida del Mar. Condujo despacio pensando en lo que acababa de contarle aquel tipo. Miró al cielo y por primera vez en muchos días pudo ver más estrellas que nubes. El viento había aminorado notablemente y no fue necesario poner la calefacción del coche. *Cecilia* se estaba relajando. Más estrellas que nubes..., por fin algo de claridad, pensó, más en la confesión del tatuado que en otra cosa.

En la radio sonaba «Everybody's talkin'» de Harry Nilson. Subió el volumen; era una canción ideal para una *road movie*. Canturreó el estribillo entre rotonda y rotonda. Quizá había dado con el agujero de la madriguera donde se escondían los cobardes.

Aquella noche, en la habitación del hotel, Monfort dio cuenta de una botella de buen vino comprada, a un precio desorbitado, en una tienda veinticuatro horas. Puso el móvil a cargar, miró la pantalla, revisó los mensajes por si Silvia Redó había contestado. Nada, ninguna noticia, ninguna llamada. Optó por desconectarlo y aislarse entre las cuatro paredes de la habitación. Tenía el bocado en los pies y sintió un poco de hambre. Acabó con un par de bolsitas de almendras saladas que había en el minibar. Apuró la botella de vino y fumó sentado en la butaca, frente al ventanal que daba a la fachada rojiza del teatro. Debía dormir, descansar, pero sabía

que tendría otra de sus habituales pesadillas. Siempre lo mismo: un conductor a gran velocidad por una autopista. Una mujer que se dirige a casa de sus padres. Una apuesta macabra sobre quién es capaz de conducir más kilómetros en dirección contraria. Mucho dinero en juego. La ruleta rusa: dinero, alcohol, cocaína, gasolina... La mujer no puede ver bien la carretera porque unas luces la ciegan por completo; aminora la velocidad, pero no puede esquivar el choque. Tres, dos, uno, cero... Una explosión, llamas y luego nada más, nada, nada.

Domíngo 30 de noviembre

(Noveno día)

19

—Hola, hijo, buenos días.

Margarita Renau sostenía en la misma mano un vaso de zumo de naranja y un cigarrillo. En la otra, el teléfono inalámbrico.

—Por favor, ven a comer conmigo. Hace un día estupendo y no quiero estar sola.

Bernat se revolvía en la cama con el auricular pegado a la oreja.

—¿No puede hacerlo tu querido abogado? —le preguntó con la voz pastosa del que se acaba de despertar.

—Necesito hablar contigo. —Margarita no le siguió el juego.

—¿Te pasa algo?

—Fui a ver a ese otro policía —contestó con tono inseguro.

—¿Qué policía? —preguntó Bernat, pero ya sabía la respuesta—. ¿El listo?

—Llámallo como quieras. Fue a casa de Joaquín, a La Coma.

—¿Y hablaste con él?

—No, Joaquín no quiso que dijera nada en su casa. Me recomendó que no saliera, que él lo despacharía con excusas. Le mintió, le dijo que no estaba.

—Y el poli no se lo tragó —concluyó Bernat mientras se ponía en pie camino del cuarto de baño.

—Mi abrigo estaba colgado de la percha y Joaquín no cayó en la cuenta hasta que el policía se hubo marchado.

—¿Y el otro poli? El que te mira el culo... —ironizó su hijo.

—Bernat, por favor, no estoy para bromas. Este policía no es como el otro; no se le escapa nada. Yo creo que sospecha.

—¿De ti? —le preguntó sorprendido.

—Sí, de mí, pero ven a comer y te cuento con más detalle la visita que le hice en el hotel.

—¡Guau!, en el hotel... Mmmm... ¿En su habitación?

—Lávate esa sucia lengua y ven a casa enseguida —le ordenó su madre, y colgó.

La ceniza se había caído al suelo y se percató de que le temblaba la mano. Todavía no se había vestido. Llevaba un provocativo camisón y una fina bata sin abrochar.

Monfort se despertó tarde para lo que estaba acostumbrado. Miró la hora en el reloj de pulsera, que hacía días que no se ponía y que descansaba en la mesilla. Las diez de

la mañana. Algo parecido a un rayo de sol amenazaba con colarse por encima y por debajo de la gruesa cortina que cubría el ventanal. Llamó a recepción y pidió que le subieran el desayuno. Café, tostadas, un cruasán y un vaso grande de zumo de naranja. ¡Qué narices!, pensó, es domingo. Al ponerse en pie notó un dolor de cabeza que ya le resultaba demasiado familiar. Vio la botella vacía en el suelo junto a la ventana y el cenicero lleno de colillas pestilentes. Se desperezó con algunos sencillos estiramientos, casi como si fuera un anciano. Corrió la cortina y dejó que la luz invadiera todos los recovecos de la habitación. Hacía buen día. Había alguna nube de color gris rondando por el cielo de la ciudad, pero desde que había llegado era el día en el que el sol brillaba con mayor intensidad. Cogió un comprimido de paracetamol en la mesilla y se lo tragó con un sorbo de agua de una botella. Puso en marcha la televisión y fue cambiando de canal hasta que encontró uno de noticias, pero lo dejó sin volumen. El meteorólogo informaba del tiempo en el continente americano. Llamaron a la puerta. Abrió y un joven entró con el desayuno. Lo dejó encima de la mesa que hacía las veces de escritorio y salió rápidamente de la habitación sin que a Monfort le diera tiempo a buscar algo para darle propina. «Te debo una», murmuró cuando el joven ya cerraba la puerta. Sin tocar el desayuno se fue rápidamente a la ducha.

Tras desayunar encendió un cigarrillo y abrió una de las ventanas para que se fuese el humo. De repente, en el televisor, apareció el comisario Romerales. Era el canal de noticias 24 horas de TVE. Una chica morena que le sacaba un palmo entrevistaba al jefe de la Policía de Castellón. Monfort se abalanzó hacia el mando a distancia que estaba encima de la cama y quiso subir el volumen, pero torpemente pulsaba distintos botones que no eran los adecuados. Cuando por fin lo consiguió, la corresponsal en Castellón había devuelto la conexión a los estudios centrales en Madrid. La conocida presentadora Ana Blanco, aquella que se hizo un hueco en el hogar de todos los españoles cuando retransmitió en directo el ataque terrorista contra las Torres Gemelas de Nueva York, cerraba la noticia con palabras esperanzadoras: «Y tal como ha comentado el comisario del Cuerpo Nacional de Policía de Castellón a nuestra corresponsal en la Comunidad Valenciana, Elena Ruiz, en las últimas horas se ha estrechado el cerco a los responsables de las muertes. El juez encargado del caso ha declarado el secreto de sumario, por lo que no ofrecerá otra rueda de prensa hasta nueva orden».

Monfort apagó la colilla en el cenicero cuando Ana Blanco cambió radicalmente de asunto y empezó a informar acerca de unos devastadores incendios al norte de la ciudad australiana de Sídney.

Puso en marcha el teléfono y un pitido anunció la entrada de un mensaje de texto. Era Romerales: «Han venido los de TVE. No creo que lo hayas visto. Sólo he hablado yo. Les he dicho que estamos cerca de resolver los casos. Siguen sin trascender los detalles».

Monfort sonrió y le devolvió el mensaje tecleando deprisa en su teléfono móvil:

«Lo he visto. Eres un cachondo. No das mal en la tele. ¿Vas a invitar a comer a la corresponsal? Conozco un lugar, ¿qué me dices?».

—¿Yesas ojeras? —preguntó Margarita Renau a su hijo en el momento en que cruzaba el umbral de la puerta del piso de la plaza Huerto Sogueros—. ¿No has dormido?

—Estoy bien, mamá —contestó este intentando zanjar el tema.

—Sabes que puedes venir a dormir aquí...

—Gracias, mamá, lo tendré en cuenta.

Bernat llevaba la misma ropa que el día anterior. No se había afeitado y el olor que desprendía no era precisamente de colonia cara.

—He pedido comida china, ¿te apetece? —dijo ella con el tono más natural del que fue capaz.

—Sí, claro, perfecto —contestó él con aire taciturno dejándose caer en uno de los sofás del salón.

Llamaron al timbre. Margarita contestó al interfono y accionó el botón que abría la puerta de la entrada.

—Ya está aquí. He pedido rollitos de primavera, wanton frito con salsa de tamarindo, arroz tres delicias y dos raciones de ese pollo al limón que tanto te gusta.

—¿Me ves hambriento? —Bernat se había puesto en pie para sacar la cartera.

—Guarda eso, hijo, ni se te ocurra.

Sonó el timbre y la mujer abrió al repartidor. En cuestión de segundos, el vestíbulo se impregnó de los penetrantes aromas de la comida asiática. Pagó al muchacho y le dio un par de euros de propina. Justo cuando se disponía a cerrar, la alta figura de un hombre se lo impidió poniendo la mano en el quicio.

—¿Inspector?! —La mujer se sobresaltó al ver a Monfort en la puerta de su casa.

—Perdone que me haya presentado así, sin avisar. ¿Interrumpo algo importante?

—Bueno, íbamos a comer, ya lo ve...

—Sí, lo huelo, mejor dicho. Comida china. Conozco un restaurante por aquí cerca, en la plaza del Real, es magnífico, si no lo conoce debería ir. Y si lo hace, dígales que va de mi parte.

—¿Con quién hablas, mamá? —La voz de Bernat llegó hasta el vestíbulo con fuerza.

Monfort aprovechó la incertidumbre de Margarita y en dos pasos se coló en la entrada del salón, donde estaba Bernat.

—Es el inspector... —se dispuso a decir Margarita sin atinar a acabar la frase.

—Monfort, inspector Monfort. No creía que fuera a olvidarse de mi nombre tan pronto —repuso tendiendo la mano a un asombrado Bernat.

—Disculpe —fue lo único que se le ocurrió decir a ella.

—No pasa nada, era una broma, no hace falta que recuerde los nombres de todos los hombres. —La puya cayó como un jarro de agua fría en los oídos de Bernat y Monfort se dio cuenta enseguida.

—Pase, si quiere. —Margarita intentaba mostrarse agradable pese al comentario envenenado.

—No me quedaré mucho tiempo. He de hacer una visita a alguien más.

—¿También trabajan los domingos? —preguntó el hijo con el gesto endurecido—. ¿No le espera nadie para comer?

—No, no me espera nadie —concluyó el comisario mirándolo a los ojos.

—No sé hasta qué punto debe de ser legal presentarse así en una casa en día festivo —apuntó Bernat con cierto sarcasmo.

—Puede que mi visita no sea del todo oficial —dejó caer Monfort.

—Ah, ¿no? Y entonces, ¿a qué ha venido?

—A decirle una cosa a tu madre.

Margarita se estaba poniendo nerviosa y no sabía cómo intervenir en aquella situación que se ponía tensa por momentos.

Bernat era casi tan alto como el inspector. Los dos estaban frente a frente en mitad del luminoso salón. Monfort decidió suavizar el ambiente. Probó suerte y la obtuvo:

—Me han dicho que eres biólogo, que trabajas en el mar, en las islas Columbretes.

—Ya veo que están bien informados. —Los músculos de Bernat parecieron relajarse—. Desgraciadamente no es un trabajo fijo. Una empresa holandesa analiza el fondo marino de las islas. Trabajamos con especies raras difíciles de encontrar en el Mediterráneo, pero que se reproducen bien en ese hábitat.

—¿Y qué tal pagan? —preguntó Monfort, y a continuación intentó que no sonara a simple curiosidad—: Lo digo más que nada porque si ganas un buen dinero haciendo lo que te gusta, debe de ser la bomba.

—Sí, no me puedo quejar, no está mal pagado y es lo que más me gusta hacer.

—Bernat es un experto en esos temas —intervino Margarita dando un gran suspiro al ver que las aguas se calmaban—. Obtuvo buenas calificaciones cuando estudiaba. Su nombre aparece en algunas publicaciones especializadas. Estoy muy orgullosa de él.

—Y... —El inspector dirigió de nuevo la vista hacia Bernat—. Perdona la indiscreción, ¿tu padre también estaba orgulloso de ello?

Bernat cambió el peso de un pie a otro y clavó los ojos en el suelo. Monfort observó que una vena de su cuello palpitaba.

—Hijo... —dijo Margarita sin que le salieran más palabras.

—Déjalo, mamá. —A continuación se dirigió al inspector—: Mi padre echó su vida a perder. Lo tenía todo, una esposa, un hijo, una familia, y un buen trabajo, dinero, esta casa... Y lo tiró todo a la basura por culpa de los asuntos en los que andaba metido. Nos humillaba con sus mentiras. Cuando se dignaba venir a casa nos hacía pagar el precio de sus continuos desengaños. Mi madre..., mi madre..., que sólo tenía ojos para él, que aguantaba aquel olor a perfume barato, las manchas de

carmin en las camisas... —En aquel punto, Monfort vio de reojo que Margarita rompía a llorar silenciosamente—. Me envió a estudiar fuera para que estuviese lejos y no intercediera en su promiscua vida. Yo, al menos, saqué provecho de ello, pero la que pagaba el pato aquí era mi madre; no me quiero imaginar por lo que ha pasado. Y es horrible lo que le ha sucedido pero...

—Nadie merece una muerte así, te lo aseguro —terció Monfort, interrumpiendo lo que le pareció una magnífica interpretación.

Bernat no hizo caso del comentario y no contestó nada. Se acercó a su madre y la abrazó. Margarita no podía dejar de llorar y parecía compungida.

—Siento haberlos molestado, ya me marchó, les dejo que coman tranquilos. —Se dirigió a la puerta de entrada.

—Ya se nos ha quitado el hambre —repuso Bernat—. Si quiere puede llevársela.

—Lo siento —se disculpó cuando ya giraba el pomo de la puerta.

Margarita se secó las lágrimas y se recompuso el pelo.

—¿Qué era lo que había venido a decirme? —le preguntó en el rellano de la escalera.

—Bueno, quizá no sea el momento —dijo él volviéndose.

—No se preocupe, ya ve que mi vida tampoco ha sido siempre el camino de rosas que la gente cree, estoy curada de espanto.

—¿Conocía usted a Héctor Valiente?

—¿El otro hombre que ha muerto? —Las lágrimas se habían esfumado.

—El mismo.

—No, de nada, nunca antes había oído su nombre —aseguró tajante.

—Pues parece que su amigo, el abogado Rovira, lo conocía bien. Pregúntele al respecto la próxima vez que lo vea. Y dele recuerdos de mi parte.

Margarita se quedó estupefacta. Se tuvo que apoyar en el quicio de la puerta, mientras Monfort ya bajaba por la escalera. Bernat lo había oído todo.

Pese a que era domingo, Sonia Trencó había ido temprano al Instituto de Medicina Legal de Castellón. Ella e Israel habían salido por la noche a cenar y a tomar unas copas. Estuvo distraída y se dio cuenta de que Israel se había percatado de ello. Habían quedado con unos amigos. Su amiga Laura le hablaba de las sensaciones que estaba experimentando desde que se había quedado embarazada. Raúl, su pareja, se entretuvo contándole a Israel lo inquieta que estaba por las noches y lo poco que le dejaba dormir. Al oído, como haciendo una gracia, le dijo: «Y de lo otro... nada de nada». Sonia e Israel cruzaron alguna mirada, pero no apareció aquella chispa que hacía que se entendieran con sólo mirarse. Esa vez fueron miradas mudas. La velada acabó cerca de las dos de la mañana, después de que Laura no hubiera bebido más que agua sin gas y que Raúl se hubiera bebido la ración de los dos. Sonia e Israel tomaron un taxi hasta el piso de la calle Gaibiel. En la cama, Sonia fingió dolor de

cabeza y cansancio; qué excusa más cutre, pensó. Israel se tumbó junto a ella pero no hubo ningún roce, ninguna caricia. Miraba el techo fijamente. Un rato después escuchó que se levantaba de la cama y se vestía sigilosamente. Salió del piso sin hacer ningún ruido. Ella no fue capaz de decir nada. Cuando creyó que él ya estaría en la calle rompió a llorar como una idiota.

Se despertó a las siete de la mañana. Israel estaba dormido en el sofá, tapado con una manta y con la televisión en marcha sin volumen. Tras darse una ducha y vestirse con lo primero que pilló en el armario pensó en despertarlo, pero él parecía dormido como un tronco.

—Tenemos que hablar —susurró.

Se acercó a él, olía a sudor. Le acarició la cabeza y notó, entre el pelo, una especie de bulto, como un chichón propiciado por un golpe.

Antes de salir dejó una nota encima de la mesa diciendo que se iba a comprobar unos datos al instituto. No era del todo cierto y aquello la reconcomía, pero sólo quería estar lejos de su casa y lejos de Israel, al que tarde o temprano tenía que contarle su decisión.

El doctor Morata irrumpió en el laboratorio. Sonia no lo esperaba. Observaba a través del microscopio unos fragmentos hallados entre las uñas de Javier Serós.

—¿Trabajando en festivo? —preguntó el forense.

—He estado dándole vueltas a la cabeza.

—Sí, es evidente, pero tienes una casa, pareja, familia...

Sonia Trencó hizo oídos sordos al comentario de su jefe y se afanó todavía más en lo que estaba haciendo.

—Puede que forcejeara con su verdugo, que le plantara cara o que incluso hubiera peleado. Deberíamos enviar nuevas muestras para que las analizaran en...

—Basta. —Morata desconectó el microscopio y el haz de luz se apagó por completo—. Sonia, eres una magnífica forense. Creo que puedes llegar más alto de lo que te imaginas si sigues trabajando como hasta ahora, pero debes separar la vida laboral de la familiar o eso puede hacer que te quedes a mitad de camino.

—No necesito que me dé lecciones. —Sonia se arrepintió de lo que había dicho antes de acabar la frase.

—Y no lo pretendo. Es una conversación entre amigos, si me permites que te considere como tal.

Sonia bajó la vista y dejó caer los hombros. Ella, curtida en su trabajo por cientos de situaciones que para otra persona hubieran sido imposibles de aguantar, parecía en aquel momento una mujer muy frágil, una chiquilla a la que se le viene el mundo encima.

—Soy bastante mayor. Mi vida profesional se ha desarrollado entre cadáveres: muertes naturales, accidentes, suicidios, asesinatos..., lo que mi esposa siempre ha definido como un trabajo horrible. Ella es muy aprensiva. Le tiene pánico al dolor, a los hospitales, a la enfermedad y a la muerte. Es mi contrapunto. Mi tabla de

salvación. Lo es todo para mí. Cuando salgo de aquí y cuelgo la bata de trabajo, entro en mi coche y pongo música clásica hasta llegar a casa: Beethoven, Mozart, Schubert. Me relaja. Ella me recibe siempre con una sonrisa a cambio de que no le dé demasiados detalles sobre lo acontecido durante el día. Nos queremos mucho, nos tenemos el uno al otro y con poco más nos basta. Ella ha criado a nuestros hijos, sola; yo soy forense, como tú, no tenemos horarios ni días de fiesta, ni casi nada que se parezca al trabajo de la mayoría de la gente. Nuestro contacto permanente con la Policía y sus investigaciones hace que todo sea aún más funesto. Pero es nuestro trabajo, el que hemos elegido voluntariamente.

—Estoy hecha un lío —atinó a decir Sonia.

—Puedes hablar conmigo, si crees que eso te puede ayudar.

—Gracias. —Apenas le salió un hilo de voz.

—¿Quieres que hablemos mientras trabajamos o prefieres que vayamos a tomar algo fuera de aquí?

La pregunta del doctor Morata hizo que Sonia levantara la cabeza y lo mirara fijamente a los ojos.

—No sé para qué te pregunto nada —concluyó el doctor sacando la bata de la percha para ponérsela.

—«No se lo dije al policía. Serós me dijo que estaban en peligro. Luisa y él estaban en peligro». El comisario Romerales había anotado con letra pulcra las palabras que Enrique Gálvez le había susurrado a su esposa instantes antes de entrar en coma. Los médicos no eran optimistas. Cabía la posibilidad de que el coma fuera irreversible; podía despertar en las próximas horas, pero también podía no hacerlo nunca más. Una tercera posibilidad era que despertara con graves problemas cerebrales. Sus familiares estaban siendo preparados para lo peor.

Sentado en el despacho del comisario, Monfort leía una y otra vez aquella nota. «No se lo dije al policía. Serós me dijo que estaban en peligro. Luisa y él estaban en peligro».

—Luisa Oliveres y Javier Serós estaban en peligro... —Monfort se rebanaba los sesos—. ¿Quién los amenazaba? ¿Y por qué razón Serós se lo contó a Gálvez?

—Cada vez se vuelve todo más extraño. —Romerales se pasaba la mano por la frente lanzando bufidos.

El inspector se levantó de la silla, abrió la ventana y encendió un cigarrillo.

—Aquí no se puede fumar —dijo el comisario cuando el olor a tabaco ya impregnaba el despacho.

—Es domingo.

—¡Un domingo bien jodido! —exclamó—. Estaba en casa cuando me ha llamado el agente de la centralita para pasarme una llamada urgente de la esposa de Enrique Gálvez.

—Debió de ser un accidente muy grave —observó Monfort mirando la nota de reojo.

—Iba de Castellón a Valencia, a su casa. Por lo visto voló desde su carril hasta el otro sentido de la autopista, a la altura de Sagunto. El coche ha quedado para el desguace. Es un milagro que no muriera en el acto. Según parece, fue después de salir de aquí, tras el interrogatorio de Corral. He enviado a dos agentes de la Científica para que le echen un vistazo al coche, y también he pedido al hospital que nos avisen en cuanto haya alguna novedad.

—¿Crees que admitirán la denuncia?

—Estoy seguro. Alegarán que lo sometimos a tal presión que luego pasó lo que pasó. Además está lo del golpe que se dio con la mesa.

—¿Lo sabe Corral? —preguntó Monfort.

—Sí, aunque desde que lo destituí del caso no he vuelto a hablar con él.

—Pues mal asunto. No estaría de más localizarlo, por si hace alguna de las suyas.

Tiró de la llave con todas sus fuerzas y consiguió arrancarla de su mano. Caminó a tientas hasta la puerta. Trató de introducirla en la cerradura pese a la oscuridad, probando una y otra vez, hasta que finalmente lo consiguió. Dio una vuelta, otra más, y la puerta comenzó a ceder. Todo su cuerpo temblaba. Las sacudidas producidas por los nervios la alentaban más aún a salir de allí a toda prisa. Pero entonces él la agarró del cuello con extrema violencia. Notó unas manos apretar su garganta con tanta fuerza que no tuvo tiempo de reaccionar. Por momentos pensó que no eran unas manos sino unas tenazas enormes. Quiso gritar, pero no pudo. Sus cuerdas vocales estaban aprisionadas de tal manera que le fue imposible articular palabra alguna. Tenía la frente pegada a la puerta que un segundo antes significaba su salvación. Él apretaba cada vez más. El aire dejó de fluir. Sintió que un calor inmenso se apoderaba de su cerebro. Era consciente de cómo la sangre dejaba de llegarle a la cabeza. Los ojos le iban a estallar, y la boca, la nariz, todas las partes de su cabeza estaban muriendo poco a poco, lo mismo que ella. El hombre lanzó un gruñido y por fin, aterrada, escuchó su voz. Supo con certeza que aquellas eran las últimas palabras que oiría en su vida, porque la muerte había llegado de una vez por todas.

—¡Muere, puta! Si Dios no os castiga, lo haré yo.

Margarita Renau discutía acaloradamente con el abogado Joaquín Rovira; empuñaba el auricular del teléfono como si fuera a partirlo en dos.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No lo creí importante, estás sometida a mucha presión y...

—¿Presión? ¡Tú no sabes lo que es la presión! ¡No tienes ni idea!

—Margarita, entiéndelo, no sé lo que te ha contado ese policía, pero apenas conocía a ese hombre.

—¡No me ha contado nada, cuéntamelo tú!

Rovira vio en aquellas palabras una posible vía de escape que debía aprovechar sin detenerse a pensar si hacía bien o mal.

—Lo mejor será que vengas a casa, o si lo prefieres voy yo a la tuya. Puedo estar ahí en un cuarto de hora.

—No me vengas con rollos, Joaquín, no tengo ganas de que me des coba, quiero saber de qué demonios conocías a ese tipo...

—Cariño...

—Te lo advierto —interrumpió ella una vez más—, no me vengas con zalamerías, estoy que me subo por las paredes. Me has hecho quedar en ridículo delante del inspector.

—Conocía a Héctor Valiente porque era cliente del bufete, nada más que eso, no hay nada que contar —mintió a medias el abogado.

Margarita Renau caminaba de una punta a otra del salón con el teléfono pegado a la oreja, fumando compulsivamente. Sus preguntas eran gritos y las respuestas dardos envenenados.

—¡No te lo crees ni tú! —exclamó dejando caer la ceniza junto al cenicero pero fuera de él.

—De verdad, cariño, te lo digo de verdad, era cliente, tramitó algunos papeles.

—¿Sabes qué te digo? Creo que me engañas, igual que Javier, igual que todos los hombres, no se puede confiar en vosotros, sois todos iguales y yo, yo soy una idiota.

La mujer pulsó la tecla de fin de llamada del teléfono inalámbrico y se desplomó en el sofá. Otra vez lágrimas, otra vez desesperación.

Joaquín Rovira golpeó con el puño la puerta de la cocina de su lujosa casa. Le hervía la sangre. Sostenía aún el teléfono. No había pensado en aquel detalle en ningún momento; se había olvidado por completo de su relación con Héctor Valiente. Se hubiera dado de bofetadas allí mismo, por imbécil. No comprendía cómo se le podía haber escapado que tarde o temprano llegaría a los oídos de Margarita. Héctor Valiente, menudo advenedizo, pensó, un pobre diablo que se pagaba los vicios con aquel trabajo clandestino en el sótano donde se apostaban grandes cantidades de dinero. Lo conoció en el despacho, donde le tramitó algunos asuntos. Fue Valiente el que lo llevó por primera vez hasta aquel local del Grao. Fue él quien lo avisaba de

qué personas iban a ir una noche u otra. Las cosas se estaban complicando desde que había hecho acto de presencia aquel inspector. Margarita le había dicho que el policía al mando del caso de su exmarido era un gilipollas de tres al cuarto, pero estaba claro que ahora lo había relevado el listo.

Sonó el teléfono, que aún sujetaba en la mano. Lo miró con sobresalto. Luego torció la boca con gesto orgulloso. Meditó por espacio de varios segundos mientras sonaba el impertinente timbre y a continuación pulsó el botón verde.

—Margarita, cariño... Yo... te juro que...

—Jurar no es buena cosa —interrumpió la voz al otro lado de la línea.

—¿Cómo? Esto... ¿Con quién estoy hablando? —Rovira se quedó estupefacto.

—Evidentemente no con Margarita. Soy el inspector Monfort, ¿me recuerda? Seguro que sí. No creo que se haya olvidado de mí tan pronto, ¿verdad, abogado?

—¿Qué quiere?

—¡Uf! Ya veo que no llamo en buen momento —resopló Monfort.

—Pues no, no llama en buen momento —replicó Rovira visiblemente enojado.

—Supongo que será porque la señora Renau se ha enterado de su... llamémoslo amistad con Héctor Valiente.

—¿Qué quiere, inspector? Estoy ocupado y no puedo atenderle en este momento.

—¿Está ocupado? Siempre está ocupado. Ah, claro, debe de estar pensando de qué manera va a ganarse de nuevo su confianza. Yo diría que lo tiene difícil. Hasta a mí se me hace extraño que no pensara usted que ella lo sabría tarde o temprano.

—Déjeme en paz, no voy a contestar a ninguna de sus preguntas —apareció la voz del abogado.

—No se altere, sabrá cómo salir de esta. Pero no me negará que todo es un poco confuso. Verá, así es como veo yo las cosas a día de hoy: usted, como abogado, tramita la separación de Margarita Renau y Javier Serós. Luego, cuando ella, con su inestimable ayuda, consigue quedarse con todo lo que ambos poseían, inicia una relación sentimental con usted. Un tiempo después aparecen asesinados dos hombres. Uno es el exmarido de su amante y el otro se dedica a captar personas adineradas con ganas de arruinarse jugando en las timbas clandestinas en las que usted también participa. Y resulta, además, que Héctor Valiente también conocía a Javier Serós.

—Yo no sabía que Héctor Valiente conocía a Javier Serós —dijo el abogado completamente aturdido.

—Sinceramente, señor Rovira, creo que tiene usted un problema; claro que, siendo abogado, ya sabrá lo que hay que hacer. Cuénteme lo que sabe y yo le aseguro que informaré positivamente de su colaboración —invitó Monfort.

—No sé nada, no sé de qué me habla. Ya sabe de qué conocía a Valiente. No es necesario que le dé más vueltas, no hay nada más que explicar. Además, está usted listo si cree que voy a contarle ni una sola palabra por teléfono. —Rovira adquirió un tono sarcástico.

—Puede que le haga venir a la comisaría por algo que no tenga que ver con este

caso..., pero una vez aquí podemos hablar de otras cosas, si quiere.

Rovira se sintió noqueado. Aquel policía le estaba amargando la existencia.

—¿Por algo que no tenga que ver con este caso? —preguntó con arrogancia, retando al inspector a que siguiera hablando.

Y Monfort lo hizo.

—Sí. Así es. Puedo hacer que venga para que nos cuente por qué cobró una cantidad abusiva a Simona Moldoveanu, la esposa de Héctor Valiente, por unos trámites que no llegaron a hacerse oficiales en ningún momento. La engañó para que creyera que si no pagaba una importante suma de dinero podría perder a sus hijos. Patrañas. Mentiras para llenarse los bolsillos. Debe de costar mucho dinero mantener una casa como la suya, al fin y al cabo es sólo un abogado especializado en temas matrimoniales, ¿verdad?

Israel Bonet se despertó con inquietud. Aún estaba vestido. Había dormido en el sofá y le dolía mucho la cabeza. Recordó enseguida el golpe; el alcohol ingerido se había encargado de mitigar el dolor momentáneamente. Ahora le dolía de verdad. A duras penas llegó hasta la cocina, abrió el cajón en el que guardaban las medicinas y se tomó dos aspirinas con un vaso de agua. Apoyado en el mármol maldijo en voz alta. Miró su teléfono móvil para comprobar si tenía algún mensaje. Nada. Buscó en la agenda del dispositivo el número de Sonia, pero no llegó a marcarlo. En el baño se lavó la cara y comprobó el estado de aquel chichón. Decidió ducharse y ponerse ropa limpia. Agarró las llaves y salió de casa precipitadamente. Por el camino pensó en qué le diría a Sonia del golpe. Lo tenía claro, le diría que había tropezado con algún aparato en el gimnasio. También debería darle explicaciones acerca de su desaparición por la noche, tras la tediosa salida con sus amigos. Estaba harto de excusas, harto de tener que pasar por el tubo, harto de tener que conformarse con una sola mujer cuando había más allí fuera, esperándolo... Caminó con rabia dando grandes zancadas desde el piso de la calle Gaibiel hasta el Instituto de Medicina Legal. Apenas tardó veinte minutos. Castellón se había vuelto a cubrir de nubes grises que parecían acumular toda la cólera que él escondía en sus complicados pensamientos. Apretó los dientes y aceleró el paso cuando vio a lo lejos las antiguas paredes del Hospital Provincial, uno de los edificios emblemáticos de la ciudad junto con el de Correos, la plaza de toros o el teatro Principal. Creía probable que Sonia lo engañara. La nota en la que decía que estaría en el Instituto le sonaba a cuernos. Su comportamiento era muy extraño. No es que él hubiera sido especialmente atento con ella en los últimos días, pero algo le decía que Sonia tenía a alguien con quien pasar el rato, y lo iba a descubrir. Acabaría rápidamente con aquel asunto.

Empujó con decisión la puerta de cristal de la entrada al hospital. No había nadie en recepción. Dos mujeres vestidas con batas blancas fumaban en la puerta, y supuso que una de ellas era la recepcionista. Dio la vuelta.

—¿El Instituto de Medicina Legal? —El tono de Israel sonó amargo y tuvo que carraspear.

—Está cerrado, hoy es domingo —contestó la más joven mirándolo de arriba abajo.

Israel notó como si se le soltara un muelle dentro de la cabeza. Estaba en lo cierto. Le mentía... Él también mentía, claro, pero no era lo mismo, no estaba dispuesto a que ella hiciera lo que le diera la gana.

—¿A quién busca? —le preguntó la otra.

—A la doctora Sonia Trencó —contestó secamente.

—La doctora Trencó está sentada en el jardín. —La mujer señaló un patio interior con bastante vegetación y altas palmeras en el que había bancos de piedra—. Allí, con su jefe, el doctor Morata. Se ha pasado la mañana trabajando en el laboratorio pese a ser domingo.

—No lo sabía —repuso la mujer más joven mirando a Israel con cara de haber metido la pata—, disculpe.

—Deben de estar trabajando en esos horribles casos de los asesinatos. ¡Qué barbaridad! —exclamó la otra.

Las trabajadoras del hospital siguieron hablando de aquello, pero Israel no las escuchaba, miraba el banco en el que Sonia y su jefe estaban sentados. Ella parecía compungida, con la cabeza baja y el gesto serio. El que tenía la palabra era el doctor Morata, un vejstorio que se pasaba la vida encerrado entre muertos y envuelto en olor a formol.

—Puede acceder al jardín por la puerta que hay al final del pasillo.

—No, gracias, no es necesario.

Se fue deprisa de allí, con la rabia mordiéndole los talones. Una nube crujió y empezó a llover como si un cántaro gris se hubiera roto. Hundió las manos en la cazadora y desapareció entre la fantasmal cortina de lluvia que se precipitaba sobre unos viandantes sin paraguas.

La luz del anochecer se había adueñado del cielo cubriéndolo de matices purpúreos. La noche caía sobre la ciudad tapándola como una mullida manta. Había dejado de llover. Algunas personas paseaban mirando el cielo, expectantes. La cerveza de aquel bar era buena. Estaba de pie, junto a la puerta, apoyado en la barra de la cervecería Cruz Blanca Monterrey. Desde allí veía a la gente que transitaba por la avenida Rey don Jaime. El viento había dejado de soplar. Los viandantes no se fiaban de aquella tregua climatológica y andaban encogidos en el interior de sus abrigos. Algunos portaban paraguas cerrados que utilizaban como bastones. Las parejas caminaban despacio, muy juntos, dándose calor. Monfort había vencido al dolor de verse solo, deambulando por las calles como un perro solitario. Había pasado mucho tiempo, quizá demasiado, pero para él era como si hubiera sucedido ayer, y cada día era como

volver a empezar.

Una gran pantalla de televisión daba noticias ininterrumpidamente: política, sucesos, deportes... Cuando el chico del tiempo, que vestía una americana dos tallas menos de lo que necesitaba, empezó a dar el parte meteorológico, el camarero subió el volumen con el mando a distancia. Los pocos clientes que había en el interior del local abandonaron sus conversaciones para prestar atención a lo que decía: «La tormenta *Cecilia* tiende a remitir en la Península Ibérica y avanza lentamente hacia el este de Europa. Se prevé que en los próximos días llegue a las costas de Italia aunque bastante debilitada. Como en el oeste de Francia y el sur de Inglaterra, donde los daños han sido más cuantiosos que en nuestro país, en las poblaciones costeras del Cantábrico se ha activado el proceso de declaración de zona catastrófica. En Zaragoza, y en general en toda la cuenca del río Ebro, respiran aliviados al ver que las aguas vuelven poco a poco a su nivel habitual. Parece ser que *Cecilia* nos deja de una vez por todas». Acompañaba sus palabras con un mapa de Europa en el que se veían más soles que nubes. En el bar, los clientes se enzarzaron en conversaciones alegres. Volvía el buen tiempo a la provincia, una provincia acostumbrada al sol y a las benignas temperaturas del Mediterráneo. Monfort pensó en Armendáriz, allí arriba, en su refugio de la montaña en Vilafranca del Cid, y deseó que la tormenta no le hubiese causado demasiados daños. Lo recordó con una mezcla de tristeza y lástima. Pero ¿hasta qué punto sabía más cosas de Eugenio? ¿Hasta dónde le había querido contar aquella desapacible noche?

Cuando iba a pedirle al camarero una segunda cerveza, sonó el teléfono. Miró la pantalla iluminada pero no reconoció el número.

—Monfort, ¿dígame? —Nunca sabía demasiado bien de qué manera contestar.

—Buenas noches, inspector, soy Margarita Renau.

—¡Vaya! —Fingió sorpresa pero había reconocido su voz a la primera palabra—. Espero que no esté molesta conmigo por haberme presentado en su casa sin avisar.

—No tiene importancia —contestó ella, y a Monfort su tono le sonó conciliador e incluso amable—. He hablado con Joaquín Rovira sobre lo que usted me ha comentado antes de marcharse.

—Entonces imagino que el que estará ahora molesto conmigo será él. —Le hizo un gesto al camarero para que le sirviera otra.

—Sigo sin entender por qué razón me lo ha ocultado todo este tiempo. —Parecía perpleja pero Monfort se mantuvo en guardia.

—Imagino que porque lo que hacían no era muy legal...

—Dice que era un cliente del bufete. —Probó suerte, quería saber más.

Monfort bebió un trago largo de cerveza creando un silencio de varios segundos, pero no mordió el anzuelo.

—Es posible que en un principio la cosa empezara así, pero luego su amistad fue a más.

—¿Fue a más? —preguntó ella haciendo todo lo posible para que su pregunta

pareciera sincera con la intención de sonsacarle información.

—Pensaba que se tenían ustedes... confianza.

—En efecto —afirmó Margarita—, pensaba, en pasado; ahora veo que la única que tenía confianza era yo.

Monfort dio otro trago a su cerveza y de nuevo se produjo un silencio de varios segundos, que rompió de un zarpazo:

—¿Cuál es el motivo de su llamada?

Margarita balbuceó la respuesta que había preparado antes de llamar.

—Me gustaría hablar con usted.

—Este mediodía me ha parecido que no tenía mucho interés.

—Pero ahora sí. —La voz de la mujer sonó aterciopelada, y esperó una reacción por parte del inspector que no llegó—. ¿No cena usted?

—Estoy a punto de hacerlo.

Miró de reojo la bandeja de calamares a la romana exhibidos tras la vitrina de la barra.

—Si quiere podemos hablar mientras cenamos, conozco un lugar...

—Si no le importa —la interrumpió Monfort—, prefiero hablar de trabajo en la comisaría... mañana, ¿a eso de las cinco de la tarde le vendría bien?

Margarita, abrumada, se despidió de prisa y colgó el teléfono torpemente. Se puso colorada como un tomate y agradeció que el inspector no estuviera delante. Lo hubiera estrangulado con sus propias manos. La había despreciado. Se vio reflejada en el cristal de la ventana y de repente descubrió más arrugas de las que creía tener.

—Me las pagarás —dijo en voz alta, pero para entonces Monfort ya pedía una ración de calamares recién hechos.

Lunes 1 de diciembre

(Décimo día)

21

Mientras compraba un periódico en el quiosco de la estación de Castellón, anunciaron por megafonía que el tren con destino a Valencia, procedente de Tarragona, haría su entrada por la vía 1. Al final tuvo que darse prisa para no perderlo. No estaba acostumbrado a las estaciones y había dormido poco aquella noche dándole vueltas a todo lo que se estaba cocinando en su cabeza. A veces creía estar sobre la pista certera que lo llevaría a resolver el caso, pero en otras ocasiones creía retroceder cientos de pasos todo lo andado. El tren salió puntual a las nueve y doce minutos de la mañana. La temperatura había subido notoriamente, pero el viento volvía a soplar, aunque de forma moderada; un viento caliente que Monfort conocía bien y que sabía a ciencia cierta que no traía nada bueno, al menos así se lo había enseñado su padre, que desconfiaba del llamado *vent de ponent*. El traqueteo del vagón impidió que pudiera concentrarse en la lectura del periódico. Lo dobló por la mitad y lo dejó en el asiento vacío de al lado. Cerró los ojos e intentó echar una cabezadita. De cuando en cuando se despertaba y miraba aquel cielo azul moteado de pequeñas nubes que corrían veloces a merced del viento. El trayecto duraba poco más de una hora y el tren se detuvo en varias estaciones. Cuando lo hizo en Massalfassar, ya en la provincia de Valencia, Monfort dio un respingo en el asiento. Diez días sin saber nada de Silvia Redó, ¿cómo podía ser?, se preguntaba una y otra vez, día tras día. La mejor respuesta posible era que hubiese desconectado el teléfono móvil para tener, lo que se dice, unas buenas vacaciones. También cabía la posibilidad de que estuviera en algún país lejano en el que el dispositivo no fuera operativo. Se le ocurrió una última opción, pero la eliminó de sus pensamientos rápidamente.

Silvia había nacido en Massalfassar; una población cercana a la ciudad de Valencia. Su padre y su hermano fueron agentes del Cuerpo Nacional de Policía, en la Jefatura Superior de Valencia. Un cúmulo de fatalidades hizo que ambos murieran al estallarles un artefacto explosivo en el interior de un zulo cerca de Tolosa, en Guipúzcoa, mientras colaboraban con el grupo de la lucha antiterrorista. Contra todo pronóstico, Silvia ingresó en la academia de policía. Buscaba venganza, estaba claro, pero aprendió a ocultar a los demás aquel inmenso odio que la había llevado a seguir los pasos de su padre y de su hermano. Con unos impecables resultados en la academia, se hizo un lugar en la Policía Científica, convirtiéndose en poco tiempo en una de las agentes más solicitadas por sus investigaciones y sus informes. Esto, junto a sus vastos conocimientos de informática y sus inacabables ganas de aprender, hicieron que Romerales se fijara en ella y la reclamara para ayudarlos a esclarecer el

caso del mendigo asesinado en la plaza de la Farola, en el que Redó y Monfort se conocieron y trabajaron codo con codo hasta desenmascarar al culpable.

El tren se puso en marcha de nuevo y el cartel de la estación de Massalfassar desapareció de su vista, para dar paso a un sinfín de campos sembrados de hortalizas, a escasa distancia de la ciudad de Valencia. Se veían algunas típicas barracas valencianas, pero también naves industriales, centros comerciales... Como para compensar lo poco atractivo del extrarradio de la ciudad, la estación del Norte era una verdadera obra de arte; de estilo modernista, y con una bella marquesina que cubría las vías para dar cobijo a los viajeros. El vestíbulo señorial, decorado con los típicos azulejos valencianos y engalanado con todo tipo de motivos de la tierra, hacía que la llegada a la ciudad fuese, sin duda, un verdadero placer.

Aunque lo mejor de la estación era que se encontraba en el centro de la ciudad. Monfort salió a la calle. Consultó su libreta. A la derecha tenía la plaza de toros. Un pequeño grupo de personas con pancartas pintadas a mano gritaban misivas antitaurinas del tipo: «La tortura no es cultura». Nadie parecía hacerles caso, y en sus rostros se reflejaba el desánimo. Enfrente se abría el enorme espacio que daba paso a la plaza del Ayuntamiento. Se dirigió a la parada de taxis. Abrió la puerta trasera del primer coche de la fila y doblando todo el cuerpo para entrar en el habitáculo le pidió al conductor que lo llevara hasta la iglesia de San Juan del Hospital.

El subinspector Corral se disponía a llamar al comisario Romerales. Aquel día no había llegado hasta Valencia. Se detuvo en un área de servicio y lloró con la frente apoyada en el volante de su automóvil: toda la arrogancia y la valentía se habían venido abajo. Antes lo tenían por un buen policía, trabajador intachable y buen compañero, pero todo se había ido al traste con el ascenso y con aquella especie de enamoramiento juvenil que le había entrado por su compañera, Ana Forcada.

—¡Soy un gilipollas! —exclamó en voz alta mientras tecleaba el número de su jefe en el teléfono—. ¡Cómo no lo he visto antes!

Corral había caído en la cuenta de que el problema no estribaba en que su mujer quisiera tener otro hijo; el problema era que se había percatado de que por su cabeza revoloteaba otra, y la única forma que se le había ocurrido para frenar aquello era que tuvieran otro hijo. Su esposa, una buena mujer que se había consagrado en cuerpo y alma al cuidado de su familia, veía cómo perdía a su marido por culpa de aquel devaneo no compartido. Ana Forcada se había dado cuenta de ello también, y había puesto tierra de por medio a la primera ocasión. Pensó que lejos de allí todo volvería a su lugar y aceptó un caso fuera de Castellón. Romerales estaba al tanto y accedió al traslado temporal de Forcada, con la esperanza de que la cosa se calmara y no tuviera que perder, por culpa de aquella tontería, a dos buenos policías.

Corral se propuso regresar a casa y solucionar con su mujer aquel desaguisado, pero de camino llamaría a Romerales, le contaría la verdad, le imploraría el perdón y

le rogaría que le permitiera volver al trabajo. Se apartaría de Monfort, pues sabía que a su lado le sería imposible trabajar. Se sentía humillado por el inspector, pero se lo había buscado él mismo. Pediría trabajar en la calle de nuevo, acatando las órdenes que le señalaran sin rechistar. Tenía que ganarse de nuevo la confianza de sus superiores y de sus compañeros, eso era lo que necesitaba, que volvieran a respetarlo.

Luego estaba lo de aquella mujer, Margarita Renau, la ex de la primera víctima. Ella lo había provocado. Le había hecho quedar como un imbécil con sus insinuaciones y sus contoneos provocadores, y aquella voz acaramelada le había hecho caer en la trampa del policía tontorrón. Pero ahora estaba dispuesto a enmendar sus errores.

De vuelta rezó para que su mujer le perdonara. Si tener un hijo era la manera, lo tendrían.

—Romerales al aparato.

—Soy Corral —dijo el subinspector con voz sumisa.

Monfort se dio cuenta de que el taxista había dado un considerable rodeo antes de adentrarse en el laberinto de callejuelas del centro histórico de Valencia, pero no le importó demasiado, le sirvió para conocer un poco mejor la ciudad. La radio del taxi escupía un sonsonete hipnótico de música celta. El conductor tendría unos cuarenta y pocos, llevaba el pelo largo y una larga fila de pequeños pendientes que le cubrían el borde de la oreja derecha de arriba abajo.

—¿Le gustan los Gwendal? —preguntó el hombre mirándolo por el retrovisor.

—Soy más de los Stones —contestó Monfort observando el paisaje urbano.

—¡Ah, los viejos dinosaurios! —alardeó el taxista—. Parece que hayan hecho un pacto con el diablo. Ya lo dicen en esa canción suya: «Sympathy for the devil».

—Sí —contestó Monfort, sonriendo por la ocurrencia, pero fijándose con detalle en el vericuetto de callejas por las que circulaban, en las que apenas quedaba espacio para un coche.

—Esta es la calle del Milagro —comentó el taxista—. La siguiente, a la izquierda, es la calle del Trinquete de Caballeros, donde se encuentra la iglesia de San Juan del Hospital. Yo no he estado nunca dentro, ¿y usted?

—Tampoco. Espero poder entrar hoy.

—Dicen que es la iglesia más antigua de Valencia, ¿lo sabía?

Monfort no contestó. El hombre detuvo el taxi junto a una antigua puerta de madera restaurada. Un mural hecho con azulejos valencianos pintados a mano anunciaba la entrada a la iglesia.

—Son seis euros —dijo el taxista pese a que el taxímetro marcaba seis euros y treinta céntimos.

El inspector le dio siete y le indicó que se quedara con el cambio.

—Gracias —dijo el hombre guardando el dinero en un artilugio portamonedas.

—Hasta otra —se despidió Monfort—. Por cierto, veo que te gusta la música celta. ¿Conoces a Mary O’Hara?

—No —respondió sorprendido.

—Te gustará. Es como ir directamente a los orígenes —concluyó saliendo del taxi.

La puerta de la iglesia estaba cerrada. Llamó al timbre. Apenas se intuía lo que había detrás del alto muro de la estrecha callejuela. Cuando ya se disponía a llamar por segunda vez, abrió la puerta un hombre de unos sesenta años y poca estatura, embutido en un mono azul como los que llevan los mecánicos. Monfort se presentó mostrándole su placa de policía y preguntó por el superior. A continuación le dio una tarjeta de visita con su número de teléfono. El hombre le estrechó la mano y le dijo que el padre Macías estaba de viaje, pero que podía atenderlo él mismo si no le importaba.

—Soy Ramón Artero, uno de los sacerdotes que cuidamos de esta vieja iglesia. Pase, por favor —lo invitó a entrar y cerró de nuevo la puerta tras su paso—. Disculpe mi aspecto —dijo el cura señalándose la vestimenta de trabajo—, estoy reparando algunos de los bancos de la iglesia, el sábado tenemos una boda y no andamos sobrados de personal.

—No tiene por qué disculparse —respondió Monfort mirando el atuendo del cura—. Le da un toque campechano.

El sacerdote esbozó una sonrisa. Estaban en una especie de vestíbulo techado con viejas vigas arrugadas que no tenía puerta y que daba a un bonito patio repleto de plantas bien cuidadas.

—Podemos sentarnos ahí —dijo el hombre empezando a caminar y señalando un banco de madera del patio—. Después de tantos días de lluvia y frío da gusto poder volver a sentarse al aire libre. Este es el patio norte, ya ve que los recios muros consiguen que estemos casi en silencio en el centro de esta ruidosa ciudad. Nuestra iglesia es bastante grande pese a que desde fuera no lo parezca. Esa de ahí —dijo señalando un gran porticón de madera— es una de las entradas, concretamente la que llamamos Puerta Románica. Luego le mostraré el templo si le apetece. Es la iglesia más antigua de Valencia, data de 1238 y fue construida por...

—Me lo ha comentado el taxista —interrumpió Monfort con cierta torpeza.

—¿Sí? ¿El taxista? —preguntó con sorpresa el cura—. Cómo celebro que se sepan estas cosas. En los tiempos en que vivimos a veces creemos que salvaguardar estos tesoros sirve de poca cosa.

El inspector no dijo nada, estaba cautivado por el extraño silencio que reinaba en aquel lugar. A escasos metros, el alboroto de vehículos y la gran cantidad de habitantes y visitantes hacía del casco antiguo de Valencia un lugar realmente ruidoso; allí, sin embargo, el silencio era, nunca mejor dicho, monacal.

—Pero... dígame, en qué puedo ayudarle.

—Estamos investigando unos casos de asesinato ocurridos en Castellón. —

Monfort decidió ir al grano—. Estamos barajando la posibilidad de que el responsable de tales sucesos estuviera imitando de alguna manera a un hombre que vivió aquí y que cometió abusos contra algunos menores.

—Eugenio —dijo el padre Artero con pesar.

—Así es.

—¿Qué quiere decir con que alguien le está imitando?

—Le ruego que sea discreto con este asunto, no todo el mundo está al tanto de todo lo sucedido.

—No se preocupe, me hago cargo. —El cura cambió de postura en el banco y cruzó las piernas.

—Hemos encontrado notas en los cuerpos de las víctimas.

—¿Notas?

—Sí, notas muy parecidas a las que se encontraron en los niños que Eugenio...

—Notas bíblicas, sentencias de la vieja Iglesia para atemorizar a los creyentes... Juan Armendáriz, el cura que descubrió a Eugenio fue quien encontró las notas.

—Fui a visitarlo a su refugio en la montaña, cerca de Vilafranca del Cid. Vive con extrema pobreza. He pensado en él estos días, la climatología ha sido especialmente rigurosa por allí.

—Yo no vivía aquí por aquel entonces. —El cura miró al cielo como intentando concentrarse—. De hecho, ninguno de los que cuidamos de la iglesia en la actualidad vivíamos aquí en aquellos días; pero el caso fue tan sonado que conocemos bien lo que ocurrió. A Armendáriz lo juzgaron sin más. La gente de la calle, los vecinos... lo convirtieron en cómplice de Eugenio. Algunos religiosos también se pusieron en su contra, pero otros defendieron su honradez por encima de todo. Aquello creó gran controversia entre estas santas paredes, tanta que Armendáriz decidió dejarnos, aparcando su vocación y retirarse. Tengo entendido que fue un buen hombre que pretendía ayudar a los niños que venían aquí a implorar ayuda. Ya no nos dedicamos a acoger criaturas, de eso se encarga ahora la Consellería de Bienestar Social de la Generalitat, pero entonces era una práctica habitual aquí y en otras iglesias de la ciudad. Es lo normal, esta es la casa de Dios —argumentó abriendo los brazos—. Armendáriz consiguió que Eugenio fuera durante un tiempo un chaval decente, le enseñó todo lo que estuvo en su mano acerca del bien, pero por lo visto no le prestó atención y siguió los designios del maligno en vez de tomar el camino que Armendáriz había previsto para él. Se sintió culpable de que aquel joven en el que había invertido su cariño fuera el causante de tanto dolor. No fue capaz de luchar contra los que lo acusaban, simplemente no se defendió.

Se quedaron unos segundos sumidos en el abrumador silencio del patio norte, mirando el suelo de losas de piedra desgastadas por el uso de cientos de años de trasiego.

—Pero... —interrumpió el silencio el sacerdote—. ¿Dice usted que el responsable de las muertes podría ser un imitador de Eugenio?

—Es una hipótesis —dijo el inspector con escaso convencimiento.

—Eugenio murió en la cárcel de una enfermedad cardíaca poco tiempo después.

—Lo sabemos.

—Eso reduce considerablemente la cantidad de personas que conocían su modo de actuar con aquellos pobres niños.

—No crea.

El padre Artero se puso en pie.

—Venga, llamaremos por teléfono al padre Macías, él nos dirá dónde podemos localizar a los sacerdotes que vivían aquí, si es que queda alguno vivo.

Monfort obvió decirle que también cabía la posibilidad de que Eugenio hubiese contado su hazaña en la cárcel y algún preso hubiera adoptado su *modus operandi* una vez fuera.

Caminando entre altos muros pintados con excelente buen gusto, el padre Artero hizo un comentario que le provocó una sonrisa:

—¿Sabía usted que en el atrio de la entrada se libraron los primeros combates de boxeo de esta ciudad?

Monfort alzó las cejas y abrió los ojos en señal de perplejidad.

—Los organizó, para gran asombro de los valencianos, que nunca habían presenciado semejante deporte, una guarnición de soldados ingleses que eligieron esta iglesia como acuartelamiento durante la Guerra de Sucesión —concluyó, orgulloso de la historia de su iglesia.

El inspector introdujo las manos en los bolsillos de su gabardina y con la punta de los dedos rozó las copias de las notas halladas junto a los cadáveres. Pensó que seguramente no haría falta mostrárselas al padre Artero.

El hotel era un lujoso *cottage*. Se encontraba a escasos metros de las destilerías Glenmorangie, a orillas del estuario de Dornoch, en un lugar maravilloso de las Highlands escocesas y a pocos kilómetros de la ciudad de Inverness. Habían contratado un *tour* que los llevaba, desde Edimburgo, por las Altas Tierras escocesas, en busca de las mejores destilerías de *whisky* del país; tenía una duración de cinco días e incluía las visitas a las destilerías, las comidas y el alojamiento en hoteles diseminados por las húmedas turberas. En el microbús viajaban también dos matrimonios mayores y una pareja joven que se perdían los paisajes porque estaban más ocupados besándose que viendo ovejas lanudas, castillos y lagos plateados. Era el cuarto día de viaje a través de estrechas carreteras y extensiones inabarcables de verdor absoluto. Ese día habían visitado las famosas bodegas Glenmorangie. Antes le había tocado el turno a The Famous Grouse, Dewars, Edradour, Lochnagar, Strathia y Speyside, todas ellas destilerías consagradas a producir el agua de fuego que daba fama al país. Ella estaba un poco cansada de *whisky*, la verdad, pero el precioso paisaje lo compensaba. Habían cenado un delicioso sándwich de atún y huevo en el

bar del hotel, acompañado de la típica cerveza fuerte y poderosa. Él se recostó en la enorme cama con la hoja de ruta en la mano, repasándola en voz alta. Al día siguiente debían levantarse temprano. La última excursión los llevaría por una carretera que bordeaba la costa este hasta el punto más septentrional de Escocia, las islas Orkney. En el pueblo pesquero de Scrabster tomarían un *ferry* que los conduciría hasta las islas, y después un corto trayecto hasta Kirkwall, donde se encontraba la famosa destilería con más de dos siglos de antigüedad: Highland Park Distillery. Quizá fuera por el calor que hacía en la habitación, o por las dos pintas de cerveza, o por el despliegue de información que la tenía ya un poco harta, pero el caso es que decidió salir a dar un paseo por los alrededores del hotel. En pocas horas anochecería y entonces no habría nada más que hacer que acostarse temprano.

Salió fuera y enseguida se sintió mal por aquellos pensamientos. Ella era la primera en querer que aquella relación echara raíces. ¿Sí? ¿Era eso lo que quería realmente? Siempre las dudas, siempre rondando la incertidumbre... Aunque su teléfono móvil no estaba operativo desde que llegaron a Edimburgo, por culpa del operador español, o mejor dicho, por no haber dado de alta el servicio de llamadas internacionales antes de salir de España, lo puso en marcha una vez más. Nada, estaba muerto, allí seguía la leyenda de «sin servicio». Tampoco ella había llamado a nadie para preguntar si todo iba bien. ¿Realmente le preocupaba a alguien lo que hiciera con su vida? Lo dudaba. Sus últimas relaciones habían acabado mal. Los hombres, suspiró, siempre los hombres, siempre lo mismo. Se agarró fuerte al abrigo para taparse cuando una ráfaga de viento le azotó el pecho. Pero también era culpa suya, pensó, elegía mal, eso sí que lo tenía claro, si no se elige bien, se falla, y ella era una verdadera experta en fallos de amor. Al día siguiente regresarían a Edimburgo y desde allí tomarían un avión que los devolvería a España. Entonces llegaría la hora de la verdad, empezaría la realidad absoluta que aquellos días enmascaraban tras románticas cenas y mullidos colchones de hoteles caros. Miró la luz que se propagaba desde la ventana de la habitación. Introdujo el teléfono en el bolsillo del abrigo y caminó deprisa hacia el hotel antes de que a él se le apagara la llama que a veces ella parecía querer soplar.

Monfort se despidió del padre Artero en la puerta que daba a la calle del Trinquete de Caballeros. Habían repasado el listado de personas en el ordenador del padre Macías, y Monfort ya sabía que poco encontrarían allí: casi todos los que formaban parte de la comunidad de la iglesia en aquellos días en que sucedieron los hechos que llevaron a Eugenio a la cárcel, estaban muertos. Armendáriz era el único que podía añadir algo, pero el inspector tenía claro que, le hubiera dicho la verdad o bien le hubiera ocultado algunas cosas, no iba a sacarle mucho más al viejo ermitaño, de eso estaba seguro. Preguntar a algunos vecinos tampoco le pareció que pudiera ser de gran ayuda. Caminó despacio hasta llegar a la plaza de Nápoles y Sicilia. Luego continuó por la

calle Palau hasta uno de los laterales de la catedral. Una vez que estuvo en la plaza de la Virgen entró en la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados, «La Geperudeta», como llaman los valencianos cariñosamente a su querida Virgen. En el interior de la basílica se estaba caliente. Había personas rezando. Monfort vio que algunos miraban a la Virgen con devoción. Echó una moneda por la ranura y una vela eléctrica se iluminó junto a las demás. No supo qué pedir. No se quedó a rezar, tampoco recordaba cómo hacerlo.

Caminó sin rumbo fijo por calles estrechas, con la mente ocupada en los casos. A veces veía un resquicio de luz que le llevaba a creer que podría resolver el caso con unos pocos movimientos más; otras veces se apagaba la luz del túnel en el que se había metido y no había manera de ir hacia delante ni hacia atrás. Poco a poco fue descartando sospechosos, situaciones, falsas pistas, comentarios, rumores... Su cerebro trabajaba a destajo, como un ordenador, guardando en carpetas lo que era necesario, y desechando en la papelera aquello que era prescindible pero sin pulsar el botón de vaciado, por si fuera necesario volver a alguno de aquellos recursos. Mientras caminaba *reseteaba* sus pensamientos, reiniciaba el disco duro de su cabeza, se aplicaba el antivirus y volvía a empezar de nuevo. De repente se rio en medio de la calle. Él no sabía nada de ordenadores y allí estaba, desfragmentando sus pensamientos en busca del camino correcto. Se rio porque aquello se lo había enseñado la agente Redó, cuya desaparición le preocupaba cada vez más. Todos los comentarios sobre sus vacaciones idílicas con su nueva pareja, todos los chascarrillos sobre las playas paradisíacas... le costaba mucho digerirlo. Él creía que ella no era así; su pasado, su familia, sus motivos para hacerse policía y esa soledad que los unía de una forma extraña. Apartó aquellos pensamientos rápidamente, Silvia era una chica joven y él un viejo y desgastado policía. Ella tenía todo el derecho del mundo a pasárselo bien, a disfrutar de la vida, del amor... No se la podía comparar con lo que él se había convertido.

Dando tumbos por la Valencia más auténtica llegó hasta el mercado central, un enorme edificio de estilo modernista. Le recordó más a una catedral que a un lugar para comprar productos frescos. Entró y se deleitó con los artículos expuestos. Pescado, carne y verdura pugnaban en belleza con las cúpulas y cristaleras del mercado. Un trajín de gente que compraba o simplemente curioseaba lo convertía en un lugar maravilloso en el que sentirse vivo. Pidió una caña de cerveza en un concurrido bar instalado en uno de los puestos. El camarero le ofreció una cazuelita de *clotxinas* al vapor. Aceptó, pero en realidad no supo qué eran hasta que vio llegar un platillo con mejillones de concha pequeña. Disfrutó de la docena de moluscos y se bebió parte del jugo de la cazuela con la concha de una de aquellas *clotxinas*. Apuró la cerveza, pagó, y al salir a la calle se sintió un poco más vivo. Encendió un cigarrillo y echó a caminar por la primera calle que vio. Puso su cerebro en marcha una vez más. Poco después, y sin habérselo propuesto, vio a lo lejos la espectacular estación del Norte, que pese a llamarse así estaba en el corazón de aquella ciudad

alegre y bulliciosa, cuya vida parecía suceder más en la calle que de puertas adentro.

Sentado en el asiento del sexto vagón, esperando a que el tren partiera de vuelta a Castellón, repasó mentalmente las notas que el posible imitador de Eugenio había dejado en los cadáveres. ¿Un imitador? Se quedó dormido en el tren hasta que, poco antes de llegar a la estación de Castellón de la Plana, sonó impertinente su teléfono móvil.

La nota que había encontrado el comisario Romerales sujeta al limpiaparabrisas de su coche no presentaba ninguna duda, era de la misma persona que había escrito las citas bíblicas halladas junto a los cadáveres de Javier Serós y de Héctor Valiente. A los dos agentes del servicio de Delitos informáticos no les había costado ni quince minutos averiguar que era exactamente igual que las otras: impresas con la misma tinta y en la misma impresora, con el mismo tipo de papel. Todo coincidía. El texto escrito tampoco ofrecía duda alguna.

—¿Y dices que tenías el coche aparcado en la calle? —preguntó por segunda vez Monfort.

—Sí, había ido al centro a recoger a mi esposa. Estaba en la avenida del Rey don Jaime, enfrente del Círculo Mercantil. Estuve a punto de tirarla, creí que era propaganda de esa de «Pierda peso ahora, pregúnteme cómo» o «Compro oro». Ahora hay varios agentes preguntando a los comerciantes de los alrededores por si alguien ha visto quién pudo colocarla.

—Ahí al lado vive Margarita Renau —apostilló Monfort como si pensara en voz alta.

—En efecto, también he pensado en ella.

—¿Quién está al mando de los agentes que has enviado a hacer preguntas?

—El subinspector Corral —contestó Romerales sabiendo de antemano la reacción del inspector.

—¿Corral? —Monfort alzó las cejas.

—Sí, vino a pedirme perdón. Le he dado otra oportunidad.

—Y ya está, todo arreglado... —El inspector puso cara de estupefacción—. Espero que la aproveche.

—Yo también —zanjó el jefe sin demasiada convicción.

—Hay que pedir una orden y enviar a alguien a casa de la ex de Serós para requisar su ordenador —pidió Monfort—, y que también busquen si tiene portátil. ¡Ah!, y que no se olviden de pasar por la tienda en la que trabaja y echarle un vistazo al ordenador que deben de tener allí.

Volvió a leer la nota hallada en el coche del jefe de la Policía:

Afuera están los perros, los hechiceros, los
inmorales, los asesinos, los idólatras y todo
el que ama y practica la mentira.

(Apocalipsis 22:15)

«Y dentro la tengo a ella, pero vosotros no la encontraréis si Dios y el diablo no quieren».

—Esta vez ha cambiado algo: además de indicar la fuente de la cita bíblica, cosa que no hizo en las anteriores ocasiones, ha añadido texto de su propia cosecha — observó Romerales después de que Monfort leyera la nota en voz alta.

—Sí, nos ha salido escritor —ironizó este abriendo un poco la ventana para encender un cigarrillo.

—Está prohibido... Ya te lo he dicho no sé cuántas veces...

—Déjame en paz.

Monfort levantó el auricular del teléfono del despacho y habló con el agente de la centralita.

—Busca el número de la iglesia de San Juan del Hospital, en Valencia, pregunta por un cura que se llama Ramón Artero y me lo pasas.

Cuatro minutos más tarde sonó el teléfono. Monfort respondió rápidamente.

—Le paso con el padre Artero —dijo el agente.

—¿Se le ha olvidado algo, inspector? —preguntó el cura.

—Sí, creo que sí. Escuche esto, por favor.

Pulsó el botón del altavoz para que Romerales pudiera oír la conversación. Le leyó despacio la cita bíblica al padre Artero mientras se lo imaginaba todavía vestido con el mono azul de trabajo.

—Tal como pone, pertenece al Libro del Apocalipsis —afirmó con tono adusto el cura de Valencia—. Se trata de un versículo referido a pasajes que hablan de ciertos cautiverios. Sí, cautiverios, reclusiones, encarcelamientos, castigos infligidos a personas impuras. Tendría que comprobarlo al cien por cien, pero estoy casi seguro. No sé si le ayudo mucho con esto. ¿Ha pasado algo?

—No se preocupe, padre, prefiero contarle el resto en otra ocasión, ahora es suficiente. Gracias por su ayuda.

—De nada. Si nos necesita, estaremos encantados de poder ayudarle.

—Lo ha hecho, se lo aseguro —se despidió Monfort.

El comisario Romerales estaba lívido.

—¿Es lo que imaginábamos?

—Sí. Hay una mujer retenida en algún lugar.

—¿Quién? —preguntó temeroso Romerales.

—Teníamos tres mujeres en paradero desconocido.

—Una ya apareció, la ex de Héctor Valiente...

—Efectivamente. Ahora sólo nos faltan dos. —Los ojos de Monfort lanzaban destellos de rabia y estupor.

—Luisa Oliveres o...

—O Silvia Redó —concluyó apretando los dientes y golpeando con su puño la

mesa del despacho.

Israel se dejaba hacer en el interior de uno de los vestuarios del gimnasio. Todavía estaba vestido pese a que la rubia encargada de la recepción sólo llevaba un minúsculo tanga de color negro y las zapatillas de deporte. Hincada de rodillas, la chica jugaba con la cremallera de su pantalón, subiéndola y bajándola, despacio, retrasando el momento, consiguiendo en él una desmedida excitación. Israel se sentía un dios y un diablo a la vez. Le ahorró el juegucito y con un gesto brusco se desabrochó el botón del vaquero y bajó la cremallera. Tomó en sus manos la cabeza de la joven y le apretó la cara contra su sexo. Ella le bajó el bóxer de un tirón certero y empezó a lamer con ansiedad, paseando su lengua como si en ello le fuera la vida. Israel ahogó un gemido de placer y echó la cabeza hacia atrás, su médula espinal electrizándose por completo. Así con fuerza a la chica para que hundiera cada vez más la boca en su inhiesto miembro. Ella miraba hacia arriba buscando lascivamente sus ojos mientras succionaba al ritmo que él le imponía. Israel era un tipo alto y fornido, sus músculos se tensaban y destensaban segundo a segundo, su respiración era constante; ella se recreaba, experta, sabiendo que lo estaba llevando directamente al cielo o al infierno. Cuando le pareció que no podría resistir mucho más, la apartó y la puso de pie. Ella era bastante más baja que él. Le agarró los pechos fuertemente y arqueando su espalda le succionó con rabia los rosados pezones. Ella lanzó un grito en el que se mezcló una gran carga de placer y dolor. Israel buscó con su mano el sexo de la chica y le arrancó el tanga; estaba preparada. La agarró con fuerza con ambas manos por debajo de las axilas y la levantó del suelo hasta que la tuvo a la altura que necesitaba para penetrarla. El grito de ella se oyó en todo el gimnasio, pero estaba cerrado y sólo quedaban ellos dos. Con un gesto rápido la apoyó en la pared del pequeño habitáculo y empezó a moverse con demasiada fuerza para el pequeño cuerpo de ella. El placer y el deseo inicial se tornaron desesperación. Le golpeaba la espalda con los puños pero Israel no se detuvo, seguía embistiendo con violencia desmedida, una y otra vez, una y otra vez, hasta que finalmente lanzó un aullido sordo mientras derramaba todo su interior en el cuerpo de ella. La joven, de rodillas, se cubría la cara para que él no pudiera ver sus lágrimas.

—Es lo que querías, ¿no? —le dijo Israel mientras se limpiaba con una toalla.

—No así —sollozó ella.

—Sois todas iguales —sentenció, dejándola en el suelo desnuda, mancillada, como un despojo en el pequeño vestuario—. Unas zorras del demonio.

La estrecha carretera que dibujaba el litoral parecía que iba a desmoronarse en cualquier momento hacia el mar. Una mezcla de nieve y turba cubría la tierra. La temperatura exterior era de dos grados bajo cero. La audio guía iba relatando leyendas populares de las Highlands, historias medievales de tiernas princesas y

caballeros rudos que cortaban el cuerpo de sus adversarios con un solo golpe de espada. Todos los pasajeros llevaban puestos los auriculares y sus rostros estaban compungidos por aquellas historias truculentas que tanta literatura habían vertido sobre Escocia. El conductor informó de que en media hora partiría el *ferry* que había de llevarlos hasta las islas, para luego desembarcar y continuar un corto trayecto hasta Kirkwall, donde visitarían las famosas destilerías Highland Park. Asimismo aconsejó a los pasajeros que tomaran un vaso de excelente sidra en The Ferry Inn, situado frente al puerto y a escasos doscientos metros del muelle, desde donde debían embarcar todos juntos dentro del microbús.

Pidieron sidra pero no se atrevieron con los cangrejos que los otros compañeros de viaje succionaban con fruición. El desayuno había sido tan contundente como siempre desde que llegaron a Escocia. Al principio, aquellos opíparos *scotish breakfast* les deleitaron y no dejaban nada en los platos. Pero transcurridos algunos días, los exagerados desayunos empezaban a revolverles las tripas, al menos a ella. La sidra era buena, eso sí, aunque les hubiera sentado mejor un plato de sopa caliente; fuera hacía mucho frío. Durante un instante, el cielo se despejó y una luz cegadora se coló por los grandes ventanales del bar; pero aquello podía durar apenas unos minutos y luego vuelta al gris habitual del cielo escocés tan cambiante y caprichoso. El local estaba bien acondicionado. Dos hombres con aspecto de marineros, enfundados en gruesas y coloridas camisas de franela, jugaban al billar, y el sonido de las bolas al chocar contrastaba con una musiquilla folk que sonaba de fondo. Una pantalla de televisión retransmitía un partido de rugby que algunas personas seguían con desgana apoyadas en la barra. A través de los ventanales se veía el puerto. El cielo volvió a cubrirse del gris del mar y en un momento todo pareció indicar que aquel sería otro día turbio, como casi todos allí. La lluvia era lo de menos, el problema era el viento. Si no soplaba pensarían que hacía un día fantástico. Estaban sentados en torno a una mesa. Ella se despojó del abrigo. Al colgarlo en el respaldo de la silla oyó un golpe. Era el teléfono móvil.

—¡Cuidado!

—Total, para lo que sirve aquí —dijo ella con desgana.

—¡Qué rollo! —exclamó él—. Los de la compañía no nos han hecho ni caso desde que llegamos a Edimburgo.

—Ya —dijo ella con cierto pesar—. Teníamos que haber contratado el servicio de llamadas internacionales antes de venir.

De repente algo empezó a emitir sonidos dentro del abrigo. Ambos se miraron con gesto de extrañeza.

—¿Lo tenías encendido? —pregunto él sorprendido.

Sin contestarle, se abalanzó sobre el abrigo para sacar del bolsillo el teléfono, que no dejaba de sonar con avisos cortos y agudos.

—¡Son mensajes de texto! —casi gritó ella.

—¡Joder! —exclamó él sin preocuparle el volumen de su voz.

El móvil dejó de sonar. Ella abrió la tapa del dispositivo y sus labios dibujaron una O de sorpresa. Él acercó la vista a la pequeña pantalla y ambos cruzaron una mirada de estupor. Leyó los primeros cinco mensajes. Le temblaban los dedos y un sudor frío recorrió su espalda. Leía, volvía a leer. Levantó la vista y buscó al conductor del microbús. Se dirigió hacia donde estaba con paso decidido.

—Nosotros no continuamos el viaje —anunció en castellano, importándole poco si la entendía o no—. Volvemos a Edimburgo.

—Bernat, hijo, ¿dónde estás?

—En Oropesa, ¿qué te pasa?, te noto alterada.

—Es la Policía... —dijo Margarita Renau encendiendo otro cigarrillo, hecha un manojo de nervios.

—¿La Policía? ¿Qué pasa con la Policía?

—Están en casa. Traen una orden judicial en la que pone que van a llevarse el ordenador y también mi teléfono móvil. Y luego irán a la tienda para revisar el ordenador que hay allí.

—¿Has llamado a tu abogado?

—¿A Joaquín?

—Sí, claro, ¿tienes algún abogado más?

—No seas desagradable, hijo, a mí me va a dar algo y tú encima...

—Llámallo y cuéntale lo que está pasando.

—Joaquín es un abogado matrimonialista, ya lo sabes, además hemos reñi...

—¡Me da igual! —El tono de Bernat se tornó violento en un segundo—. Llámallo, dile que se ponga las pilas o al final te meterán en la cárcel. Ahora voy para allá.

Bernat colgó el teléfono dando tal golpe que retumbó en el piso.

Los dos agentes de Delitos informáticos requisaron el ordenador, un Sony prácticamente nuevo. Buscaron otros dispositivos por las habitaciones y finalmente se incautaron del teléfono móvil.

El policía que estaba al mando rellenó una serie de papeles que hizo firmar a Margarita. Ella firmó sin ni siquiera leerlos.

Cuando los policías se fueron del piso, cargados con el ordenador, el teléfono, una impresora y un montón de cedés, Margarita Renau llamó a Joaquín Rovira. Este la escuchó paciente y aprovechó la oportunidad para conseguir un acercamiento.

—Te ayudaré en todo, cariño —dijo el abogado con voz dócil y acaramelada.

—No me llames cariño —sentenció ella—. Sácame de este lío o me... —quiso reproducir las palabras de Bernat, pero se quedó a medias.

Rovira estaba en su despacho del centro de la ciudad. Abrió la puerta y le dijo a su secretaria que no le pasara a nadie hasta que él se lo indicara. Hizo varias llamadas, una de ellas duró una hora y diez minutos. Luego se puso la americana y el abrigo, cogió las llaves y salió disparado en busca de su Mercedes.

El vuelo partía a las seis de la tarde. Compraron los billetes a un precio desorbitado. El viaje se iba a convertir en toda una odisea. De Edimburgo a Londres, de Londres a Madrid y finalmente de Madrid a Valencia.

Ella dudaba si llamar o no a quien le había enviado los mensajes, pero en el fondo le daba vergüenza. Él se dio cuenta de que se había convertido en un personaje secundario, pero no dijo nada, asentía a todo lo que ella proponía y se mostraba solícito si era necesario. Esperaba que se diera cuenta de ello, aunque empezaba a dudar. Estaba absorta en sus pensamientos y de vez en cuando decía algo, pero como si hablara sola en voz alta. Se comieron un bocadillo; él bebió una gran jarra de cerveza y ella coca-cola light. Cuando estaban acabando de comer, ella le habló, haciendo añicos aquella pared de hielo que se había formado en mitad de la mesa.

—Te he estropeado el viaje, ¿verdad?

—Todavía no ha acabado, aún se puede estropear más —ironizó él.

Ella sonrió tímidamente la ocurrencia y pareció relajarse un poco.

Aún faltaba media hora, pero ella sugirió que se pusieran en la fila, como si aquello fuera a adelantar la salida del avión. Él continuó con su actitud silenciosa en señal de apoyo, no quería importunarla, podía haber decidido quedarse allí y regresar en otro vuelo, pero quiso acompañarla con todas las consecuencias. Aceptó que lo mejor era estarse calladito. Ella se mordía las uñas, recomponía una y otra vez su ropa, se toqueteaba los aros que pendían de los lóbulos de sus orejas, miraba una y otra vez la hora en el reloj de pulsera y en los paneles del aeropuerto. De vez en cuando también miraba la pantalla de su teléfono móvil, pero cuando parecía dispuesta a marcar uno de aquellos números registrados, cerraba la tapa de prisa y volvía a guardarlo en el bolsillo de su abrigo. La fila para subir al avión fue aumentando a cada segundo, los niños alborotaban y sus padres estaban cansados de increparlos para que se estuvieran quietos. Ella se fijó en los rostros de los viajeros. Le daba vueltas a la cabeza. De repente abrió los ojos de par en par. Él se temió algo inesperado. Ella le dijo que esperara allí un momento y salió corriendo a toda velocidad. Unos minutos más tarde, dos azafatas de Ryanair abrieron las puertas que daban directamente al *finger* que conducía al interior del avión. Poco a poco la puerta fue engullendo a los viajeros. Él temió que no regresara. Empezaba a asimilar aquella posibilidad cuando llegó resoplando y corriendo de la misma manera en que se había marchado.

—¿Dónde estabas? —preguntó visiblemente nervioso y enojado.

—He ido a comprar esto al Duty Free —contestó ella tendiéndole una bolsa de plástico.

—¡Es una botella de Highland Park! —dijo con entusiasmo, y le dio un beso en la mejilla.

—Ya que no hemos podido visitar tu bodega de *whisky* preferida, te regalo una botella para que te acuerdes de este viaje.

—Tranquila, que no me voy a olvidar. Pero llevas otra —dijo señalando una bolsa idéntica a la suya de la que sobresalía otra botella del caro *whisky* de malta.

—Es para un amigo al que también le gustan estos brebajes.

El juez Andrade estaba que echaba chispas. El comisario Romerales le había informado de la tercera nota, hallada en su propio coche, y de lo que temían que significara; un coche oficial conducido por un diestro chofer lo llevó hasta la comisaría en apenas diez minutos. Andrade, Romerales y Monfort estaban reunidos en el despacho del comisario. Fuera, un nutrido grupo de personas trabajaba sin parar, buscando la manera de conectar algo que los llevara a un rastro fiable sobre quién podía ser la mujer secuestrada y dónde podía estar retenida. Jugaban contrarreloj. Sabían que en cualquier momento el secuestrador podía acabar con la vida de la mujer.

Hasta el momento habían conseguido ocultar a los periodistas las notas y los detalles del estado en el que habían encontrado a las víctimas. Aquello era un secreto que debían guardar a toda costa.

En una diminuta sala, los informáticos que habían requisado los dispositivos de Margarita Renau se devanaban los sesos buscando algo que cada vez tenían más claro que no encontrarían. Las notas no habían sido escritas con aquel ordenador, ni impresas con aquella impresora, tampoco con el ordenador ni la impresora de la tienda de la calle Alloza donde ella trabajaba. Según las órdenes de Romerales, se incautarían también de los ordenadores del abogado Rovira, los de su casa y los del bufete, pero sabían que era información que podía destruirse fácilmente. Y como las notas estaban escritas con un tipo de letra habitual e impresas con un dispositivo normal y corriente, al igual que el papel utilizado, era muy difícil tirar de allí. Leer todos los correos electrónicos les llevaría muchas horas de las que ya no disponían. Un agente hablaba por teléfono con los compañeros que esperaban en el hospital La Fe de Valencia a que Enrique Gálvez despertara, pero no había cambios. Las pesquisas en busca de Luisa Oliveres no daban ningún fruto, pero tampoco se la podía haber tragado la tierra, y por esa razón seguían buscando.

—¡Dos hombres asesinados brutalmente, tres malditas notas escritas por alguien que nos hace creer que conoce la Biblia de pe a pa, una de ellas, además, encontrada en el parabrisas de tu coche! ¡Uno de los sospechosos en coma profundo, dos mujeres desaparecidas, quizá secuestradas...! —El juez Andrade subía cada vez más el tono de voz, miraba el techo y gesticulaba con las manos—. ¡Esto parece Bogotá! —sentenció con cara de estar harto de todo—. Ah, y encima dicen ustedes que una de las mujeres que no encuentran podría ser su amiguita —apuntó con el dedo a Monfort—, la agente..., como se llame, que está de vacaciones.

Monfort y Romerales se mantuvieron en silencio. Sabían que el juez seguiría hablando y era mejor no interrumpirlo.

—¿Saben ustedes que me llaman veinte veces todos los días para que cuente algo sobre este macabro caso que no somos capaces de descifrar?

—Me lo imagino —contestó Romerales porque había que contestar.

—¿Te lo imaginas? ¿Sabes por qué te lo imaginas?

Romerales no dijo nada.

—Te lo imaginas porque no te pones al teléfono. Te llama el alcalde y no te pones, te llaman de la Generalitat y no te pones... ¿Hasta cuándo va a durar esta historia, Romerales? ¿Necesitas refuerzos? ¿Quieres que llame a Madrid para que nos envíen personal? ¡Dime qué coño hacemos!

Monfort resopló y se recostó en su asiento. El juez y el comisario lo habían dejado al margen de la discusión. Fuera se oía el estrépito de los agentes hablando por teléfono, haciendo preguntas, discutiendo entre ellos, trabajando sin parar.

—Deme cuatro días más y le pondremos a los responsables de esta historia delante del estrado —intervino Monfort, y su tono fue tan suave que Romerales y Andrade se quedaron paralizados.

El juez ahogó las palabras que estaban a punto de salir de su boca, se mordió el labio inferior y se puso el abrigo. Finalmente se dirigió a Monfort:

—Cinco días, cinco, ni uno más. Cinco días os doy para detener al cabrón que ha hecho esto y para encontrar a la mujer que tiene retenida, si verdaderamente es cierto que ha secuestrado a alguien y no se trata de una treta más del cerdo que nos está jodiendo a base de bien.

El portazo sonó como una terrible advertencia. El comisario sabía que no hablaba en broma, lo conocía de sobra, por eso salió tras él, para intentar que el juez no tomara alguna decisión demasiado drástica.

Regresó a su despacho media hora después. Monfort seguía allí, en el mismo lugar, en la misma postura y con aspecto meditabundo. Pese a que no tenían pruebas fehacientes, el juez Andrade había ordenado que detuvieran a Margarita Renau y al abogado Joaquín Rovira para interrogarlos. Romerales lo tildó de golpe de efecto para que el verdadero culpable moviera ficha. El inspector dudaba, pero no rehusó una entrevista con ambos dentro de las paredes de un inhóspito y desangelado cuartucho de interrogatorios de la vieja y deslucida comisaría.

Debería haberse ido a dormir. La mejor opción hubiera sido retirarse a su habitación, pero una de las camareras que servía los desayunos del hotel le había recomendado un bar que se encontraba a cuatro pasos de allí, La Sacristía. Monfort sonrió pensando que el local no podía tener un nombre más acorde con el caso. Pidió huevos fritos con jamón y una copa de vino. El propietario le sugirió que probara uno de las bodegas de Vicente Flors, elaborado en la provincia. El establecimiento tenía una iluminación que rozaba la penumbra; el ambiente era agradable, la comida, buena, el vino le gustó y se lo hizo saber al camarero; se guardó para él comentarle que el vino

lo había reconfortado, relajándolo por completo. Memorizó en su agenda vitivinícola mental el nombre de aquellas bodegas de Castellón. No tomó café pero sí un poco de *whisky* en un vaso ancho con un único cubito de hielo. Pagó y salió a la calle a fumarse un cigarrillo. La noche había caído sobre la ciudad regalando tonos al cielo que jugueteaban entre el naranja y el morado. El hotel Mindoro, encajonado en una pequeña plaza, junto al teatro Principal, se le antojó como el hogar que no tenía. Subió a la habitación por las escaleras. Se palpó la incipiente barriga que empezaba a asomar y pensó que le iría bien practicar algún deporte, aunque sabía que no lo haría. Reguló la iluminación de la estancia hasta que le pareció adecuada. Se quitó la ropa que llevaba y se vistió con un pantalón de pijama holgado y una camiseta blanca. Acercó el sillón al gran ventanal que daba a la rojiza fachada del teatro. Puso en marcha la televisión y recorrió con el mando a distancia los canales desde el primero hasta el último y viceversa. Pulsó el modo radio y encontró una emisora en la que sonaba una canción de Blondie. Deborah Harry, la cantante del grupo, recitaba con su peculiar voz los versos de «Heart of glass»: «Una vez tuve un amor que duró muy poco, y es que descubrí que mi corazón era de cristal».

Se dispuso a retomar la lectura del libro que tenía en la mesilla. Lo abrió por el capítulo en el que se había quedado la noche anterior. *El Secreto*, de Donna Tartt, la novela que la escritora estadounidense había tardado seis años en escribir, relataba el caso de seis estudiantes de lenguas clásicas que, alentados por un extraño profesor, intentaban revivir los ritos dionisiacos. En una de esas experiencias mataban involuntariamente a un hombre, pero para poder ocultar su culpabilidad necesitaban cometer otro asesinato. Los jóvenes traspasaban los límites que separan los sueños de la realidad y rectificar sería una tarea imposible.

Ensimismado en sus pensamientos, apoyó los pies en el alféizar de la ventana y se dejó llevar por aquella panda de chavales que habían convertido la muerte en uno de sus juegos preferidos. Continuó con la lectura hasta que se quedó dormido en el sillón y con el libro en el regazo.

Algo lo despertó. En ese momento no supo qué era. Tampoco fue capaz de calcular cuánto tiempo llevaba en aquella postura. En la televisión seguía sonando música pero no reconoció ni la canción ni quién la interpretaba. Miró la hora en su reloj de pulsera: faltaban apenas dos minutos para las cuatro de la madrugada. Apagó el televisor. Volvió a oír algo. Parecían golpes, pero estaba tan aturdido... Sí, alguien estaba llamando a la puerta suavemente. Extrañado, se puso en pie con dificultad, tenía los pies dormidos y no reconocía sus miembros entumecidos al contacto con el suelo de la habitación. Otra vez, tres golpes seguidos. Se acercó despacio, sin hacer ningún ruido. No había mirilla como en las puertas de las casas, ni cerrojo de seguridad. Pegó la oreja a la puerta y preguntó quién llamaba, pero no obtuvo respuesta. Con sigilo cogió su arma del cajón de la mesilla. Le temblaban las manos. Escondió la pistola en la espalda y abrió despacio la puerta con una mano, apenas el espacio suficiente para ver quién lo importunaba a semejante hora.

—Soy yo —dijo alguien en un susurro desde el pasillo.

Monfort creyó reconocer la voz pero se detuvo un instante. Durante unos segundos pensó que había oído a un fantasma.

—No quiero despertar a todos los huéspedes del hotel —habló de nuevo—. ¿Puedes abrirme? —había elevado un poco el tono, como si estuviera empezando a hartarse de esperar.

Monfort no tuvo duda de quién estaba al otro lado. Abrió la puerta de par en par y se quedó pasmado como si el mismo demonio hubiera venido a hacerle una visita a deshoras. Sin pensar la abrazó con fuerza, allí, en el umbral de la puerta, a medio camino entre la habitación y el enmoquetado pasillo del hotel.

—Entonces no hay duda —dijo tomándola de la mano y metiéndola en la habitación casi de un tirón—. La secuestrada es Luisa Oliveres.

Martes 2 de diciembre

(Decimoprimer día)

23

Amanecía, aunque por el color del cielo también podía estar anocheciendo. Castellón se desperezaba, y al salir de sus viviendas los viandantes se encontraban con una humedad por encima de lo normal que lo empapaba todo, las calles, las casas y hasta los corazones.

El juez Andrade recibió a primera hora una llamada del doctor Morata. Le comunicó que los resultados de los forenses de Zaragoza no diferían de los obtenidos en Castellón.

—¿Ha informado al comisario Romerales? —preguntó el juez lanzando un bufido.

—Sí —afirmó el doctor—, acabo de hablar con él hace un momento. Me ha dicho que van a interrogar hoy mismo a la ex de la primera víctima y al hombre que según parece es su actual pareja.

—En efecto —asintió el juez—. Ya va siendo hora de hacer algo para ver si alguien respira por algún lado. Pero... ¿por qué lo dice, doctor?

—Sería conveniente que las familias enterraran a sus muertos. Nosotros ya no tenemos nada más que hacer y este depósito no está lo que se dice muy sobrado de espacio.

—De acuerdo, póngase en contacto con Romerales otra vez y que dé las directrices necesarias para que lo pongan todo en marcha. Que avisen a sus familias y hagan lo que tengan que hacer.

Morata llamó enseguida a su amigo Romerales.

—¿Y por qué no me llama a mí el juez? —preguntó el comisario visiblemente enojado.

—Y yo qué sé —contestó Morata un poco cansado de aquel juego—. A mí no me cuentas historias. Llama a las familias e iniciamos el protocolo.

Sonia Trencó fue la encargada de realizar las diligencias para que las empresas funerarias trasladaran los cuerpos de Javier Serós y de Héctor Valiente a los lugares que los familiares habían indicado. Margarita Renau y su hijo se personaron en el Instituto de Medicina Legal y cumplimentaron el papeleo para que Serós fuera incinerado. En el caso de Héctor Valiente fue su hermano, venido desde Badajoz, el que hizo los trámites con la ayuda de un empleado de la funeraria asignada por la compañía de seguros de los padres de la víctima. La intención era que Valiente fuera enterrado en su pueblo.

Sonia sacó un café de la máquina y puso en marcha su teléfono móvil. No tenía

llamadas ni mensajes. Marcó la tecla donde estaba la letra *i* prolongadamente, y el número de Israel apareció en la pantalla mientras sonaba el tono de llamada. Esperó. No contestaba. Tenía que hablar con él, por teléfono no, pero debía comunicarle cuanto antes su decisión, por dolorosa que fuera.

A las once de la mañana, las cortinas de la habitación del hotel seguían corridas para no dejar entrar aquella luz mortecina que el cielo de Castellón ofrecía lastimosamente a sus habitantes. Una botella de *whisky* Highland Park, a la que sólo le quedaban cuatro dedos, coronaba como un soldado herido la mesa que hacía las veces de escritorio. El olor a tabaco se había introducido en todos los rincones de la estancia. Un cenicero atestado de colillas era la causa del tufo reinante. El sonido del intenso tráfico de la calle Herrero se colaba por las rendijas de las teóricamente herméticas ventanas del hotel.

Silvia Redó abrió los ojos de golpe. Aturdida, le costó reconocer el lugar en el que se encontraba y cómo había ido a parar hasta allí. El sofá era pequeño y sus pies sobresalían fuera de la manta. Se sentó y comprobó que había maldormido con la misma ropa que llevaba puesta cuando llegó. Sólo se había quitado las botas. Oyó el agua correr en la ducha. Lo recordó todo en un fogonazo. Tras su llegada al hotel, y el consiguiente sobresalto de Monfort, se habían pasado el resto de la madrugada poniéndose al corriente sobre lo sucedido mientras estaba de vacaciones en Escocia con Jaume Ribes. Jaume se había marchado a su casa, comprendiendo que ella debía esclarecer los mensajes que Monfort le había enviado. Deseó de todo corazón que entendiera su reacción, lo deseó con todas sus fuerzas, pero en el fondo temía que le costara digerirlo. De ser así, habrían sido los últimos días que pasaría con aquel hombre que había inundado su corazón de una ilusión que apenas recordaba. Era un buen hombre, quizá el hombre que necesitaba desde hacía tiempo, y no pudo evitar sentir un pánico que le atenazaba la garganta. Descalza, se incorporó poco a poco, y lo primero que hizo fue abrir la ventana para que el olor a tabaco huyera hacia las calles de Castellón.

Lo que le había contado Monfort era realmente complicado. Esas muertes ocurridas en tan extrañas circunstancias y aquella ensalada de sospechosos que parecía no tener fin le habían provocado un fuerte dolor de cabeza. El *whisky* tampoco había ayudado mucho.

El ruido de la ducha se detuvo. Silvia arregló como buenamente pudo el trasiego nocturno de la habitación. Tiró las colillas del cenicero en la papelera y cerró la bolsa para mitigar el fuerte olor. Recompuso el sofá. Miró de reojo la botella de Highland Park prácticamente vacía. Una mueca mitad sonrisa, mitad sollozo, campó por su cara pensando en que le había fastidiado el viaje a Jaume. ¿Habrà otra oportunidad?, se preguntó con resignación. Vio la foto de la esposa de Monfort sobre la mesa. Era una mujer muy guapa. Silvia sintió pena por el inspector, pero enseguida la invadió un

sentimiento de fortaleza por el amor que él le profesaba aunque ya no estuviera allí. Desterró aquellos pensamientos tomando su libreta y leyendo lo que durante la madrugada había ido anotando acerca de todo aquel trabajo que ahora empezaba para ella y sobre el que llevaba tantos días de retraso.

Monfort salió del cuarto de baño envuelto en un albornoz blanco.

—Por un momento creí que lo había soñado —dijo.

—¿El qué? —preguntó ella calzándose las botas.

—Que habías venido —contestó Monfort visiblemente azorado.

—Estoy aquí, y cualquiera que nos viera pensaría lo peor.

—¿Tan viejo te parezco?

Silvia se alegró de oír aquel tipo de comentario tan del estilo del inspector. Volvía a la carga de nuevo.

—Hay que ponerse en marcha cuanto antes —comentó Silvia—, jugamos contrarreloj. En algún lugar hay una mujer retenida por un cafre que necesita que la liberemos, si es que todavía estamos a tiempo.

—A la orden, jefa, me visto y nos vamos a la comisaría. Romerales también se llevará una buena sorpresa. Si lo prefieres, podemos bajar por separado, para que no piensen que hemos pasado una tórrida noche.

—¿Tan desesperada me ves? —dijo Silvia con sarcasmo, pasando por delante de él para entrar en el baño.

La agente Redó medía un metro setenta. Era delgada pero tampoco demasiado. Mantenía siempre la espalda recta y aquello le otorgaba una sensación de firmeza y carácter. Su cabello rubio le daba un aspecto muy femenino. Las facciones de su cara eran dulces y sensuales y sus grandes ojos de color castaño tenían una profundidad enigmática. En la academia no le habían faltado los pretendientes, a los que ella siempre había rechazado guardando la compostura en todo momento.

Aguardaba en silencio a que Monfort iniciara las preguntas del interrogatorio. En la sala número 2 esperaba el abogado Joaquín Rovira, visiblemente nervioso a juzgar por el baile de sus piernas. Primero le tocaba el turno a Margarita Renau. A la una en punto del mediodía se inició la rueda de preguntas. Monfort puso en marcha la grabadora. Al otro lado del cristal, que sólo permitía la visión desde el pasillo, aguardaba el comisario Romerales, con el pecho henchido de alegría por ver a Silvia Redó sana y salva.

—Buenas tardes —saludó Monfort a Margarita Renau.

—Lo serán para usted —contestó ella sorprendentemente tranquila—. No comprendo qué hago aquí.

Monfort hizo como si no hubiera escuchado nada.

—Le presento a la agente Silvia Redó, de la Policía Científica de Valencia. Está aquí para ayudarnos a esclarecer quién acabó con la vida de su exesposo.

La mujer miró con desdén a Silvia. La agente abrió ligeramente las piernas y mantuvo sus manos a la espalda. Margarita imaginó que Monfort haría de policía bueno y aquella rubia estirada sería la que interpretaría el papel de poli malo, pero no pensaba responderles a ninguno de los dos.

—¿Cuándo va a recibir sepultura Javier Serós? —preguntó el inspector tomando una silla para sentarse enfrente de Margarita.

—En cuanto salga de aquí. No pueden retenerme eternamente.

—En efecto —afirmó el inspector en tono conciliador—, no podemos retenerla para siempre, imagínese usted cómo estaría esta pobre comisaría si retuviéramos, sine dié, a todos los sospechosos de haber cometido dos asesinatos.

—No estará insinuando...

—Yo no insinúo nada —la interrumpió—, por eso están aquí, para que podamos demostrar que no tienen nada que ver con todo esto ni usted ni su amigo.

—¡No es mi amigo! ¡No le consiento que hable así! —gritó la interrogada.

—Sí, sí es su amigo, y si no le gusta cómo hablo, quizá le guste más cómo pueda hablarle «mi amiga» —dijo Monfort poniéndose en pie y señalando a Redó, que mantenía la misma postura y clavaba sus ojos castaños en los de Margarita.

Silvia ocupó el asiento que Monfort había dejado. Tomó la libreta y, haciendo como si repasara un índice de cuestiones, eligió una al azar.

—¿Fue usted la que lo ideó todo y su, digamos, actual pareja, lo llevó a cabo?

Los agentes Terreros y García entraron en la sala de interrogatorios número 2. Saludaron al abogado Rovira, sentado a una mesa. Enseguida entró el subinspector Corral con un manojito de folios escritos con bolígrafo de color rojo. Hizo las presentaciones deprisa mientras toqueteaba la vieja grabadora. Agarró la silla que estaba frente a Rovira y la apartó de malos modos.

—Mire, amigo —espetó Corral—, no vamos a estar aquí jugando toda la tarde. Yo no he comido, ni mis compañeros tampoco, así que al lío.

Terreros puso en marcha la grabadora cuando Corral se lo indicó con un gesto.

—Son las trece y veintiséis minutos. Vamos a proceder a interrogar a Joaquín Rovira acerca de los asesinatos de Javier Serós y de Héctor Valiente. Estamos presentes los agentes Terreros y García y un servidor, el subinspector Corral. Empezamos.

—No pienso contestar a ninguna pregunta sin la presencia de un abogado.

—Pero... ¿no es usted abogado? —preguntó Corral dejando caer una risita de hiena.

—No pienso contestar a ninguna pregunta sin la presencia de un abogado —repitió Joaquín Rovira, y aquellas fueron las últimas palabras que salieron de su boca.

Fuera, en el pasillo, Romerales se interesó por el alboroto procedente del piso superior.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó a dos agentes uniformados que discutían con dos hombres.

Bernat Serós y un hombre que decía ser abogado, discutían acaloradamente con los agentes que les impedían el paso al interior de las dependencias de la comisaría.

Un par de horas antes, Bernat había arrancado, literalmente, al socio de Joaquín Rovira de su céntrico despacho de la ciudad. A Fermín Inglés, también abogado, no le quedó otra alternativa que acompañar al hijo de la amante de su socio hasta la comisaría de la ronda de la Magdalena. Por el camino, el hijo de Margarita le explicó la situación, pero también le dejó claro lo que había que hacer.

Romerales se presentó. Los dos hombres ignoraron a los agentes para dirigirse directamente al jefe de la Policía. Bernat le sacaba al menos veinte centímetros. El abogado era un hombre delgado que rondaría los sesenta años, de aspecto tranquilo, vestido con un traje caro. Intentaba sin mucho empeño que Bernat dejara de intimidar a los policías. De cuando en cuando hacía como si pusiera paz en la discusión, pero luego simplemente le permitía que volviera a enmarañarse en la bronca por la detención de su madre. Insistía una y otra vez en lo mal que lo había pasado ella, en el sufrimiento que le había tocado vivir para que ahora encima se viera involucrada en esto. El abogado ponía paz y luego vuelta a empezar. Sin duda era una postura estudiada, un rol que Inglés llevaba a cabo a la perfección. Jugaba con el dolor de la familia para luego aplicar las leyes. Pero Romerales lo sabía, tampoco había nacido ayer.

—Mire —dijo el abogado con tono calmado, dirigiéndose a Romerales y poniendo la mano en el pecho de Bernat para que se callara y le dejara hablar—. Podemos hacer dos cosas: una, sueltan a mis clientes ahora mismo y les piden disculpas, y dos, les ponemos una denuncia por detención indebida y se atienen a las consecuencias; de sobra sabe usted que lo que han hecho es totalmente punible.

Romerales no discutió, aceptó resignado la primera propuesta, aunque demoró todo lo que pudo el momento de ponerlos en libertad. Esperaba que Monfort y su equipo hubieran tenido el tiempo suficiente para sonsacarles lo necesario.

Margarita Renau y Joaquín Rovira salieron de la comisaría cada uno por su lado sin dirigirse la palabra. Ella se marchó en coche con su hijo. Rovira lo hizo a pie, acompañado de su socio, que no dejaba de hablar y de gesticular con gesto preocupado.

La prioridad de la comisaría era encontrar a Luisa Oliveres. Los detalles de la nota hallada en el parabrisas del coche del comisario y la posterior aparición de la agente Redó daban por hecho que la persona secuestrada no podía ser otra que Luisa. Romerales y Monfort configuraron un nuevo dispositivo para la búsqueda. Lo primero era volver a rastrear la zona donde había sido hallada la nota. Un grupo de agentes, comandados por el subinspector Corral, revisaban la manera en la que

debían llevar a cabo el peinado de la zona. El inspector habló con Terreros y García, ellos habían sido los que más tiempo habían investigado la vida de Luisa Oliveres. Determinaron que volverían a empezar desde el principio; hablarían de nuevo con todos sus excompañeros de trabajo de la oficina de empleo de la calle Castelldefels, con los vecinos del piso en el que vivía, con sus conocidos, con los familiares y con todo aquel que pudiera aportar algún nuevo dato. Monfort, Romerales y Silvia Redó se encerraron en un despacho. En una pizarra, el inspector escribió los puntos en común entre los dos muertos y Luisa Oliveres: Javier Serós tuvo una relación con Luisa que acabó mal, lo mismo que Héctor Valiente, a quien ella utilizó para dar celos a Serós. Por otro lado estaba el abogado Rovira, que conocía a Valiente de las partidas clandestinas en el barrio del Grao, y que por supuesto conocía también a Javier Serós, ya que fue él quien tramitó el divorcio del matrimonio. Eran los nombres que tenían: Javier Serós, Héctor Valiente, Luisa Oliveres, Joaquín Rovira y Margarita Renau. Tampoco podían descartar a Enrique Gálvez, que sustituyó de forma confusa a Serós en su cargo de director de la oficina de empleo. Monfort preguntó por el estado de Gálvez y Romerales confirmó que seguía en coma. No podían contar con él, al menos de momento. Gálvez sabía algo, así se lo dijo a su mujer, pero por ahí no podían continuar investigando. Los médicos no albergaban demasiadas esperanzas acerca de su recuperación. El comisario llamó personalmente a los agentes de Valencia y les pidió que volvieran a hablar con la esposa de Gálvez. Había que atar todos los cabos, crear un cerco, lanzar una red, cerrar todas las puertas y despejar todas las dudas. Las notas, aquellas citas bíblicas sacadas de contexto, seguían siendo un asunto desconcertante. Lo único que tenían claro era que el culpable se valía de ellas para crear más confusión. Podía tratarse de alguien que tuviera una estrecha relación con la Iglesia, pero, tal como dijo Armendáriz, también podía ser un imitador de Eugenio. Tenían ante ellos un buen ramillete de sospechosos. Debían separarlos; por un lado, el entorno de las víctimas, y por otro, todo lo relacionado con las notas: Eugenio, sus compañeros en la prisión, Armendáriz... Faltaba ver cómo encajaban las piezas del puzzle. Uno de aquellos personajes podía ser el responsable, y lo tenían cerca, muy cerca, tan cerca que a Monfort le brillaban los ojos; Silvia Redó se había percatado de ello desde que se despertó en el hotel. Le había contado lo sucedido en aquellos días con todo tipo de detalles, y ella era consciente de que, de esa forma, ponía en claro sus ideas, las ordenaba y, cuando lo hacía, los malhechores podían echarse a temblar. Lo observó de soslayo mientras miraba a través de la ventana que daba a la ronda de la Magdalena, y allí, en sus ojos, estaba aquel brillo característico que ella había aprendido a descifrar.

Silvia salió un momento del despacho y marcó el número de Jaume Ribes. Mientras sonaba el tono de llamada pensó en el viaje a Escocia que se habían regalado y que ella había estropeado finalmente con su trabajo, trabajo que a sus anteriores parejas les había supuesto un estímulo para que el amor no prosperara.

—Hola, Silvia —contestó Jaume Ribes antes de que ella dijera nada.

—Hola —dijo escuetamente, y ella misma se oyó hablar con temor—. ¿Dónde estás?

—En el hospital, he venido a trabajar.

—Pero... tienes vacaciones hasta la semana que viene.

—Ya. Pero así trabajamos los dos, ¿no?

—¿Estás enfadado?

—No —contestó él con firmeza.

—¿Y...?

—Tengo miedo de que tus fantasmas del pasado piensen que no voy en serio.

Silvia se quedó en silencio. Aquella frase debía descifrarla con más calma de lo que una conversación telefónica daba de sí.

—¿Nos vemos esta noche? —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Si no estás ocupada, me encantaría.

—¿Y si lo estuviera? —preguntó arrepintiéndose al instante.

—Lo entendería —contestó Ribes—. Ahora he de marcharme, me esperan un montón de enfermos quejicas que se han puesto peor cuando me han visto entrar por el pasillo.

Silvia se despidió lo mejor que pudo. Tenía un nudo en la garganta. Debía aprender a compartir su corazón con aquel hombre si de verdad quería estar a su lado. Qué fácil era decirlo o pensarlo, pero qué complicado se le hacía ponerlo en práctica.

Romerales y Monfort salieron del despacho y los tres se encontraron en mitad del pasillo.

—Vamos a reunirnos una vez más con el juez Andrade, ¿quieres venir? —le preguntó el comisario.

Ella no contestó, se quedó un momento vacilante, sin saber qué hacer ni qué decir. Cruzó una fugaz mirada con Monfort y el refulgir de sus ojos le mandó una señal. Instintivamente tomó una decisión que creyó haber leído en aquella mirada que conocía de otras ocasiones y que ella interpretó como un «investiga por tu cuenta, Silvia».

—Mejor me quedo a ordenar mis anotaciones. Debo poner un poco de luz a todo esto para que no me confunda. Voy con retraso, ya sabéis. Lo siento.

Romerales y Monfort pasaron por su lado despidiéndose hasta más tarde.

Silvia los siguió con la mirada. Un segundo antes de que ambos desaparecieran por la esquina del pasillo, el inspector se volvió y le guiñó un ojo.

—Manos a la obra —dijo ella en voz baja.

Faltaban apenas cinco minutos para las ocho de la tarde cuando la agente Redó entró en la tienda de moda de la calle Alloza. El tintineo de una impertinente campanilla anunció su llegada. Un olor a perfume intenso sobrevolaba el espacio impregnando

todos los rincones. Una voz femenina, sin duda la de Margarita Renau, dijo algo desde la trastienda. Silvia se entretuvo mirando los caros vestidos que pendían de un perchero que parecía no tener final.

—Esa es la nueva colección de primavera, al otro lado tiene lo de invierno.

Margarita Renau se presentó de aquella manera. Silvia estaba de espaldas a ella, pasando los vestidos de uno en uno sin prestarles demasiada atención. Cuando se volvió, vio la cara de sorpresa de Margarita.

—¿Usted?

—Sí, soy la agente Silvia Redó, buenas tardes.

—Buenas tardes —le espetó sin disimular la cara de disgusto—. Son las ocho, vamos a cerrar.

—Por eso mismo he venido ahora, para no importunar a sus clientas. Debe de vestir usted a lo más selecto de la ciudad...

—En efecto, nuestros vestidos son muy apreciados.

—¿La tienda es suya?

—No, pero llevo tantos años que es como si lo fuera. Además, la dueña confía ciegamente en mí, sabe que las ventas están aseguradas conmigo detrás del mostrador, aconsejando a las clientas.

—Sí, ya me han informado que goza de una fama exquisita.

—Celebro que le hayan dicho eso. Ahora, si me disculpa, he de cerrar y cuadrar la caja.

—No, no la disculpo, recuerde que he estado presente en el interrogatorio.

—Claro, cómo podría olvidarla —ironizó Margarita—. Usted y su jefe, el arrogante inspector... Lo siento, queda mucho trabajo una vez se ha colgado el cartel de cerrado.

—Voy a quedarme aquí, con usted, con la puerta cerrada. Pasaremos a la trastienda y me contará por qué razón nos ha mentido.

Margarita Renau esbozó una sonrisa forzada. Ambas mujeres estaban frente a frente; la tensión era palpable.

—¡Vaya! Pensaba que era usted la que hacía de poli malo, pero ya veo que le han otorgado el papel de «la lista» —pronunció las últimas palabras con sarcasmo—. Por cierto —continuó, con la cabeza ladeada y mirándola de arriba abajo—. ¿Tienen ustedes dos alguna historia? Parece mucho más joven que nuestro maduro pero atractivo inspector.

Tomó las riendas de la situación. Se alisó la falda con las manos, hizo como si se quitara algunos hilos de la manga de su camisa resplandecientemente blanca, colgó el cartel de cerrado, apagó las luces del escaparate y con la mano invitó a Silvia a pasar a la parte posterior de la tienda. Estaba preparada para un choque de trenes. Aquella niña se iba a enterar de con quién estaba tratando.

La estancia era cómoda y agradable. Una gran mesa de tosca madera hacía las veces de despacho. Sobre ella había catálogos de moda, retales, un ordenador portátil

y una lámpara que ofrecía una luz cálida. En otra mesa había una cafetera en marcha y una bandeja con tazas, platillos y cucharillas.

Sin dilación, y antes de sentarse en las sillas que estaban junto a la mesa, Margarita empezó su discurso:

—Mire, han asesinado al hombre con el que estuve casada hasta que descubrí que llevaba una doble vida. Antes había sido una buena persona, cuidaba de nosotros y se comportaba como un caballero. Un día lo nombraron director de esa oficina en la que trabajó durante tantos años..., quizá fue entonces cuando le dio por salir con otras mujeres, no lo sé, no puedo asegurarlo, pero empezó a llegar tarde, a contarme excusas, a oler a perfume barato...

Bajó la cabeza e indicó a Silvia que se sentara.

—Y entonces comenzó el infierno. Traté de ocultárselo a nuestro hijo todo el tiempo que pude, pero ya lo ha visto, no es tonto y un día lo comprendió todo, mi mal aspecto, mis lágrimas y una profunda depresión que casi me mata. Ahora Javier está muerto. ¿Que por qué razón no estoy desolada? ¿Que por qué no me comporto como la viuda afligida que todos quieren ver? No me alegro de su muerte, claro que no, y menos en las circunstancias en las que ha sucedido. Me gustaría que atraparan a quien haya causado esta atrocidad, pero no me voy a morir con él. Yo no me acostaba con todas las furcias que se me ponían por delante.

Silvia tomó su libreta y fingió que tomaba notas.

—¿Es necesario? —preguntó Margarita señalando la libreta.

Silvia la cerró y la dejó sobre la mesa.

—Cuéntemelo todo —dijo adoptando el gesto que sabía que debía mostrar para convencerla.

—Es lo que estoy haciendo —replicó agraviada Margarita—. No me interrumpa y le hablaré desde el principio hasta el final de Javier, de mi desgraciada vida con él, de nuestra dolorosa separación y de la milagrosa aparición de Joaquín Rovira.

Se puso en pie, encendió un cigarrillo e introdujo una cápsula de café en la cafetera, colocó una taza y pulsó el botón. Al instante, un profundo aroma a café del bueno inundó la trastienda. Miró a Silvia con aquellos atractivos ojos dañados por la traición.

—El mío, corto y sin azúcar —pidió Silvia, presuponiendo que la velada sería larga y quizá amarga como el café.

La doctora Trencó llegó al piso de la calle Gaibiel alrededor de las nueve de la noche. Todas las luces estaban apagadas y no había ni rastro de Israel. Colgó el abrigo en la percha de la entrada y entró en el baño, se quitó la ropa y abrió el grifo de la ducha. Mientras el agua caliente caldeaba el ambiente se miró en el espejo. Le pareció ver reflejada a otra persona distinta a ella. Sus facciones se habían endurecido en pocos días. Tenía profundas ojeras por la falta de descanso. Tomaba demasiado café, lo

sabía, pero era lo único que la mantenía en pie. Había descuidado su imagen: los hombros caídos, el pelo desaliñado... Se tocó los pechos, los tenía firmes y bonitos. Enderezó la espalda y echó los hombros hacia atrás; se pasó la lengua por los labios para humedecerlos, se atusó el pelo hasta que le quedó como a ella le gustaba y abrió los ojos de par en par.

—¡Qué demonios! —exclamó en voz alta, mezclándose el timbre de su voz con el sonido del agua que caía de la ducha—. Soy joven, tengo trabajo, no debo sentir lástima de mí misma. Si no me quiere, que se vaya.

En otro lugar, no muy lejos del piso de la calle Gaibiel, Israel Bonet bebía chupitos de vodka sentado en un taburete ante la barra.

—¿Otro? —preguntó el camarero cuando Israel le hizo un gesto para que le sirviera de nuevo.

—¡Llévalo y déjame en paz! —le espetó con la voz pastosa.

El camarero hizo oídos sordos al comentario, tomó la botella y le sirvió en otro vaso que sacó del congelador.

El bar era pequeño, estrecho y oscuro. Al final de la larga barra, el local se ensanchaba y había tres o cuatro reservados en los que se escondían algunas parejas. En la pared contraria a la barra había un gran espejo para dar la sensación de una amplitud que el bar no tenía. Sonaba una música empalagosa, de discoteca cutre. El camarero era un tipo joven, vestido con un chándal caro pero hortera, con ribetes dorados en la chaqueta y en las perneras de los pantalones. En el pecho, el logotipo de la marca brillaba refulgente. El chico conocía bien a Israel.

—¿Mal de amores? —preguntó mientras simulaba quitar el polvo de la estantería.

—¡Vete a tomar por el culo! —fue la respuesta de Israel, al que por momentos se le cerraban los ojos.

—¡Vale, vale! —replicó el camarero con los brazos en alto—. Te pongo otro chupito, a este invita la casa.

Israel masculló algunas palabras que no se le entendieron bien. Se bebió el nuevo chupito de un trago y esbozó una mueca mitad de asco, mitad de dolor. Se puso en pie pero se balanceó, parecía que iba a caerse allí mismo. Se enderezó como pudo y se apoyó en la barra. Intentó sacar la cartera de su cazadora, pero no dio con ella. El camarero lo observaba a escasos metros pero sin tomar partido. Buscó en todos los bolsillos.

—Mira a ver si la tienes en la bolsa esa.

Harto de verlo trastabillar como un borracho cualquiera, le señaló una bolsa de deporte que había dejado en el suelo, junto al taburete. Israel, sin mediar palabra, cogió la bolsa y empezó a abrir la cremallera, pero dio un traspie y cayeron al suelo con gran estrépito el taburete, la bolsa y él mismo.

—Pero... ¿qué llevas ahí que hace ese ruido? —preguntó el camarero saliendo de la barra para ayudarlo a ponerse en pie.

—¡Nada! —gritó Israel, y dio un tirón para quitarle la pesada bolsa, que el

camarero ya había recogido del suelo.

El del bar no la soltó, y la meneó provocando de nuevo aquel sonido metálico. Abrió la cremallera mientras Israel se recomponía la ropa.

—¡No la abras! —lo amenazó con voz firme, como si se le hubieran pasado todos los efectos del vodka en cuestión de segundos.

Salió del baño cubierta por un albornoz y una toalla enrollada en la cabeza. Le había parecido oír el timbre de la puerta. Acercó el ojo a la mirilla y se sorprendió al verlo allí. Aún le extrañó más sentir que se ruborizaba.

—La puerta de la calle estaba abierta —se excusó Monfort al notar que ella observaba por la mirilla.

Sonia abrió.

—¿Inspector?

—Disculpe que me haya presentado así, sin avisar.

—No, discúlpeme a mí —dijo ella mirándose lo que llevaba puesto—. ¿Suced algo? ¿Quién le ha dicho dónde vivo?

Todavía en la puerta, Monfort contestó a sus dos preguntas.

—Suceder... ya lo sabe, no hace falta que se lo diga, y sobre cómo sé dónde vive, lo he preguntado, no suelen ocultarme cosas cuando hago preguntas, soy policía. —Intentó poner una nota de humor, pero se percató de que Sonia no estaba para chistes.

—Pase, por favor, no se quede ahí, que con una que se constipe es suficiente. Me visto y salgo enseguida.

Sonia invitó a Monfort a pasar hasta el salón. Estaba desordenado, pero a él le gustó aquel caos.

—¿Quiere tomar algo, un café, una cerveza...? —dijo desde el interior de una habitación.

—No, gracias —repuso Monfort, sentándose en el sofá y pensando que los ojos de Sonia siempre parecían inmersos en otro mundo.

Apareció de nuevo en el salón con un pantalón de chándal de color gris y una ajustada camiseta negra que resaltaba su figura. En los pies, llevaba sólo unos calcetines de lana gruesa. Cuando la vio sentarse en el sillón que había frente al sofá, cayó en la cuenta de que físicamente era bastante parecida a Silvia Redó; entonces se preguntó por qué razón se rodeaba de jóvenes atractivas con profesiones duras y complicadas y se sintió un poco tonto. Creyó verla esbozar una sonrisa, como si le estuviera leyendo el pensamiento, pero no lo podía asegurar.

—¿A qué ha venido, inspector?

—Es posible que el responsable de las muertes haya secuestrado a una mujer, Luisa Oliveres, que por lo que sabemos mantuvo relaciones con los dos hombres asesinados.

—¿Y su compañera...? ¿La agente de policía que tampoco sabía dónde estaba?

—La agente Redó, Silvia, ya está aquí, es un poco rocambolesco lo que ha pasado con ella. Simplemente estaba de vacaciones con su pareja. —Monfort cambió de postura en el sofá.

—¿Lo saben ya los de la prensa? Lo de la mujer secuestrada, quiero decir —preguntó Sonia, que parecía haberse quedado solo con el dato de que una mujer podía estar secuestrada.

—No, no les hemos dicho nada, no sabemos hasta cuándo podremos ocultar estos detalles, pero haremos todo lo posible para que no salgan a la luz, a menos que alguien se vuelva a ir de la lengua. Parece ser que tenemos un gracioso entre nosotros que canta rápido.

—Siempre pasa igual..., pero... no entiendo... ¿Por qué me cuenta esto? No es que me moleste, pero... ¿por qué no se lo cuenta a mi jefe, el doctor Morata?

—No lo sé, la verdad. —Monfort carraspeó sin que tuviera necesidad y ella se dio cuenta—. Supongo que porque Morata es más afín al comisario Romerales.

—No creo que sea por eso —apuntó Sonia levantándose del sofá para dirigirse a la cocina—. Voy a preparar un té, no sé si ha cenado, yo no, pero ahora me apetece un té, ¿le apetece una taza?

—De acuerdo, gracias, la acompañaré —contestó Monfort alcanzando una revista de escalada que estaba encima de la mesa—. ¿Es usted escaladora en su tiempo libre? —preguntó subiendo el tono para que ella pudiera oírlo desde la cocina.

Algo se cayó haciéndose añicos.

—¿Va todo bien? —preguntó Monfort.

—Sí —contestó Sonia con tono irritado—. Se me ha caído un plato.

Minutos más tarde apareció de nuevo en el salón con una bandeja en la que había dos humeantes tazas y un azucarero. Monfort había dejado la revista donde estaba antes, pero Sonia la guardó debajo de la mesa.

—Es de mi novio, se llama Israel, le encanta la escalada. Hace tiempo que no practica, ahora siempre está ocupado, trabaja en un gimnasio cerca de aquí.

Monfort tomó la taza y escurrió la bolsita de la infusión enrollándola en la cucharilla. Hablaron de los casos. Ella le explicó que los cuerpos no ofrecían más pistas de las que ya se encontraron en su día. Monfort daba rodeos, pero lo que en realidad deseaba preguntarle era si aquel semblante ausente se debía a algo relacionado con los casos o con su vida personal. Miró su reloj de pulsera y puso cara de asombro.

—Se ha hecho muy tarde —dijo poniéndose en pie—. Muchas gracias por el té... y por la charla.

—No se preocupe —contestó Sonia como si le faltara algo más por decir pero que no dijo.

Cuando el inspector abrió el portal del inmueble para salir a la calle, un tipo alto y fuerte, que llevaba una bolsa de deporte, entró como un vendaval chocando con él hombro con hombro.

—Disculpe —se excusó Monfort, pero el hombre no dijo nada.

Aunque no estaba muerta físicamente, creía que su alma ya había dejado este mundo. No la había matado, pero el resultado podía ser mucho peor. Horrorizada comprobó que estaba atada de nuevo, como al principio. Ahora la cinta que tapaba su boca le daba la vuelta alrededor del cuello para que no pudiera desprenderse. No sentía las piernas. Las patadas que le había propinado habían provocado algo muy distinto: no notaba nada de cintura para abajo. Intentó moverlas, pero la orden de su cerebro parecía no llegar a las terminaciones nerviosas y estas no reaccionaban. La libertad había pasado rozándola, pero no pudo aprovechar la ocasión. Recordó que llegó a tener la maldita llave de aquella ratonera en la mano, pero él se la había arrebatado. Y de lo que pasó después apenas recordaba las primeras patadas, brutales, con aquellas botas clavándose en sus costillas y en las piernas, sobre todo en las piernas. No era capaz de pensar con claridad, no le quedaban fuerzas ni ganas para tramar un nuevo plan. ¿Qué nuevo plan? Ya no habría ningún plan. Había oído su voz. Tenía claro que él no pasaría por alto aquel detalle. Dobló el cuello a la izquierda intentando apoyar la cabeza en el hombro. ¿Cuánto puede resistir una persona en semejantes circunstancias?, pensó. ¿Por qué? ¿Por qué? No halló respuesta. No había contestación para tantas preguntas. Tras la brutal paliza la había vuelto a atar y se había marchado rápidamente. Ella había reconocido su voz. Él lo sabía. Poca cosa más quedaba por hacer.

Miercoles 3 de diciembre

(Decimosegundo día)

24

El Volvo ascendía, una vez más, el pronunciado puerto de Ares del Maestrat. En la radio sonaba «Have a cigar», una canción del disco *Wish you were here*, de Pink Floyd. En esta ocasión lo acompañaba Silvia Redó. Ambos escuchaban la música en silencio, dejándose llevar por aquellos acordes hipnóticos, observando el pequeño pueblo en la cima del puerto, solitario, olvidado, coronando el horizonte. Se habían citado en el hotel Mindoro a las siete y media de la mañana. Silvia había desayunado en el piso de Jaume Ribes, pero tomó un segundo café en el hotel. Monfort se sirvió huevos fritos con beicon, dos vasos de zumo de naranja y un café solo.

Silvia lo puso al día sobre la extensa entrevista con Margarita Renau. El inspector la escuchó con gran atención. Ella había empezado a redactar un informe que todavía no había terminado, prefería recabar algún dato más que no encajaba bien en aquel puzle de mentiras, traiciones y despropósitos.

Al llegar a la cima del puerto detuvo el coche en un pequeño descampado. Hacía mucho frío y se abrigaron bien para salir. Monfort había tomado precauciones pensando en la última vez que estuvo por aquellos montes. Esta vez llevaba bufanda, guantes y unos calcetines gruesos. Silvia se cubrió con un anorak de plumas de color marrón que le llegaba casi hasta los tobillos y que tenía una capucha como las que llevan los esquimales. Desde allí arriba admiraron la impresionante vista de la provincia de Castellón. Monfort encendió un cigarrillo. La tormenta *Cecilia* se había largado con viento fresco de la Península Ibérica, pero había dejado tras de sí un frío intenso que calaba hasta los huesos. A más de mil metros de altitud, aquel puñado de casas que rodeaban la inmensa mole de piedra se disponía a recibir en breve uno de sus habituales crudos inviernos.

—¿Crees que Armendáriz dirá algo más acerca de las notas que pueda sernos de utilidad? —preguntó ella apartándose de la estela de humo del cigarrillo de Monfort.

—No lo sé. Creo que ya lo dijo todo, aunque en realidad no hablara mucho. Pero tengo interés en que lo conozcas, que hables con él, que lo mires a los ojos y busques en ellos algo que quizá yo no supe ver.

—Tienes alguna sospecha, ¿verdad?

Monfort se encogió de hombros e hizo una extraña mueca.

—Hay algo raro. Cuando estuve en Valencia nadie me dijo nada ni bueno ni malo, lo mismo que él me contó, que acogió a aquel tipo y que resultó ser un violador. Pero no hay distintas versiones, todos dicen exactamente lo mismo.

—Y luego Armendáriz abandonó el sacerdocio —continuó Silvia— y se retiró a

la montaña porque había gente que lo acusaba de encubrir al agresor.

—Sí, eso me dijo él, parecía echarse la culpa, como si se sintiera responsable por haberlo acogido.

—¿Pero...?

—Pero nada, no hay nada más. Las notas, sólo las notas, ni una sola palabra, bueno sí, una, lo que ya te dije.

—¿Lo del imitador?

—Sí. Eso no me deja dormir. Un imitador. ¿Quién querría imitar a un despojo humano como Eugenio?

—¿Se ha investigado a los presos y a los funcionarios que estuvieron en contacto con él en la cárcel? —preguntó Silvia obviando la pregunta del inspector.

—A medias —contestó él aplastando la colilla del cigarrillo contra una piedra—. Es muy complicado. Los funcionarios no se han mostrado muy colaboradores, y descartamos a la mayoría de los reclusos que estuvieron con él; los otros, simplemente están muertos y enterrados.

—Y ahora volvemos a Vilafranca del Cid con una palabra marcada en la frente, ¿no es así?

—¡Exacto! —exclamó Monfort cuando abría la puerta del acompañante para que Silvia entrara de nuevo en el coche.

La cima del macizo del Penyagolosa estaba cubierta por un fino manto de nieve. El gigante de piedra, vigilante pasivo de las tierras de Castellón, emergía entre nubes que pugnaban por cubrirlo por completo. Silvia no conocía aquella zona; quedó maravillada con los interminables muros de piedra que cruzaban los campos delimitando los terrenos en caprichosas formas cuadradas o rectangulares. La tierra, ahora baldía, presentaba un aspecto seco con tonos que iban desde el marrón más oscuro al tímido verde propiciado por las lluvias caídas.

—¿Sabes una cosa? —preguntó con la nariz pegada a la ventanilla.

—Cómo quieres que lo sepa si no me lo dices —respondió Monfort acariciando el volante.

—Parece Escocia, las Highlands. La escasa vegetación parece la turba que luego se convierte en carbón mineral.

—¿No se utiliza eso para la elaboración del *whisky*?

—Tradicionalmente, la turba negra es la que se utilizaba en Escocia para el secado de los ingredientes del *whisky* —le explicó Silvia—. Los hornos se calentaban con fogatas de turba y el humo le daba al *whisky* su amargo y ahumado sabor característico.

—¡Dios mío! —exclamó el inspector—. ¡La botella de Highland Park que nos bebimos estaba hecha de esa forma! ¿Cómo te has convertido en experta en espirituosos escoceses?

Silvia dejó escapar una carcajada que inundó de alegría el interior del automóvil.

Pasaron por delante de la gasolinera que había a la entrada de Vilafranca del Cid y

Monfort miró de reojo, pero no vio al empleado. Cruzaron el pueblo deprisa. Algunas mujeres bien abrigadas iban a la compra. Una máquina quitanieves aguardaba en la plaza. Silvia suponía que a Monfort aquel lugar le traía infinidad de recuerdos dispares, por eso no dijo nada hasta que salieron del núcleo de la población.

Giró a la izquierda por el camino que llevaba primero hasta el albergue de La Parreta y que después ascendía tortuosamente hasta el lugar en el que se encontraba la cabaña de Armendáriz.

El camino estaba seco, apenas quedaba barro, pero las lluvias caídas habían destrozado el suelo y estaba lleno de zanjas que Monfort fue superando una a una a base de ir muy despacio y con sumo cuidado.

Mucho tiempo después, con los huesos desencajados por los baches, llegaron a una pronunciada curva en un punto del destartado camino. Monfort detuvo el coche y se bajó un momento. Miró a todos lados, se encaramó a una piedra desde la que obtuvo mejor vista para poder situarse.

—Sí, aquí es —dijo poniéndose la gabardina para no quedarse helado—. Ahora hay que caminar en aquella dirección. —Señaló la espesa masa de bosque que tenían delante, en la que era imposible ver lo que había pocos metros más allá.

Silvia se abrochó el anorak y se cubrió la cabeza con la capucha. Miró los pies de Monfort y sonrió.

—La bufanda y los guantes están bien, pero con esos zapatos no vas a llegar muy lejos.

El inspector se observó el calzado con pesar.

—El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra —dijo más para él que para ella, mientras se internaba en el bosque.

Los restos mortales de Héctor Valiente emprendieron el viaje hasta el pueblo de Badajoz que lo vio nacer, en la furgoneta de una empresa de servicios funerarios. Su hermano se encargó de todo el papeleo pertinente. El subinspector Corral habló con él apenas diez minutos a la salida del Instituto de Medicina Legal de Castellón. Era un hombre de pocas palabras al que todo aquel trajín le venía demasiado grande. El subinspector no obtuvo ninguna información que no conocieran ya. Le dio su tarjeta por si se le ocurría algo que les pudiera ser de utilidad, aunque sabía que aquella era una vía muerta.

Más o menos a la misma hora, Javier Serós fue incinerado en el cementerio de Castellón de la Plana. Margarita Renau, vestida con traje azul marino, estuvo todo el tiempo cogida del brazo de su hijo. Cuando los agentes Terreros y García, que aguardaban en la puerta del cementerio, se acercaron a Bernat, este los despachó haciendo gestos con la mano, sin dejarles hablar.

El cielo estaba encapotado y amenazaba con ponerse a llover en cualquier momento. Un manto gris cubría el cementerio de tristeza y desesperación. Las

tumbas excavadas en la tierra, con sus cruces de piedra labrada, señalaban al cielo como testigos mudos de aquella incineración. Una espesa columna de humo negro escapó a toda prisa por las rendijas de la gran chimenea de aluminio. Los restos de Javier Serós ardían sin piedad, convirtiéndolo en cenizas y humo, nada más.

Una hora más tarde, el subinspector Corral y los agentes Terreros y García se encontraron en la comisaría de la ronda de la Magdalena. No les hizo falta decir nada, en sus semblantes se leía perfectamente que no habían obtenido ninguna información.

Corral se reconcilió con Terreros y García. Al principio sintió una profunda humillación al tener que pedirles perdón, pero a medida que iba soltando sus excusas fue sintiéndose mejor. Los agentes eran hombres de pocas palabras y muchos hechos. Parecían esculpidos para aquello y Corral lo sabía, de la misma manera que sabía que trabajar con ellos era lo mejor que le podía pasar. Por esa razón se tragó su orgullo y se puso a trabajar codo con codo como si no hubiera pasado nada.

En la comisaría continuaban con la frenética tarea de localizar a Luisa Oliveres. Las órdenes del subinspector hacían que diera la impresión de que todo el mundo estaba saturado de trabajo. Terreros y García se encargaban de que siguieran al pie de la letra las órdenes.

Corral sabía que aquella era la mejor manera de reconciliarse con el comisario Romerales y con el resto de sus compañeros. Se había impuesto como meta encontrar a Luisa Oliveres. Era consciente de que si lo conseguía recuperaría su confianza. Era su mejor opción, su única baza para que todo volviera a ser como antes, o mejor aún.

Todas las personas del entorno de Luisa Oliveres habían sido interrogadas. En algunos casos se efectuaron grabaciones con el fin de analizar sus respuestas. Se rastreó palmo a palmo la zona de la ciudad en la que fue hallada la nota del coche de Romerales. Tiendas, garajes, almacenes, pisos deshabitados, trasteros... El centro de Castellón estaba patas arriba. Allí adonde se dirigían el subinspector Corral y su equipo, los acompañaba un puñado de periodistas confundidos por no saber a ciencia cierta qué andaban buscando.

—¡Si me entero de que alguien le dice algo a la prensa, os aseguro que lo mando a Ceuta a vigilar la valla de Marruecos! —gritó el subinspector cuando salieron disparados para efectuar un registro en un viejo almacén en los alrededores de la avenida Rey don Jaime.

Por el camino, en el coche, saltándose los semáforos en rojo con la sirena puesta, pensó en su esposa. Que le perdonara parecía una tarea más difícil que encontrar a aquella mujer desaparecida, pero también lucharía por ello. Estaba dispuesto a todo. Esta vez no fallaría.

Monfort no tenía ni la más remota idea del lugar en el que se hallaban. La verdad era que todo le parecía exactamente igual mirara hacia donde mirara. Silvia caminaba, exhausta, varios metros por detrás de él y hacía rato que había dejado de insistirle en

que se habían perdido. El inspector estuvo a punto de pedir ayuda a gritos. Hacía frío, pero ambos tenían la frente perlada de gotas de sudor. Era imposible saber en qué dirección iban. Después de dejar el coche en la curva donde intuyó que se había parado en la anterior ocasión, anduvieron a través del bosque sin una senda clara que seguir. Monfort recordó que caminó un largo trecho hasta que la lluvia y un fuerte rayo derribaron frente a él un gran árbol. Luego sólo se acordaba de que Armendáriz le había ayudado a ponerse en pie y que lo acompañó hasta su cabaña, y que había visto un pequeño punto de luz gracias a que el cielo ennegrecido por la tormenta oscureció el bosque, pero ahora el cielo estaba despejado. Recordó también que la pequeña columna de humo que salía por la chimenea lo guio en medio de la tormenta, pero no veía humo, ni siquiera olía a hoguera. Se sentó en una piedra y Silvia hizo lo mismo a su lado.

—Tiene un perro —dijo Monfort sacando el paquete de cigarrillos.

—¿Vas a fumar? —preguntó ella con incredulidad mirando cómo encendía el pitillo—. ¿Quieres que llamemos al perro? ¿Te acuerdas de cómo se llama?

—¡*Rubio*, se llama *Rubio*! —exclamó—. Es grande, tiene las patas muy largas, un poco destartado, de color..., eso, rubio, marrón claro, los ojos vivarachos y una dentadura que da mucho respeto.

Silvia se puso en pie y empezó a llamar al perro. Caminó un trecho hacia un extremo del bosque, tan tupido que era imposible adentrarse. Volvió a gritar. El eco de la montaña le devolvía el nombre del animal, pero aparte de su propia voz no se oía nada más. Monfort buscó algún lugar al que encaramarse, todavía pensaba que podría ver la columna de humo de la chimenea de Armendáriz. No había ningún sitio al que subirse. Intentó trepar por el tronco de un pino, pero lo único que consiguió fue mancharse de resina el pantalón y una raspadura en la muñeca. Sus tiempos de montañero quedaban muy lejos, aunque a decir verdad nunca había sido un gran amante de las aventuras, por no decir nada. Era una rata de ciudad. Desistió en subirse a ningún otro lugar.

—¡Silvia! —gritó—. Volvamos, intentemos regresar a donde hemos dejado el coche. No podemos estar aquí todo el día a riesgo de que oscurezca.

—A la orden, jefe —repuso regresando hasta él y acatando la observación encantada.

Caminaron en línea recta sorteando los árboles que las fuertes tormentas habían derribado. Monfort tenía la intuición de que en aquella dirección iban bien. Al fondo, bastante lejos, vio un gran claro que creyó identificar con el lugar en el que habían dejado el coche y desde el que se podía ver, a lo lejos, las blancas paredes del albergue de La Parreta. Silvia no decía nada, caminaba absorta en sus pensamientos.

—¿Qué tal con tu doctorcito? —preguntó Monfort como si le leyera el pensamiento.

—Espero que bien —respondió en un tono ambiguo.

—¿Esperas? ¿Desde cuándo tú esperas? —preguntó Monfort sabiendo que se

metía donde no le importaba.

—Hemos estado juntos de vacaciones, bueno, eso ya lo sabes de sobra.

—¿Y...?

—Me gusta..., me gusta mucho —dijo con voz trémula.

—Es un principio —apuntó con ironía.

—No te rías.

—No lo hago. ¡Cuidado! —gritó apartando una rama que sobresalía en un recodo de lo que parecía una senda olvidada—. Y tú, ¿le gustas?

—Sí, claro —respondió ella frunciendo el ceño.

—No me refiero a físicamente —dijo moviendo la cabeza en señal de negación—. Eso está claro, si no, sería un tipo muy raro. Me refiero a ti, como persona, como Silvia Redó, la agente de la Policía Científica que nunca descansa y que está disponible las veinticuatro horas del día para sus jefes.

—Eso es lo que me preocupa —susurró ella.

—¡Allí! —exclamó de repente Monfort señalando un punto en el bosque—. ¡Allí es! ¡Aquello de allí es la cabaña de Armendáriz!

La habían encontrado por casualidad. El inspector aligeró el paso. Sin duda era la vieja construcción donde se había refugiado aquella noche. Silvia le siguió sorteando piedras y ramas. Monfort corrió los últimos metros hasta llegar a la puerta.

—¡Armendáriz! —gritó golpeando la puerta con los nudillos.

Empujó la tosca puerta de madera y comprobó que estaba abierta. Entró con cautela. Silvia lo hizo inmediatamente después, con los ojos bien alerta y los dedos rozando el arma reglamentaria.

Juan Armendáriz no estaba, su perro tampoco. El inspector salió y llamó a gritos al viejo. Silvia se quedó en el interior mirando los pobres enseres que había; luego salió. Monfort continuaba llamando al viejo y a su perro, casi con desesperación, como si se temiera lo peor.

—Se ha marchado —dijo Silvia.

Monfort lo sabía. Dejó de gritar inútilmente.

—Parece que se ha ido con lo puesto —continuó la agente.

—Apenas tenía qué ponerse —dijo el inspector dando un puntapié a una rama del suelo con rabia.

—Hay algo más —intervino Silvia mientras ambos entraban de nuevo en la cabaña.

—¿Algo más?

—Eso.

Señaló una hoja de papel clavada en la pared, encima de lo que pretendía ser una despensa. Ella ya la había leído. Monfort se acercó con el corazón acelerado.

Sonia Trencó no había llegado a la hora de costumbre al Instituto de Medicina Legal. Morata no le dio importancia, pero no pudo evitar mirar el reloj de la pared en distintas ocasiones. Los cadáveres de los dos hombres asesinados habían salido por la mañana muy temprano y se había encargado él de firmar las autorizaciones. Esperaba a un pequeño grupo de estudiantes en prácticas; tenían que hacerle la autopsia a un paciente del hospital que había muerto súbitamente. Volvió a mirar el reloj. Los estudiantes llegaron a la hora estipulada. Su profesor les indicó cómo debían prepararse para la clase. Saludó al doctor Morata mientras señalaba las taquillas en las que encontrarían el material necesario. Una enfermera les ayudaba en la colocación de mascarillas y demás enseres.

Sonia Trencó llegó corriendo. Vestía pantalón vaquero, zapatos cómodos y una camisa holgada. Llevaba el abrigo y el bolso colgando del brazo. Cubría sus ojos con unas grandes gafas de sol. Saludó a los presentes y pidió disculpas al doctor Morata, que le hizo un gesto con la mano para restar importancia al retraso.

Fue al vestuario para cambiarse de ropa. Cuando salió llevaba su habitual bata verde, zuecos, mascarilla y guantes esterilizados. Entró en el laboratorio con las manos en alto para no contaminar sus guantes. Parecía mirar al suelo en todo momento. Morata pensó que tampoco era para tanto. La enfermera había sacado el cadáver del compartimento frigorífico y, con la ayuda del doctor Morata, lo pasaron a la mesa de operaciones. Los estudiantes se colocaron alrededor de la camilla, con espacio suficiente para que los doctores pudieran trabajar. La enfermera sostenía, para que el doctor la pudiera leer, una hoja en la que se explicaba el motivo de la autopsia. Una vez leído en voz alta y grabado el informe médico del fallecido, Morata dio inicio al examen forense.

—¿Preparada, doctora? —le preguntó a Sonia.

—Adelante, doctor —respondió ella alzando por fin la vista, y Morata vio perfectamente el exagerado cardenal que tenía en su ojo izquierdo.

Por la noche, Israel había entrado en casa como una manada de búfalos en estampida. Tiró la bolsa al suelo provocando un gran estruendo. Empezaron a discutir por algo que a ella la pilló completamente desprevenida. Sonia quería romper la relación aquella misma noche, pero no contaba con lo que él venía dispuesto a hacer.

—¡Te estás tirando a otro, ¿verdad?! ¿Quién es? ¿Lo hacéis aquí mismo?

—Pero... ¿de qué estás hablando? —La sorpresa de Sonia era mayúscula.

—¡Ya lo sabes! —Israel empezó a buscar por los cajones y los armarios, tirándolo todo al suelo.

Sonia se acurrucó en el sofá hecha un ovillo. Israel había bebido, era evidente, y el alcohol lo había convertido en una persona violenta que ella no conocía.

—¿Qué buscas? —preguntó nerviosa y asustada.

—¡Busco lo que me da la gana! —gritó con fuerza lanzando escupitajos por la

boca a la vez que tiraba todo lo que encontraba a su paso—. ¿No tienes bastante conmigo? ¿Es eso? ¿No te parezco lo suficientemente culto?

—Israel, por Dios, pero ¿qué dices?... —La voz de Sonia se iba apagando; estaba perpleja, anonadada, de ningún modo esperaba aquella reacción.

Miró de reojo la bolsa de Israel.

—¿Qué miras? —preguntó él acercándose tanto que su boca le rozó la cara.

Apestaba a alcohol. Era algo que ella no soportaba.

—Eres una puta, y le cuentas tus historias a ese jefe tuyo viejo y sarnoso, el destripamuertos... ¿Ha sido él quien te ha presentado a tu nuevo ligue? ¡Vamos, contesta!

La agarró por la camiseta y empezó a zarandearla. Sonia comenzó a llorar sin poder contenerse. No quedaba ni rastro del hombre con el que compartía su vida. Seguía sacudiéndola encima del sofá, de rodillas, ella acurrucada, intentando protegerse con los brazos para que él no cometiera una locura.

—¡Déjame! ¡Te lo pido por Dios, déjame! —gritó desesperada.

—¡Deja a Dios en paz!

Y entonces le propinó un puñetazo en la cara, a la altura del pómulos izquierdo, debajo del ojo, provocándole un aullido sordo que no se atrevió a dejar escapar. Fue como si miles de alfileres se le clavaran en la piel. Instintivamente se zafó de él y salió corriendo para encerrarse en el cuarto de baño. Se apoyó en el lavabo y observó su ojo enrojecido. No podía abrirlo. Israel golpeaba con todas sus fuerzas la puerta gritando que la abriera. Pero ella no lo hizo. Pensó que si quería entrar tendría que echar la puerta abajo. Las piernas le temblaban con espasmos incontrolables. Se arrepintió de no haberse llevado el teléfono móvil para pedir ayuda. Quiso gritar, pero no pudo. En vez de eso se puso de rodillas en el suelo, frente al inodoro, y empezó a vomitar compulsivamente.

De repente cesaron los golpes y los gritos. Un silencio sepulcral inundó todo su ser. Se acercó a la puerta y puso la oreja en ella para escuchar lo que estaba ocurriendo al otro lado. Nada, no se oía nada. Hizo un esfuerzo para hablar.

—Israel... ¿Estás ahí? Por favor, contesta, ¿estás ahí?

Silencio. Un silencio rebosante de miedo y dolor.

—Israel... Contéstame. ¿Estás ahí?

Pero Sonia no abrió la puerta. Permaneció encerrada tanto tiempo que al final se quedó dormida en el suelo de frías baldosas, con un ojo morado y el corazón astillado en mil pedazos imposibles de recomponer.

Monfort y Silvia pasaron una hora y media buscando a Armendáriz por el tupido bosque. Estaban convencidos de que no lo encontrarían, pero aun así continuaban llamándolo con unos gritos que nadie oía. A medida que el día avanzaba, el cielo se iba encapotando. Monfort miró las nubes y recordó la tarde en que lo sorprendió la

brutal tormenta. Si no hubiera sido por Armendáriz, podía haber muerto allí mismo. Le debía una.

—¿Por qué se habrá marchado así, de repente? —preguntó Silvia harta de caminar entre troncos muertos y piedras enormes.

—No lo sé —contestó el inspector apesadumbrado—. Nada me dio signo alguno de que quisiera irse. Tampoco creo que tenga adónde ir.

—¿No mencionó a nadie?

—Sí, ahora que lo dices, me habló de un anciano cura de Vilafranca del Cid. Quiso que fuera a vivir allí con él, pero Armendáriz no aceptó para no causarle problemas. El cura le proporcionaba comida y mantas para ayudarle a pasar el frío invierno aquí arriba. Ese hombre fue quien lo puso al día de lo que sucedía en Valencia después de que se marchara.

—Podemos ir a verlo —espetó Silvia con cierto entusiasmo.

—No, no podemos, está muerto —sentenció Monfort—. Armendáriz le contaba sus penas y el anciano creyó en su inocencia y se apiadó de él. Luego, cuando el viejo cura murió, dejó de tener contacto con la gente del pueblo y apenas si bajaba muy de vez en cuando.

Mientras hablaban llegaron hasta el camino en el que se encontraba el coche. Manióbró para dar la vuelta en un recodo de la estrecha vereda y se encaminaron lentamente a Vilafranca del Cid.

Las nubes se expandieron sobre las montañas como algodón de azúcar. El color gris de antes viró ahora a un tono blanquecino. Antes de que el Volvo llegara al albergue, junto a la carretera, empezaron a caer grandes copos de nieve. Pronto todo quedaría cubierto por un manto blanco que borraría las huellas que Armendáriz y su perro habrían dejado en su camino.

Cruzaron despacio la población. Un tractor cargado de troncos ralentizaba la marcha considerablemente. Silvia miró el cuentakilómetros de reojo y comprobó que iban a menos de treinta por hora.

—¿No paramos para comprobar si alguien sabe algo de Armendáriz? —preguntó con extrañeza cuando ya estaban saliendo del pueblo.

—No vale la pena —contestó Monfort, pensando que no quería pasear por el pueblo junto a Silvia: el recuerdo de Violeta se hacía allí demasiado intenso y pesaba como una losa—. Estoy seguro de que no saben nada del viejo, además, si sigue nevando así, es posible que no podamos bajar el puerto y nos quedemos incomunicados.

Apenas una hora más tarde estaban sentados en el restaurante La Pelejaneta, a pie de carretera, a unos treinta kilómetros de la ciudad de Castellón.

—Pide por mí, si no es molestia —dijo Silvia encaminándose al baño; sabía que si pedía Monfort, acertaría.

El camarero se acercó a la mesa portando un plato con recias rebanadas de pan y un par de tomates de los de colgar. En la otra mano llevaba un pequeño cuenco con

all i oli. Después tomó libreta y bolígrafo. Monfort dejó a un lado la carta con el menú.

—De primero, *carpaccio* de bacalao con caviar de trucha y *foie* al Pedro Ximénez. Para compartir.

—Muy bien. ¿Y de segundo?

—De segundo, arroz caldoso de perdiz y caracoles, para los dos.

—Estupendo —asintió solícito el camarero—. ¿Para beber?

—Una botella de tinto reserva Conde Valdemar —concluyó cuando ya llegaba Silvia.

—Una elección estupenda.

—Gracias —contestó extendiendo la servilleta de hilo para colocarla sobre sus piernas.

La reunión que mantuvieron en la trastienda de la calle Alloza se prolongó más tiempo de lo que Silvia había esperado, pero dio su fruto. Margarita Renau relató su penoso trecho de vida junto a Javier Serós. No había sido fácil, para una mujer a la que las apariencias importaban más que otra cosa, vivir con la certeza de que su marido le era infiel con todas las que podía. Serós se había convertido en un hombre vicioso y déspota, y su esposa sufría las consecuencias en silencio para que nadie la tildara de perdedora o de no saber llevar su matrimonio con dignidad. Margarita Renau era atractiva, elegante, trabajadora y buena madre, pero todos aquellos méritos no la convertían en una persona fuerte capaz de sacar a flote su propia personalidad. Silvia intuyó que su actual relación con el abogado Rovira estaba condenada al fracaso por tratarse de un hombre con características similares al mismo Serós. Margarita era una de esas mujeres que tropiezan una y otra vez con el mismo tipo de hombre, a los que parecen atraer tanto como si llevaran un cartel colgado del pecho anunciando su infantil inocencia.

La sobremesa se alargó más de la cuenta. Monfort y Silvia repasaron, una vez más, todas las cosas que quedaban pendientes de resolver que, a decir verdad, todavía eran muchas. En aquel restaurante construido en una vieja casa de piedra, entre Castellón de la Plana y Vilafranca del Cid, no tenían ninguna prisa por que los clientes se levantaran de la mesa, y eso era de agradecer.

Monfort salió a la calle a fumar un cigarrillo. Silvia pidió más café. Las nubes seguían densas por el norte, estancadas allí arriba, varadas como barcos a tierra firme, vertiendo nieve a las montañas. El inspector llamó a Romerales para interesarse por la búsqueda de Luisa Oliveres, pero todo seguía igual. Cuando el jefe le preguntó dónde estaban, terminó rápidamente la comunicación dando excusas. Ya tendrían tiempo de hablar de la huida del ermitaño. Al entrar de nuevo en el restaurante colocó sobre la mesa la hoja de papel escrita por Armendáriz. La alisaba con la palma de la mano mientras la leía en voz alta.

—¡Malditas notas! —exclamó—. ¡Estoy harto de tanta notita!

—Supongo que será la letra de Armendáriz... —apuntó Silvia.

Monfort procesó las palabras de su compañera y en su cerebro se pusieron en marcha una serie de resortes que ya empezaban a chirriar oxidados.

La doctora Trencó y el doctor Morata se encontraban en el despacho de Romerales. Sonia llevaba puestas las grandes gafas de sol que cubrían su ojo amoratado. El comisario llamó por la línea interna y pidió que un agente tomara declaración a la doctora e iniciara los trámites para denunciar a Israel Bonet.

Con firmeza y decisión, Sonia relató al jefe de la Policía lo que había sucedido en su piso de la calle Gaibiel. Este le dijo que tendría que repetirlo delante de una grabadora. Asintió sin dilación. Romerales los acompañó a otro despacho en el que un agente efectuaba los preparativos para la declaración.

Sonia Trencó empezó a contar los detalles de la agresión. En una esquina del despacho, Romerales y Morata escuchaban atentos. Nada más iniciarse la grabación llegaron Monfort y Silvia Redó. El comisario les hizo un gesto con la mano para que entraran en la sala, con el dedo índice sobre los labios para que guardaran silencio. Sonia continuó su relato sin importarle que el inspector y la agente estuvieran allí. A medida que iba desgranando los detalles de la discusión, los presentes intercambiaban miradas de complicidad.

Monfort pensaba a toda prisa mientras ella hablaba... Israel era el hombre que se había cruzado en el portal de su casa, de eso estaba seguro, y le preocupó que él mismo pudiera haber sido el causante de la discusión. La bolsa de deporte... llena de cacharros metálicos, seguramente instrumentos de escalada entre los que bien podría encontrarse un cuchillo de montaña; la reacción violenta de Israel cuando ella miró la bolsa; las alusiones a Dios; su forma de tratarla como si fuera una cualquiera que iba por ahí regalando su cuerpo... Las notas hablaban de la promiscuidad y del adulterio... Israel acusó a Sonia de acostarse con otro... Podía ser todo una mera casualidad, meditó Monfort, pero también podría tratarse de la persona que andaban buscando desesperadamente. Se le ocurrió que deberían analizar el ordenador que había en casa de Sonia para comprobar si las malditas notas se habían escrito con él. El cerebro del inspector iba a cien por hora, pero también el de Silvia y el de Romerales y el del doctor Morata trabajaban sin cesar mientras Sonia se desahogaba. Monfort sintió una rabia inmensa por todas las víctimas de los desgraciados que arremetían contra ellas. Su propia experiencia se cruzó una vez más por su mente y odió con todas sus fuerzas a los desalmados capaces de semejantes actos. Una corriente eléctrica recorrió su espina dorsal, pero cerró los puños, tragó saliva y siguió concentrado en aquel trabajo doble de escuchar y sacar conclusiones a toda velocidad. Una mujer seguía retenida en algún lugar y el secuestrador podía ser el novio de la doctora Trencó. Sonaba rocambolesco, pero sonaba a algo al fin y al cabo.

Era un hilo del que había que tirar y pronto. Le hizo una señal a Romerales para que lo acompañara fuera de la sala donde se estaba grabando la declaración. El comisario lo entendió a la primera.

—Hay que detener a ese tío. Puede ser el hombre que estamos buscando y estaba delante de nuestras narices —le dijo a Romerales, que ya tenía el teléfono en la mano.

—¿Dónde estabais? —preguntó mientras marcaba un número interno de la comisaría.

—Hemos ido a ver a Armendáriz, el viejo ermitaño. Queríamos saber más acerca de las citas bíblicas.

—¿Y qué os ha dicho? —Romerales cortó la llamada para escuchar a Monfort.

—Nada. Se ha largado.

—¿Se ha ido? —preguntó el jefe estupefacto.

—Sí, y ha dejado una puñetera nota clavada en la pared —contestó tendiendo la hoja escrita por Armendáriz.

Romerales desplegó la nota y la leyó con atención. Guardó silencio unos instantes.

—¿Qué piensas después de oír lo que le ha pasado a la doctora Trencó? —le preguntó devolviéndole la nota.

—Armendáriz habló de un imitador...

—Armendáriz huyendo por el monte y un escalador aficionado en su búsqueda. Sí, puede que Israel sea nuestro hombre —sentenció Romerales.

Marcó de nuevo el número interno y ordenó una reunión de urgencia en quince minutos.

—Hay que detenerle inmediatamente. La única preocupación ahora es que acabe antes con la vida de Luisa Oliveres y no podamos salvarla a tiempo —le dijo a Monfort todavía con el auricular en la mano.

—No lo hará —afirmó el inspector—. No lo hará porque le gusta darse protagonismo, se cree un artista del crimen.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por las malditas notas. Sabe que nos está volviendo locos con las malditas notas. Y eso le gusta.

Nada mejor para reconciliarse que hacer el amor. Eso fue lo que pensó Joaquín Rovira aún con el resuello del esfuerzo amoroso. El abogado resoplaba tumbado entre las sábanas de satén de su amante.

—No vuelvas a mentirme. —Margarita se dio la vuelta acercándose a él.

—No lo haré —contestó Joaquín con un gallo que traicionó sus palabras.

Margarita enrolló su cuerpo con la sábana y se dirigió al cuarto de baño. Él le lanzó un beso observando embobado la parte de sus nalgas que quedaba al aire. Oyó el sonido del agua correr en la ducha. Cruzó los brazos por detrás de su cabeza y miró

el techo con la sonrisa bobalicona del que se cree vencedor.

—Deberíamos cenar algo —comentó ella saliendo del baño y caminando hacia el lujoso vestidor.

—¿Quieres que salgamos? —propuso Rovira haciéndose el galán.

—Prefiero aquí —zanjó Margarita.

—¡Vamos a ver qué hay en la cocina de una tigresa! —exclamó el abogado incorporándose con brío de la cama para pasearse desnudo por la habitación, orgulloso del buen papel que había hecho.

—Ponte algo —dijo Margarita divertida, y le lanzó el calzoncillo que él había dejado sobre una silla de la habitación.

Rovira alcanzó la prenda al vuelo y le dio varias vueltas en el aire como si fuera el lazo de un domador de caballos. Se vistió con lo que encontró y fue hasta la cocina. Abrió todos los cajones canturreando hasta que por fin encontró lo que buscaba. Llenó de agua un recipiente y lo puso sobre uno de los fuegos. Peló varios dientes de ajo, colocó una sartén en otro de los fuegos y vertió en ella un poco de aceite de oliva. El agua empezó a hervir enseguida, es lo que tiene la inducción, pensó presumiendo de chef experimentado. Echó en el agua una pizca de sal e introdujo la medida justa de espaguetis para dos personas. A continuación incorporó los dientes de ajo, pelados pero enteros, en la sartén con el aceite caliente. Bajó la potencia de la placa al mínimo y dejó que el aceite se impregnara de todo el sabor y el olor de los ajos sin que estos llegaran a quemarse. Buscó en la nevera algo para beber. Abrió una botella de Chardonnay y lo sirvió en dos copas de fino cristal. Sacó servilletas y cubiertos de un cajón y los dispuso en la barra de desayunos de la cocina. Comprobó que los espaguetis estuvieran al dente y los escurrió. Los repartió en dos platos, retiró los ajos del aceite caliente y vertió un par de cucharadas del mismo sobre la pasta. Finalmente tomó un pedazo de queso parmesano que había en la nevera y lo ralló generosamente por encima.

—*Voilà!* —exclamó adoptando un afectado acento francés, mientras le hacía una reverencia a Margarita, que entraba en la cocina hipnotizada por el sugerente aroma.

Margarita se acercó a Joaquín y succionó sus labios como si quisiera arrancarlos de un bocado. Se sentaron frente a frente y brindaron mirándose a los ojos. Entonces oyeron que alguien introducía la llave en la cerradura y entraba en el piso. Ella recordó que no había echado el cerrojo de seguridad.

—¡Buenas! —saludó Bernat antes de entrar en la cocina—. ¡Qué bien huele! Parece que llego a tiempo para cenar.

Margarita y Joaquín se quedaron mudos. Ambos tenían las mejillas arrojadas. Bernat entró en la cocina y sus ojos se incendiaron.

—¿Podemos hablar un momento... a solas? —le preguntó a su madre sin dejar de clavar la mirada en los ojos del abogado.

Margarita se atusó el pelo y se dirigió deprisa al vestíbulo, al que había regresado Bernat.

—Lo hemos incinerado hoy, ¿te das cuenta? Sí, claro que te das cuenta: lo estás celebrando.

—Bernat..., yo...

No sabía qué decir. Cuando su hijo se enfadaba no le gustaba estar cerca de él. Tenía un carácter muy fuerte.

—Joaquín y yo hemos hecho las paces, pensamos que...

—¡Y lo celebráis hoy! —interrumpió a gritos Bernat.

Rovira se acercó al vestíbulo.

—No es culpa de tu madre, no te enfa...

—¡Y tú, cállate! —gritó Bernat señalándolo con el dedo—. ¿Qué estás buscando?

—¡No te consiento que hables así! —gritó Margarita.

—Verás, Bernat, tu madre y yo...

—¡Fuera de aquí!

Abrió la puerta para que se marchara. El abogado recogió sus cosas y salió de la vivienda mirando con languidez a su amante.

En el lujoso piso de la plaza Huerto Sogueros, los espaguetis con aceite perfumado al ajo y queso parmesano se habían enfriado y echado a perder, como tantas cosas en aquella familia.

Imaginó que estaba muerta. Creyó que si se convencía de que ya había muerto, todo sería más fácil. Poco a poco iba dejando de respirar. Pensó que sería sencillo acabar de una vez por todas. Seguía sin sentir nada de cintura para abajo. Con toda seguridad, le había causado graves lesiones en las piernas con sus patadas. Dejó caer el cuello hacia atrás hasta tocar con la cabeza la viga a la que permanecía atada. Cerró los ojos. Aunque allí dentro reinaba una oscuridad total, cerrarlos le proporcionó algo parecido a un masaje. Toda la tensión acumulada en aquellos días se concentraba ahora en sus ojos. No los cerraba para dormir como había intentado en tantas ocasiones desde su cautiverio, ahora los cerraba para morir, para dejar de sufrir aquel calvario al que, sin que entendiera la razón, la tenía sometida. Oír su voz había sido como firmar su sentencia de muerte. Ya no le daba miedo pensar en aquella palabra, al contrario, parecía haber hecho un pacto con el miedo, vendido su alma para poder asumir el tránsito al que estaba a punto de acceder. Morir no era nada comparado con el descubrimiento que acababa de hacer, y el sufrimiento de aquellos días, los golpes, las patadas, el hambre, la sed, el sueño..., el asco que sentía entre aquellas paredes. Se había orinado encima tantas veces... Ya no quedaban lágrimas que verter, ya no quedaba nada de lo que lamentarse. Bienvenida, le dijo mentalmente a la muerte, llévame cuando quieras, ahora estoy preparada.

Tras la declaración de Sonia Trencó, en la que inculpaba a su novio de las lesiones sufridas, el doctor Morata se ofreció para acompañarla a casa de sus padres. Ella le dijo que antes debía pasar por el piso de la calle Gaibiel a recoger algunas cosas. Monfort y Silvia se dispusieron a acompañarlos. Entrar sola en el lugar en el que habían ocurrido los hechos no era demasiado aconsejable. Era poco probable que Israel hubiese vuelto, pero más valía andarse con ojo.

Sonia subió al coche del doctor Morata. Monfort y Silvia los siguieron de cerca con el suyo. Los padres de Sonia no sabían nada sobre lo ocurrido. Había sido orden expresa de la forense que no se lo comunicaran, quería hacerlo ella misma. Morata y Monfort estacionaron los coches en una zona de carga y descarga cercana a la entrada de la finca. Un agente de la Policía Municipal se acercó deprisa para indicarles que allí no podían dejar los vehículos. Silvia le enseñó la placa e invitó al agente a que se quedara allí mientras subían al piso.

Sonia abrió la puerta con mano temblorosa. Una lágrima le cayó despacio mejilla abajo. El doctor Morata le acarició el pelo para intentar reconfortarla. El inspector les hizo una señal para que los dejaran entrar a ellos primero. Lo hicieron con cuidado, Silvia encendió la luz del recibidor con una mano, la otra acariciaba su arma reglamentaria. Indicó con un gesto que no se movieran de allí. Encendieron las luces y entraron en todas las estancias. No había nadie. Monfort se lo hizo saber a la dueña del piso.

Sonia llenaba una maleta con ropa y algunos objetos. Sus sollozos se oían con claridad a través del pasillo.

—Lo va a pasar mal, es una mujer muy sensible, no se esperaba que él reaccionara así —dijo Morata a Monfort.

Ambos estaban de pie, junto a la puerta; Silvia buscaba alguna cosa que pudiera ser de interés.

—¿Que reaccionara así? —preguntó el inspector ligeramente extrañado pero sin mencionar sus verdaderas sospechas acerca de Israel.

—Iba a romper con él —afirmó Morata.

—¿Cómo?

—Vino al laboratorio el domingo por la mañana y me lo contó. No solemos trabajar en domingo si no hay alguna urgencia, y este no la había —dijo el doctor en voz baja para que Sonia no lo oyera—. Estaba muy nerviosa, no parecía ella. Le pasaba algo con ese hombre, pero se lo guarda todo, no cuenta nunca nada, es muy reservada.

—¿Y por qué no ha dicho que quería romper con él en la declaración? —preguntó Monfort molesto.

Morata se encogió de hombros.

—Quizá no ha tenido el valor suficiente para hacerlo —apuntó Silvia reuniéndose

con ellos en el recibidor.

—¿Para hacer qué? —preguntó Morata confundido.

—Para inculparlo de algo que se teme —contestó Silvia.

El doctor Morata cargó la maleta de Sonia en su coche y la acompañó a casa de sus padres. Allí la esperaba otra situación desagradable. Morata era un buen jefe y un gran tipo, pensó el inspector.

—¿Te llevo a algún sitio? —preguntó Monfort a Silvia abriéndole la puerta del coche.

—Si no te importa...

—En absoluto, es temprano. ¿A casa del doctorcito?

—Menos cachondeo —le advirtió ella.

De vuelta al hotel, Monfort estuvo tentado de parar en algún bar de los muchos que vio por el camino, pero ya fuera porque no encontró aparcamiento o porque hizo un esfuerzo, que tildó de sobrehumano, no se detuvo hasta que el Volvo estuvo a buen recaudo en el aparcamiento del hotel.

No había nada que le gustara en la televisión y retomó la lectura del libro de Donna Tartt, pero no consiguió concentrarse y lo dejó a un lado. Sacó las copias de las citas bíblicas de una carpeta, así como un buen puñado de fotografías tomadas en la escena de los dos crímenes. Colocó las fotografías de los cadáveres de Serós y de Valiente en el centro, y a su alrededor las citas escritas a ordenador. A algunos les podría parecer la obra de un imitador, pero a él le parecía el trabajo de un chapucero. Se veía a todas luces que sabía poco de temas religiosos. Las citas no seguían ningún orden, con toda probabilidad las había sacado de Internet. Tuvo una idea. Bajó a recepción y se colocó delante de uno de los ordenadores para uso de los clientes. No tenía mucha experiencia con aquellos artilugios, pero pensó que era mejor así. Clicó dos veces sobre el logotipo de Google que había en la pantalla principal y tecleó la primera cita, la que habían encontrado en la cajita junto a los genitales de Javier Serós. El resultado, un montón de páginas que hablaban de aquella y de otras citas más o menos similares. Clicó encima de la primera opción:

Mateo 5:30 «Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno».

Escribió el resultado en su libreta. Copió la segunda nota en la barra de Google. Otra lista de lugares que hablaban de aquella cita. Eligió la primera opción:

Juan 8:34 «Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, es siervo de pecado».

Volvió a copiar en la libreta lo que allí ponía y escribió la nota hallada en el parabrisas del coche de Romerales, y que hacía alusión al presunto secuestro de Luisa

Oliveres. La primera entrada decía:

Apocalipsis 22:15 «Afuera están los perros, los hechiceros, los inmorales, los asesinos, los idólatras y todo el que ama y practica la mentira».

La transcribió en su libreta. A diferencia de las demás, aquella cita era exactamente igual en la nota, no había utilizado un fragmento. En aquella ocasión, quien lo escribió encontró una cita que, completa, le venía perfecta para lo que quería transmitir, pero además lo acompañó con un añadido propio para que hiciera mayor alusión al secuestro.

«Y dentro la tengo a ella, pero vosotros no la encontraréis si Dios y el diablo no quieren».

Finalmente sacó la copia de la nota escrita de su puño y letra por Armendáriz antes de abandonar su cabaña. La escribió en la barra de búsqueda.

«Al que llegara hasta este lugar, cobijese y sírvase de lo necesario durante su refugio. La montaña cuidó de mí, ahora yo cuidaré de la montaña, pronto, mañana, si Dios y el diablo quieren».

En Internet no había ninguna entrada referente a aquel texto escrito por Armendáriz. Sin moverse del ordenador leyó los textos seguidos, varias veces. Llegó un grupo de jóvenes y colapsó la recepción con gran estrépito mientras les tomaban los datos y preparaban las tarjetas de las habitaciones. Las volvió a leer pese al ruido. Comparó la coincidencia, la tenía allí, delante de sus narices.

«Y dentro la tengo a ella, pero vosotros no la encontraréis si Dios y el diablo no quieren».

«Al que llegara hasta este lugar, cobijese y sírvase de lo necesario durante su refugio. La montaña cuidó de mí, ahora yo cuidaré de la montaña, pronto, mañana, si Dios y el diablo quieren».

Subió deprisa a la habitación, abrió la ventana, encendió un cigarrillo y caminó por la estancia como una bestia enjaulada. Un imitador, un imitador, un imitador... Armendáriz había dicho lo del imitador y a él le había rondado por la cabeza desde entonces. Armendáriz no podía haber cometido los crímenes, era imposible..., pero lo había subestimado. Telefoneó a Silvia sin importarle la hora. Comunicaba. El aire frío entraba en el interior de la habitación. Dudó en llamar a Romerales. Empezó a teclear su número pero colgó enseguida, prefería hablar con Silvia primero. Seguía comunicando. El cielo de Castellón dejaba ver algunas estrellas, las más brillantes, pensó Monfort. En una noche como aquella, un hombre acostumbrado a caminar por la montaña podía avanzar un largo trecho. Sonó el móvil y la vibración en la mano lo sobresaltó.

—Soy Silvia.

—Lo veo en la pantalla.

—Las notas... —dijo la agente.

—Tenemos telepatía —interrumpió Monfort.

—Puede ser —replicó ella—. ¿Qué narices es eso de si Dios y el diablo quieren o no quieren?

—No lo sé, en eso estoy. Es la única coincidencia entre las notas del asesino y la de Armendáriz. Ahora iba a llamar al jefe.

—¿Para? —preguntó Silvia.

—Le dije que no era necesario que buscáramos al ermitaño.

—Monfort, tienes un problema.

—¿Por qué tengo yo siempre el problema y no lo comparto con los demás?

—Nos vemos en la comisaría en diez minutos —dijo Silvia colgando rápidamente el móvil mientras pensaba qué le diría a Jaume.

—¡A veces creo que somos gilipollas! —gritó Romerales marcando el número de la Unidad de Acción Rural de la Guardia Civil en Castellón.

Jueves 4 de diciembre

(Decimotercer día)

27

La Guardia Civil había iniciado la búsqueda de Juan Armendáriz por las montañas de Vilafranca del Cid. Una dotación batía los caminos cercanos a la cabaña y otras dos los pueblos de alrededor, concentrándose una de ellas en los de la provincia de Castellón: Cinctorres, Castellfort y Morella..., mientras que la segunda dotación lo hacía en los pueblos limítrofes de la provincia de Teruel: La Iglesuela del Cid, Cantavieja, Mosqueruela...

Monfort dudaba que pudieran encontrar al ermitaño, pero no quiso incidir en ello, el jefe Romerales ya estaba bastante fuera de sí como para incordiarlo más aún. Lo que ahora veía claro era que la solución estaba en aquella coincidencia. Quien fuera que hubiera causado las muertes tenía algo que ver con la extraña frase utilizada en las dos notas. Estaba seguro de que Armendáriz había querido expresarse con algo más que una simple despedida.

Después de desayunar en el hotel fue andando hasta la comisaría de la ronda de la Magdalena. Se había acostado muy tarde la noche anterior, pero apenas había podido pegar ojo después de la reunión en la comisaría. Silvia se marchó en un taxi de vuelta a casa de Jaume Ribes. Se habían citado de nuevo en la comisaría a las nueve de la mañana.

Aún no había llegado oficialmente el invierno a Castellón, pero el paso de la tormenta *Cecilia* había dejado la ciudad sumida en un profundo estado invernal. Las calles estaban empapadas de humedad y la gente caminaba deprisa hacia sus puestos de trabajo. Una algarabía de niños se disponía a iniciar una alegre jornada escolar.

Silvia Redó se bajaba de un taxi cuando Monfort llegó a la puerta de la comisaría.

—No vas a ganar para taxis —la saludó Monfort.

—Yo también te deseo buenos días —contestó ella—. No he pegado ojo.

—Debe ser la testosterona del doctorcito —apuntó Monfort recibiendo una puñalada visual de Silvia.

—¡Adelante! —gritó el comisario desde el interior de su despacho.

Silvia tomó asiento y Monfort se dirigió al mueble donde estaba la cafetera.

—¿Se sabe algo de Israel o de Armendáriz? —preguntó la agente Redó mientras el inspector llenaba el depósito del agua.

—Todavía no —dijo Romerales visiblemente enfurruñado—. Del que sí hemos recibido noticias es de Enrique Gálvez.

Monfort dejó de trastear con la cafetera y se volvió interrogando al jefe con la

mirada.

—¿Y bien? —preguntó Silvia.

—Ha muerto —confirmó Romerales—. No ha podido superar el coma. Los agentes que estaban en el hospital hablarán con su esposa en cuanto les sea posible, pero es evidente que no sabrá más de lo que ya contó.

Monfort lanzó un bufido. Recordó las palabras de Gálvez a su esposa antes de entrar en coma: «No se lo dije al policía. Javier Serós me dijo que estaban en peligro. Luisa y él estaban en peligro». Ahora ya no servían de nada. La solución al enigma de aquellas palabras se había marchado con él al viaje más largo.

—Se nos escapan... —dijo Romerales en voz baja, como si hablara solo—. Israel Bonet, Juan Armendáriz, Luisa Oliveres... y ahora se nos muere el único que parecía saber algo. Se llevará el secreto a la tumba. ¿Qué diantres contaría Javier Serós? ¿Cómo es posible que Gálvez no le explicara aquello a nadie? —El tono del comisario iba pasando por todos los estados posibles, desde el abatimiento hasta el enfurecimiento total.

—Así es la vida real, jefe —sentenció el inspector—. No es como en las novelas o en las películas, donde todo cuadra al final. En la mayoría de los crímenes quedan cabos sueltos que nunca se llegan a atar, lo sabes de sobra.

—Tienes razón, Monfort, tienes razón, pero no me negarás que, de momento, en este caso, todas las piezas bailan, se mueven, se zarandean... pero no caen.

—¿Sabe Corral lo de Enrique Gálvez? —preguntó Monfort.

—No —contestó Romerales torciendo el gesto—. Ahora llamarán de Asuntos Internos para que cuente lo que ocurrió en el interrogatorio.

Un agente llamó a la puerta. Silvia lo atendió fuera del despacho. Volvió a entrar enseguida con el rostro iluminado.

—Han encontrado a Israel Bonet —anunció.

—¿Lo han detenido en el gimnasio?

—Sí, en el gimnasio. El tío ha acudido a trabajar como todos los días —respondió Romerales.

Un agente preparaba la sala de interrogatorios. Silvia y Monfort hablaban con su jefe en el angosto pasillo; detrás de una de aquellas puertas aguardaba Israel Bonet. El inspector abrió una pequeña ventana que daba a un patio interior. Encendió un cigarrillo y, tras la primera calada, echó el humo fuera del pasillo a través de la ventana.

—Es raro —observó mirando a Silvia—. ¿Lo ha detenido Corral? —preguntó dirigiéndose ahora a Romerales.

—Sí, Terreros y García habían ido allí para hacer algunas preguntas al personal y a los clientes del gimnasio. Por cierto, hay una chica, la de recepción, que se ha puesto a llorar, parece que tiene algo que contarnos. Y de repente ha entrado Israel

como si nada, con su bolsa de deporte, bromeando con los compañeros como si nada hubiera pasado. Terreros y García han llamado a Corral, que ha acudido de inmediato y lo ha detenido.

—O sea, que no está en la montaña ni escalando ni nada parecido —terció Monfort un tanto jocoso.

—Pues no —certificó Romerales—. Parece que teníamos otra pista falsa, otra más. —Estaba enfadado, se le notaba—. Está aquí, a buen recaudo; ahora meditando hasta que decidamos qué vamos a hacer con él.

—Retenerlo por agresión a la doctora Trencó —apuntó Silvia.

—Hasta que podamos —puntualizó el comisario—. Por cierto, en la bolsa de deporte llevaba aparatos de gimnasio, barras metálicas y mancuernas o como leches se llamen esos cacharros.

—Cosas con las que bien se podría dar una buena paliza a alguien —observó Monfort.

—Sí, pero ningún cuchillo de caza, ni cuerdas de escalada, ni clavos, ni picos, ni nada que sirva para trepar paredes. En fin, no me gusta. Es posible que sacáramos alguna conclusión un tanto precipitada.

Monfort le dio una palmada en la espalda para que se animara, pero no lo consiguió.

—Un momento —continuó Romerales—, ¿qué hacemos con Armendáriz, intensificamos la búsqueda?

—No hagas nada más —dijo Monfort.

—¿No?

—No. Tarde o temprano lo encontrarán. Si lo acorralamos, lo perderemos para siempre.

—¿Tan seguro estás?

—Tanto como que esta comisaría cualquier día se os cae encima.

Romerales lanzó un bufido.

—¿Quién empieza con Israel? —preguntó—. Si lo hace Corral... ya sabes.

—Que espere un poco. Que purgue como los caracoles —propuso Monfort—. A ver si se le quitan de una vez las ganas de pegar a las mujeres.

—¿Está al corriente del motivo de su detención? —preguntó Silvia.

—Sí, claro, se lo dijo Corral —contestó el comisario.

—O sea, que se debe de imaginar que ha sido su novia la que lo ha denunciado —apuntó la agente.

—Sí.

—Pues hay que retenerlo todo el tiempo que sea posible, o de lo contrario la vida de la doctora Trencó correrá peligro —intervino Monfort.

—Yo empiezo con el interrogatorio —terció Silvia levantando el brazo—. Quiero que me cuente qué tipo de placer experimenta golpeando a su pareja.

—Recuerda que cabe la posibilidad de que sea él quien tenga a Luisa Oliveres

retenida —sugirió Romerales—. Y lo que es más importante, no olvides que podemos estar delante de nuestro hombre. Que no te vea venir.

—No lo olvido, jefe, no lo olvido —contestó Redó abriendo la puerta del pequeño cuarto de interrogatorios.

Monfort miró a través del cristal. Había un agente de pie junto a la puerta. En la silla, sentado, estaba Israel con el rostro abatido y las manos a la espalda con las esposas puestas. Silvia indicó al policía que se las quitara. Seguidamente puso en marcha la grabadora y pronunciando el día y la hora exactos en los que se iniciaba la grabación dejó caer las dos primeras preguntas seguidas:

—¿Te gusta maltratar a las mujeres? ¿Cuántas veces le has pegado a tu novia?

Monfort sonrió a Romerales. El interrogatorio duraría mucho tiempo; estaba seguro de la eficacia de su compañera. Lo volvería loco con preguntas de toda índole para que cayera en la trampa. Haría, ella sola, de poli bueno y poli malo, no le hacía falta nadie más. Si Israel escondía algo, no se le pasaría por alto.

—¿Te vas? —preguntó Romerales al inspector cuando vio que este se despedía de él con la mano.

—Déjala trabajar —concluyó, y afirmó con la cabeza.

Media hora tardó en llegar hasta Oropesa del Mar. En el piso de la calle Pizarro no había nadie. Quería hablar con el hijo de Margarita Renau y Javier Serós. La última vez que se vieron no pudo preguntarle algunas cosas que todavía retenía en alguno de los cajones de su cerebro, el de los asuntos pendientes. Miró los buzones y encontró el de la joven pareja: Bernat Serós y Mónica Arregui, 2.º 2.ª. Introdujo dos dedos por la rendija del buzón y extrajo varias cartas. Una de Caja Rural, otra de Iberdrola y una tercera del puerto deportivo de Oropesa del Mar. Abrió la tercera y devolvió las otras dos al interior del buzón. Era el recibo del alquiler de un amarre en el puerto. La dobló para guardársela en el bolsillo y salió a la calle. Preguntó a un hombre que pasaba por allí cómo se iba al puerto deportivo y se dirigió hasta allí.

El puerto estaba solitario. La debilitada marea que llegaba hasta los pantalanes, a través de la estrecha bocana, propiciaba un cadencioso bailoteo en las pequeñas embarcaciones amarradas. Algunos hombres limpiaban los cascos de sus barcos. Una gran lancha de la Guardia Civil estaba amarrada junto al edificio de Capitanía. Había un bar sin clientes y un par de tiendas de enseres náuticos. Un almacén de grandes dimensiones exhibía dos lujosos yates de tamaño medio, y seguramente de precio prohibitivo. El rumor del mar y los graznidos de las gaviotas transportaron a Monfort hacia un lugar desconocido. El edificio de Capitanía estaba abierto y se podía ver actividad en las oficinas a través de los ventanales. En los bajos había un restaurante. Una pizarra en el exterior anunciaba paella valenciana, arroz negro, arroz con bogavante y otras delicias arroceras de las que en Castellón eran verdaderos maestros. Pero estaba cerrado. Monfort escuchó una señal de protesta en su estómago al leer

aquellas maravillas. Buscó el pantalán número 7. Caminó entre las embarcaciones leyendo los números de los amarres. Finalmente, en el número 22, encontró a Bernat con las manos llenas de grasa y el motor de su embarcación desmontado por completo.

—Buenas tardes —saludó Monfort—. Yo no sabría ni siquiera cómo empezar a montarlo de nuevo —dijo señalando el motor.

—¡Hola! —saludó Bernat sorprendido—. Es cuestión de práctica, inspector. Supongo que sabe usted montar y desmontar su arma pieza a pieza.

—No creas, nunca he sido lo que se dice un manitas. En la academia siempre convencía a algún compañero para que hiciera ese trabajo por mí.

—¿Y nunca lo pillaban?

—Sí, claro, muchas veces, seguramente por eso soy sólo inspector —rio poniéndose en cuclillas para estar a la misma altura que Bernat, que se hallaba en el interior de la embarcación—. ¿Es un buen trabajo el de biólogo? —preguntó a continuación.

—Es una profesión poco acertada si no consigues un trabajo fijo o un buen enchufe que te lo proporcione.

—Me comentaste que a veces trabajas para una compañía holandesa.

—Sí. Investigamos principalmente un alga muy escasa que ha arraigado con éxito frente a las islas Columbretes. Cada cierto tiempo me encargan tomar muestras para sus estudios, controlar las posibles plagas invasoras..., en fin, catalogar la vida de las extrañas lechugas marinas —bromeó—. Desde que terminé la carrera y volví a casa me sentí atraído por ese puñado de islas. —Señaló un punto en el horizonte—. Las Columbretes son casi todo en mi vida. En la época de las corrientes de migración —continuó hablando sin dejar de mirar al mar abierto—, las islas actúan como un imán para las aves que cruzan el Mediterráneo, entre Europa y África. Ahí reposan y toman fuerzas para continuar su largo viaje. Es un espectáculo magnífico, se lo aseguro. El interés de las islas es todavía mayor cuando nos sumergimos en sus aguas. La complicada topografía, llena de escollos, es el refugio natural de muchas especies sobreexplotadas por la pesca. Se podría decir que es el escondite perfecto de una fauna muy especial.

Bernat se arrodilló en la cubierta de la barca para lavarse las manos en el agua del mar. Luego abrió una nevera de *picnic* y sacó una lata de cerveza.

—¿Quiere una?

—Gracias. El mar me produce sed.

Bernat lanzó la lata y el inspector la atrapó al vuelo.

—El otro día, en casa de mi madre, no estuve muy amable, lo siento. En fin, es todo muy complicado...

—No te preocupes. —El inspector hizo un gesto con la mano para restar importancia a lo sucedido.

—Suba a la barca si quiere. Estará más cómodo que en esa postura.

Monfort subió a bordo comprobando lo vulnerable que era en aquel lugar que se movía constantemente. Se sintió frágil, poca cosa. Bernat abrió su lata de cerveza y le dio un trago largo. Chasqueó la lengua saboreando la bebida. Ambos se sentaron junto al timón de la barca.

—¿A qué ha venido, inspector?

Monfort miró el final de la bocana del puerto, allí donde empezaba el mar de verdad y se acababan las bromas.

—¿Cómo era tu padre?

Bernat exhaló ruidosamente y luego se pellizcó el puente de la nariz.

—Antes era un buen hombre, un padre normal, supongo. Me llevaba a la escuela, cuidaba de mí y de mi madre... En verano íbamos de vacaciones. Pagó mis estudios sin protestar pese a que supusieron un gran desembolso.

—¿Y luego?

—Luego... simplemente se hartó de estar en casa, con nosotros. Siempre estaba por ahí, apenas lo veíamos. Mi madre siempre tenía los ojos rojos de haberse hartado a llorar.

—¿Los oíste discutir muchas veces?

—Tantas que todavía me zumban los oídos por la noche y me despierto oyendo a mi madre llorar desconsolada.

—Pero tengo entendido que él quería estar cerca de ti.

—Sí, pero yo no, no se lo podía permitir. No, por la infelicidad que ella arrastraba.

—¿Otras mujeres? —preguntó Monfort dando un trago a la cerveza, que se mezcló en su paladar con el aroma a salitre del mar.

—¿Otras mujeres? Todas las que podía pagar para satisfacer su alma carroñera. Tenía una mujer atractiva en casa, un hijo que no le causaba problemas, un buen trabajo, un sueldo que le permitía vivir holgadamente, una buena reputación..., pero prefería gastarse el dinero en fulanas, en apuestas, en vicios... No, no se lo podía permitir. Tragué con los consejos de mi madre acerca de que debía seguir pagando todos mis gastos de la universidad, pero no podía permitir que se acercara a mí. No como lo hace un padre.

—¿Crees que merecía morir de esa manera? —preguntó Monfort ligeramente mareado ya por el vaivén.

Bernat dio un último trago y estrujó la lata vacía con una mano como si fuera un trozo de papel. Pensó la respuesta.

—Dicen que a todos los cabrones les llega su hora. El mal sólo lleva al mal. Atrapen al que lo hizo, inspector, aunque solamente sea para que mi madre descanse.

—¿Qué puedes decirme de Joaquín Rovira, el actual...?

—El novio de mi madre —le interrumpió Bernat poniéndose en pie dispuesto a seguir montando el motor de la barca—. No quiero saber nada de ese tipo. ¿Quiere que le diga lo que pienso?

—Adelante.

—Creo que es un oportunista, un vividor. Se encargó del divorcio de mis padres. Además de agenciarse una buena pasta, se llevó a mi madre. Ella sabrá lo que hace.

Monfort terminó la cerveza y la tiró en un cubo de basura. El suelo de la barca se movió a sus pies. Decididamente, aquel hábitat no estaba hecho para él. Deseaba volver a tierra firme y eso que la embarcación seguía amarrada al pantalán.

—¿Se va? —preguntó Bernat, y Monfort asintió con la cabeza—. Si quiere, puedo llevarlo un día a las islas. Están sólo a veintiocho millas. Es una gozada saltar de ola en ola hasta verlas aparecer en mitad de la nada. Parecen un dragón que duerme un plácido sueño que nadie debería incordiar.

Monfort se acordó del día en que fue a ver al abogado Rovira a su casa, en la exclusiva urbanización de La Coma, y vio las islas dormidas tal como había dicho. Le tendió la mano y a continuación saltó dificultosamente al pantalán. Estaba más o menos en tierra firme, aquello lo reconfortó.

—Por cierto —dijo antes de marcharse—. ¿Qué opina tu novia de todo esto? No la hemos visto. Se llama Mónica, ¿verdad?

Bernat se quedó inmóvil apenas dos segundos, el tornillo que sujetaba en la mano cayó al suelo.

—Ella está al margen —dijo con certeza—. Estudia Biotecnología en la Universidad Politécnica de Valencia. Es mejor que siga allí, que se mantenga alejada de esto. Déjenla en paz.

Monfort había pedido un plato de sopa de la casa y de segundo entrecot al punto. El camarero del Eleazar descorchó una botella de vino y le sirvió apenas un dedo para que lo probara. El inspector hizo un gesto para que dejara la botella y no se preocupara de que probara o no el vino, tenía claro que estaría bueno. En ese momento entró Silvia Redó en el restaurante y buscó al inspector con la mirada; sonrió al encontrarlo.

—Lo siento —dijo dejando el bolso para poder quitarse el abrigo—. Llego tarde.

—No te preocupes —contestó Monfort dándole la vuelta a la copa vacía que tenía enfrente y vertiendo en ella tres dedos del rojizo vino de Somontano.

—¡Enate! —exclamó Silvia saboreándolo—. No te privas de nada, jefe.

—Prívate y verás —sentenció él—. Para cuatro días que nos quedan...

—Te quedarán a ti —bromeó ella buscando al camarero con la mirada—. Tomaré lo mismo que él —le dijo antes de que llegara a la mesa.

La sopa los reconfortó, estaba lo suficientemente caliente para abrigar el cuerpo y lo justamente templada para poder tomarla sin soplidos ni aspavientos.

—¿Y bien? —preguntó Monfort una vez acabada la sopa.

—El tal Israel Bonet es un tipo asqueroso. Me ha tenido un montón de horas dale que te pego con lo mismo: que si él no es violento, que si no le había pasado nunca,

que si esto y que si lo otro. Dice que le pegó a su novia porque estaba borracho. Cuenta que había estado bebiendo vodka en el bar de un amigo; ya he enviado a un agente para comprobarlo. Dice que su novia le engaña con otro, pero no tiene ninguna prueba, ningún indicio de que sea cierto. Es un celoso empedernido, se cree un adonis, el más guapo y fuerte de la ciudad. Es un chuleta de cuidado. Pienso que se le han reventado las neuronas de tanto hacer pesas. No hace más que mirarse los músculos una y otra vez, acaricia constantemente sus abdominales y todas esas idioteces; le he preguntado si quería un espejo para mirarse —bromeó la agente—. Terreros y García han hablado con la chica de la recepción del gimnasio, la que lloraba. Dice estar enamorada de Bonet desde hace mucho tiempo, pero que ni siquiera la miraba. Un día, cuando ya no quedaba nadie en el centro, ella se le insinuó y acabaron fornicando en el vestuario, en plan salvaje. Por lo visto, al final él se puso violento. Se le fue la mano y, más que hacerle el amor, la hizo una desgraciada. Va a denunciarlo también.

—Se le va a caer el pelo —señaló Monfort.

El camarero retiró los platos de sopa vacíos y seguidamente apareció con los dos entrecots al punto, acompañados de verduras a la plancha.

—¿Quieren patatas fritas? —preguntó mirando a los dos, aunque más a Silvia que a Monfort.

—Por mí está bien así —contestó ella.

Él negó con la cabeza. El camarero sirvió más vino en ambas copas y desapareció por donde había venido. El local olía a leña, a brasa, a carne y a verduras, a gloria bendita.

—¿Crees que es nuestro hombre? —preguntó Monfort cortando la tierna carne para llevarse un buen pedazo a la boca.

—No creo —contestó Silvia serenamente, mirando a su jefe directamente a los ojos—. Ya me gustaría, pero no creo. Lo siento. Cuando le pregunté por Luisa Oliveres y le dije que es una mujer con fama de atesorar buenas curvas se hizo el interesante. Soltó una broma del tipo «debe de estar en mi agenda» pero nada más, no flaqueó ni un segundo; no le he visto ni un asomo de tener algo que ver en los casos. Lo he dejado sólo una hora para observar su reacción desde fuera. He vuelto a entrar y me he puesto muy dura con que me diga dónde tiene retenida a Luisa Oliveres; le he insinuado que si coopera podemos ayudarle; también le he dicho que le pueden atribuir las muertes de al menos dos personas más. Pero nada, no reacciona. O es un genio de la interpretación —que no lo creo—, o simplemente no es quien buscamos. Repite una y otra vez que siente mucho haberle pegado a su novia, que no volverá a ocurrir. Pregunta cómo está constantemente, pero nada más. El muy animal dice que tiene muchas ganas de verla y de pedirle perdón.

Pasaron el final de la cena hablando de las víctimas y de sus familiares, de los sospechosos, de lo que Enrique Gálvez se había guardado para siempre, de todos aquellos personajes que pululaban alrededor de las muertes, de las notas halladas, de

la desaparición de Armendáriz, de los cabos sueltos, de las cosas que realmente preocupaban, como el estado en el que se encontraría Luisa Oliveres, allí donde estuviera, si es que de verdad estaba secuestrada.

Finalmente Monfort dejó de especular, y resumió lo que opinaba de todo aquello y lo que pretendía llevar a cabo desde aquel preciso momento. Sí, tenía un plan y lo iba a poner en marcha enseguida. Se lo hizo saber porque una vez más la necesitaba. Silvia escuchaba atónita con los ojos como platos; tardó una eternidad en pestañear.

—¡Dos cafés solos! —pidió él.

Silvia dudó, de noche el café no la dejaba dormir.

—Tómatalo, lo vas a necesitar —le recomendó el inspector cuando el camarero llegaba con las dos tacitas de oloroso café recién molido.

Monfort entró con Silvia en el cuarto de interrogatorios en el que permanecía Israel Bonet. Un agente le había llevado un bocadillo y una botella de agua. Apenas había comido, pero en la botella no quedaba ni una gota y el tapón estaba mordido como si aquello fuera a calmarle los nervios.

—Soy el inspector Monfort. Ella es la agente Redó, a quien ya has tenido el gusto de conocer durante todo el día. Yo, como puedes ver, soy menos agradable a la vista, pero es posible que sea un tipo sociable con el que quieras hablar de algo que no le has contado a ella. —Finalmente hizo un gesto con la cabeza para que el agente que lo custodiaba saliera de la sala.

Monfort se dirigió al cristal en el que se podía ver desde fuera lo que pasaba dentro, pero no al revés. Frunció los labios como para besar el cristal cuando intuyó que el bulto que había detrás era el del jefe Romerales. Silvia aguardaba en silencio con el dedo puesto en la grabadora.

—No grabes aún —dijo sin mirarla, como si tuviera ojos en el cogote.

Se volvió despacio, caminó lentamente hasta llegar a la altura de la mesa. Apoyó en el tablero las palmas de sus manos y se agachó hasta que sus ojos quedaron a la misma altura que los del interrogado.

—Nos ha dicho alguien a quien conoces bien que le has contado dónde tienes encerrada a Luisa Oliveres.

—No sé quién es esa... —espetó Israel con los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas.

—¡Cállate! —interrumpió Monfort dando un golpe tan fuerte en la mesa con una de sus manos que esta se levantó dos dedos del suelo—. ¡La misma persona nos ha dicho también que has sido tú el que ha matado a Javier Serós y a Héctor Valiente!

Israel cruzó los brazos sobre la mesa y dejó caer su cabeza abatida sobre ellos. Se hizo un gran silencio en la sala que poco a poco se fue rompiendo por los sollozos que el detenido dejaba escapar a través de sus manos.

Como última opción, Monfort puso encima de la mesa la hoja de papel en la que

había copiado todas las citas halladas hasta el momento.

—Ahora ya puedes poner en marcha la grabadora —le indicó a Silvia.

Viernes 5 de diciembre

(Decimocuarto día)

28

No pudo conciliar el sueño que debía proporcionarle el descanso que tanto necesitaba. Se había retirado al hotel agotado tras el intenso interrogatorio a Bonet, que se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Silvia le había sonsacado todo lo que había podido durante el día; por la noche él no hizo otra cosa que hurgar en sus heridas personales. Nada más. El problema fue que la excitación no le dejó pegar ojo. Tomó una larga ducha y se tumbó sobre la cama sólo con una toalla anudada a la cintura. Dio incontables viajes de la cama a la butaca y viceversa. La lectura no conseguía sacarlo de sus pensamientos. Un programa de deportes de TVE le hizo pegar un par de cabezadas, pero poco más. En su mente se armaba un rompecabezas del que únicamente él veía el final. Deseaba que Silvia hubiese comprendido lo que le había contado durante la cena. Necesitaba que, al menos ella, creyera en su hipótesis por extraña que pudiera parecer. Miró el reloj, una vez más. Por la mañana llamaría a la comisaría para preguntar qué tal había pasado la noche el detenido. Le hubiera gustado también saber cómo se encontraba la doctora Trencó, qué cosas pasarían por su mente. Tenía la esperanza de que lo ocurrido no le dejara secuelas psíquicas, en fin, que no odiara a todos los hombres por igual. Era una mujer inteligente y atractiva. Le gustaba su halo misterioso, su manera de proceder en el aspecto profesional. La cabeza le daba mil vueltas, veía las caras de todos los que desfilaban por aquel macabro asunto. Poco a poco se quedó dormido, por fin, tumbado en la cama, con la televisión en marcha y una lámpara de la habitación encendida. Quedó sumido en un extraño sueño, caía por las escaleras del hotel y, al llegar a la recepción, una trampilla se abría y seguía rodando por los peldaños. No sentía dolor, era como si alguien le estuviera haciendo un masaje en todo el cuerpo; el roce con los angulosos cantos de los peldaños le masajeaba la espalda y las piernas. Cerró los ojos y se dejó llevar escaleras abajo. Oía una plácida musiquilla que cada vez notaba más cerca. En un tiempo difícil de medir llegó hasta una habitación decorada con exquisito gusto, con muebles antiguos bien cuidados y jarrones con perfumados ramos de flores. Cuando dejó de rodar se encontró encima de una cama mullida, muy grande, con sábanas de satén de color negro. Olía a lavanda. En el suelo flotaban nubecillas blancas. La estancia tenía cuatro ventanas, una en cada pared. Las miró y vio que en cada una de ellas había un sol que iluminaba la habitación y conseguía que las sábanas brillaran arrojando chispas encima de su cuerpo. No llevaba más que una toalla anudada a la cintura, tenía el pelo mojado y estaba recién afeitado. No pudo reconocer la fragancia que se acercaba silenciosamente. Sus fosas nasales absorbían

aquella delicia que llegaba hasta él a borbotones. Una puerta que antes no estaba se iba dibujando en una de las paredes de la habitación, poco a poco, con trazos infantiles, como las puertas que pintan los niños en sus cuadernos escolares. Una vez que estuvo completamente dibujada y luego coloreada con los más vivos colores imaginables, el pomo giró muy despacio, terriblemente despacio. No sintió miedo, sólo sosiego y esperanza. Se tumbó boca abajo en la inmensa cama. Unas manos suaves asieron sus tobillos y sintió una oleada de placer. Tiraron de él hacia atrás, su piel rozó el satén y notó que todo su cuerpo se erizaba. Quien fuera que tirara de él, seguía haciéndolo muy despacio, la cama no se acababa nunca, no llegaba al final. Su excitación crecía cada vez más hasta hacerse casi insoportable. Las manos soltaron sus tobillos y sintió cómo la sangre fluía veloz por sus piernas. Ahora se posaron en sus muslos y subieron lentamente por su cuerpo cansado, primero las nalgas, después la cintura, donde se recrearon con un ligero y excitante masaje. Eran manos diestras, acostumbradas a reconfortar el cuerpo de un hombre. Luego masajearon sus hombros agarrotados, la base del cuello, tenso como una piedra que se iba desencajando y gozando de una libertad desconocida. Las yemas de aquellos dedos expertos llegaron a su cabeza y se hundieron en su pelo. El placer y la excitación le producían un dolor inmenso por debajo del vientre. Su sexo luchaba por continuar disfrutando de aquel mundo de placeres mágicos y desbordantes. Las manos acariciaron delicadamente sus orejas..., no conocía el inmenso deleite que allí, entre aquellos pliegues, se escondía. Las caricias retomaron el camino inverso, poco a poco, tan dolorosamente lento que no sabía cuánto tiempo podría aguantarlo. Las manos viajaban despacio, sin prisas, recreándose. Dibujaban los valles y las cimas de su columna vertebral, uno a uno. Creyó que llegaba al clímax. Se sintió estremecer de placer. No escuchó el rumor que le pedía que no se diera la vuelta, desobedeció aquella brisa que le ordenaba estarse quieto; no podía soportarlo más, era un placer tan vívido que creyó que todo su ser estallaría en una convulsión desconocida. La toalla cayó al suelo, las sábanas se escurrieron bajo su piel, los soles que asomaban por las ventanas fueron apagándose poco a poco, acompasadamente, al mismo ritmo que su excitación, que crecía y crecía hasta alcanzar una intensidad inimaginable; su vientre se oprimía, se le cortaba la respiración... y entonces se giró quedando boca arriba en la cama. Las manos pertenecían a una mujer que ocultaba su rostro mirando hacia atrás, girando el cuello de tal forma que parecía retar las leyes naturales. Con un rápido movimiento, la mujer se sentó a horcajadas sobre sus muslos. Tenía un cuerpo escultural; contoneaba sus generosas curvas voluptuosamente y su pelo inició un vaivén cadencioso cargado de lujuria. Empezó a acariciarle el pecho y se recreó en sus pezones pellizcándolos con maestría. Luego bajó aquellas maravillosas manos hasta el vientre para jugar con su vello púbico. Cuando él se movió para que llegaran hasta su sexo, a punto de desbordarse, la mujer giró la cabeza. Lo que vio le llevó al horror. Intentó zafarse de ella inmediatamente, pero aquellas delicadas manos se volvieron fuertes y poderosas y lo retenían en la cama. La habitación se había convertido en un sucio cuartucho sin

ventanas, lleno de herramientas oxidadas y un olor nauseabundo que flotaba entre los horribles aullidos de un sinfín de ratas que se devoraban unas a otras. La cara de la mujer mutaba deprisa, de una joven y, al instante, la de una anciana. El rostro de aquel ser era a veces el de Margarita Renau, otras el de Luisa Oliveres, a la que únicamente había visto en fotografías, luego el de Sonia Trencó, después el de Silvia Redó, el de su esposa, Violeta... Eran las caras de mujeres bellas que en un segundo se volvían viejas y ajadas como si hubieran permanecido años y años a dos metros bajo tierra. Finalmente vio un rostro que no conocía, una muchacha muy joven a la que no había visto jamás, que enseguida mutó hasta llegar a la putrefacción. Aquella cosa acercó su cara con lentitud hasta rozar la suya, quería besarla, sacó su infecta lengua horadada de llagados orificios de los que afloraban minúsculos gusanos de color negro. Iba a besarla. Creyó que sería el último beso, el beso de la muerte...

El sonido del teléfono le hizo pegar un brinco. Estaba empapado en sudor. Miró a todos lados desconcertado. La televisión seguía en marcha. Solamente llevaba una toalla anudada a la cintura. Una lámpara continuaba encendida, pero la luz del día entraba sin permiso por todas las rendijas que daban a la calle. Miró el reloj; a decir verdad, no reconoció la hora que era. Pulsó la tecla verde del teléfono móvil. Era Silvia Redó.

—Buenos días... ¿Monfort?

—Sí, sí, aquí estoy..., perdona, me había quedado un poco traspuesto —mintió frotándose los ojos, intentando apartar de su mente aquel sueño horrible.

—¿Qué hacemos? Estoy en la comisaría. He hablado con el subinspector Corral. Israel Bonet está hecho polvo, puedo seguir con él, pero no creo que tenga nada más que decirnos.

—Ya... —dijo el inspector sin apenas escucharla, inmerso en pensamientos extraños de aquel sueño tan vívido que flotaba aún en el cargado ambiente de la habitación del hotel.

—¿El agente Terreros está por ahí? —preguntó a continuación buscando el paquete de cigarrillos.

—Ha salido a tomar un café pero volverá enseguida.

—Hacedme un favor —dijo Monfort poniéndose en pie, encendiendo torpemente un pitillo y buscando la ropa esparcida por el suelo—. Id a la Universidad Politécnica de Valencia, supongo que la conoces, busca a una estudiante que se llama Mónica Arregui, es de Oropesa del Mar, estudia bio no sé qué.

—¿Biología?

—No, es otra cosa..., no lo recuerdo bien, empieza por bio.

—Ya, como los yogures esos que ayudan a... —bromeó la agente.

—¡Biotecnología! —exclamó satisfecho de haber dado con el nombre pese a la espesura que tenía en el cerebro.

—Vaya, tampoco era tan complicado —observó Silvia.

—Oye, no me...

—Vale, vale, vale, lo siento, ya veo que no estamos para mucha guasa —se disculpó ella irónicamente—. La novia del hijo de Javier Serós y de Margarita Renau.

—En efecto —respondió Monfort tirando la colilla al inodoro, sintiéndose fatal por fumar antes de desayunar.

—¿Y qué hacemos con ella?

—Que os acompañe, necesito que conteste algunas preguntas.

—¿Y qué se supone que tengo que decirle para que nos acompañe sin que monte una pataleta o simplemente se niegue?

—Ya se te ocurrirá algo por el camino, no me cabe la menor duda.

Colgó el teléfono. Tosió de manera compulsiva y notó como si algo presionara su cabeza a la altura de las sienes. Buscó la caja de paracetamol. Vaticinó que sería un día emocionante. Sacó su mejor traje del armario.

Se lo tomó con calma. Abrió el grifo de la ducha para caldear el ambiente. Volvió a repasar mentalmente lo que Silvia Redó le había contado de su entrevista con Margarita Renau. Se duchó con tranquilidad, recreándose con el chorro del agua caliente. Después de afeitarse se puso una camisa blanca y el traje de *tweed* que tanto le gustaba. Sacó brillo a sus zapatos Martinelli con la esponjita del kit de cortesía del hotel, hasta que quedaron relucientes. Se anudó la corbata y bajó a desayunar. Un café solo y un cruasán que no se terminó. Salió a la calle y encendió un cigarrillo. El sol brillaba por fin en Castellón. El cielo, límpido después de tantos días de lluvia, ofrecía tonos azules que no había visto desde hacía mucho. Hasta el humor de los peatones parecía haber mejorado considerablemente gracias a aquel regalo del cielo. ¿Por dónde andaría la tormenta *Cecilia*?, se preguntó. Aplastó la colilla con la suela del zapato y caminó sin prisa hasta la plaza de la Paz, para girar a continuación a la izquierda y seguir por la estrecha calle Falcó hasta llegar a la Puerta del Sol. A través de los ventanales del magnífico edificio del Casino Antiguo, vio a señoras y caballeros tomando café y leyendo la prensa acomodados en los mullidos sillones de piel. Aquel era uno de los reductos con clase de la ciudad. Le recordó a las cafeterías literarias de Barcelona, de Madrid o de París, y de no ser porque había mujeres le hubiese recordado también a los selectos clubes de Londres. Continuó por la calle Ruiz Zorrilla hasta llegar a la avenida Rey don Jaime, al lugar que los castellonenses llamaban plaza del Rey, pero que en realidad no era una plaza sino el principio de la avenida del mismo nombre. Cruzó la ancha vía y observó con detalle la estatua del rey Jaime I, con aquel curioso casco del que sobresalía de forma notoria un cisne que le hizo pensar en los dragones alados que decoraban la gran farola de la plaza de la Independencia, más conocida como la plaza de la Farola, aquella que fue testigo mudo del asesinato que poco tiempo atrás había venido a investigar a Castellón. Frente a él se abría la plaza Huerto Sogueros. A la izquierda, una concurrida panadería, a la derecha, el edificio del ambulatorio y, enfrente, la escultura de

Ripollés.

Sentado en la terraza de una cafetería desde la que veía perfectamente quién entraba o salía del edificio donde vivía Margarita Renau, pidió un café. Se lo tomó despacio, no tenía ya ninguna prisa, tarde o temprano las personas que necesitaba ver harían acto de presencia, no le cabía la menor duda. Encendió otro cigarrillo, cruzó las piernas y admiró el brillo de sus zapatos. Estaba cómodo con aquel traje. Solía vestir trajes elegantes, seguramente heredó de su padre el gusto por la ropa buena. El traje de *tweed* lo reservaba para las ocasiones especiales. La gente iba y venía, a la compra, al trabajo..., el buen tiempo propiciaba que la gente saliera a la calle. Una pareja joven salió del inmueble, dándose achuchones entre risas. Un cartero llegó y pulsó varios timbres a la vez. Un segundo después se abrió la gran puerta de hierro y cristal. Un par de minutos más tarde, el cartero volvió a salir con su carrito y se dirigió al siguiente portal. Entonces la vio venir despacio, apoyándose en el carro de la compra. La anciana vestía elegantemente. Monfort pagó el café y salió a su encuentro.

—Buenos días —la saludó—. ¿Es usted Josefina Recasens?

—Buenos días, joven, Josefina es mi hermana, yo soy Lledó —puntualizó la señora.

—Lo siento —se disculpó el inspector.

—¡No se apure! Nos confunde mucha gente, incluso algunos que nos conocen de toda la vida. —Le sonrió—. ¡Ahora caigo!, usted es del bufete de abogados, me lo dijo mi hermana. Nos vimos un momento aquí en el portal, hace días. Luego me contó que había hablado con usted. Dijo que era muy simpático.

—Muchas gracias —asintió el inspector con una breve reverencia.

La mujer abrió la pesada puerta del portal y él la mantuvo abierta lo suficiente para que ella pudiera entrar, tomó el carro de la compra, que pesaba de lo lindo, y lo introdujo en el vestíbulo.

—Gracias, joven. ¿Va usted a casa de Margarita?

—Sí, pero no contesta nadie, debe de haber salido —mintió—. Pero permítame que le ayude con esto, pesa mucho.

—Es la fruta —se excusó—. El tendero insiste en llevármela a casa, pero yo...

—Debería aceptar su ofrecimiento —apuntó Monfort.

Metió el carro en el pequeño habitáculo del ascensor y sostuvo la puerta para que entrara la señora Recasens. Ella pulsó el botón del piso.

—No podría subir las escaleras ni soñando —rio la mujer tapándose la boca con su frágil mano.

Salieron del ascensor. La hermana, Josefina, estaba esperándola en el rellano. Realmente eran muy parecidas.

—¡Qué sorpresa! —exclamó al ver al inspector—. ¡Usted otra vez por aquí!

—Sí. Me alegro de verla. He venido por unos asuntos del despacho, pero la señorita Renau no contesta —explicó Monfort tratando de no levantar demasiado el

tono por si había alguien más que pudiera oír la conversación.

—Este caballero me ha ayudado a subir el carro, cada día pesa más —dijo la otra hermana entrando despacio en el piso.

—Es usted muy amable —repuso Josefina, y en un susurro añadió—: Mi hermana cada día es más terca, en la tienda nos lo traen todo a casa, pero si va a comprar ella no consiente que lo hagan.

Monfort aguardaba en el quicio de la puerta del piso a que Josefina Recasens continuase hablando.

—Margarita debe de estar en la tienda. Hoy es viernes.

—¡Claro, es verdad, no había caído! —volvió a mentir Monfort.

—Siempre acaba tarde, muchas veces no la oímos que venga a comer. Ha sido usted muy amable ayudando a mi hermana.

—Es lo menos que se puede hacer por unas damas tan estupendas —dijo con una sonrisa.

—Es usted muy galante, ya no quedan personas así.

Monfort intuyó que Josefina no iba a invitarlo a pasar al interior del piso. La conversación estaba a punto de acabarse en aquel momento y él tenía que buscar la forma de preguntarle lo que en realidad quería saber. No le dio más vueltas.

—Muchas gracias, son ustedes muy amables. Por cierto... —añadió justo antes de hacer el gesto de marcharse—. He venido porque estamos formalizando el expediente de la familia, ya sabe, el costoso papeleo obligatorio que hay que cumplimentar por lo que ha ocurrido. —Se pellizcó el puente de la nariz como si estuviera tratando de pensar en algo—. Quizá usted lo sepa. Margarita y su esposo vinieron a vivir aquí hace ya bastantes años.

—Sí, no sabría decirle cuántos, pero... espere un momento, mi hermana tiene mejor memoria que yo. ¡Lledó! —vociferó Josefina desde la puerta—. ¿Te acuerdas del año en que vinieron a vivir a la finca Margarita y su marido?

Se hizo el silencio. Lledó Recasens no contestaba, se oían ruidos que parecían venir de la cocina. Desde la puerta de entrada sólo se veía un largo y estrecho pasillo con varias puertas a ambos lados. El piso olía a limpio. La pintura de las paredes estaba en perfecto estado y el suelo relucía.

—La otra vez que nos vimos mencionó usted, si mal no recuerdo, que su hijo, Bernat, tendría unos siete u ocho años cuando se instalaron aquí —interrumpió la silenciosa espera.

—Sí, creo que sí, vamos, estoy segura, porque cuando los conocimos dijeron que el niño acababa de tomar la primera comunión.

Lledó Recasens apareció en el pasillo con un gato blanco muy peludo en los brazos, en dirección a otra estancia. Cruzaba aquellas puertas dando la sensación de que aparecía y desaparecía. Se había cambiado los zapatos y ahora llevaba unas cómodas zapatillas de estar por casa.

—¿Qué me preguntabas, Josefina?

—Que si te acuerdas del año en que vinieron a vivir a la finca Margarita y su marido.

—¡Buf, no! —exclamó la señora con un profundo suspiro, volviendo a entrar en otra estancia pero saliendo enseguida como si hubiera recordado algo en aquel preciso instante—. ¡Una cosa... ahora que lo recuerdo! —exclamó la anciana, satisfecha de su buena memoria.

Dejó con delicadeza el gato en el suelo y se sacudió las manos con un par de sonoras palmadas.

—Dijeron que necesitaban un piso más grande y que por eso se habían trasladado aquí. Acababan de adoptar al niño, a Bernat, la pobre criatura no tendría más de ocho años, daba mucha pena, angelito, no estaba muy bien..., a saber lo que habría pasado en aquel hospicio de Valencia.

El gato blanco se acercó con sigilo para restregarse contra la pernera del pantalón de Monfort. Luego salió corriendo al final del pasillo, donde le esperaba otro gato exactamente igual. El inspector miró a los gatos y luego a las hermanas Recasens. Eran iguales entre sí, gatos y señoras. Al menos ellas tenían compañía.

Entró en la tienda de moda de la calle Alloza. El sonido de una campanita anunció su llegada. Dentro, dos mujeres echaban un vistazo a la ropa de la próxima temporada. Lo miraron extrañadas.

De la trastienda salió una chica que no tendría más de veinte años.

—¿En qué puedo ayudarle?

En la tienda sonaba una musiquilla suave y olía a perfume caro.

—Quisiera ver a Margarita Renau —pidió Monfort en voz baja.

—No está —contestó escuetamente la joven.

—Ya veo. El caso es que me gustaría que me dijeras dónde está.

—No lo sé —contestó la dependienta, pero Monfort notó que mentía.

Se acercó al mostrador para ponerse lo más cerca que pudo de la joven.

—Sí lo sabes —replicó, y le mostró su placa.

La muchacha se puso roja como un tomate. Miró a las clientas que irremediamente lo estaban captando todo y se miraban entre sí, incómodas con aquella situación.

—¿Te ha dicho ella que mintieras? —preguntó mirándola fijamente a los ojos para incomodarla.

—Yo... A mí... Yo no sé...

—¿Quieres que te cierre la tienda ahora mismo? —Monfort subió un poco el tono de voz.

Las dos mujeres se marcharon dejando de fondo el tintineo de la campanilla como único vestigio de su presencia.

—Margarita me llamó por teléfono hace una hora para que viniera. Trabajo

cuando ella necesita ir a algún sitio.

—¿Y cuál es el sitio al que necesitaba ir con tanta prisa?

La joven dudó varios segundos. Sin darse cuenta se llevó un dedo a la boca para morderse una uña.

—Me dijo que iba a casa del señor Rovira, a la urbanización de La Coma; que me quedara aquí hasta que me avisara.

—Gracias, es todo lo que necesito saber —concluyó Monfort dirigiéndose a la puerta—. Y procura que no se te vayan más clientas.

Sacó el Volvo del aparcamiento del hotel y se encaminó todo lo rápido que el tráfico le permitió hasta la comisaría de la ronda de la Magdalena. Se alegró al comprobar lo pequeña que era la ciudad y lo deprisa que se llegaba de un lugar a otro por mucha congestión que hubiera. Cuando acabara todo aquello se prometió llevar el coche al taller para que le dieran un vistazo; desde el primer viaje a Vilafranca del Cid, cuando quedó encallado en el barro en la montaña, se oían algunos ruidos en el motor que no había escuchado con anterioridad.

El comisario, de pie junto a la mesa con los brazos cruzados, se estaba poniendo de color morado. Monfort, sentado en su silla de despacho, marcaba un número de teléfono que había solicitado previamente en la centralita.

—No tengo tiempo para contártelo todo ahora —le dijo a Romerales mientras esperaba que alguien descolgara al otro lado de la línea telefónica.

—¿Dígame? —contestaron por fin.

—Hola, ¿puedo hablar con el padre Artero?

—Soy yo mismo, ¿en qué puedo servirle?

—Soy el inspector Monfort, de la Policía de Castellón, ¿me recuerda?

—Claro, cómo no.

—Necesito que me ayude.

—Si está en mi mano...

—Espero que sí. Se trata de un niño que pudo estar ahí cuando Eugenio... Un niño que luego fue adoptado por una familia de Castellón. Sus padres adoptivos son Javier Serós y Margarita Renau. —Se hizo el silencio al otro lado—. ¿Sigue usted ahí, padre?

—Sí, sí, disculpe, sólo que es un tema muy delicado y no sé yo si es conveniente hablarlo por teléfono, y ya le dije que de aquella época no queda nadie aquí.

—Lo sé, me hago cargo, pero deben de tener ustedes un listado de los menores que vivían allí cuando ocurrieron los abusos —insistió Monfort—, así como de los que fueron adoptados después.

—Supongo que sí —repuso el cura en voz casi inaudible.

—¿Sólo lo supone? —protestó Monfort.

Empezaba a irritarse, debía controlarse o perdería al padre Artero.

—Por su tono intuyo que es importante, ¿verdad?

—¿Cree usted que estaría importunándolo si no fuera realmente necesario?

—No, no, no me malinterprete —se excusó el cura—, las normas de nuestra orden nos obligan a proteger la identidad de los menores que fueron acogidos en la iglesia y luego dados en adopción.

—Se lo diré una sola vez —anunció Monfort visiblemente irritado—: Corre grave peligro la vida de una mujer. Es cuestión de tiempo poder encontrarla viva. Han muerto dos personas, quién sabe si habrá más víctimas o las ha habido ya. No me gustaría pensar que todo se ha ido al garete porque ustedes siguen unas normas absurdas para salvaguardar la identidad de los menores.

—Tiene razón, disculpe, veré lo que puedo hacer. —El padre Artero estaba azorado—. He de hablar con el padre Macías. Lo haré y lo llamaré en cuanto pueda.

—Intente hacerlo deprisa, recuerde que es posible que haya más de una vida en peligro. Poco podemos hacer ya por los que han muerto, pero a los vivos hay que mantenerlos vivos. Ustedes tienen sus normas, pero nosotros también. Procure llamarme antes de que tenga que volver a llamarlo yo de nuevo.

—¿Tengo su teléfono? —preguntó el sacerdote.

—Por supuesto, le di una tarjeta, debe de tenerla aún en algún bolsillo, tampoco hace tanto tiempo que nos vimos.

Monfort colgó y salió disparado del despacho. Romerales fue tras él. Antes de salir por la puerta que daba a la calle, el inspector le preguntó por el paradero de Luisa Oliveres. La respuesta era ya demasiado obvia.

—Nada —contestó el comisario resoplando cabizbajo—. Espero que sepas lo que haces —masculló finalmente, pero Monfort ya se había marchado.

En media hora llegó al aparcamiento del puerto deportivo de Oropesa del Mar. En la radio del coche sonaba una canción interpretada por Joe Cocker, «You are so beautiful»: eres tan hermosa... para mí. Eres todo lo que yo esperaba. Un regalo del cielo... para mí.

Una ligera brisa cálida y con olor a salitre le golpeó al bajarse del coche. Debe de ser una tregua antes del invierno, pensó.

El mar tenía el color de la plata vieja. El suave y cadencioso oleaje se asemejaba a miles de aletas de tiburones batiéndose en el agua para defender su territorio. Destellos de espuma blanca borboteaban lamiendo las quillas de las embarcaciones amarradas.

Monfort buscó el pantalán número 7. Una vez en él caminó mirando a todos lados hasta llegar al amarre 22. La barca de Bernat seguía allí. Ahora tenía el motor montado y todo parecía recogido y limpio, en perfecto estado de revista. Miró una

vez más a su alrededor, no vio a nadie, saltó al interior de la barca y esta se balanceó como un juguete. La embarcación tenía dos compartimentos cerrados con un mismo candado. Romper la cerradura era muy difícil, pero no el plástico al que estaba sujeta. Con el tacón del zapato pateó con fuerza hasta que el plástico cedió y finalmente acabó rompiéndose. Abrió los compartimentos en busca de alguna cosa. Herramientas, manuales de navegación, una taza de metal... En el otro cajón encontró una guía de las islas Columbretes, debajo un libro de biología con gran cantidad de fotografías de algas marinas y asuntos por el estilo. También encontró un paquete de cigarrillos, un encendedor, varios bolígrafos, más herramientas, mapas... y al final halló algo que podía serle de utilidad: un llavero con tres llaves. Una era, sin duda, la llave que ponía en marcha el motor de la barca, las otras dos eran de puertas normales y corrientes, del piso de la calle Pizarro, por ejemplo.

Aparcó el Volvo a escasos metros de la finca en la que Bernat vivía con su novia. Su traje de *tweed* llamaba un poco la atención en aquella calle, la gente lo miraba, pero le dio igual. Pulsó un timbre al azar. Dijo que era el cartero y le abrieron la puerta al instante. Subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al piso. Apretó el timbre un par de veces. Nadie respondió. Después llamó golpeando en la puerta con los nudillos. Nada. Sacó el llavero que se había llevado de la barca. La primera llave no entraba en la cerradura. Con cautela lo intentó con la segunda. Perfecto. Giró la llave dos veces hasta que la puerta se abrió. Las persianas estaban subidas y la luz del día iluminaba la vivienda. Entró en la cocina. Nadie había utilizado los utensilios últimamente. O eso, o Bernat y su novia eran la pareja más limpia y ordenada que había visto jamás. No tenían lavadora ni tampoco lavavajillas. Los platos estaban guardados. La nevera estaba en marcha pero no contenía más que un par de latas de bebida energética, seis o siete cervezas y un paquete de mantequilla. En el congelador aguardaba una *pizza* de jamón y queso. Se dirigió al salón. Era pequeño. En una de las paredes había un mueble con algunos libros y una televisión. Frente a ella, un sofá y dos sillones. Todo estaba limpio y ordenado, demasiado ordenado, pensó Monfort dirigiéndose al único dormitorio del piso. La cama estaba perfectamente hecha y la colcha no presentaba ni media arruga. Una gran fotografía de las islas Columbretes hacía de cabecero. No había mesillas junto a la cama. En el armario no había ni rastro de ropa de mujer, sólo pantalones de hombre, varias camisetas de manga larga, tres o cuatro jerséis y un abrigo largo. Todos los cajones estaban vacíos menos uno, en el que se mezclaban calzoncillos y calcetines masculinos mal doblados. Definitivamente, allí no vivía ninguna mujer. Monfort miró por la ventana que daba a la calle Pizarro y se quedó pensativo varios minutos, ordenando las ideas en su cabeza. Volvió a repasar a fondo el piso pero no había nada que le sirviera para tirar del hilo. Se sentó en el sofá e intentó ponerse en el lugar de Bernat. Biólogo, amante del mar, quizá obsesionado con las Columbretes. La embarcación en el puerto, amarrada; una novia con la que decía compartir piso, pero de la que no había ni rastro—después llamaría a la comisaría para que alguien investigara a su familia—. Bernat,

hijo adoptivo de Margarita Renau y Javier Serós. ¿Por qué demonios había ocultado la ex de Serós aquel importantísimo detalle? Nadie había dicho nada, ni ella, ni el abogado, ni Bernat mismo, nadie, nadie. Si hubieran empezado por ahí... ¿Era Bernat el asesino? ¿Sería capaz de matar a su padre? Sí, eso no era algo que se pudiera descartar, pero... ¿Por qué matar a Héctor Valiente? El único nexo entre Serós y Valiente era Luisa Oliveres, pero tal como estaban sucediendo las cosas, cada vez era más fácil vislumbrar la posibilidad de que fuera Bernat quien la tuviera retenida, pero ¿dónde?

Monfort meditaba; los cajones de su cerebro rebosaban de una información que en demasiadas ocasiones era complicadísima de procesar. Tenía su propia teoría, claro, pero dudaba. Ahora había llegado el momento de dejar de darle vueltas al asunto y ponerse en marcha. Para eso había sacado del armario su mejor traje.

Todavía sentado en el sofá del piso, su teléfono móvil empezó a vibrar. Había tenido especial cuidado en poner el sonido a cero y dejar que las llamadas avisaran con aquel molesto zumbido. No conocía el número, pero el prefijo 96 de Valencia le hizo pulsar el botón verde a toda prisa.

—¿Diga? —la pregunta inundó el pequeño salón.

—Soy el padre Artero —respondió la voz al otro lado—. He hablado largo y tendido con el padre Macías.

—Adelante, le escucho.

—Se llamaba Bernardo. Sus padres biológicos eran toxicómanos, conocidos en el barrio. Lo dejaron aquí, como a tantos otros niños en aquella época en que la heroína era peor que una encarnizada guerra entre dos mundos que se odian. Murieron de sobredosis poco tiempo después. Eugenio abusó de él en repetidas ocasiones. Le aseguró que lo mataría si decía una sola palabra. Los médicos y psicólogos tuvieron que esforzarse para que Bernardo pudiera superar aquel infierno. Javier Serós y su esposa solicitaron los trámites de la adopción en cuanto lo vieron. Llevaban mucho tiempo intentado adoptar, pero las cosas eran difíciles en España por aquel entonces. Estaba a punto de ser trasladado, como los demás niños afectados, a un centro especializado. Por lo visto, Bernardo era encantador, pero estaba destrozado anímicamente. El padre Armendáriz hizo lo que pudo para que saliera adelante, pero al poco tiempo huyó dejando a aquellas pobres criaturas más huérfanas de lo que ya eran. Con una suerte inmensa para el niño, la familia Serós continuó en su empeño por la adopción del pequeño, hasta que finalmente consiguieron salvar todas las trabas y hacerse con los dificultosos permisos necesarios para poder adoptarlo de una forma, digamos, legal.

—¿Quiere decir... pagando? —preguntó Monfort sin saber muy bien por qué había dicho esto.

—Hay detalles que no tienen mayor importancia, ¿no cree, inspector? Sobre todo si hablamos de generosidad hacia los más necesitados. Los castigados, los débiles, los enfermos, los pobres..., todos esperan su oportunidad.

—Por supuesto —contestó Monfort, aunque le hubiera gustado decir: al grano.

—No le cambiaron el nombre, optaron por la versión en valenciano —prosiguió el padre Artero como si su mente hubiera vuelto a un lugar concreto—. Seguramente pensaron que de aquella forma sería más sencillo que el niño siguiera siendo él mismo.

Se hizo un silencio incómodo a través del teléfono. El inspector oía la respiración entrecortada del sacerdote.

—Gracias, muchas gracias —atinó a decir Monfort con la intención, más que nada, de romper el silencio.

—Hay algo más —confesó el cura con voz trémula—. Un año después, cuando el niño comenzó a tener serios trastornos de personalidad, intentaron devolverlo. El padre Macías dice que Bernardo, entonces ya Bernat, pese a ser todavía un crío, fue consciente de que sus nuevos padres trataron de deshacerse de él.

—¿Ha dicho trastornos de personalidad?

—Sí. Eugenio no sólo acabó con la infancia de aquellos chiquillos, parece ser que en algunos casos aniquiló su salud.

Ambos se callaron de nuevo.

—Hágame un último favor —dijo Monfort.

—Si está en mi mano...

—Dice usted que el padre Macías es el que custodia los archivos. Debe de estar al tanto de todo. Lástima que no hayamos podido hablar con él aún, pero pregúntele, si es tan amable, si le suena de algo la frase «si Dios y el diablo quieren».

Salió y cerró la puerta del piso con cuidado, metió la llave y empezó a girarla despacio para dejarla tal como se la había encontrado.

—¡Buenos días! —dijo una voz detrás de él haciendo añicos todo el sigilo con el que estaba cerrando la puerta.

Era un hombre y tendría más de setenta años. Sonreía exhibiendo su esmaltada dentadura postiza. Un palillo asomaba por la comisura de sus labios. Señaló la puerta del piso con la cabeza, haciendo varios movimientos con ella y alzando mucho las cejas.

—Usted no vive ahí —dijo al cabo.

—No —respondió Monfort dejando que el destino lo llevara donde le diera la gana.

El hombre hundió las manos en los bolsillos. Monfort vio que llevaba un aparato en el oído.

—¿Y pues? —preguntó como si investigara, sin dejar de mostrar aquella mueca que parecía simpática pero que era todo lo contrario.

—Soy un amigo de Bernat.

—¡Ah! —exclamó el hombre rascándose con vehemencia el poco pelo que le

quedaba.

—Me ha dejado las llaves para que recoja unos papeles del barco...

—No me dé explicaciones —le interrumpió volviéndose serio de repente mientras ponía sus lentos pies en marcha—. Estos —dijo señalando de nuevo la puerta del piso con la cabeza— no están nunca en casa. Él siempre está por ahí de pesca.

—No es pescador —replicó Monfort, y hubiera preferido morderse la lengua—, es biólogo.

—Es pescador —aseveró el hombre, que ya había pasado por delante de él y se disponía a continuar bajando las escaleras—. Yo siempre lo veo ahí, en el garaje ese que tiene enfrente de la tienda de Ana, la frutera, para arriba y para abajo con los cacharros de pesca.

—Sí, claro —sonrió Monfort sin saber por dónde iba a ir la cosa.

—¡Tiene unos cuchillacos así de grandes! —apuntó el hombre, indicando con ambas manos la medida exagerada de lo que él llamaba «cuchillacos».

Monfort esperó a que bajara la escalera. Seguidamente lo hizo él. Una vez en la calle aguardó a que girara por la primera esquina. Miró hacia la frutería que le había indicado. Estaba cerrada. Mejor. Se dirigió a una persiana de garaje oxidada que parecía abandonada. Tenía otra puerta pequeña para poder entrar sin tener que subir la persiana metálica. Sacó el llavero de Bernat e introdujo en la cerradura la llave que aún no sabía a qué puerta pertenecía. Entró perfectamente; la giró y accedió a un local oscuro que olía a moho. Buscó un interruptor a tientas. No tardó en dar con él y se encendieron dos tubos fluorescentes. Era un garaje cochambroso. Las paredes estaban sin lucir y algunos chorretones de agua de una tubería en mal estado caían dejando pequeños charcos en el suelo. Había una barca vieja que olía a salitre y muchos enseres náuticos. Una moto desvencijada llena de polvo, una bicicleta a la que le faltaba una de las ruedas, un colchón sucio apoyado en la pared y una pequeña puerta de madera cerrada con un candado que daba a algún cuartucho dentro del propio garaje. Monfort miró a todos lados hasta que vio un martillo grande junto a otras herramientas. Reventó el candado de un golpe certero. Abrió la puerta con el pie y accionó el interruptor que había dentro, a la izquierda.

Lo que vio le hizo ahogar una maldición. Era un cuarto en el que debía mantenerse encorvado en todo momento para no tocar con la cabeza en el techo. La iluminación consistía en una miserable bombilla que colgaba desnuda de un cable en mitad del habitáculo. En una de las paredes había un tablero de corcho con diversas fotografías de Javier Serós junto a Margarita Renau y el propio Bernat, en actitudes cariñosas y familiares, de no ser porque en todas las instantáneas la cabeza de Serós aparecía tachada con una equis hecha con rotulador negro. A la derecha, había una sola fotografía de Héctor Valiente, con la misma equis en la cabeza. Debajo, un par de instantáneas de Luisa Oliveres riendo con desparpajo al fotógrafo y vestida con un sugerente suéter rojo, generosamente escotado. Y fotografías de Mónica, la novia de Bernat; de él cuando era un niño, de adolescente, en el día de su graduación, en la

barca, en las islas Columbretes... En la parte inferior del corcho había recortes de periódico en los que se hablaba de la detención de Eugenio y de las múltiples violaciones perpetradas a los niños de la iglesia de San Juan del Hospital. Era un santuario, pensó Monfort, su santuario. En el habitáculo no había mucho más aparte del corcho de las fotografías: un camastro sucio tapado con una colcha mugrienta y un pequeño armario metálico anclado a la pared. Dentro había más fotografías de sus padres adoptivos, más artículos de prensa, estos de cuando Eugenio murió en la cárcel. Leyó un pequeño párrafo en el que se comentaba que uno de los curas del hospicio podría estar involucrado en aquellos execrables sucesos. Monfort pensó en Armendáriz y su repentina huida de Valencia.

En la parte baja del armario encontró un pequeño ordenador portátil. Era lo único que estaba en condiciones en aquel sucio garaje. Más abajo, en la última repisa, encontró dos Biblias. Salió del cuartucho con ellas y con el ordenador. Abrió la primera de las Biblias. Bernat había subrayado montones de frases. Pasó las páginas deprisa; había subrayado tantas frases que Monfort se agobió. Tomó la otra Biblia e igualmente comprobó que muchas páginas estaban señaladas con bolígrafo, e incluso habían sido arrancadas páginas enteras. Observó con detalle algunas de las frases marcadas por Bernat. Todas podían aplicarse a la promiscuidad, al adulterio... a cualquier cosa que, retorciendo un poco la mente, se podía relacionar con el acto sexual. Bernat estaba obsesionado con la vida licenciosa de las personas que lo rodeaban. No le cabía la menor duda: era el asesino de su padre, de Héctor Valiente y, posiblemente, el raptor de Luisa Oliveres. Faltaba localizar a su novia. Silvia ya debería haber llamado.

«Venganza» era la única palabra que se le ocurría en aquellos momentos. Venganza por lo que le había hecho Eugenio, venganza por todo lo que había visto hacerles a sus compañeros en el orfanato, venganza contra sus padres adoptivos por querer deshacerse de él, venganza extrema contra su padre por abandonar a su madre, venganza también contra Luisa Oliveres por ocupar su lugar..., venganza, venganza. ¿Dónde demonios la tendría retenida? Aquella pregunta le martilleaba el cerebro, cuando había visto la pequeña puerta en el interior del garaje había tenido el presentimiento de que Luisa estaría allí. Cogió las dos Biblias y el ordenador portátil. Descolgó del tablero de corcho algunas fotografías que creyó convenientes y salió del garaje haciendo el menor ruido posible. Cerró la puerta y caminó deprisa hacia el coche. Depositó en el maletero lo que llevaba y se sentó al volante. Instantes antes de poner el coche en marcha notó cómo le temblaban las manos. Apoyó la frente en el volante y suspiró deshaciéndose de todos los fantasmas que lo acechaban en aquellos momentos. Encendió el motor y enderezó el cuerpo. Condujo a gran velocidad hasta Castellón.

Se detuvo junto a la casa del abogado Rovira. En aquella ocasión no estaba el guardia

de seguridad que vigilaba el acceso a las viviendas y la barrera estaba levantada. Cuando se disponía a salir del coche sonó el teléfono móvil. Era Silvia Redó.

—Hola, Silvia —dijo Monfort; en su voz se dibujaba cierta preocupación.

—Estamos todavía en Valencia, en la Universidad Politécnica.

Se hizo un silencio que Redó interpretó como un «continúa».

—Mónica Arregui no asiste a clase desde hace unos quince días. Sus compañeros y profesores no han sabido nada de ella en todo este tiempo. Hemos hablado con dos chicas con las que comparte habitación en la residencia universitaria, pero tampoco saben nada.

—¿Y no la han llamado por teléfono? —preguntó Monfort con incredulidad.

—Dicen que le han enviado algunos mensajes, pero no ha contestado. De todos modos no le han dado mucha importancia, por lo visto suele pasar días sin aparecer por clase, no les parece tan raro.

—Hay que hablar con sus padres —observó Monfort.

—Lo he intentado desde aquí. Una de sus compañeras tenía su número y he llamado. La chica que va a limpiar la casa me ha dicho que están de viaje.

—De todas maneras hay que hablar con ellos —insistió.

—Ya, pero hay que hacerlo con cuidado. Pueden asustarse y es posible que no sea nada grave.

—Creo que sí lo es, Silvia —afirmó el inspector.

—¿Qué pasa? —preguntó ella temiéndose lo peor.

—Ya te lo contaré cuando vuelvas. Ahora necesito que regreséis a Castellón lo más rápido que podáis. Cuando estéis llegando me vuelves a llamar, por favor.

Monfort colgó el teléfono y meditó varios segundos antes de dirigirse a la propiedad del abogado Rovira. Silvia se quedó mirando al agente Terreros, sabía que su jefe había progresado en las pesquisas, el final estaba cerca.

Llamó al timbre de la lujosa casa. Rovira tenía el Mercedes de color negro aparcado en la calle. La pantalla del interfono se iluminó.

—¿Otra vez usted aquí? —escuchó a modo de saludo.

—Necesito hablar con Margarita Renau urgentemente —le soltó Monfort.

—No creo que...

—¡Rovira! —gritó—. Abra la puerta ahora mismo o hago que lo detengan por obstrucción a la ley.

El abogado aguardó varios segundos sin decir nada.

—Es muy urgente —continuó en un tono más sosegado—. Podemos lamentar cada segundo que perdamos.

La puerta se abrió automáticamente y el inspector accedió al jardín que llevaba hasta la casa. En la puerta aguardaban Margarita y Joaquín.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer, que llevaba como toda vestimenta un grueso albornoz blanco y unas cómodas zapatillas.

—Es por su hijo —dijo Monfort soltando las palabras a borbotones—. No nos

dijo que era adoptado.

—No creí que fuera necesario —señaló ella frunciendo el ceño.

El abogado miraba extrañado a su pareja y al inspector.

—¿Desde cuándo sabe usted lo que es o no necesario contarle a la Policía?

—¿Le ha pasado algo? —Esbozó una mueca de miedo.

—No es lo que le ha pasado a él, es lo que ha pasado con los demás.

—¿Qué demonios quiere decir? —El que hablaba ahora era Rovira.

—Creemos que Bernat puede tener retenida en algún lugar a la amante de su exmarido —apuntó Monfort.

—¿Retenida? —preguntó casi a gritos Margarita.

—¿Quiere decir secuestrada? —preguntó el abogado.

—Necesito saber si conocen algún lugar de Castellón donde Bernat pueda esconderse, un piso, una casa, un almacén, un garaje...

—¡Dios mío! —sollozó Margarita, y de inmediato le flaquearon las piernas y pareció que iba a desmayarse.

Joaquín la sujetó por la cintura y propuso que entraran en la casa. Monfort no llegó a sentarse en el sofá. Ella lloraba ocultando el rostro con las manos. El abogado trataba de consolarla con palabras dulces que no conseguían absolutamente nada y Monfort se dio cuenta de ello.

—Tráigale un vaso de agua —pidió el inspector a Rovira.

El abogado se levantó airado y se dirigió a la cocina.

Monfort aprovechó su ausencia y se puso en cuclillas frente a Margarita, que seguía sentada en el sofá, llorando. El inspector le apartó las manos con suavidad para que pudiera mirarlo directamente a los ojos.

—Depende de nosotros conseguir que sólo quede en eso, en un secuestro, y podamos liberarla lo más pronto posible. Seguro que todo esto tiene una explicación —mintió Monfort—. Seguro que Bernat nos aclarará qué ha sucedido. Pero debemos encontrar el lugar.

—¡Mentira! —bramó ella golpeando como una niña a Monfort con los puños—. ¡Es mentira! ¡Mentira! ¡Bernat sería incapaz de...!

La frase quedó incompleta, Margarita Renau se desplomó en el sofá, como si hubiese perdido el conocimiento. Quedó tumbada en una posición extraña, con el cuello doblado y el albornoz abierto por encima de las rodillas. Su aspecto era el de una persona malherida. Rovira acudió corriendo, con el vaso en la mano. Le alzó la cabeza y se la besó repetidamente. Se levantó de nuevo para regresar enseguida con una toalla mojada en agua que le aplicó en la frente y en la nuca. Poco a poco volvió en sí. Balbuceaba, decía palabras ininteligibles. Rovira le puso bien el albornoz y la acomodó en el sofá, colocando un cojín bajo sus pies para que estuvieran en alto.

—¿Qué le ha dicho? —increpó el abogado.

Monfort le indicó con un gesto que lo acompañara hasta la puerta. Rovira miró de reojo a Margarita, que lloraba en el sofá. Salieron al jardín de la entrada.

—Se le pasará —dijo Monfort—. Luego deberá explicarnos muchas cosas más que se ha dejado en el tintero.

El abogado estaba pálido y no hacía más que frotarse la cara con ambas manos.

—Bernat tiene a Luisa Oliveres en algún sitio. La cuestión es si todavía está viva o por el contrario ya ha acabado con ella. Tampoco aparece su novia, Mónica. Cabe la posibilidad de que las tenga a las dos, o simplemente las haya matado y todavía no nos haya enviado ninguna pista de lo que ha podido hacer con ellas. Necesito saber si la familia dispone de garajes, o almacenes, o pisos vacíos, o cualquier lugar en el que esconder a una persona.

Joaquín Rovira bajó la cabeza. Monfort se dio cuenta de que su mundo de lujo y buena vida se estaba viniendo abajo. Se frotó los ojos con los dedos y dio un fuerte puntapié a una piedra, que fue a parar junto a la cancela que daba a la calle.

—¿Ha sido él? —preguntó el abogado en voz baja.

—Es posible —contestó Monfort impaciente: el reloj de la vida corría a toda prisa para Luisa Oliveres, en caso de que todavía siguiera respirando.

—Javier Serós tenía un trastero que no utilizaba nunca —empezó a hablar el abogado cerrando la puerta para que no llegara la conversación hasta el interior de la vivienda—. Cuando Margarita se quedó con los bienes del matrimonio, estos también incluían el viejo trastero. Nunca se ha utilizado, es pequeño, no vale para nada..., pero ella se lo quería quitar todo. Quería devolverle todo el daño que él le había hecho, le hubiera gustado dejarlo sin nada.

—¿Dónde está? —preguntó Monfort con la mente clavada en la mujer secuestrada.

—En el sótano tercero del aparcamiento que hay en la avenida Rey don Jaime, muy cerca del piso de Margarita. Le acompañaría, pero prefiero... —Miró la puerta de la casa.

—No se preocupe —concluyó el inspector corriendo ya a través del jardín—. En cuanto ella se sienta mejor, quiero que se ponga en contacto con el comisario Romerales, ya sabe el teléfono. Él les dirá lo que deben hacer. No se le ocurra nada extraño o esta vez iré a por usted.

El viejo Volvo era demasiado grande para tomar a gran velocidad las curvas que serpenteaban desde la cima de la urbanización de La Coma hasta la carretera que enlazaba con el centro de la ciudad de Castellón. En varias ocasiones estuvo a punto de salirse de la calzada. Aminoró un poco la marcha; salirse en una de aquellas pronunciadas curvas significaba precipitarse por la ladera de la empinada montaña. Al incorporarse a la carretera sonó el móvil, era Silvia Redó.

—Estamos llegando a Castellón —dijo sin saludar.

—Id al aparcamiento de la avenida Rey don Jaime. Esperadme allí. Tardo sólo cinco minutos.

El coche del inspector descendió veloz por la rampa. Junto a la caseta de información esperaban Redó y Terreros. Los tres trabajadores del aparcamiento estaban extrañados, nerviosos y sin saber qué hacer. Silvia les explicaba que se trataba de un asunto oficial del que no podían decir nada hasta que llegara su superior.

Monfort se bajó del coche y se dirigió a grandes zancadas hasta donde estaban los demás.

—Bonito traje, jefe —dijo Silvia, y todos se la quedaron mirando.

—El de las grandes ocasiones —contestó Monfort alisando con las palmas de sus manos los costados de la americana de *tweed*.

Terreros sonrió. No estaba acostumbrado al tono que se gastaban Silvia y el inspector. Le gustaba aquel modo de tratarse, era mucho más divertido y conseguía romper el hielo de manera definitiva, nada que ver con el talante comedido del subinspector Corral.

Monfort se dirigió a los trabajadores del aparcamiento.

—¿Quién es el encargado? —preguntó.

—Yo —dijo un hombre de unos cuarenta años, alto y de ancha espalda, vestido, igual que los otros dos, con el uniforme de trabajo.

Monfort le mostró su placa.

—Soy el inspector Monfort del Cuerpo Nacional de Policía, y ellos son la agente Redó y el agente Terreros, aunque imagino que ya se han presentado.

El encargado asintió con la cabeza. Estaba nervioso. Sus compañeros aguardaban serios detrás de él.

—Necesito que me acompañen a un trastero que está en el sótano 3.

—¿Sabe el número?

—No. —Monfort maldijo en silencio aquel estúpido detalle—. Su propietaria es Margarita Renau.

El encargado hizo una señal a uno de sus compañeros y este salió disparado hacia el interior de la cabina, donde se sentó frente a un ordenador. A través de los cristales vieron que negaba con la cabeza.

—Pruebe con Javier Serós, puede que no llegara a cambiarse de nombre.

—¡Busca por Javier Serós! —vociferó el encargado al compañero, que volvió a teclear de nuevo.

—¡El sesenta y tres! Al final del tercero, junto a los filtros del aire.

—Hace mucho tiempo que el dueño no viene a ese trastero —quiso aclarar el encargado.

—No me extraña —intervino Silvia Redó—. Está muerto.

—¡Que no salga ni entre nadie en el aparcamiento! —ordenó el agente Terreros.

El encargado, visiblemente asustado, cogió una llave de un armario clavado en la pared y pidió a los policías que lo acompañaran. Bajaron a toda prisa por una estrecha escalera que comunicaba las tres plantas subterráneas. Llegados a la tercera

caminaron despacio, pegados a la pared. Terreros indicó al encargado que se pusiera detrás de ellos y guardara absoluto silencio.

En el sótano apenas había cuatro o cinco coches aparcados. Era evidente que la planta no se utilizaba más que para días puntuales en los que la ciudad recibía más visitantes de la cuenta. En una de las paredes se alineaban, unas junto a otras, las pequeñas puertas que correspondían a los trasteros. Cuando faltaban unos cincuenta metros, el encargado señaló una puerta más grande que las demás. Era la sala de los filtros del aire. A su lado estaba el trastero número 63. Terreros dijo algo al oído del hombre. Este volvió sobre sus pasos y desapareció por la escalera que habían bajado. Monfort, Redó y Terreros se acercaron muy despacio a la puerta del trastero. Silvia se colocó a la izquierda y Terreros a la derecha; ambos sacaron sus armas reglamentarias. Monfort llamó a la puerta golpeando con los nudillos.

En el mar Caribe, frente a la paradisíaca playa Serena, recostada en una hamaca de un hotel de cinco estrellas, una mujer leía ensimismada el final de *El Clon*, una novela romántica de Danielle Steel.

... Nos teníamos el uno al otro, para siempre. A partir de ese momento sólo estábamos nosotros dos, sin el clon. Sólo Peter y yo.

FIN

La mujer leyó el último párrafo un par de veces más, como si se resistiera a llegar al final de la historia de amor. Finalmente suspiró y con pasmosa lentitud cerró el libro y lo dejó descansar sobre su pecho. Estiró el brazo para llegar hasta la copa del san francisco que reposaba en la mesa baja. Bebió succionando de las dos pajitas. Algunas gotas de hielo derretido cayeron sobre su busto apenas cubierto con un minúsculo biquini, haciendo que se le pusiera la piel de gallina. Miró a su alrededor. Silencio, palmeras, arena blanca, aguas turquesa..., aquello era el paraíso, sin duda alguna. Quién se lo iba a decir.

El sonido de las olas que llegaban mansamente hasta la orilla de la playa, lamiendo, acariciando, acunando la blanca arena, la adormecían. Pronto se quedó dormida y su mente viajó caprichosamente a lugares y situaciones a los que no deseaba regresar. Si pudiera por un momento parar el tiempo y que su vida quedara resumida en aquellos quince días de vacaciones, lo haría sin dudar. Aquel hombre se había enamorado de su encanto sexual, ella lo sabía, pero era un buen hombre, una persona adinerada a la que su cuenta corriente le había proporcionado todo menos un poco de cariño, el cariño que ella ahora le estaba dando. Podrían pensar mal, claro, por supuesto, seguro que dirían que sólo estaba con él por su dinero, pero no le importaba.

Envuelta en la vorágine de aquellos sueños vívidos notó que alguien le acariciaba la frente, que le susurraba algo al oído. Trató de zafarse de aquel contacto pero se despertó cuando notó que ese alguien la besaba en los labios con delicadeza.

—Cariño, despierta, tienes una pesadilla.

Abrió los ojos. Su frente estaba perlada de sudor. Sintió un profundo alivio al ver dónde se encontraba, al reconocer la voz y distinguir el rostro de su amante.

—Lo siento —se disculpó ella incorporándose en la hamaca—, me he quedado dormida.

—No, perdóname tú —dijo él con infinita ternura—. No te hubiera despertado, pero en recepción me han dado este sobre para ti.

Ella abrió el sobre extrañada y sacó una hoja de papel con el membrete del hotel. Un número de teléfono y un nombre que no le sonaba de nada. Él le tendió su

teléfono móvil.

Cogió el teléfono. Se puso en pie, le dio un beso en señal de agradecimiento y caminó hasta llegar a la orilla. Con los pies bañados en el mar turquesa, marcó con lentitud aquel número desconocido. Él aguardó en la hamaca para no molestar, pensó que era lo más oportuno, desde allí no podía oír la conversación.

—¿El señor Romerales? —preguntó con más miedo que otra cosa cuando oyó que descolgaban al otro lado de la línea.

—Sí, yo mismo. ¿Con quién hablo?

La puerta se abrió lentamente. Monfort notó un leve cosquilleo en los dedos que sostenían con firmeza su arma. A ambos lados, cubriéndolo, con las espaldas pegadas a la pared, estaban Silvia y Terreros, con la respiración contenida. El inspector empujó la puerta y esta se abrió del todo. La poca luz que había en el sótano no fue suficiente para iluminar el interior del trastero. Trató de aclimatar la vista lo más rápido posible hasta que por fin vislumbró un bulto. Era demasiado grande para ser una sola persona.

—¿Bernat Serós? —Monfort trató de imprimir autoridad a su voz.

—¡Inspector Monfort! —exclamó con fingida sorpresa la voz desde la oscuridad—. Le ha costado encontrarme, ¿eh? Me apuesto algo a que este caso se ha convertido en una pesadilla para usted. ¿Me equivoco?

—¿Qué caso? —preguntó el inspector tirándose un farol a fin de que Bernat empezara a soltar todo lo que llevaba dentro.

—Se cree muy gracioso. No esperará que me trague el cuento del poli despistado. Sé que ha ido tirando del ovillo, poco a poco, desmadejándolo sin cesar hasta que ha conseguido atar todos los cabos.

—Acércate para que pueda verte —pidió Monfort.

—Baje el arma y me acercaré —dijo Bernat—. Déjela en el suelo y dele con el pie para que llegue hasta aquí.

Hizo lo que le había ordenado. Bernat se acercó un poco hacia la puerta. Entonces Monfort pudo intuir que el bulto era su cuerpo, sí, pero delante de él y con un gran cuchillo de caza en la garganta, había una mujer con la ropa destrozada.

—¡Haga una sola tontería y le corto el cuello! —amenazó con voz firme.

La mujer estaba en muy mal estado, la cabeza le colgaba hacia delante. Bernat la sujetaba para que no cayera de bruces. El inspector supuso que estaba herida, sus piernas apenas la sostenían. Llevaba unos pantalones tan sucios que resultaba imposible saber de qué color eran; estaban mojados, sin duda se había orinado encima. La camisa estaba rota por varios sitios, como si hubiera forcejeado con su raptor. El pelo le tapaba la cara y en la penumbra no pudo distinguir de quién se trataba, aunque tenía terribles sospechas de cuál era su identidad.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir —advirtió Monfort tratando de

darle conversación, más que nada para tener un poco de tiempo para pensar.

—Ja, ja, ja —rió Bernat grotescamente—. Le aseguro que no tengo nada de lo que arrepentirme. Todos pagarán por sus pecados.

—Esa mujer está muy mal, la vas a matar. ¿Quién es?

—¿Quiere jugar a las adivinanzas, inspector?

—No quiero jugar a nada, quiero que la sueltes, que la dejes vivir.

—¿Vivir? ¿Qué coño sabe usted de vivir? —Apretó un poco el cuchillo contra el cuello de la mujer.

—Yo también tengo un pasado duro —explicó Monfort intentando ganar tiempo—, no creo que te interese saberlo, pero no eres el único que ha sufrido por culpa de otros.

—¿Lo violaron cuando era un niño, señor inspector? —Bernat imprimió a su voz un tono sarcástico que parecía salirle de las entrañas—. ¿Lo abandonaron sus padres en la puerta de una iglesia? ¿Tuvo que presenciar cómo abusaban de otros niños igual de desgraciados? Por la noche oía los gemidos del cerdo y los llantos de los otros. Nos mató para siempre. Nos convirtió en muertos vivientes. Nos tocaba con aquellas manos asquerosas, sobando los cuerpos, uno y otro, y otro más, le daba igual un niño, una niña... Se ponía encima y se movía como un animal hasta que se corría, y nos dejaba su aliento fétido clavado en la piel hasta la noche siguiente. Por la mañana, el padre Armendáriz recogía los corazones hechos añicos por culpa de aquella sabandija. Nos dejaba aquellas notas escondidas en la ropa, pero no decíamos nada porque nos amenazaba de muerte. El cura intentaba consolarnos, decía que no sabía lo que nos pasaba, pero...

—Es muy duro lo que cuentas, no puedo ni imaginármelo, tienes razón. —Monfort trató de interrumpirlo porque veía que la mujer no aguantaría mucho—. Pero eso no te da derecho a acabar con la vida de otras personas inocentes.

—¿Inocentes? —gritó apretando un poco más el gran cuchillo en el cuello de la mujer hasta que manó un hilo de sangre—. ¿Inocentes, ha dicho? ¡Son todos unos cerdos, unos cerdos malditos que deben pudrirse en el infierno! Soy una víctima, un perdedor. —De repente cambió el tono de voz, como si fuera otra persona—. Mis verdaderos padres me abandonaron para seguir metiéndose heroína hasta que reventaron, el cura que me recogió no fue capaz de detener al que nos violaba, mis padres adoptivos trataron de devolverme como si fuera un juguete defectuoso, mi padre actuaba como el maldito violador del hospicio, sólo que él pagaba para satisfacer su sed de... ¡Y sus amigos eran iguales que él, sexo, vicio, corrupción, mentiras...! ¡Todos al infierno, al infierno! —Volvió a cambiar el tono de voz.

—¿El padre Armendáriz no vio hasta el final las notas que Eugenio dejaba en vuestros bolsillos?

—¡Ja! —rió secamente Bernat—. El padre Armendáriz sólo veía lo que quería ver. Tardó mucho tiempo en dar un paso, y cuando lo dio fue para huir de todo aquello. Pero tendrá su merecido, sé dónde se esconde, usted se ha encargado de ello.

Cuando acabe lo que tengo que hacer aquí iré a por él.

—Suéltala, por favor —rogó Monfort señalando a la mujer—. No durará mucho en ese estado, morirá desangrada si no lo hace antes de otra cosa.

—Suéltala, suéltala, suéltala... —se burló Bernat poniendo los ojos en blanco e imitando la voz del inspector—. Quiso saber demasiado. Muchas preguntas, muchos consejos, mucha paciencia... ¡Mucha mierda!

En aquel momento dio un paso al frente. Agarró a la mujer por el pelo y le levantó la cabeza de un tirón para que Monfort pudiera ver su rostro.

—¿La conoce? —preguntó orgulloso.

—No —contestó Monfort con voz trémula.

—Yo se lo diré. Es Mónica, mi queridísima novia —adoptó de nuevo un tono burlón; iba cambiando de voz, como si se transformara en diferentes personas—. La que se puso a favor de mi padre cuando empecé a seguirlo para comprobar lo que hacía. No sé para qué le tuve que contar nada a ella de todo eso. Me gustaba hacerle la vida imposible, tal como él había hecho conmigo cuando intentó devolverme al orfanato.

Mónica tenía los ojos cerrados, Monfort dudó que estuviera consciente. Debía pensar algo deprisa o moriría allí mismo.

—Los médicos les dijeron que sufría trastornos de personalidad —continuó hablando Bernat como si tal cosa—. Mi madre no quiso escucharlos y dejó de llevarme al psiquiatra. Mi padre tenía la certeza de que yo estaba enfermo y no dejaba de insistir en ello. Juré que lo mataría, y finalmente lo hice. Mi madre no imagina que lo hice por ella, pero ya me da igual. ¿Sabe una cosa, inspector...?

En aquel momento el móvil del agente Terreros emitió un sonido que desconcertó a Bernat. Monfort miró de reojo. La cara del agente mostraba rabia y consternación, Terreros palpaba el aparato para desconectarlo, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Bernat echándose hacia atrás varios pasos para situarse en la oscuridad total del trastero—. ¿Quién más está ahí? ¡La mataré si no sale ahora mismo!

Mónica lanzó un ahogado gemido de dolor. Bernat había vuelto a clavar un poco más su gran cuchillo.

—Son dos agentes que me acompañan —confesó Monfort con las manos en alto—. No te harán nada.

—¡Ya estoy harto! —gritó Bernat—. ¡Que salgan ahora mismo o juro que la mato! ¡Si me engaña, le cortaré el cuello!

—No te engaño —dijo Monfort—. Son dos agentes, nadie más, te lo prometo, nadie más.

—¿Por qué tengo que creerle?

—Haz lo que quieras, pero no te miento —insistió.

—¡Quiero verlos!

La agente Redó y el agente Terreros se colocaron frente a la puerta. Dejaron las

armas en el suelo y levantaron los brazos.

—Lo siento, jefe —se disculpó Terreros.

Monfort negó con la cabeza para que no se preocupara más por aquello.

—¡Vacíen los cargadores de sus armas y déjenlas en el suelo otra vez! ¡No hagan nada raro o la mataré! —Había avanzado unos pasos y los policías podían verlo entre las sombras.

Silvia y Terreros hicieron lo que había pedido. Desde esa posición lograron ver el deteriorado cuerpo de la novia de Bernat con el cuchillo en su garganta. Un reguero de sangre le cubría el cuello y parte del pecho. Si no ponían remedio, moriría en cualquier momento. Silvia miró a Monfort.

—¿Qué quieres? —preguntó el inspector a Bernat.

—Un coche... Un coche bueno, lleno de gasolina, aquí, justo aquí delante. Y que no venga nadie.

—Pero ella no lo aguantará —rogó Monfort señalando a Mónica, que ahora mostraba por la boca algo parecido a espuma.

—Yo he aguantado cosas peores, se lo aseguro.

—Voy a llamar por teléfono —continuó el inspector.

—¡Nada de teléfonos! —vociferó Bernat.

—Está bien, deja entonces que los agentes vayan a por el coche, yo me quedaré aquí.

—Que vaya él solo. —Bernat señaló con la cabeza al agente Terreros—. Ella se queda aquí.

Monfort le hizo un gesto a Terreros y este salió corriendo por el aparcamiento.

—¡Lo quiero aquí en quince minutos! ¡Si intentan alguna cosa que no me guste, ella morirá! —gritó para que el agente pudiera oírlo, pero Terreros ya subía las escaleras de tres en tres.

—Y dime... ¿Para qué quieres un coche? —preguntó Monfort con intención de desconcertarlo y ganar tiempo.

—Preferiría un barco, si es eso lo que quiere oír, pero no hay agua suficiente en este sitio para poder escapar —ironizó, y arrastró a Mónica un par de pasos hacia atrás—. Si pudiera navegaría todo el día, luego echaría el ancla y contemplaría la puesta de sol. ¿No la ha visto nunca desde mar adentro? —Monfort negó con la cabeza—. Es el paraíso, se lo aseguro, es todo lo que quiero en esta vida. No quiero estar cerca de ninguna persona nunca más, todos me han fallado, todos, todos...

—¿Tu madre también? —Trató de tocarle la fibra sensible, si es que la tenía.

—A mi madre no la culpo, es otra víctima. No tuvo agallas para acabar con él cuando la hacía sufrir. Matarlo fue una tarea costosa.

Pareció evadirse del trastero mientras iniciaba el penoso relato, aunque seguía sujetando a la chica con fuerza.

—Llamé a la puerta, en el piso de la calle Mealla. Al principio se alegró de verme, qué imbécil, creía que había ido para reconciliarme. Tuve que golpearle fuerte

hasta que conseguí dejarlo sin sentido; le corté..., bueno, ya lo sabe, luego lo colgué de una viga, boca abajo, para que se desangrara y sufriera lentamente. ¡Cómo pesaba el cabrón! Puse una nota, como hacía Eugenio con nosotros. Me pareció buena idea, como los asesinos en serie, me gustó imitarlo de aquella manera. Luego busqué a su amante, esa fulana que trabajaba con él, pero no la encontré. Un día que se manoseaban en un parque cerca de la oficina los amenacé. Les dije que los tenía que matar. Se asustaron. No sé dónde se habrá metido ahora, pero daré con ella, lo mismo que con los demás.

Monfort no pudo evitar mirar de reojo a Silvia.

—Y... ¿Héctor Valiente? —preguntó—. ¿Por qué razón lo mataste?

—¡Menudo idiota! Lo conocí en uno de esos garitos que frecuentaba mi padre. Se habían encaprichado de la misma zorra, los dos; se conocían de las timbas de cartas que organizaban en un local clandestino en el Grao. Por lo visto, Héctor Valiente se sacaba un dinero llevando a tipos como él hasta el garito, para que perdieran en las apuestas. Yo buscaba a Luisa Oliveres, pero di con Héctor. Se vanagloriaba de lo que hacía, de las prostitutas con las que se acostaba, de las apuestas, del alcohol que consumía, de que le había robado la novia a un tipo con pasta. Me habló de Luisa Oliveres una y otra vez, de sus curvas, de su cuerpo, de lo enfermo que se ponía el director de la oficina de empleo al verlos juntos. Ella se había cansado de él, pero Héctor seguía embobado, estaba convencido de que volvería a caer rendida a sus pies... Me harté enseguida de sus asquerosos rollos; no me quedó más remedio que acabar con él, era lo que se merecía. Volví al local al día siguiente. Lo maté esa noche, cuando se acabó la partida. Lo invité a subir al coche e ir hasta la playa con la excusa de que allí habría fiesta. Le di un golpe en la cabeza y lo arrastré hasta la arena. Estaba todo oscuro, no había nadie. Luego le corté lo que le sobraba, ja, ja, ja —rio. Monfort observó a Silvia ponerse nerviosa—. Después lo enterré en la arena de una gran duna, eso estuvo bien. No sé si murió antes desangrado o por la arena que había tragado. Me daba igual. Repetí lo de la nota, me gustaba lo de imitar a Eugenio. Luego, como no encontraba a la putilla que ambos se beneficiaban, decidí que Mónica podría sustituirla.

Al decir las últimas palabras le propinó un puntapié en los tobillos para que se enderezara, pero no lo hizo. Silvia dio un respingo, Monfort negó con la cabeza para que no hiciese nada.

—Y ustedes dando palos de ciego, no se enteran de mucho, la verdad. Decidí que el juego se estaba volviendo aburrido y dejé la nota en el parabrisas de su jefe.

—¿Cómo supiste cuál era el coche del comisario?

—¡Por favor...! —exclamó Bernat—. Usted no es de aquí, eso está claro. Esto es como un pueblo, se entera uno de todo rápidamente.

Se hizo un silencio largo e incómodo. Bernat estaba en trance, pestañeaba muy deprisa, y parecía que Mónica se había desmayado o algo mucho peor.

—Si no viene ya con el coche, la mataré —dijo al cabo con una sonrisa funesta.

En aquel momento, un coche de color azul marino entró a toda velocidad por la rampa del aparcamiento. Monfort y Silvia respiraron profundamente. El agente Terreros situó el vehículo delante de la puerta del trastero.

—¡Salga del coche, deje la puerta abierta, el motor en marcha y diríjase hacia la pared de enfrente! —ordenó Bernat—. ¡Ustedes! —gritó ahora dirigiéndose a Monfort y a Silvia—. Voy a salir poco a poco; cuando estemos fuera entren los tres en el trastero. Cerraré la puerta y nos iremos. Si intentan algo la mataré, si encuentro algún obstáculo, la mataré y, por supuesto, si alguien intenta seguirme o detenerme, la mataré irremediabilmente. Yo moriría también, lo sé, pero recuerden que a mí me da todo igual, no lo olviden, aunque sólo sea por ella, pero no lo olviden.

Bernat recogió las armas de los policías y las guardó en los bolsillos de su cazadora, alzó a su novia moribunda como si fuera una muñeca y salió despacio del trastero. Era alto y fuerte, sus brazos sujetaban a la chica sin mayor dificultad, podía matarla en cuanto quisiera y había demostrado que era capaz. Los tres policías entraron en el trastero cuando Bernat se lo indicó; a continuación cerró la puerta con llave. Tras dejar a Mónica en el asiento del pasajero, dio la vuelta al coche y se sentó al volante. El Ford Focus salió disparado en busca de la rampa de salida. No encontró ningún obstáculo por el camino. Nadie se interpuso.

El chirriante sonido de la fricción de las ruedas del coche, que circulaba a gran velocidad por el aparcamiento subterráneo, se clavó en las sienes de los tres policías encerrados en el trastero. Allí dentro apenas se podía respirar. Bernat había obligado a Mónica a hacer sus necesidades allí y todo el habitáculo estaba impregnado de olor a excrementos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Silvia.

En aquel preciso instante alguien llamó a la puerta.

—¿Estáis bien? —preguntaron desde fuera.

—¿Quién eres? —La agente Redó parecía sorprendida.

—¡Soy García!

Cuando el agente Terreros había ido a la comisaría a buscar el coche que había pedido Bernat, había informado de la situación a su compañero. Por suerte, en la comisaría de Policía de Castellón disponían de uno de esos vehículos especialmente preparados para ocasiones como aquella. Incorporaba un sistema de información GPS, para poder controlar en todo momento su situación, así como otros artilugios, y el indicador de gasolina siempre marcaba que el depósito estaba lleno, aunque en realidad apenas llevara combustible.

—¡Apartaos de la puerta! —gritó el agente García reventando la cerradura de una patada.

Monfort se puso manos a la obra y dio algunas instrucciones a los agentes Terreros y García para que las ejecutaran de inmediato. Silvia se quedó en el trastero

buscando algo que fuera de interés. A continuación el inspector pidió que lo acompañara a toda prisa hasta el lugar en el que había dejado aparcado el Volvo.

—¡Jefe! —advirtió el agente García a Monfort cuando ya corrían hacia las escaleras—. Necesita el GPS para saber por dónde circula el coche.

—No, no lo necesito, de verdad. Si me equivoco, te llamaré.

Silvia negó con la cabeza ante la tozudez de Monfort hacia los dispositivos electrónicos. Pero no dijo nada, sabía que hacerlo sería aún peor.

Junto a los empleados del aparcamiento había ahora diez o doce personas; curiosos de los que no se pierden nada, los adictos al morbo. Estaba claro que la salida a toda velocidad del coche con Bernat y su novia había causado un inmediato revuelo en la calle.

Entraron en el Volvo. Monfort pidió que se apartaran. A algunos les costó un poco, sus caras eran las de quien se teme lo peor pero que no sabe ni ha visto nada en realidad.

—La chica no aguantará mucho —dijo Silvia cuando el coche arrancaba por fin.

Llegaron a la barrera de salida y comprobaron que Bernat la había arrancado de cuajo en su intempestiva huida.

—Tienes razón —afirmó Monfort resoplando al ver el semáforo en rojo nada más salir del subterráneo—. Busca ahí, en la guantera, tiene que haber una sirena.

Silvia conectó el cable en el encendedor, accionó el botón de encendido y, abriendo la ventanilla, colocó la sirena con la parte imantada en el techo del coche.

La zona por la que transitaban en la avenida Rey don Jaime era muy estrecha, sólo cabía un coche en la vía y en un lado no había acera sino automóviles aparcados; tampoco podía subirse al bordillo del otro lado ya que era demasiado alto. Monfort golpeó con rabia el volante.

—Por favor, Silvia, llama a Romerales, ya debe de estar al tanto, cuéntale lo que ha pasado al final, pero no le digas adónde vamos, no quiero que lo estropee nadie.

—¡Pero si ni siquiera sé adónde nos dirigimos! —replicó incrédula marcando el número del comisario jefe.

—Lo sabrás enseguida.

Monfort dio un fuerte volantazo y subió la mitad del coche encima del alto bordillo para conseguir salir de aquel pesado atasco. Así consiguieron alcanzar la plaza Clavé, luego giró a la izquierda hasta llegar a la ronda de la Magdalena, incorporándose en ella con el semáforo en rojo y a punto de llevarse por delante a un par de peatones y a una motocicleta que circulaba por el sentido contrario. La sirena atronó con ímpetu al pasar por delante de la vieja comisaría hasta llegar a la plaza Teodoro Izquierdo, donde tomó, a gran velocidad, la avenida que los llevaría a la salida de la ciudad en dirección a Tarragona. El teléfono del comisario Romerales comunicaba todo el tiempo. Silvia lo intentaba una y otra vez. El coche de Monfort iba lanzado por la peligrosa carretera nacional. Era difícil conversar de aquella manera, lo más importante era concentrar toda la atención en la carretera. El intenso

tráfico, empeorado por la gran cantidad de camiones, lo hacía verdaderamente complicado. Monfort asía con fuerza el volante de cuero y pisaba el acelerador cada vez más.

—¿Has oído bien el relato de Bernat? —preguntó de repente el inspector.

—Sí —contestó Silvia—. Es verdaderamente terrorífico, está muy enfermo. ¿Cuándo supiste que se trataba de él?

—Fui a ver a dos hermanas ancianas que son vecinas de Margarita Renau. Las conocí por casualidad al principio del caso. Me pareció que podían saber más cosas sobre la familia de las que contaron inicialmente, pero no quise asustarlas. Me hice pasar por trabajador del bufete de Rovira.

—¡Cielo santo! —exclamó Silvia con la mirada fija en la carretera.

—Ellas me contaron que Margarita Renau y Javier Serós habían adoptado a Bernat en algún hospicio de Valencia. Dijeron también que el niño no estaba muy bien cuando se instalaron en el piso. Y el padre Artero, de la iglesia de San Juan del Hospital, me lo confirmó.

Monfort hablaba mientras adelantaba a tres grandes camiones articulados, obligando a salir de la calzada a varios automóviles que circulaban en sentido contrario. Silvia se agarró con fuerza y contuvo la respiración hasta que finalizó el arriesgado adelantamiento.

—¿Y lo de su novia? ¿Por qué nos mandaste a buscarla a Valencia? —preguntó la agente pese a que el peligro no había acabado aún.

—Fui a ver a Bernat al puerto de Oropesa del Mar, donde tiene el amarre de su embarcación. Charlamos de algunas cosas, las que quiso explicarme, no demasiadas, pero cuando ya me iba le pregunté qué opinaba su novia de todo lo que había pasado. Le dije que no la habíamos visto en todos estos días.

—¿Y...? —preguntó impaciente Silvia.

—Titubeó. Tenía un tornillo del motor de la barca en las manos y se le cayó al suelo. Me dijo que estaba estudiando en Valencia la carrera esa que te comenté. Finalmente me pidió que la dejáramos en paz. Su actitud lo delató.

Monfort aceleró todavía más en un tramo de la carretera en la que no había tráfico.

—Cuando fui al piso que supuestamente compartían en Oropesa del Mar —tuvo que subir el tono de voz para que ella pudiera escucharle bien—, me di cuenta de que por allí no había pasado ninguna mujer en mucho tiempo. Por lo visto, una vez que la encerró en el trastero del aparcamiento se deshizo de todas sus pertenencias.

—¡Menudo tipo! —exclamó Silvia—. Tenía claro que iba a matarla.

—Sí —afirmó el comisario—. Todo un artista. Tiene una especie de santuario en un garaje que hay frente al piso, con fotografías de sus víctimas y recortes de prensa de los casos de abuso en los que, desgraciadamente, se vio involucrado cuando era un niño.

Ambos guardaron silencio. Pensaban en aquellas pobres criaturas violadas por un

desalmado, en esas vidas destrozadas por un energúmeno. Bernat era el resultado de aquella sinrazón. El coche había rebasado ya la ciudad de Benicàssim y estaban a sólo siete kilómetros de Oropesa del Mar. La carretera se hizo peligrosa en un tramo de curvas que ascendía por lo que parecía un pequeño puerto. Silvia tuvo claro por fin a qué lugar se dirigían.

—Tenía razón Armendáriz con lo del imitador —dijo ella preparándose para llegar.

—Sí. Tenía razón en muchas cosas. Por cierto —continuó el inspector—, le pedí al padre Artero que indagara un poco más acerca de la frase «si Dios y el diablo quieren».

Silvia se quedó callada mirándolo tomar una curva a más de 140 kilómetros por hora. Monfort continuó hablando.

—No me ha dicho nada todavía, pero lo tengo claro.

—Cuéntamelo. —Redó apretaba los dientes con fuerza.

—Era una frase que en aquella época solía repetir Armendáriz cuando hablaba, como una coletilla, y que con toda probabilidad Eugenio también adoptó.

—Eso quiere decir que Bernat intentaba... —La frase se quedó en el aire para que el inspector la terminara.

—Bingo, Silvia. Intentaba cargarle los muertos al excusa. Lo odia. Cree que tuvo algo que ver con Eugenio. De hecho, ya le has oído decir que va a ir a por él.

—Por eso Armendáriz dejó la nota en la cabaña —afirmó Silvia.

—Por eso mismo —resolvió el comisario—. Para que nos diéramos cuenta. Armendáriz escribió la frase que Eugenio incorporó a su vocabulario. Y pasados los años Bernat ha tratado de imitarlos a los dos. Después de lo que le conté en la cabaña, Armendáriz supo a ciencia cierta que el causante de todo este mal había estado entre aquellas paredes.

—Y por eso se ha marchado.

—Sabe que, si lo encuentra, el imitador lo matará —concluyó el inspector.

El teléfono del comisario Romerales seguía comunicando. Monfort le indicó a su compañera que dejara de intentarlo cuando llegaron a la entrada del puerto deportivo de Oropesa del Mar. Redujo la marcha y quitaron la sirena; accedieron a las instalaciones portuarias como unos visitantes más. Apenas vieron a nadie, tan sólo a un trabajador del puerto que descargaba cajas de una furgoneta y las introducía en una especie de almacén. Dejaron el coche a unos cien metros del pantalán número 7. Bernat había aparcado el Ford Focus junto a la pasarela flotante que llevaba hasta su embarcación. Silvia y Monfort sacaron sus armas y caminaron con sigilo. No podían ver nada desde donde estaban pero oían ruidos y supusieron que provenían del amarre 22. Para llegar hasta la barca de Bernat sin ser vistos, se subieron a la primera embarcación y con gran dificultad fueron saltando de una a otra hasta alcanzar la que

estaba amarrada justo al lado de la suya. Al inspector el tema marinero se le daba muy mal. El vaivén de las embarcaciones y aquel profundo olor a salitre y a gasoil le revolvió el estómago. Silvia se desenvolvía con agilidad y él lo agradeció. Ya no estaba para aquellos trotes, pensó.

Todas las nubes, que en los días anteriores habían cubierto el cielo de la provincia como si se tratara de un gigantesco manto gris, habían desaparecido para dar paso a un sol que, si no calentaba en exceso, propiciaba una sensación confusa a la vista.

Bernat estaba tratando de poner en marcha su barca, accionando la llave de contacto, pero el motor parecía no funcionar. Seguía intentándolo una y otra vez, visiblemente enojado. Mónica Arregui yacía en el suelo, inmóvil, con el cuello y el pecho cubiertos de sangre. Silvia miró a Monfort, temió que estuviera muerta. El gran cuchillo, el mismo con el que presumiblemente habría amputado los genitales de sus víctimas, reposaba en el suelo de la barca teñido de sangre.

—¡Pero qué coño...! —rugió Bernat golpeando el indicador de combustible del cuadro de mandos—. ¡Llené ayer el depósito! ¡No puede ser que esté vacío! ¡Mierda, mierda, mierda!

Comenzó a moverse nervioso; en una de sus idas y venidas por la barca le propinó una fuerte patada a Mónica en el costado para apartarla de su camino en el pequeño espacio. La embarcación se zarandeaba peligrosamente. Dio con rabia varios puñetazos al timón y empezó a buscar algo. Finalmente lo halló: un bidón vacío. Grandes gotas de sudor le caían por las mejillas y no dejaba de pasarse la manga por la cara y la frente. Se quitó la chaqueta de piel, tapó a la chica con ella de cintura para arriba, la cabeza también. Empujándola con los pies, trató de arrimar todo lo posible sus piernas contra un extremo de la barca para que no se vieran. Hizo lo mismo con el cuchillo. Saltó al pantalán y corrió en dirección al surtidor de combustible del puerto.

Detenerlo fue sencillo. La agente Redó salió a su encuentro y lo encañonó con su arma en mitad de la pasarela flotante. Bernat se detuvo aturdido. No iba armado. La primera reacción fue girarse para correr en dirección contraria, pero se topó con la pistola de Monfort cerrándole la salida, apuntándole a tres metros escasos de distancia. El bidón de plástico, vacío, cayó al suelo, rebotó un par de veces en la estrecha pasarela para acabar precipitándose a un mar que olía a salitre y a gasoil.

La ambulancia medicalizada partió a gran velocidad, dejando atrás el sonido atronador de la sirena que rebotaba en las altas paredes de piedra que rodeaban la bella ensenada natural del puerto deportivo.

El cielo se estaba cubriendo una vez más de grandes nubes blancas como bolas de algodón, rechonchas, con formas caprichosas. Podría haber tormenta por la noche, les había dicho uno de los oficiales de Capitanía Marítima.

La doctora que vino en la ambulancia explicó que Mónica Arregui había perdido mucha sangre y que tenía múltiples fracturas por todo el cuerpo, pero que viviría. Aquello fue una noticia magnífica. Silvia y Monfort se abrazaron; él no supo cuándo tenía que darse por finalizado el abrazo y le dio cierto apuro lo que pudiera pensar ella.

El comisario Romerales charlaba con los agentes de la Guardia Civil del Mar destinados en el puerto. Los agentes Terreros y García vaciaban la embarcación y transportaban su contenido al coche en el que había huido Bernat con su novia malherida. El subinspector Corral custodiaba a Serós, al que había introducido en los asientos traseros de una furgoneta de la Policía, con las esposas cerradas a su espalda. Cabizbajo y con los ojos cerrados, no dijo ni una sola palabra tras su detención. Parecía una persona muy distinta. Monfort sabía que no diría nada más. Ya había dicho en el trastero todo lo que llevaba dentro. Sus labios quedarían sellados para siempre. Adoptaría otra de sus múltiples personalidades.

—¿Adónde pretendía llevársela con la barca? —preguntó Silvia a Monfort todavía a pie de pantalán.

—A las islas Columbretes —afirmó el inspector—. Era el lugar en el que más le gustaba estar, donde hubiera querido vivir y, con total seguridad, su mejor destino para morir.

El comisario Romerales se acercó a ellos y los felicitó, estrechó con fuerza la mano de Monfort y lo atrajo hacia sí para darle un fuerte abrazo y un par de palmadas en la espalda. Luego le dio dos besos a la agente Redó y le hizo saber, una vez más, lo mucho que habían sufrido en los días que estuvo desaparecida, cuando temieron que la secuestrada fuera ella.

—Por cierto —les dijo—, hablando de mujeres desaparecidas. Tengo buenas noticias. Hemos localizado a Luisa Oliveres, por fin.

—¿Dónde...? —empezó a preguntar Silvia, ansiosa.

—En el lugar en el que creíamos que estabas tú con el doctorcito, con los móviles desconectados —contestó el comisario con tono jocoso.

—En el Caribe —concluyó Monfort mirando de reojo la furgoneta donde estaba Bernat Serós.

El inspector se apartó del grupo y encendió un cigarrillo. Comprobó, con la intensa primera calada, que llevaba mucho tiempo sin fumar, demasiado para él.

Extrañamente no se había sentido mal, claro que había estado bastante ocupado. Quizá era el momento de emplear el tiempo al máximo y olvidarse de aquella lacra que formaba parte de su sombría existencia. Otra más.

La agente Redó observó, junto a Romerales, cómo Monfort deambulaba pensativo entre las oscilantes embarcaciones amarradas a merced del movimiento del mar.

—Siempre está dándole vueltas a la cabeza —indicó ella.

—Sí, es muy difícil saber qué piensa —corroboró el comisario.

—¿Cómo sabía que la barca de Bernat no tendría combustible y nos daría tiempo a llegar y detenerlo?

—Cuando salisteis del trastero encargó a los agentes Terreros y García que llamaran a la Guardia Civil que actúa en este puerto. Los vio en otra ocasión que estuvo aquí. Dio instrucciones para que vaciaran el depósito de la embarcación de Bernat con una bomba de succión lo más rápido que pudieran, antes de que llegara en el coche con su novia.

—Tenía claro que vendría aquí para llevarse a Mónica hasta las Columbretes —afirmó la agente Redó.

—A veces... —Romerales interrumpió unos segundos la frase mirando al cielo cubierto de nubes hinchidas—. A veces parece que lo tiene todo tan claro que asusta. En la última reunión que tuvimos con el juez le pidió cuatro días para detener al culpable. Es lo que ha tardado, ni uno más, ni uno menos.

El teléfono móvil de Monfort empezó a vibrar anunciando una llamada. En la pantalla apareció iluminado el nombre de la forense, Sonia Trencó. Clavó la vista en el horizonte. Por la megafonía del puerto sonaba a escaso volumen una canción de Eric Clapton, «Tears in heaven».

¿Dirías mi nombre si te viera en el cielo?

¿Sería lo mismo si te viera en el cielo?

Agradecimientos

Debería agradecer a muchas personas todo lo bueno que he ido recogiendo después de sembrar la semilla de la primera novela, protagonizada por el inspector Monfort. Pero empezaré por agradecer a Esther Miralles Forcada su ayuda, al compartir las lecturas, correcciones y preocupaciones, pero sobre todo quiero agradecerle de forma infinita que comparta la vida conmigo de la manera en que lo hace y que soporte la cara menos agradable del escritor.

A nuestra hija Julia le quiero dar las gracias por sentirse orgullosa de que su padre escriba. Todo esto, en realidad, es para ella.

A mi editora, Mathilde Sommeregger, gracias muy especiales por confiar en mí y darme la fuerza que necesitaba. Sus consejos han sido una ayuda magnífica y sus conocimientos sobre el género me han enseñado aspectos que desconocía. Espero que continúe haciéndolo durante mucho tiempo.

Gracias también a todo el equipo de Ediciones Maeva, por hacerme sentir bienvenido en todo momento y por el trabajo tan magnífico que me han dedicado.

A Rai Escalé, mi *Soul Brother*, gracias. Sus dibujos han vuelto a ser decisivos para poner rostro a los personajes.

A Manuel Navarro Forcada, gracias por tan estupendo trabajo fotográfico.

Gracias a los librereros y librerías de Castellón. Vuestro trabajo es grande y lo aprecio como se merece.

A los lectores de Vilafranca del Cid, quiero darles las gracias por hacerle un sitio a Bartolomé Monfort en sus casas, y por haberlo convertido en uno más de los habitantes de esta población tan importante para el desarrollo de la saga.

No puedo olvidarme de todos aquellos que han creído en el inspector Monfort, en la agente Silvia Redó, en el comisario Romerales y en los demás personajes a los que han convertido en compañeros de sus lecturas, gracias por el apoyo y por pedirme que sus andanzas no acabaran en una sola entrega. A todos vosotros, mis queridos lectores, os agradezco de corazón el apoyo y la paciencia en la espera de esta nueva aventura que ahora tenéis en las manos.

Las localizaciones que aparecen en este nuevo caso del inspector Monfort son casi todas reales; sin embargo, lo que sucede en ellas es únicamente fruto de mi imaginación. Cualquier similitud con la realidad que los lectores puedan encontrar respecto a los personajes o situaciones de la trama es mera casualidad.

Esto es sólo una obra de ficción y, como tal, la realidad siempre puede superarla.



JULIO CÉSAR CANO (1965, Capellades, Barcelona) trabajó en el negocio familiar hasta que el mundo de la música llamó a su puerta. Durante varios años ejerció como músico y mánager de grupos. Actualmente se dedica a la publicidad, actividad que compagina con la escritura.

Como autor, es conocido tanto por sus ensayos y artículos sobre gastronomía y viajes, como por sus novelas y relatos, entre ellos *Cocina, carretera y manta* y *Hojas de otoño*.

Asesinato en la plaza de la Farola es la primera investigación del inspector Monfort, a la que sigue *Mañana, si Dios y el diablo quieren*.

Reside junto a su familia en La Pobla Tornesa, provincia de Castellón, donde transcurre la serie del inspector Monfort.